Nuestras Ideas

En este número:

Dolores IBARRURI	Acerca de la historia del movimiento obrero en España (I)
Antonio PAZ	„Mater et Magistra"
A. GALKIN	Problema de guerra y paz
Manuel AZCARATE	La guerra de España
M. GARCIA PUERTAS	Romanticismo de Espronceda
	Homenaje a Picasso
Comentarios	Estética del realismo y literatura La escuela soviética Novela y cuestión editorial
⇨	**Crítica de libros,**
⇨	**revistas, teatro, cine**

13-14

octubre 1961 — marzo 1962

teoría, política, cultura

Revista trimestral

Nuestras Ideas

Revista trimestral

Redacción-Administración : 45, rue S. Denayer. Bruselas - Bélgica

SUMARIO

Pág.

ENSAYOS

Dolores IBARRURI: Acerca de la historia del movimiento obrero en España (I) 5

Antonio PAZ: «Mater et Magistra» y la doctrina social de la Iglesia .. 31

A. GALKIN: Aspectos del problema de la guerra y de la paz 53

Manuel AZCARATE: El lugar histórico de la guerra de España 64

M. GARCIA PUERTAS: El romanticismo político-social de Espronceda 89

*

POESIA 95

*

XXII CONGRESO DEL P. C. U. S.

L. ILICHEV: Intervención sobre problemas ideológicos 101

A. TVARDOVSKI: Intervención sobre problemas de la literatura ... 108

*

HOMENAJE A PICASSO 116

COMENTARIOS Pág.

Martín DIAZ: La estética del realismo y la joven literatura española . 128

Ma. Luisa GONZALEZ: Notas recordatorias 134

J. L. G.: La escuela soviética en la etapa actual 138

Luis PESCADOR: La novela española y la cuestión editorial 143

CRITICA

LIBROS:

A. PAZ: «Espacio y materia en Kant» 148

D. PRETEL: «Fundamentos del ateísmo científico» 151

REVISTAS:

B. RAMOS: «La Estafeta Literaria», revista «cultural» de la dictadura y del OPUS 153

TEATRO:

L. QUIROGA: «Divinas Palabras» 164

CINE:

A. ESPINAR: En torno a «Viridiana», de Buñuel 169

ADVERTENCIA AL LECTOR

Por toda una serie de razones — derivadas de las difíciles condiciones en que se elabora, imprime y difunde nuestra revista — no ha sido posible publicar en el plazo correspondiente el número 13 de «NUESTRAS IDEAS», que debía abarcar el último trimestre del año pasado.

Con este número doble — que hemos intentado sea lo más denso y amplio posible, en cuanto a su contenido — se cubre pues un espacio de seis meses.

Con el próximo número — el 15 — correspondiente al trimestre abril-junio de 1962, la periodicidad de nuestra revista recobrará su ritmo anterior.

ENSAYOS

- **Acerca de la historia del movimiento obrero en España (I)**
  Dolores IBARRURI

- **«Mater et Magistra» y la doctrina social de la Iglesia**
  Antonio PAZ

- **Aspectos del problema de la guerra y de la paz**
  A. GALKIN

- **El lugar histórico de la guerra de España**
  Manuel AZCARATE

- **El romanticismo político-social de Espronceda**
  M. GARCIA PUERTAS

Dolores IBARRURI

ACERCA DE LA HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO EN ESPAÑA

I

Fundación de la Sección española de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Marxismo y anarquismo

LA REVOLUCION de septiembre de 1868 que destronó a Isabel II y abrió un período democrático en España, encontró desarticuladas las organizaciones obreras y disgregado el movimiento campesino, cuyos hombres más destacados habían caído en la lucha o arrastraban la cadena de presidarios.

El interregno democrático que se abría con la revolución facilitó la rápida reorganización de las sociedades obreras y el desarrollo de las asociaciones de los trabajadores.

En noviembre de 1868 fue publicado un decreto estableciendo el derecho de asociación y reunión. Un año después, en septiembre de 1869, existían en España 195 asociaciones obreras con más de 25.000 afiliados. Sólo en la ciudad de Barcelona se contaban 38 organizaciones obreras, especialmente del arte textil, que englobaban a 7.081 trabajadores.

Al cambiar la situación política, todos los problemas de la revolución burguesa que se habían ido aplazando, fueron planteados con redoblada urgencia.

Se había desarrollado la industria, crecía el comercio, se extendía la red ferroviaria, se acumulaba el capital, aumentaban las exportaciones, surgían en las grandes ciudades compañías de seguros y florecientes Bancos que se repartían pingües beneficios.

El día diez de noviembre del pasado año de 1961, en el Paraninfo de la Universidad de Moscú se celebró una sesión solemne en el curso de la cual fue otorgado el título de Doctor honoris causa a Dolores Ibárruri, presidente del Partido Comunista de España.

El Rector de la Universidad, académico Iván Petrovski, declaró en su intervención: «Los trabajos de Dolores Ibárruri, presidente del Partido Comunista de España, son un libro de cabecera no sólo para el que quiera conocer la historia del movimiento comunista y obrero español, sino también sobre cuestiones de estrategia y táctica del movimiento comunista y obrero mundial». Y el Rector enumeró los principales trabajos de Dolores Ibárruri, publicados en diferentes revistas de teoría marxista, su gran labor al frente de la comisión que ha redactado el compendio de la Historia del Partido Comunista de España, su aportación a la aplicación del marxis-

El aumento de riqueza y de poder de la burguesía era un hecho dentro del marco del desarrollo industrial español, siempre en retraso respecto al de los grandes países industriales que habían tomado la delantera a España. Lo que no había cambiado en lo fundamental eran las duras condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera.

Cada nuevo desarrollo de las fuerzas productivas ahondaba los contrastes sociales y agudizaba los antagonismos entre las clases que cada día perfilaban más claramente sus contornos y su personalidad: la burguesía y el proletariado.

Habían pasado casi treinta años desde 1840, momento en que la clase obrera comenzó a organizarse para la defensa de sus intereses económicos, y a través de esforzada lucha, conquistado mejoras en el sistema de trabajo y en el salario.

Repercutía en España la lucha que se desarrollaba en los países burgueses que iban a la cabeza del desarrollo industrial y comercial. Y aunque los Pirineos se levantaban no sólo como una barrera geográfica sino política, España noera y no podía ser refractaria ni impermeable a los grandes movimientos económicos y políticos que estremecían a los pueblos de Europa en la segunda mitad del siglo XIX.

Huelgas obreras, motines populares, levantamientos campesinos, pronunciamientos militares, guerras civiles dejaban constancia de la agudeza de la lucha política y social en nuestro país. Y no era la esencia de la crisis que sacudía a los países capitalistas en ese tormentoso período cuando a la espalda de la burguesía estaba ya el proletariado lo que diferenciaba a España de otros países, sino el grado de desarrollo de la revolución burguesa. La revolución de 1868 y los acontecimientos posteriores evidenciaban que en España, como en otros países, maduraban ya las premisas para nuevas revoluciones en las cuales el proletariado había de jugar un papel determinante.

En la lucha que se desarrollaba entre la burguesía y el proletariado, un hecho se evidenciaba de manera permanente. La clase obrera poseía un elemento de triunfo. El número. Pero el número no es suficiente para cambiar la situación si no existe la conciencia de la fuerza, si los trabajadores luchan a ciegas, divididos, fraccionados, si no les une un fin común, concreto y determinado, si no están dirigidos por una teoría revolucionaria.

Las organizaciones obreras constituidas para la defensa de los intereses económicos de los trabajadores no expresaban más que un aspecto parcial de la lucha y de las crecientes aspiraciones de los hombres de la fábrica, del taller, de la mina, de las oficinas, de los escritorios, de los ferrocarriles, de los puertos. En el frente político, la clase obrera y los asalariados en general luchaban bajo una bandera que no era la suya, por unos fines que no eran los

---

mo-leninismo en las condiciones específicas de España. «Teniendo en cuenta el destacado papel de Dolores Ibárruri en el desarrollo de la teoría marxista revolucionaria — dijo el académico Petrovski — el claustro de la Universidad de Moscú, a propuesta del profesorado de la Facultad de Historia, ha elegido por unanimidad a la camarada Dolores Ibárruri Doctor honoris causa en Ciencias Históricas de la Universidad de Moscú».

Al asociarse al homenaje tributado a Dolores Ibárruri con ocasión de su nombramiento, la Redacción de «NUESTRAS IDEAS» publica, en el presente número de la revista y en el siguiente, amplios fragmentos de un trabajo histórico redactado por Dolores Ibárruri en el transcurso de su labor al frente de la comisión que ha elaborado el compendio de la Historia del Partido Comunista de España.

suyos. Actuaban bajo la influencia ideológica burguesa; unas veces defendiendo la política de los progresistas, otras, de los demócratas, más tarde, de los republicanos de distintas tendencias.

Las condiciones habían madurado para que la clase obrera rompiese esta dependencia que la llevaba a sacrificarse por intereses ajenos y se constituyese ella misma en partido independiente con su propio programa, con sus propios objetivos.

Desde el poder la burguesía dictaba leyes en defensa de sus intereses; desde el poder la burguesía se servía del Ejército, de la justicia, de todo el aparato del Estado para aplastar las sublevaciones obreras y condenar a los que se rebelaban contra su tiranía, para imponer su derecho, el derecho de la fuerza y de la violencia sobre los trabajadores, sobre todo el pueblo.

La conquista del poder político era el gran objetivo hacia donde necesariamente habían de tender los esfuerzos y las aspiraciones de la clase obrera.

La necesidad de que ésta tuviera su propio partido de clase, de que la clase obrera participase en la lucha política con su propio programa, surgía inevitablemente en cada momento de la lucha. La clase obrera no podía esperar de la burguesía la solución de los problemas que le afectaban a ella directamente y que estaban en oposición a los intereses de la burguesía. La emancipación de la clase obrera sólo la misma clase obrera podía realizarla.

En el período que se extiende desde la revolución francesa hasta la Comuna de París, la burguesía va en todos los países de una forma más o menos rápida y completa estableciendo y consolidando su dominación. Sus éxitos la llevan a creer que ella representa la última palabra de la historia. Apenas es capaz de sospechar o suponer la posibilidad de un nuevo régimen social.

La aparición en la arena política, coincidiendo con la revolución de 1848, de una nueva doctrina del socialismo proletario, del socialismo marxista, concretada en el Manifiesto Comunista de Marx y Engels que proclama que el régimen burgués, como los diferentes regímenes que han existido en el desarrollo de la sociedad humana, es sólo un régimen transitorio, un paso hacia un nuevo régimen social más elevado, produce en las capas superiores de la burguesía explosiones de rabia histérica. Contra los partidarios y propagandistas del marxismo se desencadenan feroces persecuciones, se dictan leyes especiales, se adoptan rigurosas medidas.

Todo inútil. El socialismo marxista que sienta las bases de la revolución proletaria, que da a los hombres una concepción coherente del mundo inconcillable con ninguna superstición, con ninguna reacción, con ninguna defensa de la opresión burguesa; que aparece como el sucesor legítimo de todo lo que la humanidad ha creado de mejor en el siglo XIX en la filosofía alemana, en la economía política inglesa, en el socialismo francés, penetra en la propia intelectualidad burguesa; se abre camino en la conciencia de los trabajadores, se transforma en una fuerza material que ninguna ley de excepción puede destruir; se extiende por el mundo despertando a la lucha a las masas oprimidas y explotadas, se convierte en la bandera de lucha del proletariado mundial.

La constitución en Londres en 1864 de la Asociación Internacional de los Trabajadores, que recogía las aspiraciones del proletariado de todos los países en lo que éstas tenían de común dentro de las diferencias nacionales, formulándolas y concretándolas en un programa y en unos Estatutos generales, mostró a la clase obrera mundial las grandes perspectivas de acción política que se abrían ante ella.

En los Estatutos generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores, cuyos fundamentos políticos e ideológicos se levantaban sobre las teorías marxistas del Manifiesto del Partido Comunista, la clase obrera encontraba normas de acción que le permitían convertirse en una fuerza política decisiva en cada país.

Si el Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores terminaba con el llamamiento fraternal que encerraba en su brevedad «¡Proletarios de todos los países, uníos!», la inmensa trascendencia revolucionaria de la práctica del internacionalismo proletario, los estatutos de aquélla, y especialmente su introducción, era una permanente lección política para el proletariado internacional al que mostraba que su miseria no era un castigo bírrico del que no podría huir, sino el resultado de la acción de los hombres que era posible modificar y destruir.

La clase obrera española se pronuncia por el socialismo

Sobre España, que en menos de una generación había sostenido varias guerras, arrojado del trono a dos reinas y realizado diversas revoluciones, estaba fija la atención de Europa.

Los movimientos huelguísticos de la clase obrera y la brutalidad con que habían sido aplastados los intentos de las fuerzas democráticas de cambiar la situación política, despertaban la simpatía y el interés de la opinión progresiva mundial hacia los españoles.

La clase obrera, agrupada en la Asociación Internacional de los Trabajadores, expresaba su solidaridad a la clase obrera española y la invitaba a formar parte del movimiento obrero internacional, a ingresar en las filas de la Asociación.

Conócese ya por este tiempo en España el Manifiesto Comunista de Marx y Engels, traducido y publicado en el periódico «La Emancipación», de Madrid. Las ideas del socialismo científico encuentran eco y simpatía en los núcleos más avanzados de la intelectualidad y de la clase obrera, especialmente entre los obreros de Artes Gráficas de Madrid, entre los trabajadores de diferentes profesiones de Cataluña, del País Vasco y de Castilla.

Las ideas del socialismo utópico que habían jugado un papel en el despertar de las fuerzas más progresivas, eran desplazadas por el marxismo, que arraigaba en el terreno preparado por aquéllas, y cuya siembra y difusión era facilitada por la situación revolucionaria del país.

Enviado por la Asociación Internacional de los Trabajadores llegó a Madrid el diputado italiano José Fanelli con la misión de hacer conocer los objetivos de la Internacional y constituir la Sección española con los grupos que se mostraban partidarios de la gran organización obrera.

El primer núcleo español de la Primera Internacional o Asociación Internacional de los Trabajadores se fundó en Madrid el 21 de diciembre de 1868. Los hombres

que componían este grupo fueron Angel Mora, Anselmo Lorenzo, Francisco Oliva, Manuel Cano, Tomás Gonzáles Morago, Enrique Simancas y Francisco Mora. El grupo formado tomó el nombre de Sección Central de la Internacional en España y puede considerarse como el iniciador del movimiento político proletario español. (1)

En 1869 fue constituído en Barcelona, por el mismo Fanelli, un grupo idéntico al madrileño que pronto se convirtió en la organización de la Internacional más importante de España.

El primer año de existencia de las secciones de la Internacional fue un año de tanteos, de esfuerzos por hacer compatible sus aspiraciones con las de los partidos republicanos, con los cuales habían participado en los diferentes movimientos revolucionarios.

Pero comprendiendo por fin que la emancipación de los trabajadores era obra de los trabajadores mismos, decidieron los internacionalistas romper sus relaciones de dependencia de los partidos burgueses, y en diciembre de 1869 publicaron un manifiesto dirigido al proletariado español incitándole a formar sus propias organizaciones de clase independientes de los partidos republicanos burgueses.

De cómo habían madurado las condiciones para la organización nacional de la clase obrera es gráfico exponente el crecido número de centros de sociedades obreras que respondieron al llamamiento de los internacionalistas.

A sus proposiciones se adhirieron los centros federales de sociedades obreras de Barcelona, Valencia, Cádiz y Palma de Mallorca. Y muy pronto, el movimiento internacionalista se vio reforzado por las nuevas secciones de la Internacional, constituídas en Alcoy, Bilbao, Valladolid, Vitoria, Villafranca de los Caballeros, Santander, Brihuega, Cañaveral, Arcos de la Frontera, Lora del Río, Logroño, Santoña y Cartagena. En Mallorca se organizaron las secciones de Manacor, Pollensa, Luch Mayor y otras.

En Madrid, la Sección Central, que como su nombre indica era el núcleo organizador dirigente, organizó 23 sociedades obreras, esforzándose por dar unidad política y organizativa a este movimiento que se desarrollaba entre la clase obrera con gran entusiasmo y combatividad. Para ello propuso la celebración de un congreso obrero que se celebró en Barcelona y fue el primer Congreso nacional de la clase obrera española.

El Congreso, al que acudieron 90 delegados representando a 150 sociedades obreras, inició sus tareas en junio de 1870. Y al examinar los nombres de las localidades representadas, destaca entre ellos las de aquellas villas en las que existían concentraciones obreras importantes, junto a los pueblos agrícolas testigos de las grandes luchas compesinas de un período todavía reciente.

Arahal, la villa donde apenas diez años atrás había sido diezmada su población trabajadora por la bárbara represión de Narváez, aparecía junto a las grandes villas y pueblos catalanes como Barcelona, Igualada, Manresa, Tarragona, Reus, Sans, Tortosa, Uldecona, Pueblo Nuevo, San Andrés, Sabadell, San Feliú, Sarriá, Vals, Vich, Cambrós; junto a los representantes de las organizaciones de Cartagena, Alcoy, Madrid, Jerez, Valencia, Valladolid y otras.

En este primer Congreso del proletariado español se constituyó la Federación Regional Española de la Asociación Internacional de los Trabajadores; se aprobaron los Estatutos generales de la Asociación que más tarde fueron refrendados en la

(1) El movimiento socialista y societario en España durante el siglo XIX. Francisco Mora.

Conferencia de Valencia, y se nombró un consejo federal que debía residir en Madrid hasta la celebración del segundo Congreso.

Y si tanto en relación con los Estatutos como en distintas resoluciones hubo unanimidad entre los delegados, no ocurrió así en lo relativo a la actitud que las secciones de la Internacional debían adoptar con relación a la participación de la clase obrera en la política.

Una parte importante de los delegados, frente al abstencionismo político propugnado por la mayoría, se pronunciaba por mantener el derecho de la clase obrera a participar en la lucha política y defender los derechos políticos conquistados a precio de sangre por tantos heroicos trabajadores caídos en la lucha.

Muchos de los delegados que se pronunciaban por la participación de la clase obrera en política, frente al abstencionismo de los otros, consideraban que la clase obrera debía participar en la lucha política, pero que por su falta de experiencia debería hacerlo bajo la bandera de los partidos republicanos. A su vez, la reacción apolítica de los trabajadores sencillos se producía por las amargas experiencias sufridas en todas las luchas del pasado junto a los partidos burgueses.

En una y otra posición había una parte de razón; pero sólo una parte. Era justa la posición de los que no querían participar en la lucha política en dependencia de los partidos burgueses. Pero no era justa su posición de mantener a la clase obrera al margen de la lucha política.

Era justa la participación de la clase obrera en política. No lo era su participación en esa lucha política en dependencia de los partidos burgueses.

Faltó la síntesis que conciliase ambos extremos: la formación del partido del proletariado que defendiendo los intereses y aspiraciones de éste, participase en la lucha política, no en dependencia de ningún partido burgués, sino con una política independiente netamente clasista.

Refiriéndose a los errores y las debilidades de este período, Francisco Mora, en la historia del socialismo obrero español, dice lo siguiente: «En esta primera etapa de la Internacional española, el entusiasmo de los propagadores de las nuevas ideas que muchas veces llegó a las fronteras de la osadía, suplió la falta de medios de todas clases.

... Huérfanos de toda dirección intelectual desinteresada, combatidos por las tendencias absorbentes de los republicanos que querían entonces como ahora uncir la clase obrera al carro de su república burguesa, y no percibiendo con claridad toda la extensión de la lucha de clases hasta llevarla al terreno político, constituyendo un partido de clase que luchara en todos los terrenos y según las circunstancias por la conquista del poder ... se lanzaron por el despeñadero de la abstención política que tantas contradicciones y desengaños había de producir hasta que aleccionados por la experiencia volvieron al camino que desde luego debieron emprender».

A pesar de sus debilidades, e incluso de sus errores, como el referente a la abstención en política, el Congreso de Barcelona constituyó un paso gigantesco en la organización del proletariado español.

El Congreso ponía fin a la dispersión de la clase obrera. Las antiguas sociedades obreras con vida independiente y aislada se reunieron en centros federativos; se constituyeron nuevas sociedades obreras y la prensa obrera hizo su aparición ayudando a la propaganda, a la organización y a la formación de la conciencia de clase del proletariado.

Un nuevo sentimiento se desarrollaba en la conciencia de las masas explotadas españolas, el de la solidaridad proletaria, antes desconocido, espíritu de solidaridad que no se concretaba a la ayuda a los trabajadores del pueblo o de la localidad más próximos y afines por profesión. Era una solidaridad combativa, era una solidaridad de clase, eran los primeros brotes del internacionalismo proletario.

Las huelgas que declaraban los obreros de una rama industrial ya no eran huelgas que podían ser aplastadas impunemente. En ayuda de los huelguistas acudían sus hermanos de clase, independientemente de su profesión.

La clase obrera española ya no se sentía aislada detrás de los Pirineos, sino como parte integrante del proletariado internacional; se sentía solidaria de las luchas de los trabajadores de todos los países y la madurez de su conciencia se manifestó en un hecho simple pero expresivo, en la ayuda prestada a los mineros de Silesia en huelga durante largas semanas.

A los tres meses de celebrado el Congreso de Barcelona se constituyó definitivamente la Federación Regional Española de la Internacional, que agrupaba a las federaciones locales de Alcoy, Alella, Barcelona, Bilbao, Cádiz, Cartagena, Ferrol, Jerez de la Frontera, Málaga, Palma, Sanlúcar de Barrameda, Santander, Tenerife, Valencia y Valladolid.

Los periódicos de las Federaciones eran fundamentalmente «La Solidaridad», de Madrid; «La Federación», de Barcelona; «El Obrero», de Palma de Mallorca, y «La Voz del Trabajador», de Bilbao.

La victoria de la Comuna de París fue celebrada con extraordinario entusiasmo por los trabajadores españoles, estimulando en ellos el sentido del internacionalismo y la confianza en la futura victoria del socialismo.

La derrota de los comunalistas llevó aparejada una ola contrarrevolucionaria en todos los países. La burguesía se cobraba en sangre del pánico que la victoria de la clase obrera parisiense le había producido.

Con la caída de la Comuna se inicia en España por el gobierno Serrano Sagasta la persecución a los internacionalistas, obligando al Consejo Federal a emigrar a Lisboa. La estancia de los internacionalistas en Portugal ayudó a la fundación de la sección portuguesa de la Internacional, cuya dirección fue asumida por José Fontana y Antero de Quental que mantuvieron después cordiales relaciones con las secciones españolas de la Internacional.

En el Parlamento español fue puesta a debate la cuestión de la disolución de las asociaciones españolas de la Internacional, en cuya discusión intervinieron a favor de la Internacional Emilio Castelar, Pi y Margall, Salmerón y otros diputados, defendiendo elocuentemente el derecho de los obreros a tener sus propias organizaciones de clase, a pesar de lo cual la Internacional fue declarada fuera de la ley.

Al ser substituído el ministerio de Serrano por el de Luis Zorrilla, de nuevo comenzó el funcionamiento de las organizaciones obreras. En Valencia se celebró una Conferencia de las Secciones de la Internacional en substitución del Congreso que debía haberse celebrado en el mes de julio de 1871.

En esta conferencia se constató que a pesar de las persecuciones del gobierno Serrano Sagasta, la organización obrera no sólo no había disminuído, sino que había aumentado extraordinariamente. Se refrendaron los Estatutos aprobados en Barcelona, y de nuevo se acordó que el Consejo Federal, que había sido reelegido, residiera en Madrid.

Después de la Conferencia de Valencia, y a pesar de las dificultades que suscitaba el encono con que la organización obrera era perseguida por el gobierno, el movimiento organizado del proletariado crecía incesantemente y sus dirigentes preparaban las condiciones para la celebacrión del Congreso de la Regional española, a pesar de que la organización actuaba de una manera ilegal.

El 4 de abril de 1872 inició sus tareas el Congreso de Zaragoza, el Segundo Congreso de la Sección Española de la Asociación Internacional de los Trabajadores, en el que estaban representadas las federaciones de Barcelona, Sans, Gracia, Tarragona, Zaragoza, Valencia, Palma, Cádiz, Oviedo, Jerez de la Frontera, Constantina, Arahal, Sevilla, Madrid, Carmona, Bilbao, Valladolid, León, Reus, San Sebastián, Lérida, l'Olot, Aguilar, Manresa, Brihuega, Badalona, Mataró, Málaga, Alcalá de Henares, Mahón y Villa Carlos, prueba inequívoca del crecimiento de la influencia de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

De la extraordinaria acogida que entre la clase obrera hallaban las ideas marxistas de la Asociación son exponentes las cifras de las organizaciones que aparecían como adheridas a la Internacional. Existían 149 federaciones locales, constituídas o en vías de constitución. Esas federaciones se componían de 361 secciones.

Había, además, 13 localidades que enviaron adhesiones individuales; 12 uniones regionales constituídas y en constitución y 97 agrupaciones locales adheridas a esas uniones. Las secciones que componían estas agrupaciones eran 179.

El total de afiliados a la Regional española de la Asociación Internacional de los Trabajadores en 1872 era de más de 25.000 afiliados. (1)

Pero el desarrollo del movimiento obrero en España, como en otros países, no se realizaba sin lucha. Lucha contra la burguesía y contra la represión gubernamental y lucha fundamentalmente por dar a la clase obrera una dirección revolucionaria. Expresión de esta lucha en la Regional española de la Internacional fue el Congreso de Zaragoza.

En este Congreso la discusión más encarnizada se desarrolló de manera fundamental acerca de los Estatutos de la Federación española, acordados en el Congreso de Barcelona y refrendados en la Conferencia de Valencia, Estatutos que ligaban a las secciones locales con las Federaciones y a éstas con el Consejo Central Federal, que hacían de cada organización nacional parte integrante de la gran Asociación Internacional de los Trabajadores.

Esta discusión sobre los Estatutos no era de ningún modo una mera discusión formal sobre el articulado estatutario por que había de regirse la organización de la Internacional en España. Atañía a su propia existencia como organización de la clase obrera, ya que los enemigos de los Estatutos querían quitar al movimiento obrero el carácter organizado que tenía para hacer de la organización una amalgama de grupos dispersos autónomos sin ninguna disciplina ni base política, amalgama que debía representar la «gran protesta de los esclavos contra sus esclavizadores».

Y si bien los partidarios de la supresión de los Estatutos fueron derrotados en el Congreso de Zaragoza, en esta segunda asamblea nacional del proletariado español quedaron bien perfiladas las tendencias que se disputaban la dirección del movimiento obrero y abierto el camino para la división de sus filas, división que tanto ha influido en el retardo del desarrollo revolucionario en España.

(1) Historia del socialismo obrero español. Francisco Mora.

El bakuninismo, elemento disgregador del movimiento obrero

Para comprender por qué en el Congreso de Zaragoza el problema de los Estatutos era una cuestión de vida o muerte para la Regional española de la Internacional, es preciso retroceder al momento de la constitución de las Secciones españolas de la Asociación Internacional de Trabajadores.

La creación en Londres en 1864 de la Primera Internacional que agrupaba a los núcleos más avanzados de la clase obrera europea y americana, constituyó un paso decisivo en la organización del proletariado y en la toma de conciencia de éste como la clase que estaba llamada a ser la enterradora de la burguesía. El programa de la Asociación Internacional de los Trabajadores, como ya se ha señalado, se basaba en el Manifiesto Comunista de Marx y Engels, que habían dado un golpe decisivo al socialismo utópico y al proudhonismo y convertido el socialismo de utopía en ciencia.

Refutadas todas las teorías socialistas anteriores por la implacable lógica marxista confirmada por el impetuoso desarrollo del capitalismo, las viejas ideas pequeñoburguesas del período artesanal se resistían a desaparecer y surgían de nuevo bajo el refulgir de una fraseología detonantemente demagógica, vivificadas por el anarquista ruso Miguel Bakunin, que propugnaba un igualitarismo anticientífico, antirrevolucionario, de espaldas al proceso del desarrollo económico y a la realidad social.

Frente a la Asociación Internacional de los Trabajadores, que llevaba varios años actuando, Bakunin levantó la Alianza de la Democracia Socialista, disputando a la primera la dirección del movimiento obrero nacional e internacionalmente y contra la que luchaba sin reparar en medios.

«La Alianza de la Democracia Socialista creada por Miguel Bakunin — dice Francisco Mora en su Historia del movimiento socialista y societario español — era una sociedad de origen burgués. No era hija de la Internacional como algunos han supuesto, sino un vástago impuro de la Liga de la Paz y de la Libertad, fundada por la burguesía republicana en oposición a la Internacional. La Internacional estaba ya bien organizada y seguía su marcha ascensional cuando Bakunin tuvo la idea de representar el papel de emancipador del proletariado».

Este carácter burgués, o pequeñoburgués, de la Alianza de la Democracia Socialista se reflejaba en sus propios postulados.

Mientras la Internacional propugnaba la abolición de las clases y la transformación de la propiedad privada de los medios de producción en propiedad social, la Alianza bakuninista defendía la «igualdad de las clases».

Mientras la Internacional luchaba por la organización del proletariado en un partido político distinto y opuesto a todos los partidos organizados por las clases poseedoras y consideraba que la conquista del poder político es el gran deber del proletariado sin lo cual no es posible el establecimiento del socialismo, la Alianza se pronunciaba contra la intervención de la clase obrera en política, dejando completamente libre el terreno de la actividad política en cada país a la burguesía y confundiendo a la clase obrera sobre la meta fundamental de su lucha y sobre los caminos para llegar a esta meta.

Mientras la Internacional mostraba la necesidad e inevitabilidad del Estado proletario en la forma de dictadura del proletariado, después de derrocado el

capitalismo, para aplastar la resistencia de las clases desplazadas del poder y organizar la sociedad sobre una nueva base en el período de transición del capitalismo al socialismo, la Alianza se pronunciaba contra toda forma de Estado, incluso contra el Estado proletario, cuya necesidad surge del propio desarrollo de la lucha revolucionaria.

Frente a las teorías científicas del marxismo que expresan los intereses vitales del proletariado como la clase más revolucionaria de la sociedad, y cuya esencia fundamental es la doctrina de la dictadura del proletariado, los bakuninistas oponían una mezcolanza de conceptos y frases entre las que destacaba como dogma fundamental la célebre liquidación social que debía consistir en un golpe fulminante que destruyera a la vez el capitalismo y el Estado, levantando sobre sus escombros «la anarquía jurídica y política».

Una de las tesis preferidas de los bakuninistas, que entraba además en flagrante contradicción con su famosa liquidación social, era la abolición de la herencia como el medio más eficaz de llegar al comunismo.

En todas las declaraciones bakuninistas, programas y catecismos, esta cuestión ocupa uno de los lugares centrales. Bakunin sostenía que la abolición del derecho de herencia por vía legal, dentro del marco del Estado burgués, sería el punto de partida de la revolución socialista.

Esta panacea abolicionista fue sometida por Marx a una crítica incontestable y demoledora:

«Como todo derecho civil en general, dice Marx en un documento presentado en Basilea en 1869, las leyes sobre la herencia no son la causa sino la consecuencia, la expresión jurídica de la actual organización económica de la sociedad, basada en la propiedad privada de los medios de producción... Nosotros tenemos la obligación de luchar contra la causa y no contra las consecuencias, contra la base económica y no contra su superestructura jurídica... Considerar la abolición del derecho de herencia como punto de partida de la revolución social, significaría apartar a la clase obrera de la posición desde la que realmente hay que emprender el ataque contra la sociedad actual ... Esto sería erróneo en el terreno de la teoría, yreaccionario en la práctica». (Marx y Engels. Obras Compl., Tomo 13, Parte I., Págs. 336—337. Edic. rusa).

El bakuninismo apelaba al pequeño burgués expoliado por el gran capitalismo, empobrecido y desclasado por el desarrollo industrial. Pero ni en Inglaterra ni en Alemania estas clases ejercían ya la menor influencia, desplazadas por el crecimiento capitalista. Ello explica la razón por la cual la influencia del bakuninismo se reflejara principalmente en los países latinos, donde el desarrollo del capitalismo representaba para los artesanos y campesinos que se arruinaban no ya la proletarización, sino el pauperismo.

La clase obrera organizada no era considerada por Bakunin como la clase de vanguardia, sino como una clase estancada, como un obstáculo en el camino hacia la liquidación social. El estimaba primero el lumpen proletariado que «une en sí la pobreza y la desesperanza y la pasión revolucionaria»; luego, los estudiantes pobres «el mundo instruído de la juventud alegre y sin escrúpulos», y por fin, los bandidos «que guardan el recuerdo de las ofensas al pueblo». Exigía la destrucción del autoritarismo, es decir, de la disciplina y de la centralización en la Internacional; exigía que la clase obrera reemplazase su organización por la anarquía, precisamente en el momento en que todas las fuerzas reaccionarias de la vieja,

Europa se coaligaban contra el movimiento comunista y se esforzaban por aniquilar la Internacional.

Los bakuninistas sostuvieron una lucha desesperada contra el marxismo en tres cuestiones fundamentales: Primero, en la cuestión de la dictadura del proletariado, a la que Bakunin oponía su programa de la desintegración universal; Segundo, en la cuestión de la lucha política de la clase obrera, Bakunin exigía el abstencionismo político; Tercero, en la cuestión del papel de un partido proletario centralizado y disciplinado, Bakunin niega esta necesidad con su teoría antiautoritaria y su práctica desorganizadora y conspirativa.

Por ello, el problema de los Estatutos de la Regional Española de la Internacional que tan apasionadamente se discutía en el Congreso de Zaragoza, era, como ya se ha señalado, cuestión de vida o muerte para la organización. En aquella fase del movimiento obrero, la tarea central de los revolucionarios proletarios era precisamente la de la organización de la clase obrera para su lucha política, para su formación y preparación con vistas a los combates futuros por la dictadura del proletariado y por el socialismo.

Y los que en el Congreso de Zaragoza querían suprimir los Estatutos de la Internacional y hacer de las Secciones de ésta grupos de conspiradores, como lo hicieron años más tarde sin ningún control de la clase obrera y sirviéndose de ésta para la realización de los «altos fines» del bakuninismo, eran miembros de la Alianza bakuninista, típicos representantes de la pequeña burguesía, como lo confirmó el propio Anselmo Lorenzo, el patriarca del anarquismo español, sin ninguna formación política revolucionaria y viviendo un tanto al margen de las verdaderas necesidades de la clase obrera.

Si la Regional española era la Sección Nacional de la Asociiaón Internacional obligada a acatar sus principios, aunque independiente en lo referente a su actividad política nacional, ¿cómo se explica que en la propia dirección de esta Regional actuasen de forma decisiva los partidarios de Bakunin que representaban la antítesis de los principios internacionalistas?

La respuesta es sencilla. Cuando en 1868 Bakunin ingresó en la Internacional con su Alianza, se comprometió públicamente a disolverla y a aceptar los principios de la Internacional. Pero Bakunin no fue sincero, y no sólo mantuvo la Alianza como organización secreta dentro de la Internacional, sino que se sirvió de las Secciones nacionales de ésta para la difusión del anarquismo.

Cuando la Alianza bakuninista ingresó en la Internacional, a sus hombres se les trató, como era lógico, con confianza y con respeto en un plan de igualdad. Esto explica por qué el Consejo General de la Internacional envió a España a Fanelli, que era un antiguo miembro de la Alianza e íntimo amigo de Bakunin, a ayudar a las organizaciones obreras españolas a constituirse como secciones de la Internacional.

Y Fanelli, siguiendo las instrucciones de Bakunin, al mismo tiempo que ayudaba a la constitución de las Secciones de la Internacional, introducía en ellas la manzana de la discordia y de la división creando en el interior de aquéllas los grupos secretos bakuninistas con el pretexto de salvaguardar la organización legal de los golpes policiacos. Pero, en realidad, estos grupos aliancistas «debían servir de base para el reclutamiento de partidarios de la Alianza y de medio de someter a la influencia de Bakunin todo el movimiento obrero». (Carlos Marx sobre la Alianza bakuninista).

La primera sección de la Alianza bakuninista en las filas de la Regional española se constituyó en Barcelona a mediados de 1869 y rápidamente se transformó

en el centro de propaganda anarquista en el país, en cuya tarea jugó un destacado papel el periódico «La Federación», de Barcelona, órgano de prensa de la sección catalana de la Internacional y que se publicó desde agosto de 1869 hasta 1874.

Y en honor a la verdad es necesario decir que la actividad bakuninista fue favorecida no tanto por la capacidad propagandista y de maniobra de los allancistas, sino por la excesiva simplicidad de los internacionalistas, que en su propia honestidad política no conceblan el doble juego de los bakuninistas que los habían enrolado en las filas de la Alianza y a los que servían de cobertura.

La lucha de los bakuninistas por conquistar la dirección del movimiento obrero se desarrollaba en las secciones regionales de cada país y en el propio centro de la internacional.

En la Conferencia de la Internacional celebrada en Londres en agosto de 1871 los bakuninistas, apoyándose en la fuerza de las secciones española, francesa e italiana, trataron de imponer su criterio sobre diferentes cuestiones y especialmente en orden al abstencionismo de la clase obrera en política, pero fueron derrotados.

En aquella Conferencia intervino activamente Engels defendiendo los principios tácticos de la Internacional. «En la mayoría de los países — dijo Engels — el Partido obrero existe ya como partido político y no somos nosotros quienes vamos a destruirlo predicando la abstención política... Nosotros queremos acabar con las clases; ¿de qué medio valernos para lograrlo? De la dominación política del proletariado. Y la revolución es el acto supremo de la política. Qien así lo reconozca debe tender a los métodos de lucha y a las acciones políticas que eduquen a los obreros para la revolución...»

Sobre la base de las orientaciones de Marx y Engels, la Conferencia de Londres adoptó una resolución relativa a la acción política de la clase obrera cuyo punto central decía lo siguiente: «Contra el poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado sólo puedo actuar como clase si se organiza en partido político distinto a todos los viejos partidos organizados por las clases poseedoras y opuesto a ellas... La organización de la clase obrera en partido político es indispensable para asegurar la victoria de la revolución social y el triunfo de su objetivo final: la abolición de las clases...» (La Conferencia de Londres de la Primera Internacional).

Los acuerdos de la Conferencia de Londres constituyeron una derrota para los bakuninistas, que no por ello cesaron en sus intentos de imponer su criterio en las organizaciones nacionales de la Internacional.

En la Conferencia de Londres fue denunciada la actividad disgregadora de la Alianza en el interior de las organizaciones de la Internacional. Ante el conocimiento de este trabajo fraccional, antisocialista, la Conferencia declaró que la actuación de la Alianza era un fenómeno anormal dentro de la Internacional contra el que se pronunciaban abiertamente tanto el Consejo General como la mayoría de las Federaciones.

Esta declaración de la Conferencia causó gran impresión en la Federación española, que se sintió burlada por los bakuninistas. Y muy pronto comenzó en el seno de las Secciones españolas la lucha contra los que tan groseramente habían abusado de la buena fe de los trabajadores españoles presentándoles la Alianza secreta como una necesidad que la Internacional aprobaba, lo que llevó a enrolarse en las filas de la Alianza secreta incluso a los hombres más honestos y mas fieles a la Internacional, tras los que se amparaban los bakuninistas para combatir a ésta

Con razón pudo decir Engels a su amigo Juno en carta escrita el 23 de abril de 1872: «Ahora se aclara que en España en el seno de la Internacional existe tranquilamente, bajo la dirección de Bakunin, la Alianza de la Democracia Socialista en calidad de sociedad secreta, dirigida no contra el gobierno, sino contra las masas trabajadoras».

La lucha contra el bakuninismo

En vísperas del Congreso de Zaragoza los internacionalistas comenzaron a pronunciarse contra la política bakuninista y a favor del restablecimiento de los principios de la Internacional. La primera voz que se alzó públicamente contra la falsificación de estos principios, realizada por los bakuninistas, fue la del internacionalista José Mesa, combatiente socialista de bien probadas convicciones, amigo de Marx y de Engels, a los que había conocido en su emigración en Londres, y que fue el primer traductor en España del Manifiesto Comunista.

José Mesa, en nombre de los redactores del periódico «La Emancipación», órgano del Consejo Federal español, escribió en noviembre de 1871 un artículo publicado en dicho periódico en el que se decía lo siguiente: «No hemos afirmado nunca que la clase obrera o la Asociación Internacional, representante de las aspiraciones del proletariado, deban renunciar a toda lucha política. Al contrario; afirmamos que la clase obrera debe tener su propia política, una política que concuerde con sus intereses y responda a sus legítimas aspiraciones, que no tenga nada de común con la política de un partido burgués».

Esta toma de posición de los internacionalistas, no anarquistas, que rompía con la actitud mantenida hasta entonces por las organizaciones bajo la presión de los aliancistas, y que expresaba la comprensión de la necesidad del partido político independiente de la clase obrera y la ruptura con el economismo y el apoliticismo, sacó de quicio a los aliancistas que decretaron la expulsión de los redactores de «La Emancipación» que se atrevían a exponer un criterio distinto al suyo.

A pesar de estas expulsiones, la posición posterior del periódico fue aún más claramente definida al declarar que se solidarizaba con las decisiones de la Conferencia de Londres acerca de la participación de la clase obrera en política y afirmando que actuaría conforme a estas decisiones que respondían a los intereses de la clase obrera, y que mostraba la indisolubilidad de la lucha política y económica del proletariado.

La aprobación de los Estatutos en el Congreso de Zaragoza y la reafirmación de los acuerdos de la Conferencia de Valencia que marchaban en la dirección de los acuerdos de la Internacional expuestos en la Conferencia de Londres, infligieron una derrota a los bakuninistas que resultó aún más resonante porque el Congreso declaró ilegal y anuló la expulsión de los redactores de «La Emancipación», eligiendo a dos de los expulsados para el Consejo Federal de la Regional.

A través de los resultados del Congreso de Zaragoza pudo creerse que los aliancistas, respetando los acuerdos soberanos de éste, actuarían de acuerdo con la voluntad expresada por la mayoría aplastante de los delegados de las organi-

zaciones. Quienes tal creyeron no conocían a los aliancistas. El nuevo Consejo General elegido en el Congreso de Zaragoza estaba en su mayoría compuesto de aliancistas emboscados que desde aquel momento comenzaron a imponer su sello a toda la actividad de la Regional Española.

Ante esta situación, un grupo de miembros del Consejo Federal anterior que eran aún miembros de la redacción del periódico «La Emancipación», y que en el Congreso de Zaragoza habían presentado una moción exigiendo la disolución de la Alianza, a la que ellos mismos habían pertenecido como dirigentes, enviaron a todas las secciones de la Internacional en España una circular en la cual, después de declarar que liquidaban su sección como grupo secreto de la Alianza, proponían a todas las organizaciones seguir su ejemplo.

«La Alianza — decían en esta circular — se ha apartado del camino que a juicio nuestro tenía que seguir en nuestro país. Ha desvirturado la idea de nuestra organizacion que le dió vida. En lugar de ser parte integrante de nuestra gran Asociación, elemento activo que impulsa hacia adelante a las diferentes organizaciones de la Internacional, ayudándolas y facilitando su desarrollo, la Alianza se ha transformado en algo así como una organización superior, una organización aparte que trata de subordinar todo. Con ello ha introducido en nuestros medios la desconfianza, la discordia y la escisión».

Esta circular estaba firmada por los hermanos Mora, Luis Castell, Pajes, Saenz, Calleja, Pauli, Mesa y Pablo Iglesias. Es decir, por el grupo fundacional del Partido Socialista. La publicación de este documento fue el pretexto esgrimido por los bakuninistas para excluir de la sección madrileña a José Mesa, Saenz y Calleja.

Al conocer estas exclusiones, los restantes miembros de la redacción, junto con Lafargue que había llegado a Espña para salvarse de las persecuciones policiacas desencadenadas contra los heroicos combatientes de la Comuna, intervinieron en una reunión general de la Federación Madrileña, en la cual denunciaron la existencia secreta de la organización aliancista en el interior de la organización de la Sección Española de la Asociación Internacional de los Trabajadores y los objetivos de aquella organización.

«Nos han engañado una vez más los hombres de la Alianza bakuninista, y queremos advertiros de ello. Como todo poder oculto, la Alianza, gracias a la impunidad que le da este secreto, influye activamente sobre todas las decisiones de los Congresos, de las reuniones de las secciones, federaciones y Consejos más de lo que vosotros podéis imaginaros. Organizada en jerarquías, al igual que la masonería, esta sociedad se compone de varias sociedades, cada una de las cuales está sobre la otra, de tal manera que las organizaciones superiores dirigen las inferiores sin que éstas se den cuente de ello. Las organizaciones de la Asociación Internacional son utilizadas para las maquinaciones de la Alianza. La mayoría de los aliancistas españoles no saben en qué medida ellos se encuentran bajo el poder de altas fuerzas secretas, y que cuando ellos quieren adoptar una resolución contra una consigna recibida de Suiza, o mantener su libertad, levantarse contra la tiranía que les oprime, son víctimas de los más feroces ataques, se les priva de todos sus amigos, como ha ocurrido con nosotros. Disponemos de todos los testimonios necesarios para demostrar la verdad de todo lo que afirmamos...

...Cuando un Consejo local o un Comité se dispone a tomar cualquier decisión que no conviene a la Alianza, los miembros de ésta advertidos previaménte, se reúnen y adoptan una decisión por la cual no sólo están obligados a votar, sino a buscar entre los miembros de la Federación quien apoye sus proposiciones y ase-

gure de este modo la mayoría. Por esto, en nuestra Asociación tienen lugar cosas tan extrañas, que ninguno de nosotros puede explicarse. Basta una orden del centro secreto, el cual se encuentra bajo influencia desconocida, posiblemente bajo la influencia de un gobierno burgués, para que inesperadamente cambie la orientación de la Alianza y de todas las organizaciones que se encuentran bajo su influencia. Y no es posible permitir que nos engañen más. Nosotros, trabajadores, debemos saber adónde vamos, y qién nos dirige. Es necesario que estos elementos burgueses, cuyo objetivo es la destrucción de la Asociación Internacional, desaparezcan para siempre de las filas de nuestra organización».

El grupo de excluidos por los aliancistas, por su fidelidad a los principios de la Asociación Internacional de los Trabajadores, constituyeron la Nueva Federación Madrileña que fue admitida en las filas de la Asociación por el Consejo de Londres y reconocida y representada más tarde en el Congreso de La Haya por Lafargue.

Los periódicos de la organización española de la Asociación Internacional de los Trabajadores eran entonces: «La Emancipación» y «El Condenado», en Madrid; «La Internacional», en Cádiz; «La Razón», en Sevilla; «La Voz del Trabajador», en Bilbao, y «El Eco de los Trabajadores», en San Sebastian. «La Federación», en Barcelona.

Muy pronto, los acontecimientos que se desarrollaron en España iban a poner sobre el tapete las acusaciones ciertas o infundadas de los internacionalistas contra los bakuninistas y demostrar la esterilidad del anarquismo para resolver los problemas de la revolución. Mas a pesar de la parcial victoria de los bakuninistas, un hecho quedaba en pie que no podía ser borrado ni desfigurado por ninguna falacia bakuninista: las primeras organizaciones obreras internacionales independientes de los partidos burgueses se levantaron en España por la propia voluntad y decisión de los trabajadores, inspiradas en los principios del marxismo, en los principios del comunismo expuestos por Marx y Engels en el Manifiesto Comunista y que constitulan la base ideológica de la Asociación Internacional de los Trabajadores a la cual se mantuvieron adheridas las organizaciones españolas, hasta la disolución de aquélla.

Y fueron más tarde estas ideas las que impulsaron la constitución del Partido Socialistia y de la gran organizac ón sindical obrera, la Unión General de Trabajadores, al descomponerse el movimiento obrero dirigido por los bakuninistas como consecuencia de la represión gubernamental, pero también por la inanidad y el empirismo de sus concepciones sobre las formas de organización y lucha de la clase obrera.

El movimiento cantonalista

El movimiento cantonalista fue una nueva demostración de lo insostenible del apoliticismo bakuninista, de la falsedad del abstencionismo político.

¿Qué significó este acontecimiento, tan conocido en el movimiento obrero internacional por la crítica razonada y justísima que de él hizo Federico Engels, uno de los fundadores del socialismo científico, mostrando a la clase obrera «cómo no debe hacerse la revolución»?

El nueve de febrero de 1873, el rey Amadeo de España renunció a la corona. El día 12 de ese mismo mes fue proclamada la República. Inmediatamente estalló en las provincias vascongadas un nuevo levantamiento carlista.

El 10 de abril fue elegida una Asamblea Constituyente y el 8 de junio se proclamó la república federal. Al mismo tiempo se eligió una comisión encargada de redactar el proyecto de la nueva Constitución, de la que fueron excluídos los republicanos extremistas llamados intransigentes.

Cuando el 3 de julio de 1873 se proclamó la Constitución, ésta no iba tan lejos como los republicanos intransigentes pretendían en cuanto a la división de España en cantones independientes.

Los republicanos intransigentes se alzaron contra la Constitución y contra la República en aquellas regiones en donde tenían influencia, especialmente en donde tenía fuerza e influencia la Alianza bakuninista, es decir, la clase obrera organizada bajo la dirección anarquista.

En los días 5 a 11 de julio los cantonalistas intransigentes triunfaron en Sevilla, Córdoba, Granada, Málaga, Cádiz, Alcoy, Murcia, Cartagena y Valencia, e instauraron en cada una de estas ciudades un gobierno cantonal independiente.

El 18 de julio dimitió la presidencia del gobierno Pi y Margall y fue sustituído por Salmerón, quien lanzó al ejército contra los cantonalistas derrotando a éstos tras ligera resistencia.

Ya el 26 de julio, con la caída de Cádiz, quedó restaurado el poder del gobierno en toda Andalucía y casi al mismo tiempo fueron sometidas Murcia y Valencia. En esta última ciudad se resistió con cierta energía a las fuerzas del gobierno.

Cartagena fue el último bastión del cantonalismo. Y lo fue porque este puerto militar, el más importante de España en aquella época, que había caído en poder de los insurrectos junto con la escuadra, estaba muy bien defendido y el gobierno no tenía interés en destruir su propia base militar.

El cantón independiente de Cartagena vivió hasta el 11 de enero de 1874, día en que capituló y se dio por terminado lo que Engels ha calificado de «ignominiosa insurrección».

Examinada a distancia la insurrección cantonal, lo primero que destaca es la combatividad de la clase obrera; una clase obrera mal dirigida y peor orientada, pero capaz de todos los sacrificios y tendiendo audazmente a la realización de lo que ella consideraba un paso hacia la libertad.

El propio Engels no se pronunciaba contra la lucha revolucionaria, sino contra la forma en que ésta fue llevada a cabo. Y no es casual que su folleto comentando ese acontecimiento histórico de tan lamentables consecuencias, como las tienen todas las derrotas de la clase obrera, se tituló «Cómo no debe hacerse una revolución».

Que el ambiente de España en aquellos momentos era propicio a profundas transformaciones revolucionarias lo demuestra la rapidez con que el movimiento cantonalista se extiende y triunfa en las principales ciudades españolas. Y el hecho de que en Cataluña no se produjese una explosión cantonalista, teniendo en cuenta las fuertes corrientes federalistas existentes, tiene una explicación: el estallido del descontento fue frenado con las promesas hechas desde el gobierno, ya que una gran parte de los ministros republicanos eran catalanes y el pueblo

y la clase obrera confiaban en que ellos resolviesen los problemas que vitalmente afectaban a Cataluña. Una demostración más de que el apoliticismo era una corriente extraña a los trabajadores en el centro fundamental del proletariado español, pero también la confirmación de que la burguesía no resuelve los problemas de su propia revolución.

La crítica que entonces hizo Engels, como la que hoy a distancia puede hacerse, de la participación de la clase obrera dirigida por los anarquistas en el movimiento cantonalista, es que fueron a aquella lucha no con sus proplos fines y bajo su propia bandera, sino a remolque de la burguesía republicana radical y sin ninguna preparación ni organización; bajo la dirección de los republicanos intransigentes rivales políticos de los hombres que estaban en la dirección del país.

Y si fue fácil extender y desarrollar el movimiento cantonalista porque la situación era revolucionaria, no le fue menos fácil al gobierno dominarla por la incapacidad de quienes dirigían el movimiento, independientemente del heroismo y de la audacia de las masas que participaban en la insurrección.

Existe un principio teórico clásico sobre la revolución: «La revolución no se hace, sino que se organiza». Para los cantonalistas y sus inspiradores espirituales, los bakuninistas, la organización no contaba. Para ellos sólo existía el ímpetu, la voluntad, la espontaneidad; pero estos factores, muy importantes para toda acción de masas, *si no existe la organización adecuada no bastan para hacer triunfar* y consolidar una revolución.

El movimiento cantonalista, como todas las luchas políticas que se desarrollaron en aquel período, pusieron de manifiesto la inanidad del apoliticismo bakuninista anarquista.

Las tesis bakuninistas sostenían que la clase obrera no debía intervenir en ninguna revolución que no fuese encaminada a la emancipación inmediata y total de la clase obrera; que la clase obrera no debía emprender ninguna acción política porque ello implicaba el reconocimiento del Estado y que por tanto la participación en las elecciones era un arma contrarrevolucionaria.

Todos los principios bakuninistas se venían al suelo al chocar con la realidad: fue primero el dogma del abstencionismo político y sobre todo del abstencionismo electoral; luego le llegó el turno a la abstención en revoluciones que no persiguiesen la inmediata emancipación proletaria, participando en un movimiento subversivo cuyo carácter burgués no podía ser ocultado; a renglón seguido le tocó el turno a la anarquía, a la abolición del Estado. En lugar de abolir el Estado en los cantones donde triunfaron, levantaron en cada uno un pequeño Estado, el suyo, independiente de los otros.

Y, finalmente, dieron una bofetada a su credo recién proclamado de que la instauración de un gobierno revolucionario no era más que un nuevo engaño y una nueva traición a la clase obrera, participando en las Juntas gubernamentales de los cantones, casi siempre como una minoría impotente, neutralizada y políticamente explotada por los burgueses.

«... Lo único que ha quedado en pie de los llamados principios de la anarquía, de la federación libre de grupos independientes, etc., ha sido la dispersión sin tasa y sin sentido de los medios revolucionarios de lucha, lo que permitió al gobierno dominar una ciudad tras otra con un puñado de tropas y sin encontrar a penas resistencia.

... En una palabra, los bakuninistas españoles nos han dado un ejemplo insuperable de cómo no debe hacerse una revolución». (Del folleto «Los bakuninistas en acción», de F. Engels).

El movimiento cantonalista asestó un golpe mortal a la república: facilitó el triunfo de la contrarrevolución monárquica, debilitó el movimiento obrero y retrasó la revolución democrática en más de cincuenta años. Estas fueron las consecuencias del «apoliticismo» anarquista y los resultados de una acción en la cual la clase obrera fue comprometida sin tener nada que ganar y sí mucho que perder.

La contradicción entre las palabras y los hechos de los anarquistas se repitió de nuevo en España en el transcurso de la guerra nacional revolucionaria contra la agresión militar fascista desde 1936 a 1939, mostrando una vez más lo insostenible de estas teorías frente a situaciones revolucionarias.

En este período, al igual que en 1873, los anarquistas dieron de lado sus teorías sobre el gobierno, sobre la política, sobre el Estado, sobre el Ejército, sobre todo lo que había constituído su base ideológica durante más de cincuenta años.

Ocuparon puestos en el ejército y en el aparato estatal; crearon su propia policía, jefes militares y ministros, no sólo en el gobierno central sino en los gobiernos autónomos de Cataluña y Euzkadi, y trataron de imponer un gobierno anarco sindicalista. Enemigos del capital, se incautaron en Aragón del dinero y de los bienes de los campesinos y crearon su propia moneda, con la que pretendían cubrir el descarado despojo de que habían hecho víctimas a los campesinos.

E independientemente de la heroica participación en la lucha contra la sublevación fascista de millares de obreros y campesinos anarcosindicalistas, la ideología anarquista, los motodos de lucha anarquistas, la «táctica» revolucionaria anarquista, no pudieron soportar la prueba de fuego, de la guerra, y mostraron su impotencia para resolver como correspondía los problemas que el desarrollo de la lucha revolucionaria suscitaba ante todo el pueblo.

Algunas consideraciones sobre el anarquismo

Las causas de la influencia del anarquismo entre la clase obrera y los campesinos españoles y el origen de esta tendencia ha sido objeto de múltiples polémicas, en las que se han expuesto las opiniones más diversas y peregrinas.

Las más difundidas han sido: la que considera el anarquismo como una expresión del individualismo español, y la que atribuye esta influencia de una manera determinante al poder de captación del anarquista italiano Fanelli.

Ambas opiniones son igualmente falsas, incluso ridículas, y no resisten al menor análisis.

Ante la primera opinión surge inmediatamente la pregunta: Si el anarquismo español es un producto nato del individualismo español ¿cómo se explica que el anarquismo no aparezca ni en los movimientos campesinos, ni en las luchas obreras desarrollados en España antes de la revolución de 1868?

Sobre el «poder de captación» de Fanelli se dan anteriormente suficientes referencias para comprender en qué consistía ese poder y cuáles fueron los métodos empleados por los anarquistas bakuninistas para introducirse en el movimiento obrero de España.

Es un hecho fácilmente comprobable por cualquiera que estudie el desarrollo de las luchas sociales, especialmente en la primera mitad del siglo XIX, que las primeras ideas socialistas que arraigan en las masas obreras y campesinas en Andalucía, en Cataluña y en Castilla es el socialismo utópico de Fourier; y es el comunismo de Cabet, que nada tiene de común con el individualismo y sí mucho de próximo al comunismo; y es, anterior a ellos, el colectivismo agrario del gran sociólogo español Flórez Estrada.

La floración anarquista se produce en España, como en otros países, por causas eminentemente ecónomicas y sociales, en el período de desarrollo industrial, cuando las máquinas arruinan la pequeña producción artesanal, cuando el desarrollo del capitalismo despoja a los campesinos de sus parcelas de tierra y los convierte en braceros.

¿Quiénes son esos hombres que forman en las filas del proletariado catalán, que constituyen esa inmensa muchedumbre que llega de Andalucía y de Extremadura hambrientos, desolados, sin hogar, sin tierra y sin esperanza?

Unos son artesanos empobrecidos por el desarrollo fabril y manufacturero: millares, decenas de millares de tejedores, tintoreros, hiladores, bobinadores, cardadores que trabajaban en sus casas por su cuenta y que ya no pueden continuar viviendo como antes. El empleo de las máquinas en la industria les arruina y les obliga a ir a trabajar a la fábrica a ganar un salario, a convertirse en proletarios.

Otros son campesinos despojados de sus tierras, arrojados de sus pueblos por las leyes desamortizadoras.

La conciencia de estos hombres no es proletaria; es burguesa. Odian la fábrica que les arruina; odian al Estado que les ha despojado con leyes inicuas de las tierras que eran su sustento. Estan contra todo y contra todos. Su rebeldía nace de su empobrecimiento. De ahí la aceptación que en esos medios tienen las utopías anarquistas sobre una sociedad estática, idealizada, compuesta de pequeños propietarios, de pequeños comerciantes y artesanos sobre la base del mutualismo y la cooperación, que les asegure una existencia independiente.

El anarquismo no es un fenómeno privativo de España. Y sus fuentes teóricas son inglesas. Su progenitor, William Godbin, en su obra «Investigaciones sobre la justicia de la política» niega en nombre de la llamada libertad individual la necesidad del Estado y de las leyes e instituciones políticas. En las ideas anarquistas de Godbin se expresa el estado de ánimo de la pequeña burguesía inglesa de finales del siglo XVIII que sufre de la revolución industrial y de la política antipopular del gobierno inglés.

Lo mismo sucede con el anarquista alemán Marx Stirner, que en su libro «El Unico y su propiedad» que tantos cerebros ha vaciado del sentido de lo real, expone parecidas ideas y llama a la revuelta universal contra todo lo que disminuye la libertad personal de cada «único». Es grito desesperado del pequeño burgués alemán desplazado por el industrialismo.

En España, el anarquismo responde a las mismas causas del tipo económico: el artesano convertido en proletario, el campesino despojado de sus bienes y

obligado a trabajar tierras ajenas, o a formar en las legiones de obreros fabriles duramente explotados, acepta ciegamente cualquier teoría que le permita mantener la ilusión de que aún puede recobrar la antigua posición, vivir por sus propios medios sin depender directamente de nadie con su profesión artesanal o su economía rural, natural.

El anarquismo no es una cuestión temperamental, sino un fenómeno social que se produce en los países débilmente desarrollados industrialmente en los que domina la pequeña burguesía, y que no arraiga más que muy raramente en los países capitalistas altamente desarrollados y con un fuerte proletariado industrial.

El anarquismo, como teoría, carece de una base científica. Se compone de una serie de aspiraciones ideales, tendentes a la reconstrucción de la sociedad sobre nuevos principios. Y lo absurdo de esas teorías es que, llamándose revolucionarias, niegan y rechazan la concepción social más revolucionaria, la que verdaderamente expresa y refleja en su realización la más honda, la más trascendental de las revoluciones: la instauración de la dictadura del proletariado, la organización política de la clase obrera como fuerza dirigente después de haber derrocado el poder de los capitalistas y de los grandes propietarios agrarios, y como instrumento de defensa de las conquistas revolucionarias de los obreros y de los campesinos en el período de transición del capitalismo al socialismo.

Las teorías anarquistas no arrancan del conocimiento de la acción de las leyes objetivas del desarrollo económico y de la lucha de clases como factores determinantes del desarrollo social, sino de principios abstractos, como la «libertad», la «igualdad» y la «justicia»: conceptos genéricos y eclécticos que admiten toda clase de interpretaciones en dependencia de quienes son los encargados de aplicarlos. De aquí que en la lucha por esa revolución social a que aspiran, los anarquistas desvían la energía y la actividad de las masas que siguen sus inspiraciones hacia una lucha estéril, sin perspectivas de victoria, atacando no las causas que ellos quisieran suprimir sino los efectos exteriores y visibles de esas causas.

Si nos atenemos a la teoría bakuninista que ha predominado en el anarquismo español, ésta no considera que sea el capital, y por consiguiente el antagonismo de clase entre los capitalistas y los obreros surgido como consecuencia del desarrollo social, lo que hay que extirpar, sino el Estado. Por este camino, los anarquistas españoles han librado como Don Quijote batallas contra los molinos de viento, mientras los verdaderos malandrines continuaban desarrollando sus malas artes y burlándose de su ingenuidad revolucionaria.

El Estado que es la organización de la fuerza, la organización de la violencia, surge en la sociedad dividida en clases antagónicas para defender y mantener los intereses de las clases que están en el poder.

Por ello, el fin fundamental de las clases oprimidas, de las clases explotadas en la sociedad capitalista, si verdaderamente quieren liberarse de la opresión y de la explotación, es la conquista del poder político, es la destrucción del poder político de la burguesía y la instauración de su propio poder, que no puede ser otro que la dictadura del proletariado. Esta dictadura significa la clase obrera organizada en Estado, la clase obrera organizada como clase dominante.

Los anarquistas rechazan esta tesis, que la experiencia histórica ha confirmado en la revolución socialista de Octubre de 1917 en Rusia, y en la de todos los países del campo del socialismo.

La diferencia entre las concepciones anarquistas y comunistas sobre el Estado consiste:

«1° En que los marxistas, proponiéndose como fin la destrucción completa del Estado, reconocen que este fin sólo puede alcanzarse después que la revolución socialista haya destruído las clases, como resultado de la instauración del socialismo, que conduce a la extinción del Estado; mientras que los anarquistas quieren destruir completamente el Estado de la noche a la mañana, sin comprender las condiciones bajo las que puede lograrse esta destrucción.

2° En que los marxistas reconocen la necesidad de que el proletariado, después de conquistar el Poder político, destruya completamente la vieja máquina del Estado, sustituyéndola por otra nueva, formada por la organización de los obreros armados, según el tipo de la Comuna; mientras que los anarquistas, abogando por la destrucción del Estado, tienen una idea absolutamente confusa respecto al punto de con qué ha de sustituir el proletariado esa máquina y cómo éste ha de emplear el poder revolucionario; los anarquistas niegan incluso el empleo del Poder estatal por el proletariado revolucionario, su dictadura revolucionaria.

3° En que los marxistas exigen que el proletariado se prepare para la revolución utilizando el Estado moderno, mientras que los anarquistas rechazan esto». (Lenin «El Estado y la Revolución»)

Después de las grandes transformaciones sociales que se han producido en los países en que ha triunfado la revolución proletaria, socialista, parece ocioso empeñarse en mostrar la necesidad que tiene la clase obrera de actuar en política, de tener su propio partido político, revolucionario, marxista, y de orientar toda su lucha hacia la conquista del poder político y la instauración de la dictadura del proletariado. Y sin embargo no es ocioso insistir sobre esto, sobre todo hoy, cuando el fin de la dictadura franquista se aproxima, porque en España la clase obrera industrial, los campesinos pobres, los obreros agrícolas y el pueblo en general están privados de derechos políticos y buscan caminos y orientaciones para el futuro. Las soluciones mesiánicas son las que con más facilidad prenden en las masas, y hay que impedir que el mesianismo pueda de nuevo paralizar la acción revolucionaria de los obreros y de los campesino desviándoles por falsos derroteros.

Esto es tanto más necesario cuanto que en la actualidad los dirigentes socialistas sobrepasados por los acontecimientos y sin voluntad socialista de rectificar viejos errores, caen de nuevo, como más de una vez lo hicieron en el pasado, en el terreno del apoliticismo y del economismo, buscando una alianza con las fuerzas anarcosindicalistas, no para destruir el poder del capitalismo, sino para reafirmarle; no para hacer la revolución socialista, sino para impedirla, tratando de oponer una barrera a la influencia del comunismo, tratando de arrastrar al pantano reformista a las viejas y nuevas fuerzas del anarcosindicalismo.

¿Cuáles han sido los principios fundamentales del anarcosindicalismo, que es la expresión más proletaria del anarquismo, desde que en España se constituyó la Confederación Nacional del Trabajo, y que al parecer se inclinan a aceptar ciertos dirigentes socialistas?

1° Para terminar con el poder del capital, los obreros deben organizarse en sindicatos profesionales rechazando la idea de un partido político de la clase obrera.

2° Por medio de la lucha política, especialmente de la lucha parlamentaria, la clase obrera no conseguirá nada y sólo hará el juego a la burguesía. La organización en partido político de la clase obrera no es necesaria porque distrae al proletariado de las luchas económicas.

3° Los sindicatos son los únicos instrumentos hábiles para dirigir la lucha revolucionaria de la clase obrera. Para el derrocamiento del capitalismo el arma fundamental de la lucha debe ser la huelga general.

4° Después del derrocamiento del régimen capitalista, la clase obrera no crea ningún Estado y los sindicatos, de órganos de lucha contra el capital, se convierten en órganos de dirección de la industria y de toda la vida del país.

¿Es ésta la táctica y los métodos que han de liberar a la clase obrera de la explotación capitalista, que han de llevar a esa sociedad comunista sin clases y sin Estado en que han soñado generaciones de anarquistas sin lograr realizar sus sueños?

Evidentemente, no; al comunismo, a la sociedad sin clases y sin Estado sólo puede irse por el camino que muestra la teoría revolucionaria del socialismo proletario, la teoría marxista-leninista; al comunismo sólo puede irse por el camino de la dictadura del proletariado y del establecimiento del Estado socialista, como primera etapa de la sociedad comunista.

Después de 1911, en que se constituye la Confederación Nacional del Trabajo, hasta 1920, el movimiento anarcosindicalista recibe en sus filas en España a lo más combativo de los obreros y campesinos, como reacción contra el abandono cada vez más acusado de las posiciones de clase por el partido socialista. Y en luchas huelguísticas de envergadura nacional, fracasadas todas a pesar de la combatividad obrera, el anarquismo muestra que ni su táctica ni sus principios hacen avanzar un solo paso a la clase obrera y a los campesinos pobres en el camino de su emancipación.

Al lado de la experiencia nacional está la experiencia internacional que es abrumadora. Ella muestra que si el partido político de la clase obrera es imprescindible en el período de lucha por la destrucción del poder burgués, lo es igualmente en el período de construcción de la sociedad socialista.

Las experiencias de muchas revoluciones muestran que la huelga general, principal mecio de lucha del anarcosindicalismo, no es, ni con mucho, suficiente para el derrocamiento del régimen existente, incluso cuando se trate de cambios de tipo democrático burgués. Y mucho menos para el derrocamiento del capitalismo y la instauración de la dictadura del proletariado. El ejemplo de la República de 1931 es un ejemplo sencillo pero significativo. La monarquía no fue derribada por medio de una huelga general, sino por el ejercicio de un derecho democrático, el voto, en las elecciones del 12 de abril de 1931, preparadas por una intensa actividad huelguística de la clase obrera en el último período de la dictadura primorriverista.

La huelga general puede dar un golpe a la camarilla dirigente, obligarla a hacer una u otra concesión, pero no es capaz de destruir el poder de una clase determinada.

Para la victoria contra la burguesía, además de las condiciones objetivas que se producen independientemente de la voluntad de los revolucionarios, no bastan las organizaciones sindicales. Es necesaria la existencia de un partido fuerte con

influencia en las masas, que comprenda claramente sus fines, temple sus cuadros dirigentes en la lucha de cada día y prepare a las masas para el choque decisivo contra el capital.

La historia, repetimos, no conoce ni un solo caso en que con una huelga general se haya derrocado el régimen capitalista. Pero conoce, en cambio, el ejemplo de la revolución victoriosa de Octubre de 1917, dirigida por el Partido Comunista; el ejemplo de China, el ejemplo de todos los países del campo del socialismo, en los que los partidos comunistas estrechamente ligados y fundidos con la clase obrera, con los campesinos pobres y obreros agrícolas, con la intelectualidad progresiva, con la burguesía nacional, apoyándose en los sindicatos y en todas las organizaciones obreras y progresivas, han dirigido la lucha victoriosa por el derrocamiento del poder de los capitalistas y terratenientes, y establecido, de diversas formas, la dictadura del proletariado, como base del establecimiento del socialismo.

En la negación de la necesidad del partido del proletariado para la lucha por la emancipación total de la clase obrera, los anarcosindicalistas entran en contradicción con su propia práctica.

Para la realización de los grandes movimientos huelguísticos, los anarcosindicalistas, reconociendo implícitamente que por determinadas premisas históricas la conciencia revolucionaria de la clase obrera no es igual en los diferentes grupos de trabajadores, aceptan la necesidad de una minoría consciente, grupos específicos en unos casos, comités en otros, para la dirección de esos movimientos. Esta minoría iniciadora asegura la organización y en muchos casos el éxito de la huelga o de todo movimiento de masas del proletariado y constituye de hecho una fuerza política dirigente, un partido en embrión. Lógicamente, si la presencia y existencia de esta minoría activa aumenta las probabilidades de victoria en una lucha temporal, la transformación de esta minoría en un fuerte y disciplinado partido que actúa permanentemente, educando y orientando a los trabajadores, es una necesidad que se impone por sí sola, ya que la lucha no cesa. Y la existencia de esa organización política de lo más activo, de lo más consciente y combativo de la clase obrera favorece el aprovechamiento de todos las condiciones revolucionarias para el derrocamiento del capitalismo a condición de que la actividad de ese partido u organización política se apoye, no en abstracciones y en filosofías abstractas, sino en la acción de las leyes que determinan el desarrollo de la sociedad.

Actualmente no puede ya caber ninguna duda de que no sólo no es posible acabar con el capitalismo por medio de una huelga general, sino que después de la victoria del proletariado sobre la burguesía tampoco es posible mantenerse en las posiciones conquistadas sin crear una fortaleza, el Estado proletario, defendido por la dictadura del proletariado.

La guerra civil en Rusia después de la revolución de Octubre de 1917; el triunfo de la contrarrevolución en Hungría y en Alemania en 1919; los intentos de la contrarrevolución en Checoslovaquia en 1948, y los acontecimientos de Hungría en 1956 son palmaria demostración.

La experiencia ha demostrado que al tomar el proletariado el poder se ve obligado a defender sus conquistas en una lucha permanente y a veces sangrienta, y necesita por ello crear su propio ejército, sus fuerzas armadas, crear el aparato necesario para hacer frente a las tentativas enemigas, administrar la economía y organizar sobre nuevas bases la vida y la economía del país.

La propia lucha de clases exige la unificación en un centro único de dirección de las distintas formas del movimiento proletario, sindicatos, cooperativas, organizaciones mutualistas, etc. Un centro de esta naturaleza que unifique y dirija la actividad general del proletariado puede constituirlo solamente el partido político. La negativa a crear y afianzar este partido del proletariado, así como la negativa a participar en él, significa de hecho rechazar la unificación de los destacamentos revolucionarios del proletariado, que actúan en diferentes terrenos de la lucha, significa renunciar a la lucha por el socialismo.

El anarquismo y el anarcosindicalismo en España, descontando la abnegación y espíritu de sacrificio de las masas obreras y campesinas que creían en ellos apasionadamente, y a los que sacrificaban la libertad y la vida, han sido sin embargo una escuela de derrotas para la clase obrera y los campesinos.

Y es lógico suponer que la clase obrera española no querrá repetir de nuevo la experiencia y pagar un precio tan elevado para aprender, otra vez, que el anarquismo, al no apoyarse en la acción de las leyes objetivas del desarrollo económico y de la lucha de clases como factores que determinan el desarrollo social, al no tener en cuenta las condiciones materiales de vida de la sociedad y las relaciones de producción que deben ser cambiadas, no puede orientar ni dirigir la lucha de las masas por el comunismo ni conseguir la victoria de éste.

Nos lleva a creer que el pasado no se repetirá, aparte de los cambios que se han producido en el mundo, el hecho de que los hombres más honestos del anarcosindicalismo, los más ligados a las masas obreras y campesinas abandonan las ilusiones sobre el anarquismo, y arrojando sus viejas ideas sobre la disciplina del partido y sobre el Estado, marchan decididos al encuentro del Partido Comunista y se colocan contra la dictadura de los monopolios imperialistas y a favor de la dictadura del proletariado.

El triunfo de la contrarrevolución

La derrota del cantonalismo que llevó aparejada la derrota de la república y una dura represión contra el movimiento obrero, abrió el camino a la victoria de la contrarrevolución. En 1874 fue restablecida la monarquía borbónica en España. Con ello se cerraba una larga etapa de luchas y de revoluciones burguesas y en la cual, por causa de su debilidad y de sus vacilaciones, la burguesía no logró imponer plenamente su predominio político sobre las fuerzas representativas del viejo orden feudal.

No obstante, en el transcurso de esas luchas, la burguesía conquistó importantes posiciones en la dirección del país. Fue liquidado el absolutismo y establecidas las bases de un régimen constitucional burgués.

Sobre la marcha de las distintas revoluciones que se desarrollaron en España en el siglo XIX y muy especialmente en la revolución de 1868/1873, las dos clases en presencia, terratenientes y burguesas aspirando a la dirección del país, habían llegado a mutuos compromisos y a un cierto entrelazamiento de intereses que si

no ponían fin a la lucha por la hegemonía en el interior del bloque terrateniente burgués, constituido como respaldo de la monarquía, hacían esta lucha menos cruenta. Depusieron sus rivalidades para hacer frente al crecimiento del movimiento obrero, que a pesar de la ilegalidad y persecuciones continuaba desarrollándose, y ampliándose la influencia de las ideas socialistas entre núcleos cada día más importantes de la clase obrera.

La formación del bloque terrateniente burgués sobre el cual se asentaba la restauración monárquica significaba la victoria de las fuerzas terratenientes feudales y la capitulación de la burguesía, la renuncia de ésta a realizar una profunda reforma agraria, como base de la realización de la revolución democrática.

La burguesía española, sometiéndose a la hegemonía de la aristocracia terrateniente, traicionaba la causa de la democracia en general, y en particular la de los campesinos, a los que dejaba bajo el dominio de las castas feudales. Esto era tanto más grave cuanto que en la lucha de la burguesía contra el régimen feudal los campesinos son los aliados naturales de la burguesía democrática, sin los cuales ésta es impotente frente a la reacción.

Los acontecimientos internacionales, y especialmente el triunfo de la Comuna de París estaba vivo en el recuerdo de los trabajadores españoles estimulándoles en sus luchas por la libertad y contra la reacción. España era un país en el que la revolución brotaba por todos los poros de la sociedad. Desde 1840 a 1873 dos reinas habían sido destronadas; un rey obligado a renunciar al trono; una república establecida. La gravedad de la situación política a pesar de las temporales victorias de las fuerzas reaccionarias era indiscutible.

Pero faltaba — como se demostró en la lucha entre bakuninistas y socialistas — la fuerza dirigente, el partido del proletariado. La ausencia de este partido hizo posible que una situación revolucionaria no se convirtiese en una verdadera revolución y que las fuerzas de la contrarrevolución, terratenientes y burgueses, estableciesen entre ellas un compromiso que se reforzó en años posteriores. Sobre la base de este compromiso fue posible la restauración monárquica con la que se inició un período de relativa estabilidad, que se prolongó con ligeras alternativas más de medio siglo.

Quedaba como clase principal dominante, en el reagrupamiento de las fuerzas reaccionarias, la de los grandes terratenientes latifundistas. Una capa reducida de la gran burguesía participaba en el poder y sus intereses eran tenidos en cuenta en la política general del Estado, aunque mediatizados e intervenidos por los intereses de los grandes propietarios agrarios. Si los intereses de la burguesía entraban en conflicto con los intereses de los latifundistas, éstos no vacilaban en sacrificar los intereses burgueses.

Reflejo de esta situación es la lucha entre librecambistas y proteccionistas, en la que los primeros imponen su criterio con evidente e irreparable daño para el desarrollo industrial que es frenado por la invasión de mercancías y máquinas extranjeras, con las que no puede competir la incipiente industria española.

Con la restauración monárquica se conservó la masa principal de la propiedad de los grandes latifundistas y los principales pilares de la vieja estructura feudal, lo que entrañaba, en el triunfo de la contrarrevolución, el predominio agrario en el bloque dinástico.

Con la participación de un número cada día más importante de propietarios latifundistas en las actividades industriales, bancarias y comerciales, se llega a

un entrelazamiento de intereses entre las dos clases dominantes que se refleja en el terreno político con la constitución del partido conservador y del partido liberal, que unidos en la defensa de sus intereses particulares organizaron la rotación pacífica en la gobernación del país por ambos partidos.

En el período de relativa estabilidad política que se inicia con la restauración monárquica, el desarrollo capitalista recibe un nuevo impulso y el movimiento obrero de inspiración socialista se extiende por el país, mientras disminuye la influencia bakuninista. Bajo la presión de este movimiento ascensional de la clase obrera, el gobierno se ve obligado a realizar ciertas reformas en la legislación y la clase obrera aparece en la arena política como una fuerza de clase independiente.

Antonio PAZ

«MATER ET MAGISTRA» Y LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

DESDE FINALES del siglo pasado y en varias ocasiones la Santa Sede ha enunciado los principios sociales del cristianismo presentándolos como el único medio de solucionar la llamada «cuestión social»; y ello pese a que en los dos mil años de existencia que tienen tales principios en poco han contribuído a solucionar los problemas sociales de la humanidad.

Quizá uno de los reproches que con más frecuencia se dirigen al cristianismo es su incapacidad para mejorar la vida terrena. Pero, ¿es justo tal reproche? ¿Acaso se propone esto la religión? Un cristiano tipo Tolstói, o la mayoría de los protestantes responderían en forma negativa recordándonos la frase evangélica: «Mi reino no es de este mundo». Para ellos el fin de la religión no es, ni podría ser, conseguir un orden temporal mejor. La religión fundada en la fe, en el amor, en la espontaneidad y en la intimidad sería incompatible con la coacción y formalismo necesarios para establecer un orden terreno. Entre el mundo de Dios y el mundo del César el abismo sería infranqueable.

Personalmente creemos que esta interpretación resulta más acorde que la católica con el espíritu del cristianismo primitivo (1); numerosos pasajes de los Evangelios parecen ir en tal sentido: «¿ Quién me ha puesto entre vosotros para dirimir herencias?», dice Cristo; en la parábola de los obreros y la viña, la bondad y la gracia priman sobre el problema del derecho y la justicia, y el obrero contratado la XI hora recibe la misma paga que los que han trabajado toda la jornada (Mat. XX, 1, 16). El cristiano, este ser que según la definición clásica vive en el mundo pero no es del mundo, sufre un desgarramiento, lleva una doble vida: celestial y terrenal. En cuanto a la primera se trata del reino de la gracia, de la gratuidad, de la caridad. La segunda, en cambio, es el mundo del derecho, del formalismo, de la coacción, de la justicia humana, y en cuanto perteneciente a ella el cristiano debe violar constantemente los principios de la primera. Ya Marx preguntaba: «¿Acaso cada instante de vuestra vida práctica no desmiente vuestra teoría? ¿Consideráis injusto acudir a los tribunales cuando se os perjudica? Pues

(1) La conciliación del reino de Dios con el del César se llevaría a cabo con la aceptación oficial del cristianismo. Vid. A. Robertson: «The Origins of Christianity», Ed. Lawrence and Wishart Ltd., Londres, 1953, cap. VIII.

el Apóstol ha escrito que es injusto. ¿Ponéis la mejilla derecha cuando se os golpea la izquierda o más bien intentáis un proceso por vías de hecho? Pues el Evangelio lo prohibe. ¿Pedís una justicia racional en este mundo, no murmuráis a la menor elevación de un impuesto, no os indignáis ante el más ligero ataque a vuestra libertad personal? ¿Es que no se os ha dicho que los sufrimientos temporales no son nada en comparación con el esplendor de la vida futura, que resignarse al sufrimiento y que colocar la felicidad en la esperanza son las virtudes cardinales? La mayoría de los procesos que emprendéis y de vuestras leyes civiles ¿no se refieren a la propiedad? Pues se os ha dicho que vuestros tesoros no son de este mundo.» (2).

El divorcio entre uno y otro mundo va a reconocerlo el Cardenal Suhard cuando en su Pastoral de 1949 sobre el sacerdocio habla de «una larga y gruesa muralla que separa en dos campos cerrados la Iglesia y la ciudad de los hombres ... Todo se desarrolla como si el cristianismo no apuntase sino a un país ficticio». Y es que, en efecto, el carácter de alienación propio del mundo religioso se refleja en el hecho de que la aplicación de sus normas a todos los actos de la vida práctica, de ser posible, convertiría al creyente en un monstruo. La religión es un mundo ficticio, es «la fantástica realización de la esencia humana, porque la esencia humana carece de verdadera realidad». La miseria real y profana se expresa en las ilusiones religiosas a través de las cuales los hombres protestan contra esa miseria; de ahí que, para los marxistas, se haga necesaria la crítica de la religión pues «la superación de la dicha *ilusoria* del pueblo es la exigencia de su dicha *real*. Exigir sobreponerse a las ilusiones acerca de un estado de cosas vale tanto como exigir que se abandone un estado de cosas que necesita de ilusiones» (3).

Sin embargo la Iglesia Católica no se ha limitado a dar normas para la salvación eterna, sino que además, a través de su «doctrina social», ha fijado las directrices para lograr un ordenamiento más justo de este mundo. Tal doctrina, si bien dice contar con el apoyo sobrenatural (4), afirma también basarse en criterios racionales profanos pues «tiene como fundamento la ley natural» y, en consecuencia, «hace un llamado a la razón» (5). Ello nos autoriza a hacer una crítica que no se limite a negar que la Revelación pueda ser una fuente de verdad sino que vaya a comprobar hasta qué punto tal doctrina es capaz de solucionar los problemas sociales. La pretensión de la Iglesia de que sus enseñanzas sociales se basan en criterios racionales hace que podamos usar contra las mismas argumentos profanos sin por ello salirnos del terreno de una crítica inmanente.

¿La Iglesia aliada de los explotadores?

Numerosas veces los Papas han protestado contra la acusación que se hace a la Iglesia de ser aliada de los explotadores. Pío XII, por ejemplo, se levantaba

(2) Marx y Engels: «Sur la Religion», Ed. Sociales, París, 1960, págs. 35—36.

(3) Marx: «Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel» (1844)

(4) Aunque deriva del Magisterio ordinario de la Iglesia y, por tanto, no vincula a los católicos tan fuertemente como las enseñanzas del Magisterio extraordinario — un dogma de fe, por ejemplo —, la Encíclica «Humani Generis» ha establecido: «A lo que es enseñado por el Ministerio ordinario se aplica también la palabra: «Quien os escucha, me escucha» (Luc. X, 16)». Por su parte, Pío XII ha afirmado que la doctrina social «es obligatoria, nadie puede apartarse de ella sin peligro para la fe y el orden moral» (Alocución a los participantes en el Congreso de Acción Católica Italiana, 29 abril 1945).

(5) Mgr. Guerry: «La Doctrina Sociale de l'Eglise», Ed. Bonne Presse, París, 1960, págs. 11 y 40.

contra lo que llamaba «la atroz calumnia de que la Iglesia es la aliada del capitalismo contra los trabajadores» (6) y afirmaba, en cambio, que «la Iglesia es la abogada, la protectora, la madre de los trabajadores» (7).

Claro está que nos sería fácil multiplicar los ejemplos de casos en que la Iglesia ha obrado como el más celoso guardián del capital frente a los movimientos obreros y, remontándonos en la historia, pasar revista a las veces que, en vergonzosa colusión con los poderes establecidos, ha servido de muro contra los movimientos revolucionarios. Sin embargo tal argumento, que para cualquier materialista serviría para desvirtuar las afirmaciones del Papa, sería rechazado por los católicos que verían con horror esta «plebeya invocación a una supuesta experiencia contradictoria» (Kant), y que en todos estos casos no verían sino una multiplicidad de errores humanos que en nada afectarían a la única Iglesia sobrenatural y verdadera — *error multiple, veritas una*. Empero el problema no es si tal o cual Papa ha cometido errores, ni ha de buscarse su solución en las flaquezas de la naturaleza humana; hemos de ver, más bien, cuál es la función social que la religión desempeña. Y a este respecto no cabe duda de su gran papel como freno social, como medio para contener la subversión. Los más hábiles políticos se han percatado de ello: «En la religión yo no veo el misterio de la encarnación sino el del orden social», decía Napoleón. «Cuando un hombre muere de hambre al lado de otro que rebosa le es imposible aceptar esta diferencia si no hay una autoridad que le diga: Dios lo quiere así, debe haber pobres y ricos, pero pronto y durante la eternidad el reparto se hará de otra forma» (8).

Nada tiene de raro, por tanto, que el obrero al ser revolucionario sea al propio tiempo ateo y que, como lo reconoce un católico francés, la mentalidad obrera se oponga «al catolicismo tal como pueda ser socialmente vivido hoy por los mejores cristianos» (9).

Origen histórico de las Encíclicas sociales

Los católicos pretenden que las ideas directrices de sus doctrinas sociales «no se han elaborado bajo la presión de circunstancias contemporáneas, no recogen contingencias históricas» (10), sino que son intemporales, de validez absoluta y universal por derivar de dogmas religiosos eternos.

---

(6) Discurso por el X aniversario de la Asociación cristiana de trabajadores italianos, 1 mayo 1955.

(7) Alocución al I Congreso italiano sobre trabajo femenino, 15 agosto 1945.

(8) Las citas se podrían multiplicar. Chateaubriand: «¿Un estado político en el que individuos tienen millones de ingresos en tanto que otros mueren de hambre, puede subsistir cuando no está allí la religión con sus esperanzas fuera de este mundo para justificar el sacrificio?». Y el jefe del partido católico francés, Conde de Montalambert, declaraba en la tribuna de la Asamblea Nacional salida de las represiones antiobreras de 1848: «¿Cuál es hoy el problema? Inspirar el respeto a la propiedad a quienes no son propietarios. Ahora bien, yo sólo conozco una receta para inspirar ese respeto, para hacer creer en la propiedad a quienes no son propietarios: es hacerles creer en Dios». (Citas de Jean-Claude Poulain: «L'Eglise et la classe ouvrière», Ed. Sociales, Paris, 1961, págs. 18—19).

(9) Georges Suffert: «Les catholiques et la gauche», Ed. François Maspero, Paris 1960, pág. 66.

(10) Jean Villain, S. J.: «La Enseñanza Social de la Iglesia», Ed. Aguilar, Madrid, 1957, pág. 21, citando a Henri Lorin.

Nada es sin embargo más inexacto. Las Encíclicas de los Papas referentes a la «cuestión social» obedecen a circunstancias históricas concretas y a la presión de determinados acontecimientos frente a los cuales los Pontífices elaboraron una política. Sin conocer el contexto histórico y social es imposible comprender el significado de esos documentos.

La primera vez que la Iglesia toma oficialmente posición frente a los problemas de los trabajadores es en la Encíclica *Rerum Novarum*, de 15 de mayo de 1891 (11); esto es, después de casi un siglo de explotación capitalista. Es cierto que ya anteriormente algunos católicos habían comenzado a participar en la actividad social, bien sea como consecuencia del influjo que sobre ellos ejercieron algunas corrientes de socialistas utópicos, bien sea como culminación de los estudios de ciertos sectores de la nobleza que provocaron el movimiento que fue atacado en el *Manifiesto Comunista* bajo el nombre de «socialismo feudal». Tal movimiento, que odiando el mundo moderno ha debido aparentar, para granjearse simpatías, perder de vista sus intereses y presentar su resquisitoria contra la burguesía en el solo interés de la clase obrera explotada, es el que más fuertemente va a influir sobre *Rerum Novarum* (12).

La época en que ésta se redacta se caracteriza por un gran aumento del movimiento revolucionario: fundación de la II Internacional, lucha mundial por la jornada de ocho horas, celebraciones tumultuosas del 1° de mayo, unificación de las fuerzas socialistas en nuevos partidos, intensificación de los movimientos sindicales, etc., etc. El fin que León XIII se propone con la Encíclica es claramente político: denunciar el nuevo orden de cosas liberal que tan peligrosas concecuencias revolucionarias desata y lograr una alianza entre el viejo mundo feudal y la burguesía, bajo la inspiración de la Iglesia, en la lucha contra el peoletariado. Critica al socialismo y al liberalismo que lo ha engendrado: «la revolución (burguesa — A. P.) ha producido la división de la sociedad como en dos castas, entre las cuales ha abierto un abismo» (13). Pero en vez de propugnar la superación del régimen capitalista, el Papa propone la vuelta al «orden» medieval en el que la sociedad estaba constituída en forma «orgánica» y «armónica» y del que se expresa con verdadera nostalgia: «destruídos en el pasado siglo los gremios de obreros, sin ser sustituídos por nada, y al haberse apartado las naciones y leyes civiles de la religión de nuestros padres ...» (14).

Por lo demás, el tono general de la Encíclica puede muy bien describirse con las palabras con que Marx y Engels caracterizaron el «socialismo feudal»: «tiene de queja y de libelo, es a la vez eco del pasado y anuncio del futuro, conmueve a veces a la burguesía mediante una crítica amarga, espiritual, sangrienta, parece siempre cómico por su impotencia total para captar la marcha de la historia moderna» (15).

Parte interesante de la Encíclica es aquélla en la que se propugna la creación de sindicatos cristianos. En ellos espera el Papa encontrar la base de masas nece-

(11) La Encíclica «Mater et Magistra» dice refiriéndose a ésta: «Ciertamente no era la primera vez que la Sede Apostólica bajaba a la arena de los intereses terrenos en defensa de los miserables. Otros documentos del mismo León XIII habían ya allanado el camino». Lo cierto es que en tales documentos sólo de pasada se tocan temas sociales y que la «defensa de los miserables» se reduce a una serie de ataques a las fuerzas revolucionarias.

(12) Sobre tales corrientes véase Giorgio Candeloro: «La Doctrine Sociale Chrétienne et l'Encyclique Rerum Novarum», en «Recherches Internationales à la lumière du marxisme», N° 6, marzo-abril de 1958, págs. 112—119.

(13) «Rerum Novarum».

(14) Id.

(15) «Manifiesto Communista».

saria para su proyecto de crear un bloque dirigido por los representantes de la nobleza feudal antiliberal que llegue a un compromiso con la burguesía, atemorizada ante las fuerzas revolucionarias, para volver a una ordenación semifeudal. Mediante tal procedimiento la Iglesia esperaba recobrar la situación de supremacía que había perdido a partir de las revoluciones liberales.

En 1931 aparece *Quadragesimo Anno*. La situación ha cambiado: el capitalismo de libre concurrencia ha sido sustituído por el capitalismo monopolista, el liberalismo por el imperialismo. El Papa, esta vez Pío XI, ataca a éste y continúa defendiendo como única solución el establecimiento de un orden orgánico, corporativo de la sociedad que, desgraciadamente, va a hacerse identificar con el corporativismo de Mussolini. La Santa Sede decide jugar la carta fascista: la Iglesia identifica la organización corporativa de la sociedad por ella propugnada con el régimen fascista por el que Pío XI no oculta su entusiasmo. El Papa termina una descripción sumaria del mismo de la siguiente manera: «la huelga está prohibida; si las partes no pueden ponerse de acuerdo interviene la magistratura. Basta un poco de reflexión para comprender las ventajas de esta organización aunque la hayamos descrito sumariamente: la colaboración pacífica de las clases, la represión de las organizaciones y de los intentos socialistas, la acción moderadora de una magistratura especial» (16). Y no duda en ofrecer para encuadrar las corporaciones fascistas a «aquellos de Nuestros hijos que la Acción Católica educa exquisitamente» (17). Que los fascistas no aceptaran tal proposición y que su régimen fuera derrotado en la II Guerra Mundial, con su consecuente desaparición, son hechos ajenos a la voluntad de la Santa Sede.

«Mater et Magistra»

El 14 de julio del pasado año se daba a conocer la nueva Encíclica con que la Iglesia se propone «resolver la cuestion social en forma más en consonancia con nuestro tiempo» (18). Comienza con una larga enumeración de las innovaciones ocurridas en los últimos veinte años y que exigían una toma de posición del Romano Pontífice: descubrimientos científicos y técnicos (energía nuclear, producción sintética en química, automatización, vuelos interespaciales, etc.), y cambios ocurridos en el campo social y político (proceso de descolonización, despertar de la conciencia de grandes masas, etc.). No se hace alusión sin embargo a la existencia de un sistema socialista a escala mundial y este olvido resulta tanto más extraño cuanto a él se deben gran parte de las innovaciones a las que el Papa acaba de pasar revista. Tampoco se habla de la derrota sufrida por el régimen fascista en quien tantas esperanzas puso la Santa Sede.

Pese a todo es indudable que Juan XXIII ha comprendido bastante bien la nueva situación y, en consecuencia, ha decidido abandonar las ilusiones sobre la creación de un orden corporativo y adaptarse a la nueva ideología dominante en el mundo occidental. La derrota en la II Guerra Mundial de los regímenes de

(16) «Quadragesimo Anno».
(17) Id.
(18) «Mater et Magistra». La fecha con la que aparece publicada es, sin embargo, 15 de mayo de 1961. Empleamos el texto español publicado en la Revista del Estudio General de Navarra «Nuestro Tiempo», N° 86—87, agosto—set. 1961

Alemania e Italia basados en la alianza de la burguesía monopolista con la nobleza agraria, marca el fracaso de la concepción corporativa y hace que la hegemonía pase a los Estados basados en el dominio exclusivo del capital financiero y los grandes monopolios. La nueva ideología dominante será la del capitalismo monopolista de Estado, la del «neocapitalismo» con todas sus teorías reformistas. Juan XXIII se adapta hasta tal punto a ella que puede decirse con razón que la nueva Encíclica «constituye una tentativa de ofrecer a la clase dirigente de la sociedad neocapitalista la ideología oficial del momento» (19).

Claro está que para adaptarse al reformismo burgués han de hacerse, por parte del Papa, algunas concesiones aunque sean de forma y renunciar al lenguaje retórico y medieval lleno de excomuniones y amenazas propio de las Encíclicas anteriores y en el que la burguesía no cree demasiado. Así se explica la mayor abundancia de argumentos profanos usados en *Mater et Magistra* y el lenguaje en muchas ocasiones casi técnico que tanto ha extrañado a la mayoría de los comentaristas del nuevo texto.

La descripción que en él se hace del mundo actual es la propia del «neocapitalismo»: «desarrollo de los sistemas de seguros sociales y en algunas comunidades políticas económicamente desarrolladas, la instauración de sistemas de seguridad social»; «creciente movilidad social y la consiguiente reducción de los diafragmas entre las clases»; «extensión y profundización de la acción de los poderes públicos en el campo económico-social», etc. (20). En una palabra, un capitalismo que pierde sus caracteres de inhumana explotación, que establece «relaciones humanas» entre el obrero y el empresario, que hace desaparecer las diferencias de clase y que, respetando la libre empresa, admite una intervención del Estado en materia económica y social con la que espera asegurarse contra toda crisis y garantizar el progreso.

Pero en tan idílica descripción se olvida que si en algunos de los países occidentales y en ciertos casos los obreros han conseguido un mayor bienestar, ello se debe, sobre todo, a los combates de la clase obrera. Se olvida también que son esos mismos combates los que han obligado al Estado a promulgar las leyes sociales — leyes cuya insuficiencia es notoria —, y que tanto los patronos como el Estado están dispuestos a violarlas cuando los obreros abandonan su lucha. Juan XXIII no dice que la intervención del Estado para evitar las crisis económicas se lleva a cabo en forma de inflaciones, gastos militares o planes de «estabilización» cuyo peso cae sobre las clases populares; ni que dicha intervención estatal consiste, en la mayoría de los casos, en dar mayores privilegios a los monopolios. En cuanto a la «movilidad social», la desaparición de las diferencias de clase y las «human relations» son temas sobre los que los marxistas hemos hablado ya en las mismas páginas de esta revista, demostrando su carácter ilusorio.

Si bien el Papa adopta una nueva línea política, no por ello rompe bruscamente con las anteriores Encíclicas ni reniega de ellas; así se afirma que «los principios cuidadosamente profundizados, las directivas históricas y las paternas instancias contenidas en la Encíclica de Nuestro Predecesor (se refiere a *Rerum Novarum* — A. P.) conservan todavía su valor» (21). De lo que se trata es de «recalcar y precisar puntos de doctrina ya expuestos por Nuestros Predecesores

---

(19) Paolo Santi: «Dalla Rerum Novarum alla Mater et Magistra», en «Il Contemporaneo», N° 40, set. 1961, pág. 41.
(20) «Mater et Magistra».
(21) Id.

y juntamente explanar el pensamiento de la Iglesia sobre los nuevos y más importantes problemas del momento» (22).

La ambigüedad que de la coexistencia de líneas políticas tan diferentes, como son las antiguas Encíclicas y la nueva, va a resultar ha hecho que mientras el diario inglés *Guardian* escribía que «con este documento la Iglesia católica romana ha hecho propia la economía de Keynes» y el *Observer* de Wáshington estimaba que era imposible «emitir una Encíclica que se adaptase mejor a las necesidades urgentes e inmediatas del Presidente Kennedy», la prensa española haya podido sacar de ella argumentos para la justificación del régimen de Franco (23).

Que la Iglesia no haya podido romper con las anteriores Encíclicas se explica por la pretensión de validez intemporal y universal con la que éstas se han presentado. Por otra parte, muchos de los temas en ellas contenidos — legitimidad de la propiedad, del capital, etc. — no sólo resultan útiles sino necesarios a la nueva política seguida por el Vaticano.

Veremos primeramente cuáles son esos temas de las anteriores Encíclicas que se conservan en *Mater et Magistra*, para pasar después a examinar los nuevos.

Legitimidad del sistema capitalista

Este es uno de los puntos más claros de la doctrina social de la Iglesia: «todos los Papas están de acuerdo en enseñar que los principios esenciales del régimen capitalista (su «constitución», dirá Pío XI en *Quadragesimo Anno*) no son incompatibles desde el punto de vista cristiano» (24). Tal afirmación se repite desde la primera vez en que, por usar el lenguaje de Juan XXIII, la Santa Sede «bajaba a la arena de los intereses terrenos en defensa de los miserables» (25). *Mater et Magistra* reafirma que el derecho de propiedad privada sobre los bienes, incluso de producción «tiene valor permanente, precisamente porque es un derecho natural fundado sobre la prioridad ontológica y de finalidad de los seres humanos particulares respecto a la sociedad».

Tradicionalmente los católicos habían tratado de justificar dicho derecho apoyándose en la autoridad de las Sagradas Escrituras: puesto que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, debe ejercer sobre las cosas una dominación análoga a la de Dios sobre el mundo y, por tanto, ser dueño de ellas (26). Pero la debilidad de tal argumento, aún para quien cree en la autoridad de la Biblia, es evidente. Por ello *Mater et Magistra* aunque insiste en que el derecho de propiedad está sancionado por la Revelación (27), cree necesario darle un refuerzo suplementario mediante argumentos profanos diciendo: «y además la

---

(22) Id.

(23) Algunos ni siquiera se han molestado en buscar argumentos en la Encíclica. Así, los articulillos que Ramón Llido ha escrito en «ABC» con el título de «Mater et Magistra» son simplemente una apología desvergonzada del régimen.

(24) Jean Villain, S. J.: ob. cit., pág. 89.

(25) «Mater et Magistra».

(26) Se citaba el texto del Génesis: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza y que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los animales domésticos, sobre toda la tierra».

(27) «Nos complacemos aquí en recordar cómo en el Evangelio es considerado legítimo el derecho de propiedad privada sobre los bienes» («Mater et Magistra».)

historia y la experiencia atestiguan que, en los regímenes políticos que no reconocen el derecho de propiedad privada de los bienes incluso productivos, son oprimidas y sofocadas las expresiones fundamentales de la libertad; por eso es legítimo deducir que éstas encuentran garantía y estímulo en tal derecho» (28).

¿Acaso es cierta tal afirmación? ¿En qué forma el sistema de propiedad esclavista ha garantizado o estimulado la libertad de los esclavos? ¿En qué forma el sistema de propiedad feudal ha garantizado o estimulado la libertad de los siervos de la gleba? ¿En qué forma el sistema de propiedad capitalista garantiza o estimula la libertad de los obreros? ¿Acaso el régimen de Franco no reconoce el derecho de propiedad privada sobre los medios de producción? ¿Y aumenta ello en lo más mínimo la libertad de los españoles? A ninguna de estas preguntas podría responder el Papa. La propiedad privada de los medios de producción ha significado la libertad para unos pocos, los propietarios, y la opresión para los demás. Por ello invertimos el argumento de Juan XXIII: precisamente porque la historia y la experiencia nos demuestran que allí donde hay propiedad privada de los medios de producción hay opresión, tratamos de suprimir a una y otra.

Todavía hace veinte años el Arzobispo de París podía escribir para justificar el sistema capitalista: «(La Iglesia) recuerda, en fin, que los propietarios y los patronos crean en la sociedad una *élite* que sirve a todos, pues mantiene el buen tono, conserva las tradiciones, favorece las bellas artes, da más fácilmente los valores literarios y científicos, en una palabra, asegura el progreso» (29). Pero hoy en día en que el despertar de la conciencia política y social de las masas les hace aspirar a participar en tanto que actoras en ese progreso que ya no está asegurado por una *élite* que monopolice la cultura, sus palabras son de poco valor. Por otra parte, la función de estímulo para la actividad humana que algunos habían querido ver en la propiedad privada ha quedado desvirtuada por los prodigiosos éxitos del mundo socialista.

Admitida la legitimidad del sistema capitalista, *Mater et Magistra* pasa a emitir el piadoso deseo de que la propiedad privada, incluso de los medios productivos, sea difundida entre todas las clases sociales. Este ideal de que los obreros se conviertan en propietarios denota un total desconocimiento del mecanismo de producción en el mundo capitalista. En efecto, lo que le caracteriza es, precisamente, que el obrero, al estar privado de la propiedad sobre los medios de producción, se ve obligado a vender su fuerza de trabajo a los propietarios de éstos. Esto es precisamente lo que caracteriza al obrero. Obrero y capital son términos no sólo antagónicos, sino correlativos, «forman, en cuanto tales, un todo. Ambos son modalidades del mundo de la propiedad privada» (30). No es posible eliminar uno de los términos de la antítesis y conservar el otro: «la propiedad privada en cuanto propiedad privada, en cuanto riqueza, se halla obligada a mantener su propia existencia, y con ella la de su antítesis, el proletariado». «Y, a la inversa, el proletariado, en cuanto proletariado, está obligado a destruirse a sí mismo y con él a su antítesis condicionante, que lo hace ser tal proletariado, es decir, a la propiedad privada» (31). Sólo la actividad revolucionaria del proletariado, aboliendo la propiedad privada de los medios de producción, es capaz de superar dialécticamente esa antítesis.

---

(28) «Mater et Magistra».
(29) Cardenal Verdier, Arzobispo de París: «Problémes Sociaux. Reponses Chrétiennes», Librairie Plon, París, 1939, págs. 91—92.
(30) Marx y Engels: «La Sagrada Familia», trad. de W. Roces, México, 1959, pág. 100.
(31) Ibidem.

La propiedad privada de los medios de producción por parte del trabajador sólo era posible en la situación propia de la época precapitalista, dada la simplicidad y poco desarrollo de los instrumentos productivos. ¿Es ésta la situación a la que el Papa aspira a volver? Tal parecería deducirse de algunos textos como cuando afirma, por ejemplo, que «se deben conservar y promover, en armonía con el bien común y en el ámbito de las posibilidades técnicas, la empresa artesana, la empresa agrícola de dimensiones familiares, y también la empresa cooperativista, incluso como integración de las precedentes»; o cuando, con evidente nostalgia del antiguo régimen, dice que los artesanos «son portadores de valores humanos genuinos y contribuyen al progreso de la cultura» (32). Pero si existiera tal pretensión resultaría vana. La historia no puede echar marcha atrás. Las dificultades que al desarrollo de las fuerzas productivas oponen las relaciones sociales existentes no se solucionan deteniendo tal desarrollo y relegando a esas fuerzas al estado que tenían en épocas anteriores, sino quebrando esas relaciones sociales que frenan el progreso e instaurando otras más adecuadas a la nueva situación.

Mater et Magistra admite la intervención del Estado en la vida económica y social, pero según el principio de la «subsidiariedad», es decir, respetando a la empresa privada, debiendo estar «permitido y facilitado el libre desarrollo de las actividades de producción»; en otras palabras, en la forma en que lo admitiría cualquier keynesiano.

Caridad

Para la Iglesia Católica si bien la propiedad es legítima, ha de cumplir una «función social», por lo cual tal derecho no sólo debe satisfacer las necesidades del propietario sino que ha de usarse de él en forma que resulte útil al «bien común». Pero, si el propietario no usa de su propiedad para el bien común, si no cumple con su función social, ¿es lícito, según la Iglesia, privarle de su derecho, o al menos obligarle a que cumpla con tal función? La respuesta es negativa: la función social de la propiedad es un *deber de caridad* y no de justicia, y por tanto no es coercible (33).

La Iglesia distingue, en efecto, entre justicia y caridad. La justicia, según ella, es la virtud moral que hace que se le dé a cada uno lo que le es debido, e implica el respeto al derecho del otro. La violación de un deber de justicia haría posible que se exigiese coactivamente la restitución. La caridad, en cambio, es la virtud teologal que hace amar, ayudar y socorrer a los otros porque Dios lo quiere y como medio de probar así el amor hacia Dios; pero la omisión de un acto de caridad constituye una violación de la ley divina o natural de la que el hombre no puede pedir cuentas, sólo Dios. Así, Pío X afirmaba que «para apaciguar los conflictos entre los ricos y los proletarios es necesario distinguir la justicia de la caridad. No hay derecho a reivindicación sino cuando la justicia ha sido vulnerada» (34).

---

(32) «Mater et Magistra».
(33) Cfr. Cardenal Verdier, ob. cit., págs. 107 y ss.
(34) «Motu Propio».

El rico que no hace buen uso de sus riquezas no puede ser desposeído de ellas pero, eso sí, Dios en la otra vida le pedirá cuentas por no haber cumplido con su deber de caridad.

En la práctica de tal virtud de la caridad han visto los Papas, a partir de *Rerum Novarum*, la única forma segura de solucionar la «cuestión social» y establecer unas relaciones entre los hombres fundadas en un *ordo amoris* que sustituya a la lucha de clases.

De acuerdo a la función social de la propiedad, León XIII nos dice que «una vez satisfechas la necesidad y la conveniencia es un deber socorrer a los necesitados con lo superfluo» (35). Claro está que resulta muy difícil apreciar qué es lo superfluo pero Monseñor Guerry nos tranquiliza afirmando que «lo que importa es una inquietud del alma sobre este punto, una advertencia, una búsqueda de la conciencia alertada por una regla moral y que se sabe interpelada por el Espíritu Santo cuya ley de amor marca el régimen nuevo instaurado por Cristo» (36). Estamos seguros de que tal flexibilidad y comprensión satisfará sobremanera a los creyentes ricos. E incluso para hacerles aún más fácil la práctica de la caridad, la más bella de las virtudes *major autem horum caritas* se les advierte que la forma de utilizar lo superfluo no ha de ser necesariamente donaciones y limosnas, pues puede incluso revestir la forma de «inversiones para la creación y desarrollo de una empresa» (37); y el Padre Bayart ha llegado a demostrar que — textualmente — «el jefe de empresa, mediante una sabia política de inversiones, puede tener el medio de practicar esta virtud de la magnificencia de la que, después de Sto. Tomás de Aquino, hablaba Pío XI en el pasaje de *Quadragesimo Anno* sobre los ingresos disponibles» (38). Cuando San Pablo escribía: «la caridad es paciente, es benigna; no busca su provecho; todo lo sufre; todo lo sobrelleva» (1 Cor., 13,4-7), estaba muy lejos de sospechar que con el tiempo llegaría a convertirse en la virtud propia de los *managers* y empresarios.

Los explotados, en cambio, si no les es posible ejercer la virtud de la caridad, sí están en capacidad de ejercer la de la paciencia y soportar resignados y con la vista puesta en la otra vida los males de este mundo.

Lucha de clases

La Iglesia ha condenado la lucha de clases: «Es erróneo y funesto en sus consecuencias el prejuicio desgraciadamente demasiado extendido que ve en las preocupaciones de los que participan en la producción industrial una oposición irreductible de intereses divergentes», pues, por el contrario, «jefes de empresa y obreros no son antagonistas irreconciliables sino cooperadores en un orden común» (39).

En este mismo orden de ideas dos católicos españoles escriben: «los hombres que intervienen en la empresa no son partes contrapuestas, sino que tienen intereses

(35) «*Rerum Novarum*».
(36) *Mgr. Guerry, ob. cit., pág. 74.*
(37) *Id., pág. 75.*
(38) «*La propriété capitaliste et la doctrine sociale de l'Eglise*», «*Melange de Science Religieuse*», *mai et nov. 1955, Lille.*
(39) *Pío XII: Discurso a la UNIAPAC, 7 mayo 1949.*

diferentes. Lo mismo que el empresario que no ha heredado o no se ha casado con una mujer rica — éstos son los tipos del capitalismo europeo de la primera época — se ve acogotado por el crédito bancario, el obrero es anulado por sus necesidades económicas. Así desaparece el matiz común y se subrayan, en cambio, de una forma sólo materialista, los intereses diferentes» (40). Realmente resulta pintoresca la candorosa idea que los autores de estas líneas se hacen del capitalismo de los primeros tiempos. Aparentemente, según ellos, el capital se transmite a los afortunados capitalistas de los primeros tiempos a través de las diversas generaciones y a partir de Adán y Eva que, sin duda, lo debieron recibir del mismísimo Jehová. En su constitución no habrían intervenido ni la violencia de la acumulación primitiva ni la explotación. El olímpico desprecio que sienten por el materialismo les impide percatarse de la existencia de este hecho evidente de la explotación capitalista y desconocer los rudimentos de la dialéctica ¿Es que todos los católicos ignoran la existencia del mecanismo de explotación capitalista, de la plusvalía? Al menos cuando hablan de ella debemos reconocer que parecen referirse a un fenómeno completamene distinto del descubierto por Marx. Así, Monseñor Montini en su discurso a los trabajadores milaneses con ocasión de Pascua, les decía: «(vuestra fatiga) tiene, como dicen los economistas, una plusvalía, y como tenemos el derecho de afirmarlo también nosotros, hombres de religión, una plusvalía, es decir, un mérito que debe ser retribuido el día final, más allá de nuestra miserable vida». Y proseguía: «si sufrís no sufrís en vano, vuestras lágrimas, vuestras fatigas, vuestras incertidumbres, vuestros sufrimientos, no son inútiles; sirven al bien de vuestras almas, de vuestras familias; sirven a este mundo tan egoísta que tiene necesidad de alguien que lo ame y sufra por él; sirven — si lo queréis — para la redención del mundo» (41). Pero ¿por qué diferir hasta el día del juicio final la retribución de los sufrimientos de los trabajadores y no terminar ahora con la explotación? Y en todo caso ¿por qué han de ser los obreros los que se sacrifiquen por «este mundo tan egoísta»?

La única reforma que la Iglesia propone dentro de la empresa capitalista es el establecimiento de relaciones más humanas entre sus miembros. *Mater et Magistra* pide «que las relaciones entre los empresarios y dirigentes, por una parte, y los dadores de obra, por la otra, lleven el sello del respeto, la estima, la comprensión, la lealtad y activa colaboración e interés como en una obra común». En una palabra se propugna como única solución una versión cristiana de las *human relations*. Así, el jesuíta español Martín Brugarola, si bien reconoce que el espíritu de lucro ha sido la principal razón que ha impulsado a los patronos a utilizar las técnicas de las relaciones humanas, estima que las mismas practicadas con un espíritu cristiano, por amor al prójimo, constituyen la solución indicada a la empresa capitalista (42).

¿Pero es posible terminar con la lucha de clases mediante tales recetas y conservando el sistema? ¿El episodio de los sacerdotes-obreros no ha demostrado que si éstos querían realmente asumir la condición obrera tenían que participar en la lucha de clases? En la carta que el Cardenal Pizzardo, secretario del Santo Oficio, dirigía al Cardenal Feltin exponiendo las razones por las que no se podía continuar con la experiencia de los sacerdotes-obreros, se decía: «El trabajo en la fábrica, o incluso en las empresas menos importantes, expone poco a poco al

---

(40) Juan Muñoz Campos y Enrique Cereso Carrasco: «Ante un Sindicalismo nuevo», Ed. Euramérica, Madrid, s/f., pág. 140.
(41) «Documentation Catholique», 24 mai 1959, págs. 657—658.
(42) Martín Brugarola, S. J.: «Relaciones Humanas y reforma de empresa», Ed. Euramérica, Madrid, s/f.

sacerdote a sufrir la influencia del medio. El «sacerdote en el trabajo» no se encuentra sólo sumergido en un ambiente materializado ... también es conducido, como a pesar suyo, a pensar como sus compañeros de trabajo en el dominio sindical y social y a tomar parte en sus reivindicaciones: lamentable engranaje que le lleva a participar inevitablemente en la lucha de clases» (43). Este reconocimiento de la Jerarquía Católica hace que aparezcan desvirtuados y como carentes de fundamento todos sus llamados al fin de la lucha de clases.

¿Cuál ha de ser el fin que se van a fijar los sindicatos cristianos preconizados por *Rerum Novarum?* León XIII lo había indicado cuando pedía a los católicos que alentasen a «las sociedades obreras y artesanas para que, instituídas bajo el patronazgo de la religión, sepan tener a todos sus miembros contentos de su suerte y resignarse al trabajo, y los conduzcan a llevar una vida pacífica y tranquila» (44). Y dos «sindicalistas» católicos españoles llegan a afirmar que ha de ser tarea de los sindicatos «velar eficazmente por que no falte la plusvalía justa en las empresas que encuadran» (45).

Salario «justo»

Admitida la legitimidad del régimen del salariado, la Iglesia ha de limitarse a desear que el salario de los obreros sea «justo», entendiendo por tal aquél «que les permite un nivel de vida verdaderamente humano y hacer frente con dignidad a sus responsabilidades familiares» (46). León XIII por su parte había establecido que «la cantidad del salario no ha de ser inferior al mantenimiento del obrero, con tal que sea frugal y de buenas costumbres» (47).

Según Juan XXIII, para determinar tal retribución es preciso que «se mire a su efectiva aportación en la producción y á las condiciones económicas de la empresa; a las exigencias del bien común de las respectivas comunidades políticas ..., así como también a las exigencias del bien común universal» (48). Criterios todos muy imprecisos. Sin embargo, la Jerarquía, por boca del Cardenal Verdier, Arzobispo de París, ha fijado unos criterios sobre cuál es el grado de participación del trabajo del obrero en la empresa y que servirá para fijar su remuneración. Según el Cardenal Verdier, el producto del trabajo es el fruto de dos causalidades: la del patrono y la del obrero. Ocurre que «la causalidad obrera es *más bien material*, es más intermitente, sujeta a tantas variaciones. El obrero da ocho horas de jornada a una obra que apenas conoce. Muy frecuentemente es totalmente extraño a la vida de la empresa, a las diversas evoluciones que esta obra ha sufrido, a las esperanzas que hace nacer; mañana tal vez la abandonará y por siempre». En cambio, la causalidad patronal «es *sobre todo de orden moral* ... El (el patrono) está ligado de forma tan estrecha a la vida de su empresa, a su

(43) «La Croix», 15 set. 1959.
(44) «Quod Apostolici» cit. por Villain, ob. cit., pág. 116.
(45) Juan Muñoz Campos y Enrique Cerezo Carrasco, ob. cit., pág. 168. Sobre los sindicatos cristianos en Francia puede verse Pierre Delon: «Le Syndicalisme Chrétien en France», Ed. Sociales, París, 1961.
(46) «Mater et Magistra».
(47) «Rerum Novarum».
(48) «Mater et Magistra».

pasado, a su presente, a su futuro, a sus angustias y a sus esperanzas» (49). Por un lado, los patronos, el elemento espiritual o moral en quien se colocan todas las cualidades positivas, y, por otro, el elemento material, pasivo, la masa de obreros carentes de espíritu, en quien se colocan las cualidades negativas (inconstancia, indolencia, ignorancia, etc.). Nada de raro tiene que cuando un Cardenal entra a estudiar la empresa capitalista trasponga a esta materia el tópico teológico de la oposición entre el espíritu y la materia, entre Dios y el mundo. Una vez establecidas tales categorías, pasa el Cardenal Verdier a dar al problema de la distribución del producto del trabajo la solución con la que, según nos dice, «la opinión pública de los sabios se ha pronunciado. Ella declara, ante todo, que no se podría calificar de injusticia la distribución tradicional que da al propietario o a sus asociados todos los frutos o todos los productos, reservando sólo al obrero un *salario normal*. Así es como las cosas pasan aun en nuestros días y sería temerario afirmar que una solución dada por los siglos, todavía practicada por la *élite* moral de la humanidad (sic) sea injusta» (50). Se afirma además que una forma de trabajo distinta de la capitalista «no puede satisfacer las necesidades del alma humana» (51).

Se trata de legitimar la explotación por la antigüedad de la misma; los monopolios industriales se convierten en la «élite moral de la humanidad». En resumen, el mundo capitalista es canonizado. ¿Será acaso que cuando Cristo manda en el Evangelio no amontonar tesoros que la herrumbre y la polilla puedan destruir (Mat. VI, 19—20) estará propugnando que se amontone capital?

Por otra parte, la situación del capitalista, según el Cardenal Verdier, no es envidiable pues ¿es que acaso la práctica de la virtud es fácil?: «(la Iglesia) recuerda siempre, a título de verdades fundamentales, que el papel del propietario o del patrono es un papel preponderante ..., que, por lo demás, la situación del patrono en la distribución de los frutos no es tan egoísta como se supondría a primera vista pues, no lo olvidemos ..., el salario, escapando a los áleas, a las demoras, hace a quien lo percibe una condición de vida que envidiarían a veces muchos propietarios» (52).

Odio a la revolución

Las condenaciones y anatemas dirigidos contra las fuerzas revolucionarias por parte de la Iglesia han sido constantes.

Ya León XIII en 1891 afirmaba que «preciso es que las muchedumbres sean contenidas en su deber» y a tal fin pedía: «intervenga, pues, la autoridad pública: y, puesto freno a los agitadores, defienda a los obreros buenos de todo peligro de seducción; y a los dueños legítimos del de ser robados» (53). Pío XI, por su parte, afirmaba la necesidad de «defender eficazmente el orden público, la paz y la tranquilidad de la sociedad humana contra los promovedores de la revolución» y el

(49) Cardenal Verdier, ob. cit., págs. 78—79.
(50) Id., pág. 82.
(51) Id., pág. 86.
(52) Id., pág. 91.
(53) «Rerum Novarum».

mismo Papa consideraba seis años más tarde que «la tarea más urgente de la hora actual es aplicar enérgicamente los remedios apropiados y eficaces para apartar la revolución amenazante que se prepara» (54).

Claro está que los odios y ataques mayores de la Santa Sede tenían que estar reservados a la fuerza más revolucionaria hasta el punto que en 1937 Pío XI le dedicara la Encíclica *Divini Redemptoris*, «sobre el comunismo ateo».

La situación ha cambiado mucho en los últimos años y para comprender el cambio de táctica, si no de actitud, que significa la nueva Encíclica *Mater et Magistra* en esta materia es preciso que recordemos brevemente las anteriores posiciones de la Santa Sede.

La primera condenación del comunismo estuvo a cargo de Pío IX que en 1864, en el *Syllabus*, después de afirmar la incompatibilidad de los principios católicos «con el progreso, el liberalismo y la sociedad moderna» incluye su famoso parágrafo IV que lleva por título *Socialismus, communismus, societates clandestinae, societates biblicae, societates clerico-liberales;* y como texto se dice: «*Ejusmodi pestes saepe gravissimisque verborum formulis reprobantur in* ...» seguido de una enumeración de documentos anteriores del propio Pío IX (55). El mismo hecho de abarcar en una misma rúbrica cosas tan dispares como el socialismo, el comunismo, las sociedades clandestinas, las sociedades bíblicas y las sociedades clérico-liberales nos da una idea del tono de confusión de tales textos. El Papa se levanta en realidad contra los movimientos revolucionarios de la época atribuyéndoles los más pintorescos y absurdos propósitos y teorías. Los textos en cuestión son anteriores, en general, al *Manifiesto Comunista* y se hacen eco de todas las vulgaridades que van a ser refutadas en éste: propósito de implantar la comunidad de mujeres, etc.

Siete años después de la Comuna de París y aun no sobrepuesto del sobresalto de los movimientos revolucionarios de ese año, León XIII en *Quod Apostolici* ataca a lo que llama «esta peste mortal *(letiferam pestem)* que se introduce a través de los miembros más íntimos de la sociedad humana y que la conduce a su perdición». Y por si quedara duda sobre a quién se refiere, prosigue: «Vosotros comprendéis sin dificultad, Venerables hermanos, que Nos hablamos de la secta de esos hombres que se llaman de diversas maneras y con nombres casi bárbaros — socialistas, comunistas y nihilistas — y que, *pacte inique*, no pedían sus fuerzas más que a las tinieblas de las reuniones ocultas, pero que ahora se presentan a la luz del día públicamente y con toda confianza, esforzándose por llevar a cabo el designio que han forjado hace mucho tiempo, el desquiciar los fundamentos de la sociedad civil». A estos «hombres pérfidos», como los llama el Papa, se les acusa de profesar la «opinión monstruosa» de que «no se debe al poder ni honor ni respeto, ni obediencia a las leyes salvo a las que ellos sancionen según su capricho», «deshonran la unión natural del hombre y la mujer», etc., etc. El procedimiento, como se ve, es sumario: caricatura grotesca de las teorías que se atacan, amenazas con la condenacion eterna y llamamiento a los instintos más primarios de supervivencia de las clases conservadoras para que los repriman sin misericordia.

---

(54) «Divini Redemptoris».

(55) En lo referente al comunismo y socialismo los textos en cuestión son las Encíclicas «Qui Pluribus» (9 nov. 1846), «Quibus Quantisque» (20 abril 1849), «Nostis et Nobiscum» (8 dic. 1849) y «Quanta Cura», de la misma fecha que el «Syllabus».

En *Rerum Novarum* León XIII vuelve a atacar al comunismo y al socialismo. Les atribuye querer acabar con la propiedad privada, sin distinguir entre bienes de consumo y de producción, y condena tal doctrina como «perjudicial a los mismos que se quieren beneficiar de ella, contraria a los derechos naturales de los individuos, desnaturalizante de la función del Estado y perturbadora de la tranquilidad pública». Afirma que el comunismo propugna un igualitarismo total, lo cual es descabellado pues las desigualdades, nos dice, provienen de una ley de la naturaleza y «contra la Naturaleza todos los esfuerzos son vanos».

El argumento más profano empleado por el Papa es que si se implantase el comunismo «quitado todo estímulo al ingenio y diligencia de cada uno secaríanse necesariamente las fuentes mismas de riqueza; y la igualdad tan soñada en la fantasía no sería otra cosa que una situación universal de miseria y abyección para todos los hombres sin distinción alguna». Ya Marx y Engels habían salido al paso de un argumento parecido cuando en el *Manifiesto Comunista* afirmaban que si la ganancia capitalista fuera la única fuerza capaz de asegurar el trabajo humano, la sociedad capitalista haría tiempo que se habría muerto de hambre puesto que en ella los que trabajan no ganan y los que ganan no trabajan. Se atribuye además al comunismo el propósito de hacer comunes absolutamente todos los bienes o un igualitarismo grosero contra el que Marx fue el primero en luchar. Pero el comunismo no es nada de eso; el comunismo es, como dice el nuevo Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética, «un régimen social sin clases con una propiedad única, perteneciente a todo el pueblo, de los medios de producción, con una entera igualdad social de todos los miembros de la sociedad. Paralelamente al desarrollo armonioso de los hombres se verán aumentar las fuerzas productivas sobre la base de la ciencia y de la técnica en desarrollo constante; todas las fuentes de la riqueza social abundarán y así se realizará el gran principio: «De cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades». El comunismo es una sociedad altamente organizada de trabajadores libres y conscientes en la que se afirma la autoadministración pública, en la que el trabajo para el bien de la sociedad será para cada uno la primera necesidad vital y una necesidad que se ha vuelto consciente, en la que las capacidades de cada uno serán aplicadas con el mayor provecho para el Pueblo». Esta es la realidad del comunismo que hoy ya nadie puede desconocer.

En 1931 la Revolución de Octubre ha triunfado; en numerosos países existen partidos comunistas y su influencia es cada vez mayor, y si bien Pío XI vuelve a atacarlo se ve obligado a reconocer que «como todos los errores contiene una parte de verdad» (56). Poco después, en *Divini Redemptoris*, prohibe a los católicos todo trato con ese «sistema que desconoce los derechos de la persona humana, su dignidad y libertad». La claudicación del Papa es evidente. Los antiguos métodos de ataque al comunismo se muestran inoperantes y la Santa Sede que siglo y medio antes había condenado la Declaración de Derechos del Hombre calificada por ella de ser «tan contraria a la religión y a la sociedad» (57) y que en el *Syllabus* había atacado el liberalismo, se ve obligada ahora a oponer a las ideas ascendentes del comunismo el argumento de que son contrarias a la ideología liberal.

Diferente de tono es también *Mater et Magistra*. En ella no se nombra directamente al comunismo y cuando se hacen alusiones a él se prescinden de las ex-

(56) «Quadragesimo Anno».
(57) Pío VI, el 23 de abril de 1791.

comuniones y anatemas. No es que la Iglesia haya renunciado a la que Pío XI consideraba su principal tarea en nuestra época: «Tal es la tarea positiva de orden doctrinal y práctico que la Iglesia asume, en virtud de la misión misma que le ha conferido Cristo: construir la sociedad cristiana, y en nuestra época combatir y romper los esfuerzos del comunismo» (58). Lo que ocurre es que los tiempos han cambiado y los métodos han de ser otros. Hoy, que el influjo del campo socialista es cada vez mayor, el ataque frontal y la defensa abierta de los principios reaccionarios aislaría a la Iglesia. Hoy, en que los sentimientos religiosos han disminuído considerablemente, de poco sirven las amenazas con la condenación eterna. En la época del paso del capitalismo al socialismo en que el marxismo-leninismo domina el pensamiento de la humanidad progresista, el método de atacarlo ha de ser el reformismo: Se usan los métodos sutiles propios del «neocapitalismo» y la Iglesia los emplea hasta donde le es posible. Así, Juan XXIII ve con gran complacencia la claudicación, por parte del ala derecha de la socialdemocracia, de los principios marxistas y no duda en alabar a tales partidos: «ciertos movimientos político-sociales que se proponen conciliar y hacer convivir la justicia con la libertad, y que eran hasta ayer netamente negativos respecto al derecho de propiedad privada de los bienes instrumentales, hoy, más plenamente informados sobre la realidad social, revisan la propia posición y asumen, respecto a aquel derecho, una actitud substancialmente positiva» (59).

Los argumentos contra el comunismo son la escasez de bienes de consumo existente en los países socialistas y la falta de libertad burguesa: «La experiencia efectivamente atestigua que donde falta la iniciativa personal de los particulares hay tiranía política; pero hay además estancamiento de los sectores económicos destinados a producir sobre todo la gama infinita de bienes de consumo y de servicios». Habla también el Papa de que «se llega a obligar a la actual generación a vivir con privaciones inhumanas para aumentar la eficiencia de la economía nacional conforme a ritmos acelerados que sobrepasan los límites que la justicia y la humanidad consienten» (60). Lo que no dice el Papa es que los sacrificios que ha tenido que realizar la Unión Soviética se deben ante todo al cerco y hostilidad del cristiano mundo occidental. Si tuvo que rehacer su economía a costa de grandes esfuerzos ello se debió a que fue destrozada por la invasión de quienes pretendían establecer un orden corporativo que tanto agradaba a Pío XI. Si ha habido que desarrollar preeminentemente cierto tipo de industrias ello se ha debido, entre otras razones, a la necesidad de no sucumbir ante la guerra fría desatada por el espiritualista occidente. Tampoco dice el Papa cómo los países que posteriormente se han incorporado al campo socialista no han tenido necesidad de pasar por pruebas tan duras.

¿Se trata de ver qué sistema es capaz de conseguir un mayor bienestar? Los comunistas estamos de acuerdo y es lo que proponemos en la política de coexistencia pacífica. El desarrollo de la Unión Soviética y del campo socialista hace que muy pronto esté en condiciones de alcanzar y superar a los países más desarrollados incluso en lo referente a bienes de consumo (61). El nuevo Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética termina con la promesa solemne de

(58) «Divini Redemptoris».
(59) «Mater et Magistra».
(60) Id.
(61) También en este sector el aumento de la producción en los últimos años en la URSS resulta prodigioso. Así en relación a 1955 el aumento de bienes de consumo en 1961 ha sido del tenor siguiente: carne 178%, mantequilla 171%, productos lácteos 345%, aceite 148%, azúcar 200%, pescado 136%, vestidos 152%, telas 120%, aparatos de radio y televisión 157%, neveras 480%, muebles 261%. (Vid. N. S. Jruschov: «Informe de actividad del CC del PCUS al XXII Congreso»).

que la actual generación de la URSS vivirá bajo el comunismo que se caracteriza, entre otras cosas, por la gran abundancia de bienes de todas clases y este programa será seguramente cumplido como lo han sido todos los anteriores.

*

Hemos tratado de ver las grandes líneas de los principios sociales de la Iglesia tal como se recogen en las anteriores Encíclicas y son ampliados en *Mater et Magistra*. Antes de pasar a ver cómo se plantean en ésta los «nuevos aspectos de la cuestión social», nos parece que a manera de resumen y conclusión de lo que hemos dicho hasta ahora nada sería mejor que copiar lo que Marx escribía en 1847:

«Los principios sociales del cristianismo han justificado la esclavitud antigua, glorificado la servidumbre medieval y cuando es necesario defienden la opresión del proletariado aunque lo hagan con aires de consternación. Los principios sociales del cristianismo predican la necesidad de una clase dominante y una clase oprimida y sólo pueden ofrecer a ésta el piadoso deseo de que la primera tenga a bien mostrarse caritativa. Los principios sociales del cristianismo trasladan al cielo la compensación de todas las infamias ... justificando así su permanencia sobre la tierra. Los principios sociales del cristianismo declaran que todas las infamias de los opresores hacia los oprimidos son, o bien el justo castigo del pecado original y de los otros pecados, o bien las pruebas que el Señor, en su sabiduría infinita, inflige a los que ha redimido. Los principios sociales del cristianismo predican la cobardía, el desprecio de sí, el envilecimiento, la servidumbre, la humildad, en resumen, todas las cualidades de la canalla; el proletariado, que no quiere dejarse tratar como canalla, tiene necesidad de su valor, del sentimiento de su dignidad, de su orgullo y de su espíritu de independencia aún mucho más que de su pan. Los principios sociales del cristianismo son principios de pusilánimes y el proletariado es revolucionario» (62).

Nuevos aspectos de la cuestión social

La parte de mayor novedad de la Encíclica *Mater et Magistra* es aquélla en que trata de las «relaciones entre diversos sectores económicos y entre zonas económicamente más desarrolladas y zonas económicamente menos desarrolladas en el interior de las particulares comunidades políticas; y, en el plano mundial, la relación entre países en diverso grado de desarrollo económico-social» (63). Es ésta la primera vez que una Encíclica se ocupa de tales temas, que sin embargo no tienen nada de nuevo. Ya Lenin había descubierto esta ley del desarrollo desigual, tanto de los diferentes sectores dentro de un mismo país capitalista, como de los diferentes países del sistema, y había deducido las consecuencias revolucionarias de tal hecho: «La desigualdad del desarrollo económico y político es una

(62) «*Sur la Religion*», *págs. 82—83.*
(63) «*Mater et Magistra*»

ley absoluta del capitalismo. De donde se deduce que es posible que la victoria del socialismo empiece por unos cuantos países capitalistas, o incluso por un solo país capitalista» (64).

Juan XXIII no ve, en cambio, que tal desigualdad es una consecuencia del sistema capitalista, con lo cual todos los remedios que propone dejando a salvo el sistema resultan estériles.

Agricultura

Señala Juan XXIII el hecho innegable en los países capitalistas del éxodo rural. Advierte que una de las causas de tal hecho consiste en que «el sector agrícola, casi en todas partes, es un sector deprimido, sea por lo tocante al índice de productividad de las fuerzas de trabajo, sea respecto al tenor de vida de las poblaciones agrícola-rurales» (65). Para disminuir tal desnivel el Papa invita a los poderes públicos a tomar una serie de medidas: desarrollo de los servicios públicos esenciales en esas zonas rurales, política económica que tienda a un desarrollo gradual y armónico del sistema, imposición tributaria que ayude a ese sector, política crediticia, etc. En suma, una serie de medidas que podrían ser suscritas por cualquier dirigente de los partidos burgueses de Europa Occidental y que, en mayor o menor medida, se han venido aplicando en los países capitalistas sin arreglar nada.

Y es que este desarrollo desigual es una consecuencia de la anarquía y concurrencia que reina en la producción capitalista. Como consecuencia de ellas «la agricultura va, en su desarrollo, a la zaga de la industria; es éste un fenómeno peculiar a todos los países capitalistas y constituye una de las causas más profundas de la ruptura de la proporcionalidad entre las diversas ramas de la economía nacional» (66).

En la época del imperialismo en la que el capitalismo monopolista ha sustituído al de libre concurrencia aparece la tesis según la cual la intervención del Estado es capaz de acabar con la anarquía y las crisis del sistema. Juan XXIII sigue esta línea de pensamiento. Sin embargo, ya hace cuarenta y cinco años Lenin demostró cómo en la fase monopolista, lejos de disminuir aumentan las contradicciones del capitalismo, cómo, si bien en esta etapa el capitalismo crece con una rapidez mayor «este crecimiento es cada vez más desigual» (67), cómo «el monopolio que se crea en varias ramas de la industria aumenta y agrava el caos propio de todo el sistema de producción capitalista. La desproporción entre el desarrollo de la agricultura y de la industria, desproporción que es característica del capitalismo en general, se acentúa cada vez más» (68).

Es cierto que en la época del imperialismo la intervención del Estado burgués en la vida económica es cada vez mayor, pero no nos hagamos ilusiones. Tal inter-

(64) *Lenin: «La Consigna de los Estados Unidos de Europa» trad. española, Moscú, 1954, pág. 9.*
(65) *«Mater et Magistra».*
(66) *Lenin: «Nuevos datos acerca de las leyes del capitalismo en la agricultura».*
(67) *«El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo», trad. española, Moscú, 1945, pág. 108.*
(68) *Id., pág. 24.*

vención al servicio del capital financiero y de los monopolios tiene como fin dar más privilegios a éstos y ha de agravar necesariamente las desigualdades: los gastos de armamentos favorecen necesariamente la gran industria y las regiones que ocupa en detrimento de la agricultura; de las manipulaciones financieras para evitar la crisis es el consumo quien se resiente, etc. El Estado burgués, aun conociendo la ley del desarrollo desigual, no podría dominarla pues es inherente al capitalismo, es una de las formas de la contradicción entre relaciones de producción y fuerzas productivas.

Si tomamos, en cambio, el ejemplo de la Unión Soviética vemos cómo tales desigualdades de desarrollo se han ido solucionando. El viejo Imperio zarista comprendía vastos territorios considerados como colonias *(okrainy)* y con atrasadas condiciones de producción y vida social. Hoy estas regiones del Cáucaso y, especialmente, de Asia Central, no sólo gozan de igualdad jurídica y política garantizada por los textos constitucionales sino que, para que ésta no sea una mera fórmula, han obtenido un desarrollo económico que iguala sus condiciones de existencia a las del resto de los habitantes de la Unión Soviética. Y es que en la economía socialista la ley del desarrollo desigual del capitalismo es sustituída por la ley del desarrollo planificado y armonioso. El socialismo significa «la organización planificada del proceso social de producción para asegurar el bienestar y el desarrollo armónico de todos los miembros de la sociedad» (69).

Países subdesarrollados

Para *Mater et Magistra* «el problema tal vez mayor de la época moderna es el de las relaciones entre las comunidades políticas económicamente desarrolladas y las comunidades políticas en vías de desarrollo» y hace un llamado a la solidaridad de las primeras con respecto a las segundas.

En los últimos tiempos la Iglesia ha prestado una especial atención a los nuevos países, especialmente de Africa y Asia. Tal atención está plenamente justificada si tenemos en cuenta que a la importancia que adquieren estas naciones que acceden a la independencia se une el hecho del desprestigio evidente de la Iglesia en ellas. La colusión de la Iglesia con los antiguos colonizadores hace que estos pueblos identifiquen frecuentemente el catolicismo con la dominación colonial (70) y explica la aparición de la llamadas «herejías coloniales» de carácter fuertemente nacionalista (71).

Mater et Magistra, tratando probablemente de ganarse a los habitantes de estas zonas, propone una serie de medidas que los hagan salir de la situación de subdesarrollo. No nos detendremos en la ayuda de emergencia que pide les presten los países más desarrollados — tipo «alimentos para la paz» de los Estados Unidos — ni sobre la asistencia técnica, pues es conocido el poco efecto que tales medidas

---

(69) Lenin: «Materiales para la revisión del Programa del Partido», ob. compl., tomo XXIV, pág. 430.

(70) Cfr. el artículo de Loris Gallico: «La Iglesia Católica frente a Africa», en el N° 4 de abril 1961 de la Revista Internacional (Problemas de la Paz y del Socialismo).

(71) Cfr. J. Cheneaux: «Les Hérésies Coloniales», págs. 170—188 del N° 6, marzo-abril 1958 de «Recherches Internationales a la lumière du marxisme».

tienen para transformar las estructuras. Como es sabido, el principal problema de los países subdesarrollados es el de la industrialización y para ello requieren capitales. Juan XXIII afirma también que es necesaria la ayuda financiera, pero en cuanto a la forma de utilización de la misma propone que «se actúe, en cuanto sea posible, gradual y armónicamente en todos los sectores de la producción: agricultura, industria y servicios». Ya hemos visto que tal desarrollo armónico del capitalismo es una ilusión, pero además esta tesis niega la necesidad de dar la preeminencia a la industrialización del país. Los apologistas del neocolonialismo han insistido siempre en que los países subdesarrollados no se apresuren a industrializarse, con ello pueden aún mantener un sistema de dominación económica comprándoles materias primas baratas y vendiéndoles productos manufacturados a altos precios. Los partidarios de la real independencia de los países subdesarrollados han propugnado, en cambio, la industrialización (72). Las razones para ello son conocidas: carácter más lucrativo de la industria, posibilidad de dar satisfacción a las necesidades de alimentos por la industrialización gracias al juego del comercio exterior, necesidad de la industrialización para la modernización de la agricultura, aprovechamiento de las mejoras de los *terms of trade* o relaciones reales de intercambio (73), etc.

Por otra parte, la preeminencia dada a la industria no va, en absoluto, a romper la armonía con los otros sectores que Juan XXIII teme pues, como la comisión de los «cinco expertos» de las Naciones Unidas que ha estudiado el problema del desarrollo económico ha demostrado, el desarrollo industrial «conduce al desarrollo de todos los sectores» (74).

Lo que sí ha deformado las estructuras económicas de los países subdesarrollados han sido las inversiones provenientes de los países capitalistas que al desarrollar unas cuantas actividades productivas dirigidas hacia los mercados exteriores deformaban los otros sectores: todo el sistema de servicios públicos estaba dirigido a servir las necesidades de los mercados extranjeros y no los de la economía nacional. Como consecuencia de tales inversiones se ha creado un sector atrasado y primitivo que abarca la mayoría de la población y otro relativamente moderno y eficiente pero controlado por la potencia imperialista, semicolonial.

Cuando el Papa pide que la ayuda a los países subdesarrollados se realice «con el más sincero desinterés político» predica en el desierto pues ésa ni ha sido ni puede ser la norma de conducta de los países imperialistas.

La situación no mejora por el hecho de que las inversiones las realicen organismos oficiales, sean nacionales como el Banco de Importación y Exportación de Wáshington, o internacionales como los surgidos de Bretton Woods (Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, y Fondo Monetario Internacional). Los préstamos de tales organismos, además de ser ridículamente insuficientes, estar gravados con tasas de interés muy altas en relación con los mercados de capital

---

(72) Esta ley general puede sufrir correcciones en atención a circunstancias particulares (condiciones demográficas, división socialista del trabajo, etc.).

(73) Como es sabido la baja de los precios de las materias primas unida al alza de los productos manufacturados representa durísimas pérdidas para los países subdesarrollados. El informe de la GATT para 1960 establece: «la parte de importaciones de artículos manufacturados provenientes de América del Norte y de Europa Occidental que las regiones no industrializadas, en su conjunto, han podido cubrir con ayuda de sus ingresos corrientes ha disminuido en 1953—1958 del 90 al 65% ... El mejoramiento de los términos de intercambio se ha traducido para las regiones industriales en una ganancia neta de alrededor de mil millones de dólares» («Le Commerce International en 1959» GATT/1960 (3), Ire. partie).

(74) «Mésures à prendre pour le dévéloppement économique des pays insuffisament dévéloppés» ONU, Doc. E/1986—1951.

de los países imperialistas, estar cargados con gastos de financiamiento excesivos y tener plazos de amortización demasiado cortos, su otorgamiento está condicionado a exigencias de carácter político. Ante todo se exige una actitud de sumisión entera a Estados Unidos, país que controla esos organismos (recuérdese el caso de Egipto con la represa de Aswan). Se exige además que el país que recibe esos préstamos dé preferencia a las inversiones privadas sobre las estatales y que dé igual trato a las empresas extranjeras que a las nacionales con lo que, en definitiva, se favorece a las extranjeras. Los préstamos del Fondo Monetario Internacional han tenido como condición una política antinacional y de entrega a los monopolios extranjeros: planes de «estabilización», congelacion de salarios, represión de movimientos sindicales, sacrificio de las inversiones dirigidas al desarrollo económico, sacrificio de la protección arancelaria y de los controles de cambios que aseguran el desarrollo de la industria nacional, etc.

¿No estamos en presencia de esa «nueva forma de colonialismo que por muy hábilmente que se disfrace, no por esto sería menos dominadora que la antigua», a la que hace mención Juan XXIII?

Colaboración mundial

Mater et Magistra proclama la necesidad de una colaboración en el plano mundial. Según ella el que no exista todavía se debe al hecho de que «los hombres y consiguientemente los Estados se temen recíprocamente». De ahí que sumas enormes se malgasten en armamentos en vez de emplearlas en fines más útiles. Tal falta de confianza se debe, según el Papa, a que «los hombres, particularmente los más responsables, en el desenvolvimiento de su actividad se inspiran en concepciones de vida diferentes o radicalmente contrarias. En algunas de estas concepciones, desgraciadamente, no se reconoce el orden moral; orden transcendente, universal, absoluto, igual y valedero para todos. Con esto viene a faltar la posibilidad de tomar contacto y de entenderse plena y seguramente a la luz de una misma ley de justicia admitida y observada por todos».

La alusión final va dirigida claramente contra los comunistas. No, ciertamente, los comunistas no aceptamos ese orden moral universalmente válido sencillamente porque no existe. Nosotros «rechazamos toda pretensión de querer imponernos como ley eterna, definitiva, y por tanto como ley moral inmutable, cualquier dogmática moral» (75). ¿Pero es que acaso las épocas en que todo el mundo creía en esa moral universal y transcendente se han visto libres de desconfianzas o guerras? No faltaron guerras en la Edad Media y no solamente contra el infiel, sino entre los cristianísimos reyes europeos.

Nosotros no creemos que las diferencias ideológicas deban solucionarse por medio de la guerra, sino que cada sistema deberá demostrar mediante la competición pacífica cuál es el más apto para satisfacer las necesidades de los hombres. La política de coexistencia pacífica ha sido elaborada precisamente por los comunistas y con ello hemos dado una prueba de nuestros sinceros deseos de paz.

---

(75) Engels: «Anti-Dühring» trad. española, Montevideo, 1960, pág. 116.

Conclusión

En las páginas precedentes hemos criticado la doctrina social de la Iglesia. Hemos tratado de demostrar su insuficiencia para solucionar los problemas sociales de nuestra época y cómo favorece, objetivamente, a las clases explotadoras.

Sabemos, sin embargo, que una gran cantidad de católicos son perfectamente honestos y sinceros y creen con total buena fe en su religión. Los comunistas les respetamos profundamente, tanto a ellos como a sus creencias, y admiramos el sincero amor al prójimo que alienta en muchos de ellos. Si el lector católico encuentra alguna aspereza en nuestra crítica debe tener en cuenta que como un jesuíta, el P. Calvez, ha dicho, nuestro ateísmo, el de los comunistas, «ya no es el ateísmo de un hombre que tiene mala conciencia y que necesita darse ánimos negando a Dios explícitamente o blasfemando; es el ateísmo de un creador de hombre, de un constructor de ciudad humana» (76). Por ser constructores de una ciudad humana nos oponemos con todas nuestras fuerzas a que la promesa de una ciudad celestial en la que no creemos sirva para impedir la edificación de la terrena.

Desde Engels, que atacaba a quienes pretendían «transformar a las gentes en ateas por orden del muftí» (77), no consideramos que la religión pueda ni deba eliminarse mediante persecuciones ni coacciones. Para nosotros la desaparición de la alienación religiosa será el resultado de la desaparición de las alienaciones profanas que encadenan al hombre: «el reflejo religioso del mundo real no podrá desaparecer hasta que las condiciones del trabajo y de la vida práctica presenten al hombre relaciones transparentes y racionales con sus semejantes y con la naturaleza. La vida social cuya base la forman la producción material y las relaciones que ella implica, no se liberará de la nube mística que oculta su aspecto hasta el día que se manifieste la vida de los hombres libremente asociados actuando conscientemente y dueños de su propio movimiento social» (78).

Creemos que, entre tanto, es posible la colaboración de católicos y comunistas sin renunciar a nuestras respectivas ideologías e incluso combatiéndonos en el terreno de los principios. El 10 de setiembre de este año Juan XXIII dirigiéndose a los fieles afirmaba: «en estas dos palabras: la guerra y la paz, se cristalizan las angustias y esperanzas del mundo, las preocupaciones y alegrías de la vida individual y social». Proclamaba además que la humanidad «no tiene necesidad de guerras victoriosas y de pueblos vencidos sino de una paz fecunda y consoladora». Los comunistas que deseamos ardientemente la paz, creemos que éste es un campo en el que deberíamos estar unidos con los católicos y luchar juntos para evitar que el mundo se vea envuelto en una catástrofe termonuclear.

---

(76) J. Y. Calvez; S. J.: «El Pensamiento de Carlos Marx», Ed. Taurus, Madrid, 1958, pág. 489.
(77) «Sur la Religion» pág. 143.
(78) «Le Capital», Ed. Sociales, París, 1950, tomo I, pág. 91.

A. GALKIN

ASPECTOS DEL PROBLEMA DE LA GUERRA Y DE LA PAZ

LA POTENCIA de devastación de la guerra moderna, debida a la rápida evolución de los medios de destrucción masivos, ha aumentado extraordinariamente el interés por los problemas teóricos de la guerra y la paz. El mercado del libro no había conocido nunca tal abundancia de publicaciones dedicadas a este tema. Los políticos y los militares, los teóricos y los hombres de acción, los sabios y los publicistas de todos los países intentan responder, cada cual desde su posición respectiva, a las preguntas que, con respecto a estos temas, se plantea con inquietud la humanidad.

Los libros consagrados a la guerra y la paz publicados en Occidente son frecuentemente obra de conocidas personalidades de la ciencia burguesa. No obstante, ninguno de ellos ha podido formular un análisis convincente del problema. Unicamente los marxistas han propuesto a los hombres un programa claro y preciso que, además de descubrir ciertas perspectivas, indica cómo resolver este problema en beneficio de la paz.

Les era tanto más fácil hacerlo cuanto que podían apoyarse para ello en el gigantesco trabajo efectuado por los clásicos del marxismo-leninismo. La concepción marxista de la historia de la humanidad ha comportado siempre un análisis de la cuestión de la guerra. Era necesario desarrollar esta doctrina ampliando lo adquirido y aplicándolo correctamente a la época actual. Esto es lo que ha sido hecho por los XX, XXI y XXII Congresos del P. C. U. S. y por las Conferencias de los Partidos Comunistas y Obreros que han tenido lugar en Moscú (años 1957 y 1960). El programa del P. C. U. S., adoptado por el XXII Congreso, resume todos los resultados adquiridos en torno a esta cuestión, confiriendo una forma acabada a la actitud marxista hacia el problema de la guerra y de la paz.

Las tesis esenciales marxistas en lo que a la solución de este problema se refiere son perfectamente conocidas. Comprenden el análisis de las causas de la amenaza de guerra, de los factores que se oponen a ella, de la correlación entre las fuerzas de paz y de guerra y de la tendencia fundamental de evolución de

esta correlación. La única causa de toda amenaza de guerra en el mundo contemporáneo es el imperialismo. Todas las fuerzas de la comunidad socialista, de los pueblos de los países neutralistas y de los trabajadores de los propios Estados imperialistas, se oponen a las particularidades de su desarrollo que engendran la guerra. Actualmente, la correlación de las fuerzas de guerra y de paz es tal que hace mucho mas difícil el desencadenamiento de una guerra mundial, disminuyendo también la probabilidad de otro tipo de guerras. A medida que se debilita el imperialismo y que crece la influencia del sistema socialista mundial sobre las relaciones internacionales, disminuye gradualmente la posibilidad de conflagraciones. Todo esto hace posible la desaparición de la guerra mundial en la vida de la sociedad, realizable incluso antes de la victoria completa del socialismo en la tierra, cuando todavía el capitalismo subsista en ciertas partes del mundo. Las causas sociales y nacionales de toda guerra desaparecerán definitivamente luego de la victoria total del socialismo.

Pero la doctrina marxista no se limita a resolver las cuestiones esenciales del problema de las guerras y a determinar sus tendencias más características. Proporciona igualmente la clave del análisis de los restantes aspectos del problema de la guerra y de la paz, lo que es tanto más importante cuanto que los apologistas del imperialismo y de la ciencia burguesa han levantado, en torno a estas cuestiones, fuertes muros de falsificaciones premeditadas y de sofismas sin cuento.

*

Una de estas cuestiones es la definición de los tipos de guerras posibles en nuestros días. Es evidente que sólo luego de haber elucidado la naturaleza de la amenaza, se puede decidir cuáles son las medidas que pueden conjurarla. Cierto que ello no es tan simple como puede parecer a primera vista. Lenin notó ya que «la guerra es una cosa archiabigarrada, diversa, complicada. Es imposible considerarla de una manera mecánica» (1).

Los autores burgueses han sido incapaces de resolver este problema. La mayor parte de ellos soslaya generalmente este aspecto de la cuestión. Henry Kissinger, que es considerado en los EE. UU. como un especialista del problema de la guerra y de la paz, se limita a una división puramente exterior, diferenciando las guerras, en función de su envergadura, en generales y limitadas (2). El filósofo Jaspers, alemán occidental, tiene más o menos idéntica posición, y estima que las guerras se dividen en guerras entre las grandes potencias (en cuya categoría Jaspers no incluye más que la URSS y los EE UU) y guerras entre las pequeñas potencias (es decir, entre los restantes Estados) (3).

Slessor divide las guerras según el carácter de su desencadenamiento: «guerra preventiva» y «guerra de represalias» (4). Phelps, cuyas posiciones son relativamente progresistas, parte del hecho de que casi todas las guerras posibles en

(1) V. I. Lenin, Obras; T. XXXV, pág. 219 (ed,. rusa).
(2) Henri A. Kissinger, «Nuclear Weapons and Foreign Policy»; New York, 1957; «The Necessity for Choice»; New York, 1961.
(3) Karl Jaspers, «Die Atombombe und die Zukunft des Menschen»; Munich, 1958.
(4) Mariscal de la R. A. F. Sir John Slessor, «Strategy for the West»; Londres, 1954.

nuestra época serán fortuitas y las distingue en función de los tipos de azar que hayan podido provocarlas (5).

Resulta evidente que, pese a la importancia de los índices citados en tal o cual caso, ninguno de ellos es decisivo. Por esto, toda clasificación del tipo de las que acabamos de citar es puramente subjetiva. Un juicio objetivo debe partir del análisis de la situación en el mundo, de la definición de los tipos de relaciones entre Estados y grupos de Estados. «No se puede comprender una guerra determinada sin comprender su época», escribió Lenin (6).

En el curso de la primera guerra mundial, analizando los tipos (o sistemas, como Lenin los llamaba) de relaciones políticas en el mundo, Lenin distinguía tres esenciales: 1) Relaciones entre la nación oprimida y la nación opresora; 2) Relaciones entre dos naciones opresoras; 3) Sistema de naciones iguales en derechos (7). Sin excluir la posibilidad de conflictos en el cuadro del tercer sistema, Lenin estimaba como esenciales los conflictos originados por los dos primeros. Distinguía entonces, como más características de su época, la guerra imperialista (relaciones entre dos naciones o grupos de naciones opresoras) y la guerra de liberación nacional (relaciones entre la nación oprimida y la nación opresora).

La Gran Revolución Socialista de Octubre ha creado un nuevo sistema de relaciones entre el país socialista y los Estados capitalistas. Así apareció la eventualidad de la guerra entre Estados dotados de regímenes sociales y políticos diferentes, fenómeno que fue inmediatamente señalado por Lenin.

¿Cuáles son los sistemas de relaciones políticas existentes en el mundo contemporáneo? Nuestra época es la época del paso del capitalismo al socialismo, de las revoluciones socialistas y de liberación nacional, del hundimiento del imperialismo y de la liquidación del sistema colonial, del paso constante de pueblos a la vía del socialismo y del triunfo del socialismo y del comunismo en el mundo entero. De esta definición surgen nuevos sistemas de relaciones entre los que aparecen como esenciales en nuestra época: 1) Relaciones entre la comunidad socialista mundial y el bloque imperialista; 2) Relaciones entre los Estados imperialistas y las naciones oprimidas o los Estados que han conquistado recientemente su independencia; 3) Relaciones en el seno del bloque imperialista; 4) Relaciones en el seno de la comunidad socialista; 5) Relaciones entre los países socialistas y las naciones oprimidas o los Estados que se han liberado recientemente.

En relación con la época precedente, la complejidad del cuadro ha aumentado. Si antaño todos los sistemas de relaciones políticas existentes contenían la posibilidad de conflictos militares, actualmente la situación ha cambiado. Los dos últimos tipos de relaciones (últimos por su lugar, no por su importancia) son definidos, uno netamente, el otro en menor medida, por la acción de las leyes del socialismo, no recelando, por consiguiente, gérmenes de conflictos militares.

El tercer tipo de relaciones ha sufrido también ciertas modificaciones. Antes de la aparición del primer Estado socialista del mundo y, con mayor motivo, antes de la aparición del sistema socialista mundial, este tipo de relaciones (contradicciones entre aves de rapiña) era la causa principal de las amenazas de guerra. Actualmente, las contradicciones entre imperialistas se han exacerbado aún más, pero el temor al socialismo, que aglutina las fuerzas del imperialismo, impide que estas contradicciones degeneren en conflictos militares.

---

(5) J. Phelps, «Le danger de la guerre fortuite»; La Vida Internacional, n° 1, págs. 114—118 (edición rusa)
(6) V. I. Lenin, Obras; T. XXXV, pág. 180 (ed. rusa).
(7) V. I. Lenin, Obras; T. XXXV, pág. 219 (ed. rusa).

Quedan, pues, dos tipos esenciales de contradicciones que contienen la posibilidad de conflictos militares: las contradicciones entre los países socialistas y e bloque imperialista, que pueden degenerar en conflicto militar en caso de agresión por parte del imperialismo, y las relaciones entre los Estados imperialistas y los países oprimidos o recientemente liberados.

El carácter del conflicto militar eventual depende directamente del tipo de contradicción que lo ha originado. Los países socialistas constituyen un sistema único, sin fallas, garantizando la seguridad de todos sus miembros. La agresión de los imperialistas contra uno de los Estados socialistas significaría la declaración de guerra a todo el campo socialista. Por otra parte, las principales potencias imperialistas están unidas mutuamente por un sistema de pactos militares. El desencadenamiento de la guerra por un miembro de estas coaliciones pondría en movimiento un complejísimo mecanismo militar independientemente de la voluntad de determinados Estados imperialistas. En esta particularidad radica el grave peligro del renacimiento del militarismo de Alemania Occidental que, animado por el espíritu de aventura que le es propio, puede tomar la iniciativa de un vasto conflicto militar.

Por consiguiente, la guerra entre la comunidad socialista y el bloque imperialista, caso de que el imperialismo la provocase, no podría ser sino una guerra general, una guerra a muerte en la que ambas partes utilizarían las armas más potentes de que dispusieran. Con los medios actuales de destrucción masiva una tal guerra traería consigo la muerte de centenares de millones de personas y la devastación de países, e incluso de continentes enteros.

La guerra originada por el segundo tipo de contradicciones (potencia imperialista contra país colonial) podría tener, en principio, un carácter local y no generalizado, pero en el caso de que no se le pusiese fin con rapidez, podría derivar, en un futuro inmediato, hacia un conflicto mucho más vasto, es decir, que se ampliaría territorialmente, englobando más y más países y empleando medios de destrucción en masa cuya potencia aumentaría sin cesar.

Así, pues, si la guerra local provocada por la agresión de un Estado imperialista se realiza, es casi seguro que serviría de preludio a un conflicto mundial.

Las contradicciones entre la nación opresora y la nación oprimida o bien entre opresores y oprimidos en el seno de una nación, engendran un tipo de conflictos que pueden degenerar en guerra general. La época contemporánea es la época de la emancipación de los oprimidos. Pero la aspiración a la libertad choca con la resistencia feroz de los imperialistas. La liberación se hace entonces por la fuerza a través de revoluciones sociales o de liberación nacional que pueden degenerar, en caso de contrarrevolución organizada por las clases sociales derrocadas o por los colonialistas, en guerras civiles o en guerras de liberación nacional. Estas guerras, todo y teniendo tendencias a ampliarse, guardan frecuentemente, en las condiciones actuales, un carácter local ya que las tentativas imperialistas de extenderlas exportando la contrarrevolución son paralizadas por la oposición del sistema socialista.

La actitud de los marxistas-leninistas hacia cualquier tipo posible de guerra está determinada por su posición de principio sobre esta cuestión y por la toma en consideración del carácter de estas guerras y de su grado de peligro para la humanidad. La actitud de principio hacia las guerras ha sido definida clara y netamente por los clásicos del marxismo-leninismo: «Los socialistas, escribió Lenin,

han condenado siempre las guerras entre los pueblos como empresas bárbaras y bestiales» (8). «Toda nuestra política y nuestra propaganda, escribía posteriormente, no tienden a preparar al pueblo para la guerra sino para terminar con ella» (9). «Terminar con la guerra, instaurar una paz eterna sobre la tierra es la misión histórica del comunismo», proclama el Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética.

De todos los tipos posibles de guerra el más peligroso y el más devastador es el conflicto militar general empleando el arma nuclear. Los esfuerzos esenciales de los comunistas y de todas las fuerzas pacíficas del mundo tienden a conjurar esta guerra. Los comunistas hacen cuanto pueden para impedir que el imperialismo desencadene guerras locales o para terminarlas lo antes posible.

En la situación actual, todas las condiciones objetivas están reunidas para impedir tanto las guerras generales, como las locales. Por lo que concierne a las guerras de liberación nacional o a las guerras civiles, consecuencia de revoluciones, el problema es completamente distinto. La revolución es un proceso lógico del desarrollo de la sociedad humana que nada puede impedir. Todos los Estados modernos, comprendidos los imperialistas, son el producto de revoluciones y de las guerras revolucionarias de liberación que las acompañan. La historia moderna de América comienza, como escribió Lenin, por una de esas «guerras realmente liberadoras» (10).

Las guerras de liberación nacional y las guerras civiles no pueden ser evitadas más que en el caso de que los imperialistas, frente a la voluntad netamente expresada del pueblo o de las clases oprimidas, renuncien de buen grado a su dominación sin recurrir al conflicto armado. Tal solución es poco probable. Por consiguiente, mientras subsista la opresión colonial bajo todas sus formas habrá guerras de liberación nacional. Mientras exista el capitalismo y la opresión de clase, las revoluciones de clase son inevitables y la posibilidad de las guerras civiles persistirá. Estas guerras son finalmente la consecuencia de una defensa nacional perfectamente legítima o de una defensa de clase no menos legítima.

Naturalmente, las simpatías de los comunistas en estas guerras irán hacia aquéllos que luchan por su libertad y su independencia contra la opresión nacional y social «¿Cuál es la actitud de los marxistas ante tales insurrecciones? La más favorable, escribe N. S. Jruschov, ... Los comunistas apoyan enteramente estas guerras justas y se colocan en las primeras filas de los pueblos que luchan por su libertad» (11).

Los enemigos del socialismo, deformando esta posición netamente formulada por Jruschov en su discurso del 6 de enero de 1961, dedicado al balance de la Conferencia de los representantes de los Partidos Comunistas y Obreros en Moscú, intentan hoy interpretarla como una llamada a la guerra. Así confieren a la noción de «guerras de liberación» una significación contraria al marxismo: fomentar la liberación desde el extranjero, es decir «la exportación de la revolución» por medios militares o paramilitares. Kennedy intentó dar esta interpretación a la posición de los países socialistas en su discurso a la XVI sesión de la Asamblea General de la ONU.

---

(8) V. I. Lenin, Obras; T. XXI, pág. 271 (ed. rusa).
(9) V. I. Lenin, Obras; T. XXXI, pág. 440 (ed. rusa).
(10) V. I. Lenin, Obras; T. XXVIII, pág. 44 (ed. rusa).
(11) N. S. Jruschov.

Los marxistas han demostrado más de una vez la falsedad de tal interpretación: «el proletariado triunfante, escribió Engels, no puede imponer la felicidad a ningún pueblo sin minar simultáneamente su propia victoria» (12). Reconocer como justa la posición de una de las partes beligerantes, acordarle sus simpatías y su apoyo no equivale en absoluto a desencadenar la guerra. La Gran Guerra Nacional del pueblo soviético contra los invasores fascistas era profundamente justa. El resultado de esta guerra ha sido favorable al movimiento socialista debilitando al imperialismo y haciendo aparecer las condiciones necesarias al nacimiento del sistema socialista mundial. Pero ¿quién quería esta guerra? ¿quién la ha desencadenado? ¿los comunistas? ¡No! ¡Los imperialistas! Si una nueva guerra mundial estallase, su primera consecuencia sería la abolición definitiva del sistema capitalista. Pero, no son los países socialistas, no son los comunistas quienes conducen a la guerra. John Slessor ha escrito: «No debiéramos dudar en atacar los primeros si nos encontrásemos ante la perspectiva de una derrota sin efusión de sangre» (13). No es un comunista, sino un mariscal del aire británico y una «autoridad» reconocida en Occidente en las cuestiones de política militar del imperialismo contemporáneo.

Considerar una guerra como justa no significa juzgarla oportuna. Son los imperialistas y no los comunistas quienes preparan y desencadenan las guerras evocando su oportunidad.

*

¿Es hoy oportuna para el imperialismo la guerra general, incluso analizando esta oportunidad desde su propio punto de vista? Antaño, los ideólogos del imperialismo respondían a esta pregunta afirmativamente y sin ninguna duda. Ultimamente, su posición es mucho menos categórica. «La guerra incondicional, ha constatado Kennedy en su discurso a la XVI sesión de la Asamblea General de la ONU, no conduce ya a una victoria incondicional. Ya no puede servir como medio de solución de los litigios».

«A medida que las consecuencias de la guerra general se hacen más horribles, es más absurdo fiarse a ella», escribía Henry Kissinger, consejero del Presidente americano desarrollando la misma idea (14).

¿Cuáles son las razones de este cambio? La nueva correlación de fuerzas que ha aparecido en el mundo, particularmente en materia de armamentos, ha jugado un papel decisivo, cosa que no se oculta en Occidente. Los imperialistas eran partidarios incondicionales de la guerra general con empleo de armas de destrucción en masa mientras estuvieron seguros de gozar de una impunidad relativa. Han comenzado a dudar tan pronto se ha hecho evidente que esta guerra se volvería contra ellos con fuerza redoblada. En otros términos: la posesión por parte de los países socialistas de armas nucleares y de cohetes ha tenido y tiene como efecto el de contener a los círculos más aventureros del imperialismo. Natural-

(12) K. Marx y F. Engels.
(13) John Slessor, «Strategy for the West», pág. 7.
(14) Henry A. Kissinger, «The Necessity for Choice»; pág. 57.

mente, la influencia de esta fuerza es función de su eficacia. En este sentido, el progreso técnico en materia de armamentos desempeña un papel positivo en favor de las fuerzas de la paz.

Sería erróneo deducir de ello que el desarrollo de la técnica militar puede en sí terminar con las guerras. Sobre este razonamiento han sido edificadas en Occidente las teorías, actualmente en boga, sobre «el equilibrio del miedo».

El hecho de que el ex-Primer Ministro británico Winston Churchill, sea un caluroso partidario de estas teorías, nos indica qué clase de fuerzas están interesadas en ellas. Haciendo uso de la palabra en los Comunes en el otoño de 1953 desarrolló la idea siguiente: «a decir verdad, pienso a veces que estos medios de destrucción total pueden procurar a la humanidad una seguridad totalmente imprevista ... Puede producirse ... que cuando el progreso en materia de producción de los medios de destrucción permita a cada uno el matar a los demás, los hombres perderán totalmente el deseo de matar» (15).

A partir de esta idea, Slessor, de quien hemos hablado antes, partidario de Churchill, se ha mostrado todavía más categórico. «Se ha confirmado actualmente, escribía en 1954, que la guerra se ha hecho imposible gracias a la aparición en los arsenales del mundo de las bombas atómicas y termonucleares». Más tarde, ha revelado francamente lo que escondían tales razonamientos «teóricos»: «Así pues, la destrucción del arma nuclear por parte de ambos adversarios significaría hacer un daño enorme a la causa de la paz ... La destrucción de la bomba atómica significaría tarde o temprano el desencadenamiento de una tercera guerra mundial y también, hipótesis perfectamente realizable, nuestra derrota en esa guerra» (16).

He aquí cómo pueden ser empleadas todas estas hermosas palabras sobre la paz y la seguridad fundadas en el temor recíproco. Desde el punto de vista de los monopolios militares y de sus agentes políticos, tal sistema es extremadamente práctico: el acrecentamiento de los gastos militares se hace en nombre de la seguridad y de la paz, el sabotaje del desarme se hace también en nombre de la seguridad y de la paz.

En realidad, el llamado «equilibrio del terror» no puede ser considerado como un factor sólido de estabilización en materia de relaciones internacionales. No puede serlo porque él mismo es de fundamento inestable. La carrera de armamentos favorece el progreso en las producciones de guerra. Y es sabido que este progreso se realiza en forma discontinua. «No podemos adivinar cuáles serán las nuevas invenciones, dice a este respecto Bertrand Russell, filósofo inglés y eminente combatiente por la paz, pero podemos asegurar que habrá invenciones» (17).

Cada descubrimiento de este tipo destruye el equilibio existente privándolo de todo sentido. Una vez la ruptura del equilibrio consumada, es posible que los aventureros del campo imperialista se sientan tentados a utilizar la situación, favorable temporalmente a ellos, para destruir a su adversario.

Es importante señalar que a medida que aumenta la potencia de destrucción de las armas se acrecienta la importancia de todo ataque inesperado.

---

(15) John Slessor, «Strategy for the West»; pág. 1.
(16) John Slessor, «Strategy for the West»; pág. 16.
(17) Bertrand Russell, «Common Sense and Nuclear Warfare»; pág. 16, Londres, 1959.

Tanto más potente es el arma, tanto mayor es la ventaja que procura al agresor. Los autores burgueses más competentes lo han confesado de una u otra forma. «En particular, una tal situación (el equilibrio nuclear — A. G.), escribe el historiador militar inglés B. H. Liddell Hart, ofrece posibilidades cada vez mayores a un ataque por sorpresa o a una agresión repentina» (18).

Por otra parte, y dado lo tenso de la situación que acompaña inevitablemente al «equilibrio del terror», aumenta fuertemente el peligro de un conflicto provocado por un malentendido, por un caso particular de desarreglo psíquico o por un defecto de funcionamiento de los aparatos de control.

La variación de la correlación de fuerzas en favor del socialismo, fenómeno que se está convirtiendo para las fuerzas agresivas en un obstáculo cada vez más serio, es una noción mucho más amplia que la confrontación de los potenciales de guerra. Comprende asimismo la superioridad económica, política e ideológica del socialismo. El imperialismo, y por consiguiente las fuerzas de la guerra, se debilitan no sólo porque se están retrasando en la técnica de los cohetes, sino también porque son superados por el socialismo en la competición por el derecho a ser considerados como el mejor sistema social, el sistema que mejor corresponde a las necesidades del individuo y de la sociedad. Por estas razones, la victoria sobre la guerra la logrará el socialismo, no por la carrera de armamentos, sino por el desarme general y completo, que los pueblos pueden y deben imponer a los imperialistas.

*

Bertrand Russel escribe hablando del estado de ánimo en Occidente: «Hay mucha gente que, habiendo comprendido que la guerra atómica se terminaría en una catástrofe, se ha persuadido que no tendrá lugar» (19).

Estas gentes se confían en la ilusión de que la guerra nuclear, por ser irracional, es imposible. La razón, según creen, impedirá en definitiva que tal guerra estalle. Juzgan que el sentido común es un medio decisivo para frenar la guerra.

No se trata, naturalmente, de rechazar un factor como el sentido común. Desde el punto de vista de las perspectivas de paz no resulta indiferente conocer las intenciones que abriga cualquier dirigente imperialista: voluntad de negociar o inclinación a la aventura. Pero es muy importante no pasar por alto el hecho de que, aparte de las cualidades personales, las leyes del régimen social del Estado correspondiente juegan un papel decisivo. Estas leyes son más fuertes que la voluntad subjetiva. Por ello es peligroso confiar en el sentido común como en un factor decisivo capaz de conjurar las conflagraciones militares. La actividad de las masas, la movilización de todas las fuerzas en la lucha contra la marcha de la humanidad hacia un conflicto militar general son las más seguras garantías de la victoria de la paz. En su informe al XXII Congreso, N. S. Jruschov dice: «Es preciso tomar conciencia del hecho que son los pueblos mismos, su resolución y su acción enérgica, quienes deciden en primer lugar si habrá paz sobre la tierra o si la humanidad será precipitada en la catástrofe de una nueva guerra mundial».

(18) B. H. Liddell Hart, «Deterrent or Defence»; pág. X. New York, 1960.
(19) Bertrand Russell, «Common Sense and Nuclear Warfare»; pág. 21.

Hay que obligar a los imperialistas a renunciar al uso de la fuerza. Si no lo hacemos, el peligro de guerra no desaparecerá.

El predecesor del actual presidente americano, general Eisenhower, se vio obligado a reconocer públicamente que una guerra general no aportaría la victoria a los EE. UU. Como ya hemos señalado anteriormente, este hecho ha sido reconocido más de una vez por Kennedy. A pesar de todo, la política de los EE. UU. conduce al mundo a la guerra y ello no sólo involuntariamente, automáticamente, sino también de manera consciente. Esto resulta tanto de la acción del imperialismo americano, como de ciertos ejercicios teóricos que intentan justificarla: «... si el fin principal de nuestra política es la aspiración absoluta a la paz, a la paz a cualquier precio, leemos en una publicación muy autorizada editada en los EE. UU., en la situación internacional actual puede conducirnos tal fin a la capitulación ante la dominación soviética» (20).

En otro pasaje de la misma obra, sus autores se expresan en forma más precisa: «Es de una importancia vital para los EE. UU. obstaculizar el desarrollo posterior de la potencia y de la influencia de la Unión Soviética allí donde sea posible. La realización de este principio reclama medios diversos en función de la vulnerabilidad de determinadas regiones. En ciertos casos será necesario un apoyo militar; en otros, una acción política o económica puede revelarse más eficaz» (21).

¿Qué hay de significativo en esta declaración? Ante todo, el hecho de que formula, en suma, el punto de vista oficial americano del momento. Por otra parte, desdeña, con una franqueza extraordinaria, las estratagemas corrientes sobre la «amenaza de agresión» por parte de la Unión Soviética y confiesa lo que realmente temen los imperialistas: el fortalecimiento de la potencia y de la influencia de la Unión Soviética y de los restantes países del campo socialista (que se produce sin recurrir a la utilización de la fuerza militar). En fin, la violencia armada es colocada en primer plano de los medios que los EE. UU. están dispuestos a emplear.

Resulta pues que el peligro que entrañaría la guerra termonuclear general, incluso para los imperialistas mismos, no les ha incitado a renunciar a la guerra como medio de alcanzar sus fines en política extranjera. El máximo de lo que están dispuestos a aceptar es un campo limitado de las operaciones militares que protegería la metrópoli del imperialismo de la acción destructiva de las armas modernas. Aquí reside la causa principal de la atención que actualmente se reserva en Occidente al problema de las «guerras limitadas».

Hay un hecho muy significativo que nos permite apreciar ciertas divergencias en cuanto a las orientaciones sobre «guerras limitadas». La noción de «guerra limitada» cambia fundamentalmente en función del Estado a que pertenece el teórico burgués que estudia dicho tema. Cada variante traduce los intereses imperialistas específicos de un país determinado.

En los EE. UU. se manifiesta estos últimos tiempos un gran interés por las «guerras limitadas» en cuanto al espacio, en cuanto a sus fines y en cuanto a la naturaleza del arma empleada. Según esta tendencia, Henry Kissinger, teórico americano de las «guerras limitadas», ha incluso renunciado en su último libro a la idea del empleo en estas guerras del arma nuclear táctica sobre la que insistía

(20) United States Foreign Policy, «USSR and Eastern Europe»; pág. 57.
(21) United States Foreign Policy, Idem, id.; págs. 54—55.

precedentemente. Estas «guerras limitadas», según la opinión de los dirigentes de la política americana, protegiendo a los EE. UU. contra la acción destructiva del arma atómica, deben permitirles el empleo sin riesgo de sus fuerzas armadas para aplastar el movimiento de liberación nacional de los pueblos de Asia, Africa y (detalle importante para los imperialistas americanos) América Latina, para conservar en el poder los regímenes antipopulares podridos y para la exportación de la contrarrevolución.

Las concepciones sobre la «guerra limitada» adquieren en la República Federal Alemana un aspecto ligeramente diferente. He aquí, por ejemplo, cómo Karl Jaspers, ídolo de los militaristas de Alemania Occidental, se imagina la «guerra limitada». En su último libro, que ha obtenido uno de los más importantes premios de la R. F. Alemana, escribe: «Entre la guerra atómica y el estado de paz universal hay un vasto campo para las guerras con empleo de armas clásicas» (22).

Así, según Jaspers, las guerras son no sólo admisibles, sino que existen las más amplias perspectivas para ellas. Jaspers se expresa después con mayor claridad: «Todo aquel que sea pequeño en nuestro siglo, es decir, todo el mundo exceptuando las dos grandes potencias, puede confiarse a la guerra. Dado que las grandes potencias no se mezclan y no desean cambios, los cambios políticos pueden realizarse por medio de pequeñas guerras» (23).

Tenemos ante nosotros el programa de una especie de división del trabajo en beneficio de los militaristas de Bonn. Se reserva a los Estados Unidos el papel de parapeto para proteger a las aves de rapiña de menor envergadura (del tipo de los revanchistas de Bonn) contra las consecuencias desagradables del aventurerismo en materia de política extranjera. Esperan así realizar impunemente sus designios amparados en este parapeto.

Oswald Spengler, ideólogo del imperialismo contemporáneo, escribía en una de sus obras: «La guerra es una forma eterna de la existencia humana superior y los Estados existen por la guerra» (24).

Pese al terrible peligro que representa hoy la guerra para la humanidad, los imperialistas se atienen a esta fórmula no queriendo renunciar a la utilización de la función militar del Estado imperialista y explotador. Una vez más se demuestra la ausencia total de concordancia entre el régimen fundado sobre la propiedad privada de la economía y el grado de desarrollo de las fuerzas que se encuentran hoy a la disposición del hombre. El nivel de organización de la sociedad en los países capitalistas se encuentra en contradicción flagrante con el hecho de que esta sociedad dispone de medios ilimitados de destrucción.

Este hecho equivale también a un veredicto de muerte contra este régimen, veredicto pronunciado por la historia misma. El orden social que no corresponde al nivel de desarrollo de la sociedad desaparece irremediablemente, cediendo su lugar a un orden nuevo, más perfecto. Y si el imperialismo, pese a la voluntad de los pueblos, desencadena la guerra mundial, será la primera víctima en tanto que régimen. Los imperialistas no debieran olvidarlo jamás, en primer lugar los militaristas de Alemania Occidental, con mucho los más belicosos.

«Los errores de cálculo de un tal Adolfo Hitler que ha invadido la Unión Soviética disponiendo en aquella época del mejor ejército del mundo con dos-

---

(22) Karl Jaspers, «Die Atombombe und die Zukunft des Menschen»; pág. 6.
(23) Idem, íd.; pág. 102.
(24) O. Spengler, «Preußentum und Sozialismus»; pág. 52. Munich, 1920.

cientas divisiones, constata razonablemente el publicista de la R. F. Alemana, Wolf Schenke, palidecen ante la charlatanería de arribistas fanfarrones que esgrimen, no sus propios sables oxidados, sino la bomba de hidrógeno de un poderoso aliado» (25).

Naturalemente, en caso de guerra, todos los pueblos sufrirían gravemente. Sus consecuencias no pueden ser calculadas a priori. Los «stocks» nucleares acumulados son considerables. Según cálculos publicados en Inglaterra, son equivalentes a sesenta mil millones de toneladas de TNT, es decir, veinte toneladas de materia explosiva por cada habitante de la tierra.

El porvenir de un régimen no lo determina el número de bombas lanzadas. «Así como las momias se disgregan inmediatamente tan pronto como se les somete a la acción de los agentes atmosféricos, escribía Marx, la guerra pronuncia su veredicto de muerte sobre las instituciones sociales que no poseen vitalidad propia» (26).

Hay fuertes razones para suponer que tan pronto estallase una guerra semejante, los pueblos destruirían al régimen que la hubiese provocado. Pero incluso así, este proceso causaría centenares de millones de víctimas. Todos los pueblos deben concentrar sus esfuerzos para maniatar oportunamente a los imperialistas y privarles de la posibilidad de emplear el arma criminal.

«Lo esencial, como señala el Programa del PCUS, es prevenir la guerra termonuclear, impedir su desencadenamiento».

La actual generación humana puede hacerlo. ¡Y hay suficientes razones para esperar que lo hará!

---

(25) W. Schenke, «Der anti-Schlamm, oder wie begegnet man dem Kommunismus?»; pág. 44. Hamburgo, 1960.
(26) Karl Marx y F. Engels, Obras; T. X, pág. 535 (ed. rusa).

Manuel AZCARATE

EL LUGAR HISTORICO DE LA GUERRA DE ESPAÑA

HAN TRANSCURRIDO veinticinco años desde el comienzo de la guerra de España. Su significado histórico, el lugar que le corresponde en el conjunto de los movimientos sociales y políticos del segundo tercio del siglo XX lejos de disminuir con el correr del tiempo, se engrandece.

En la conciencia de los pueblos del mundo permanece viva — transmitida por los hombres maduros a las generaciones más jóvenes — la admiración por la gesta de los demócratas españoles. El estudio de la guerra de España ocupa un puesto creciente en la historiografía contemporánea, incluso en numerosos países capitalistas. En innumerables obras de la literatura universal está presente la contienda de España, como uno de los factores definidores de la estructura mental del hombre contemporáneo.

A analizar algunas de las raíces de esa extraordinaria influencia ejercida por la guerra antifascista del pueblo español están dedicadas las presentes líneas.

España y Europa

Desde que Hitler subió al Poder en 1933 hasta que en 1939 estalló la segunda guerra mundial, la actitud que prevaleció en casi todos los países de la Europa capitalista fue la de capitular ante las agresiones fascistas, e incluso facilitar y estimular esas agresiones. Tal conducta fue impuesta por la burguesía imperialista con el apoyo de los dirigentes socialistas. Su objetivo era empujar a las potencias fascistas a la agresión contra la URSS, único país socialista que entonces existía en el mundo.

En esa Europa en la que, pese a los esfuerzos heroicos de los comunistas, predominaba cada vez más el espíritu de capitulación, **la excepción** fue España.

«**Por su heroica lucha por la libertad** — se decía en el editorial de la revista «Internacional Comunista» (agosto-septiembre de 1938) — **el pueblo español se ha colocado a la cabeza de las naciones de la Europa Occidental, encarnando la dignidad de Europa. Sus armas no salvaguardan solamente la libertad, sino también el honor de un continente.**»

En España, ante la agresión del fascismo, la clase obrera supo unir y movilizar a las amplias masas populares, incluídos sectores de la burguesía, y llevarlas a la lucha armada en defensa de la democracia y de la independencia nacional.

Desde la Revolución Socialista y la guerra civil en Rusia, Europa no había conocido una lucha armada de las masas populares comparable por su envergadura a la guerra del pueblo español entre 1936 y 1939. Esa guerra había sido precedida, dos años antes, por el movimiento de 1934, en el que miles de trabajadores españoles, sobre todo en Asturias, habían tomado las armas para impedir la implantación de un régimen clerical — fascista.

En ningún país de Europa, hasta después de comenzada la II Guerra Mundial, la resistencia contra el fascismo tomó formas tan combativas, tan amplias, tan poderosas como en España. Esto no fue obra ni de la casualidad ni de ninguna «idiosincracia temperamental» de los españoles.

El pueblo español se vio colocado en ese período a la vanguardia de la lucha *general contra el fascismo, en función de una serie de rasgos de la situación económica* y política del país.

Cuando surge en 1933, ante todos los pueblos de Europa, la necesidad apremiante de poner en primer plano la lucha contra la amenaza fascista, representada sobre todo por Hitler y sus secuaces, en España estaban al rojo vivo los problemas de la revolución democrática.

Dos años antes, en 1931, el pueblo español había derribado la Monarquía y eliminado del Poder a los representantes de la aristocracia latifundista y de la burguesía monopolista. Con ello, la revolución democrática no hacía más que comenzar. Los campesinos reclamaban la tierra. Cataluña y Euzkadi estaban en pie en defensa de sus derechos nacionales. La clase obrera y las amplias masas exigían una verdadera democratización de la sociedad española, del Estado, del Ejército, etc.

La amenaza fascista vino a agudizar mucho más los problemas ya candentes de la revolución democrática. El fascismo significaba el retorno al Poder, con *métodos mucho más salvajes, de las clases reaccionarias que habían sido derrotadas* dos años antes, en 1931, con el triunfo de la República.

La lucha contra el fascismo era la condición **sine qua non** para salvar la democracia, para poder realizar la revolución democrática. En el combate común contra el fascismo confluían las profundas corrientes que sacudían la sociedad española y que la empujaban hacia la democracia: las luchas de la clase obrera, el movimiento campesino por la tierra, los movimientos nacionales de Cataluña, Euzkadi y Galicia, el anhelo general de modernizar las estructuras caducas de España...

Por otra parte, la amenaza fascista surgió en España precisamente en un período en que se estaba operando un profundo viraje en la conciencia de las

masas trabajadoras. En 1933 ya no quedaban rastros del clima idílico de 1931 en que el pueblo, celebrando entre canciones la caída de la Monarquía, confiaba en que los dirigentes republicanos y socialistas diesen satisfacción a sus aspiraciones. En dos años, las masas habían comprobado la incapacidad e impotencia de los partidos republicanos y del Partido Socialista para dirigir y efectuar las transformaciones democráticas que España necesitaba.

En 1933, a medida que crecía la amenaza reaccionaria y fascista, las masas sentían que hacía falta seguir **otro camino** que el utilizado desde 1931, emplear **otros métodos** para hacer frente a esa amenaza y marchar hacia adelante.

Ese **camino nuevo** fue, en términos generales, el Frente Popular, cuyos fundamentos se colocaron ya en España en los años 1933 y 1934.

El portador de esa política nueva fue el Partido Comunista de España que habiendo superado en 1932, en lo esencial, las trabas sectarias que frenaban su desarrollo, se colocó al frente de la lucha por la unidad obrera y antifascista.

El Frente Popular representaba en España, no sólo un valladar frente a la amenaza del fascismo, sino un instrumento político **nuevo** para efectuar y desarrollar la revolución democrática.

¿En qué consistía su «novedad»?

Hasta entonces, en el movimiento democrático español, la clase obrera, orientada por los reformistas y los anarquistas, había ido de hecho a la cola de fuerzas burguesas. Ese había sido el rasgo típico de la etapa de los gobiernos republicano — socialistas de 1931 a 1933.

Con el Frente Popular, la clase obrera se alió con la burguesía republicana de una forma nueva: ya no iba a remolque, sino que desempeñaba un papel cada vez más importante y decisivo en la política de las fuerzas democráticas españolas.

A ese cambio en el movimiento democrático correspondía un viraje profundo en el movimiento obrero. El socialismo reformista perdió la hegemonía. La lucha del Partido Comunista por el frente único proletario obtuvo resultados considerables; penetró entre los obreros socialistas y éstos impusieron a la dirección del PSOE una posición más izquierdista y unitaria que la de los otros partidos de la II Internacional.

Los socialistas, en España, combatieron junto con los comunistas en las batallas de 1934; se estableció un Comité de enlace entre el PS y el PC; más tarde, se unificaron las Juventudes socialistas y comunistas en una organización única; en Cataluña se llegó a la creación del partido único del proletariado. La influencia de las tendencias unitarias entre los obreros anarquistas se manifestó en que, superando su tradicional «apoliticismo», votaron por el Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936.

La política de los comunistas encontraba una comprensión y un apoyo cada vez mayores por parte de las amplias masas de la clase obrera y del pueblo. El PCE crecía en influencia y en efectivos. En vísperas de la guerra tenía **más de 100.000 militantes**, mientras el PSOE contaba con unos 60.000, si bien éste dirigía la poderosa organización sindical de la U. G. T.

Esos cambios significaban, en esencia, que la clase obrera y su partido comunista encabezaban de hecho el auge del movimiento democrático, la acción popular contra el fascismo.

La política de Frente Popular tendía a implantar y desarrollar la democracia en España utilizando **formas pacíficas**. Y de una forma pacífica electoral consiguió en febrero de 1936 derrotar a la reacción en las elecciones a Cortes.

Cuando fue necesario hacer frente, en julio de 1936, a la agresión armada del fascismo, la experiencia demostró que la etapa de lucha pacífica había unido, templado y educado al pueblo. Le había preparado políticamente para afrontar en mejores condiciones la etapa siguiente de **lucha armada**, impuesta por la reacción.

La política de Frente Popular, gracias sobre todo a los esfuerzos de los comunistas, había arraigado hondamente en España; pese a las concepciones de los dirigentes republicanos y socialistas que querían disolver el Frente Popular a raíz de las elecciones, o limitarlo a un «comité parlamentario», por toda España se crearon miles de comités locales del Frente Popular.

También en España, como en otros países, los dirigentes de los partidos republicanos burgueses, que eran por así decir la «derecha» del Frente Popular, intentaron un compromiso con el fascismo que equivalía a la capitulación de la República.

Estos intentos, auspiciados por el Presidente de la República Azaña los días 18 y 19 de julio de 1936, fueron impedidos por el pueblo.

La presión de las masas obligó incluso a los mismos dirigentes republicanos que habían iniciado gestiones entreguistas a participar en la guerra contra el fascismo.

Si el pueblo español no capituló en 1936, si se levantó en armas contra la agresión fascista fue gracias a los cambios profundos que el Frente Popular había introducido en la vida política española: el Frente Popular era un potente movimiento unitario y organizado de las masas populares en el que la lucha contra el fascismo se fundía con la lucha por dar satisfacción a las aspiraciones del pueblo, por resolver los problemas acuciantes de la revolución democrática.

La espina dorsal y el motor de ese amplio movimiento era la clase obrera, lo cual creaba las condiciones para vencer las vacilaciones de los sectores pequeño-burgueses. La política del Partido Comunista era comprendida, apoyada, seguida por una parte considerable del proletariado, incluso fuera de los marcos del Partido.

El primer frente antifascista mundial

Triunfante en el plano electoral en febrero de 1936, el pueblo español estuvo a punto de obtener la victoria militar sobre los sublevados fascistas en julio del mismo año.

La mayoría del territorio español, incluídos los más importantes centros industriales, quedaron del lado de la República. Los planes fascistas de una rápida victoria fracasaron. Algunos de los generales rebeldes pensaban ya en la huída ... cuando entró en juego un nuevo factor que decidió la suerte de la guerra: la intervención armada de Italia y Alemania.

Los hechos demostraron que, en el plano puramente español, el Frente Popular era más fuerte que la reacción fascista. Esta triunfó en España, en primer lugar, por causas **exteriores**: por la ayuda directa y masiva que le prestaron Hitler y Mussolini, mientras EE. UU., Inglaterra y Francia asfixiaban a la República, impidiéndole adquirir en el extranjero las armas que necesitaba.

Desde sus mismos comienzos, la guerra española rompió sus marcos nacionales: el pueblo luchaba por la independencia y soberanía de la patria; se enfrentaba no sólo con el fascismo indígena, sino con las fuerzas militares de tierra, mar y aire de Italia y Alemania, que hacían la guerra a la República española para imponer en Madrid un gobierno a su devoción.

España era el primer país de Europa contra el cual la Italia fascista (que acababa de terminar la conquista de Abisinia) y la Alemania hitleriana (que había reocupado militarmente la zona del Rin, haciendo trizas el Tratado de Versalles) se atrevían a desencadenar una agresión abierta.

Europa se hallaba en un momento crucial. En Francia (tres meses después de ocurrir lo mismo en España) el Frente Popular había obtenido la victoria en las elecciones parlamentarias. El gobierno estaba dirigido por el socialista León Blum. El triunfo del Frente Popular en Madrid y en París abría la posibilidad de modificar radicalmente la correlación de fuerzas en Europa. Francia y España podían constituir, en el occidente, un firme apoyo de la política de paz y de seguridad colectiva que la URSS venía propugnando: en tales condiciones las potencias fascistas no hubiesen podido proseguir su política de agresión. En 1936 no tenían fuerza material para ello. Una política firme ante los agresores fascistas hubiese impedido el desencadenamiento de la II Guerra Mundial.

«La historia hubiese podido marchar por un cauce completamente diferente — ha dicho el camarada Jruschov en su discurso con motivo del XX aniversario de la agresión hitleriana contra la URSS —. **La guerra mundial hubiese podido no tener lugar. La humanidad se hubiese evitado gigantescos sufrimientos y pérdidas.»**

Durante casi tres años, con su heroico combate, el pueblo español contribuyó de un modo decisivo a mantener abierta esa posibilidad de salb var la paz.

Pero el imperialismo no quería evitar la guerra. No quería impedir las agresiones fascistas, quería fomentar esas agresiones y canalizarlas contra la URSS. La política llamada de «No-intervención» practicada por Inglaterra, Francia y EE. UU. fue un estímulo directo a Hitler y Mussolini a proseguir y extender su política de agresiones en Europa misma, en la frontera de Francia; fue el punto de partida de las ulteriores capitulaciones ante el fascismo que habían de precipitar la II Guerra Mundial.

La «No-intervención» fue el germen del que salió Munich dos años después.

Expresión de la política del imperialismo, la «No-intervención» fue a la vez fruto de una de las más odiosas traiciones de la ya cargada historia de la socialdemocracia. El jefe del gobierno francés, León Blum, uno de los principales líderes de la II Internacional, fue el padre oficial de la «No-intervención», ideada a orillas del Támesis. Dando orden de prohibir todo envío de armas a la República española, Blum salvó a Franco de una rápida derrota y le ayudó así a fortalecerse con las ayudas germano-italianas. La dirección de la II Internacional, en su conjunto, pese a muchas palabras de simpatía y cariño por la República española, sostuvo en los hechos la criminal política de «No-intervención».

Al doblegarse ante la reacción francesa y colocar a Francia a las órdenes de los conservadores ingleses, Blum dió un golpe de muerte al Frente Popular que le había llevado al Poder. Algún tiempo después, él mismo fue desplazado y sustituído por políticos reaccionarios.

Al mismo tiempo, la «No-intervención» zapaba las alianzas establecidas por Francia para el caso de una agresión alemana; Bélgica, Rumanía, Yugoeslavia, Polonia, etc., rompían sus compromisos con Francia. El viento de capitulación ante el fascismo, auspiciado por los dirigentes socialistas, se extendía arrollador por la Europa capitalista. Y, en contraste con esa evolución lamentable de la situación europea, se elevaba y engrandecía el ejemplo de firmeza y combatividad de la democracia española, que proseguía valientemente la dura y desigual pelea contra la agresión fascista.

En la primavera de 1938, cuando Hitler, amparándose en la pasividad cómplice de Londres y París conquistaba Austria sin disparar un tiro, nuestro pueblo se manifestaba por las calles de Barcelona y elevaba su voz en los frentes y en la retaguardia exigiendo la continuación del combate y la destitución de los ministros que, como Prieto, querían aplicar en España las recetas capituladoras en vigor allende el Pirineo.

En los momentos (verano de 1938) en que se tejían los hilos de la infame traición de Munich, que había de entregar a la voracidad de Hitler una Checoslovaquia vendida e impotente, el Ejército Popular español emprendía la gloriosa ofensiva del Ebro y demostraba así que era capaz, si se le aflojaba el dogal de la «No-intervención», de infligir al fascismo una derrota aplastante, lo que hubiese podido cambiar el curso de los acontecimientos europeos.

Al pueblo español le tocó en suerte librar su guerra nacional-revolucionaria, no sólo frente a los sublevados fascistas españoles, no sólo frente a los ejércitos de Alemania e Italia, sino también frente a las corrientes capituladoras que anegaban entonces Europa. En esa circunstancia reside una de la causas básicas de su derrota.

Pero si España era el único país en el que se hacía frente con vigor y energía al ataque fascista, el pueblo español no estaba solo en su ejemplar combate.

España se convirtió en la primera trinchera de la libertad del mundo; en el corazón, ardiente y torturado, del amplio movimiento democrático y antifascista que se desplegaba por todo el orbe.

«**En torno a la España Republicana** — declaró el camarada Manuilski ante el XVIII Congreso del PCUS — **se ha creado un amplio movimiento masivo de solidaridad que abarca a casi todos los países del mundo.**

Este es el más potente movimiento de solidaridad de los trabajadores desde los tiempos de la intervención imperialista contra el País de los Soviets.»

Durante casi tres años la guerra de España fue el centro del combate mundial entre las fuerzas de la guerra y el fascismo y las fuerzas de la paz, la democracia y el progreso. Sus incidencias afectaban a la vida interna de cada país. En función de su actitud ante la guerra de España se definían los partidos, se creaban coaliciones electorales, se constituían y disolvían gobiernos.

La bandera de la lucha del pueblo español atraía e incorporaba a la acción política a nuevas levas de demócratas y de revolucionarios.

Muchos hombres progresivos, en los más diferentes países, comprendieron cuál era su camino en la vida, a la luz de los combates de España. Y se hicieron comunistas, impulsados en gran parte por el ejemplo que les llegaba de Madrid y Guadalajara, de Teruel y del Ebro.

No pocos intelectuales — de las más diversas corrientes ideológicas — descendieron de su torre de marfil y saltaron a la palestra política para defender la causa del pueblo español y rendir homenaje a su heroísmo y abnegación.

La guerra de España se convirtió así en un trozo vivo de la historia de los países de Europa, e incluso del mundo.

En realidad, el movimiento solidario con el pueblo español representó una **etapa nueva** en el desarrollo del internacionalismo proletario.

En la guerra de España — y a partir de la guerra de España — apareció con una amplitud y un perfil nuevos, principalmente ante los trabajadores de Europa, la significación que la existencia de un país socialista tenía para la causa de la paz, para la defensa de la libertad de los pueblos.

No se trataba de un deseo de la URSS de inmiscuirse en los asuntos de España. Todo lo contrario. La Unión Soviética se pronunció constantemente por que la contienda española fuese resuelta por los españoles mismos, eliminándose de ella todos los factores extranjeros, de uno y otro lado. Pero ante la creciente ingerencia militar de las potencias fascistas, ante el cerco impuesto a la República por las llamadas «democracias» occidentales, la URSS prestó generosa y eficaz ayuda en todos los terrenos al pueblo español que luchaba por la paz del mundo.

Sin esa ayuda, como lo han reconocido incluso las personalidades más templadas del republicanismo español, la resistencia no hubiese podido prolongarse.

A despecho de la derrota del pueblo español, la actitud de la URSS, su ayuda a los combatientes republicanos, contribuyó poderosamente a dar confianza a los pueblos de Europa; les mostró que no estaban solos frente a la agresión fascista; elevó el prestigio y la autoridad de la URSS que, frente a los engaños de las seudodemocracias imperialistas, aparecía claramente como el baluarte de la paz, de la democracia y de la libertad del mundo.

Esta realidad, que brotó a la superficie con la guerra de España, encontró, durante la guerra mundial y en períodos posteriores, las más brillantes confirmaciones.

La expresión más impresionante de la profunda conmoción provocada en el mundo por la lucha del pueblo español fue la creación de las Brigadas Internacionales.

Si bien éstas continuaban una tradición larga y gloriosa — la participación de voluntarios extranjeros en los movimientos revolucionarios —, representaban, sin embargo, por su envergadura, un fenómeno político sin precedentes.

Aproximadamente 30.000 hombres — obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales, etc. — procedentes de 54 países, abandonaron una existencia más o menos tranquila, dejaron el hogar, la familia, la profesión, los estudios, y escapando a la persecución policiaca de los gobiernos capitalistas, atravesando clandestinamente fronteras y mares, vinieron a España a ofrecerlo todo, su sangre y su vida, a la causa de la libertad.

Es necesario desenmascarar la falsía de la propaganda y la historiografía imperialistas que presenta el envío a España por Hitler y Mussolini de unidades regulares de sus Ejércitos de cientos de miles de hombres, con sus jefes, equipos, armamentos, con miles de aviones y de tanques, etc., como «la respuesta» a la existencia de las Brigadas Internacionales.

Se trata de una burda falsificación de la realidad histórica. Las que iniciaron la intervención extranjera fueron Italia y Alemania. Esa intervención fue decisiva en el plano militar, mientras las Brigadas Internacionales no representaron sino una pequeña parte del Ejörcito Popular de la República.

Pero ello en nada puede disminuir la transcendencia extraordinaria, sobre todo moral y política, de la creación de las Brigadas Internacionales, que eran la «punta de lanza», la vanguardia combativa de un movimiento solidario que abarcaba a los pueblos del mundo, desde los «dockers» de EE. UU. hasta los mineros de Chile, desde los metalúrgicos de París hasta los campesinos de China y de la India.

El surgimiento de las Brigadas demostraba que el internacionalismo proletario se había elevado a una altura nueva. Y que, en torno a ese internacionalismo de los núcleos obreros de vanguardia, se desplegaba entre las amplias masas populares un sentimiento nuevo de solidaridad internacional, una conciencia de que era necesario luchar unidos contra las agresiones fascistas.

Frente a las bajezas morales de la política capituladora, las Brigadas Internacionales representaban el heroísmo popular, la capacidad de sacrificio y de combate de los pueblos en aras de un alto ideal.

Frente a las maniobras divisionistas de los partidarios de la capitulación, las Brigadas Internacionales eran la expresión viva de la unidad antifascista: en sus filas peleaban y morían hombro con hombro comunistas y socialistas, republicanos y liberales, ateos y católicos ...

Entre las Brigadas Internacionales y los movimientos de resistencia de las naciones europeas contra el yugo hitleriano, durante la II Guerra Mundial, existen lazos filiales indiscutibles atestiguados por el hecho de que muchos de los hombres que se templaron y adiestraron en la tierra española encabezaron luego en sus respectivos países el combate clandestino y armado contra el fascismo.

La amplia unidad lograda en los movimientos de resistencia al hitlerismo tenía en muchos casos un antecedente directo e inmediato: la acción común en los movimientos de solidaridad con la República española.

El conjunto de rasgos a los que brevemente nos hemos referido (amplitud de la solidaridad mundial con la causa del pueblo español, papel de la Unión Soviética, creación de las Brigadas Internacionales, etc.) muestran que la guerra de España, fue algo así como el primer pivote en torno al cual se inició un gran viraje en la conciencia de las amplias masas populares del mundo, viraje que había de plasmarse poco después en la participación masiva y abnegada de los pueblos en la lucha contra el hitlerismo.

Con razón se dice en el editorial de la revista teórica del PCUS «El Comunista» (1961 — n° 8), refiriéndose a la guerra de España y a las Brigadas Internacionales, que en ellas **«se encarnó por primera vez la idea del frente internacional antifascista».**

En el mundo, en 1936—1939, esa primera encarnación del frente internacional antifascista no fue lo bastante fuerte para derrotar la política del imperialismo. La política de escisión de los dirigentes socialistas impidió que la solidaridad internacional quebrantase el muro del bloqueo imperialista que ahogaba a la República española.

Después de Munich, las potencias imperialistas occidentales acentuaron su intervención contra la lucha del pueblo español. Francia cerró la frontera e impidió la llegada a España de nuevas y grandes remesas de aviones, tanques y otras armas enviadas por la URSS en 1938. En el Mediterráneo la escuadra británica, con las banderas deplegadas, intervino para entregar Menorca a Franco. En Madrid, sin banderas pero con iguales objetivos, el imperialismo anglo — sajón alentó y preparó la traición casadista que en nombre del anticomunismo apuñaló por la espalda al pueblo español, abrió los frentes y permitió a Franco implantar su dominación sanguinaria sobre toda España.

Pese a su derrota, el pueblo español había dado un ejemplo de valor incalculable a Europa entera, a todo el mundo. Había mostrado cómo se podía resistir al fascismo. Había enseñado el camino para derrotarle.

Y las lecciones de la lucha del pueblo español se plasmaron luego, en proporciones mucho más amplias, en la II Guerra Mundial, en los movimientos de resistencia a la ocupación hitleriana.

Dos líneas estaban frente a frente en la política europea: una, la de las fuerzas burguesas y socialdemócratas, que preconizaba la capitulación ante el fascismo, alegando que ésa era el camino para salvar la paz; otra, defendida por la URSS, por los comunistas, por los sectores más consecuentes, preconizaba, para salvar la paz, la resistencia al fascismo y la organización de un sistema de seguridad colectiva capaz de paralizar las agresiones hitlerianas, sobre la base de la más amplia unidad de todas las fuerzas obreras y democráticas.

La primera política se encarnaba en la «No-intervención» y en Munich. La segunda tuvo en la lucha del pueblo español una de sus más altas expresiones.

A los cinco meses de la derrota de la República, el hitlerismo desencadenó la II Guerra Mundial. Los hechos demostraron que la política capituladora sólo había servido para sacrificar a los pueblos de Austria, de Checoslovaquia, de España, etc., y para ayudar a Hitler. La realidad puso de relieve que los demócratas españoles habían tenido razón; que el camino de lucha y unidad mostrado por ellos era el único que podía salvar al mundo de la barbarie fascista.

De ahí que en el desarrollo mismo de la II Guerra Mundial y posteriormente, creciesen y se arraigasen más profundamente aún en la conciencia de los pueblos los sentimientos de admiración y cariño hacia el pueblo español.

Los hechos trascendentales acaecidos en el mundo en el cuarto de siglo transcurrido desde 1936 no han atenuado la importancia de la resistencia española a la agresión fascista.

El curso de la historia ha confirmado que los trabajadores españoles tuvieron razón al tomar las armas y al no capitular.

El pueblo español avanzó con audacia por un camino en gran parte inexplorado. Pero ése era el camino acertado. Su sacrificio no fue inútil, sus experiencias constituyen una pieza importante en la marcha de todos los pueblos hacia la libertad, el progreso y el socialismo.

Y el pueblo español goza legítimamente entre los demócratas del mundo de esa admiración especial que acompaña siempre a quienes, en una u otra etapa, con fortuna o desgracia, han tenido que ocupar posiciones avanzadas en el devenir histórico.

La primera Democracia Popular

Al abordar los problemas económicos, sociales y políticos que la guerra antifascista puso al orden del día, la clase obrera y las masas trabajadoras de España tuvieron que adentrarse por nuevas sendas de lucha y creación revolucionaria.

La sublevación militar fascista, en la que estaba complicada una parte considerable de la oficialidad del Ejército, de la policía, del aparato estatal, planteó la necesidad insoslayable de armar al pueblo para defender la República.

Ante la realidad de los hechos, y la presión de las masas, incluso los partidos republicanos de la pequeña y media burguesía tuvieron que aceptar y legalizar esa medida de extraordinario alcance revolucionario.

La acción de los trabajadores, al tomar en sus manos las armas bajo la dirección de los partidos y organizaciones obreras y del Frente Popular, se hizo en defensa de la legalidad republicana y fue aprobada, ratificada, por el Gobierno de la República.

En el territorio republicano los tradicionales instrumentos de Poder y coacción del Estado burgués adquirieron un nuevo carácter.

El pueblo armado era el único y verdadero sostén y defensor de la República. Y el pueblo, con las armas en la mano y dueño de sus destinos, a la vez que luchaba contra los sublevados fascistas, emprendía la realización de la revolución democrática, que estaba pendiente desde hacía más de un siglo y que había abortado en 1931 por culpa de los dirigentes republicanos y socialistas.

La revolución democrática española, en el período de 1936 a 1939, se desarrolló pues en unas condiciones peculiares, entre las que cabe destacar las tres siguientes:

1) Se llevaba a cabo en el fuego mismo de la guerra contra el fascismo indígena y extranjero. De hecho la guerra y la revolución eran una misma cosa. El objetivo número uno de la guerra era asegurar el triunfo de la democracia. Las medidas revolucionarias eran parte de la guerra: golpeaban a las castas opresoras que, además de enemigos de clase, eran los enemigos militares.

2) El pueblo estaba armado, lo que le permitía ejercer con mayor efectividad su soberanía. La revolución tenía un carácter hondamente popular.

3) A la vez, la revolución se hacía «desde arriba». Era una revolución legal, que se realizaba sobre la base de leyes y decretos dictados por el Gobierno, aprobados por el Parlamento.

Esas condiciones determinaron que la República burguesa de 1931, a la vez que conservaba sus formas, su estructura constitucional, sufriese una radical *transformación, una renovación profundísima.*

El texto de la Constitución republicana permitía grandes progresos sociales. Pero esa posibilidad había quedado en el papel, no se había traducido en realidades en el período anterior a 1936.

En las condiciones político-sociales de la guerra, los viejos marcos legales se llenaron de un nuevo contenido. Y surgió de hecho, dentro de dichos marcos, un nuevo Estado democrático y popular, una «República democrática de nuevo tipo», según la definición empleada por el Partido Comunista de España.

«**El pueblo español** — escribía la revista «Internacional Comunista» en su número de marzo de 1939 — **ha dado a la democracia nuevo contenido y nueva forma, le ha infundido fuerza y savia. Es, en efecto, una «democracia de nuevo tipo» la que el pueblo español ha erigido en lucha contra los magnates, los grandes capitalistas y los generales fascistas, en lucha contra las hordas de rapiña del fascismo alemán e italiano. Es una democracia en la que dirige el pueblo...**

... No es de esos caviladores que construyen nuevas formas de democracia en las mesas de los despachos, sino de los obreros y campesinos españoles de quienes las masas populares de todos los países aprenderán cómo se realiza y se defiende una democracia antifascista, combativa, popular». (Los subrayados son nuestros. M. A.)

Escrito en los momentos en que el pueblo español era derrotado, este comentario del órgano oficial de la Internacional Comunista subraya la importancia que tenía. como experiencia y lección para el movimiento obrero de todos los países, el surgimiento en España de una democracia de «nuevo tipo», de una **democracia popular.**

El valor de esta experiencia ha sido ya sobradamente confirmado por los hechos históricos. Existen muchos rasgos comunes entre la experiencia española y la etapa inicial recorrida por los regímenes de democracia popular (antes de convertirse en formas de la dictadura del proletariado) en diversos países europeos, en las fases terminales de la II Guerra Mundial, o sea, unos cinco años después de concluir la guerra de España.

Pero no es ése nuestro tema. Pasemos a examinar algunos de los factores que determinaron y permitieron que, precisamente en España, en los años 1936—39, surgiese por primera vez un nuevo tipo de Estado revolucionario, una *democracia popular.*

*

Ello exige, en primer lugar, recordar cuál era el carácter que tenía la revolución española.

La revolución era democrática. En el primer plano estaba el problema de la tierra, la lucha contra los latifundios, contra los residuos semifeudales. La lucha

por la tierra era determinante: constituía el estímulo número uno para la mayoría del Ejército Popular de la República, formada por campesinos y obreros agrícolas y por los hijos de ambos.

El problema nacional de Cataluña y de Euzkadi — otro de los principales problemas de la revolución democrática española — desempeñó un papel de primer plano en la guerra: en particular, determinó que se uniese al campo antifascista una fuerza como el nacionalismo vasco, que había figurado siempre en la extrema derecha en las Cortes de la República, que había luchado contra el Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936 y que, en el terreno religioso, por su acendrado catolicismo, tenía afinidades no pequeñas con las fuerzas reaccionarias sublevadas contra la República con la bendición de las principales jerarquías de la Iglesia.

Pero al lado y entremezclado con los que podríamos calificar problemas «**típicos**» de la revolución democrático-burguesa, (cuestión de la tierra, cuestión nacional, etc.) surgió a la superficie, en el proceso revolucionario que se desplegó en España en los años de la guerra, un problema en cierto modo nuevo, engendrado en la base económica por el desarrollo del capital monopolista y por su ligazón estrecha con la aristocracia latifundista, con los restos feudales.

El bloque fascista contra el cual contendía en la guerra el pueblo español estaba constituido básicamente por la aristocracia latifundista y por el capital monopolista, en gran medida entrelazados, fundidos entre sí; y en ese bloque, ya en 1936, el papel dirigente lo desempeñaba el capital monopolista.

Y por lo tanto, dentro de las contradiciones **típicas, tradicionales** de la revolución democrático-burguesa, surgían en España otras contradicciones, más **modernas**, determinadas por el crecimiento del capital monopolista: contradicciones entre la burguesía monopolista y la burguesía no monopolista, contradicciones entre el capital monopolista y el conjunto del pueblo, etc.

Esa situación objetiva en que se encontraba la sociedad española en 1936 obligaba a la clase obrera y a las masas trabajadoras a emprender la realización de la revolución democrática luchando y golpeando, no sólo contra la aristocracia latifundista, sino también contra el capital monopolista, que era el principal organizador y autor de la sublevación fascista.

En consecuencia, la revolución democrática española, sin perder en modo alguno su carácter de tal, adquirió rasgos nuevos y originales.

De ella podría decirse que si de un lado daba solución en el campo a problemas semejantes a los que habían sido el eje de la revolución burguesa en Francia a finales del siglo XVIII, de otro lado se enfrentaba con problemas que estaban al orden del día ante la clase obrera de los países capitalistas más avanzados: concretamente, con la necesidad de tomar medidas contra la dominación de los grandes monopolios capitalistas.

Y el entremezclarse de estos dos aspectos de la revolución democrática española (el antifeudal y el antimonopolista) no era fruto del capricho, no era un fenómeno subjetivo; era una realidad objetiva impuesta por los hechos.

Los grandes magnates de las finanzas españolas (y sus amos y patronos extranjeros) estaban al lado de Franco. No era pues imaginable que pudiesen conservar en el territorio republicano la dirección de sus empresas, disponer de las sumas fabulosas que tenían en los Bancos, etc., etc. Sin tomar medidas contra ellos en

el terreno económico, político y militar, no era posible llevar adelante la guerra antifascista. Ante el pueblo español, en el curso de la realización de la revolución democrática, se presentó el imperativo insoslayable de poner coto al poderío del capital monopolista.

Por estos hechos, la revolución democrática española, en su etapa de 1936—39, tenía mayor hondura social que las revoluciones democráticas habidas anteriormente en otros países europeos.

*

La democracia popular surgió en España como el instrumento político, como el órgano de Poder necesario, el más adecuado, para llevar a cabo precisamente la revolución democrática con los rasgos peculiares con que se presentaba en España: o sea, con un contenido antifeudal y antimonopolista, — y a la vez efectuada en plena guerra, cuando el pueblo en armas defendía la República y la independencia nacional frente a los sublevados fascistas y los agresores extranjeros.

Sin embargo, la democracia popular no fue engendrada espontáneamente por las condiciones objetivas que se habían creado en España en el curso de la guerra antifascista. Fue el resultado de la acción consciente de las masas trabajadoras; fue obra del pueblo español, guiado en esta gran empresa de creación revolucionaria por el destacamento de vanguardia de la clase obrera, por el Partido Comunista.

El Partido Comunista de España había asimilado profundamente las resoluciones trascendentales del VII Congreso de la Internacional Comunista, el cual había abierto nuevas perspectivas ante el movimiento obrero internacional. Dicho Congreso, en el cual los principales informes fueron los de los camaradas Dimitrov y Togliatti, había orientado a los partidos comunistas a forjar con audacia, teniendo en cuenta las condiciones propias de cada país, amplios Frentes Populares para la lucha contra el fascismo; había previsto la eventualidad de la creación de gobiernos de Frente Popular y de la participación de los comunistas en gobiernos democráticos, con fuerzas burguesas antifascistas.

El VII Congreso representó una gran ayuda para el P. C. de E.: le preparó política e ideológicamente a abordar, sobre la base de los principios marxistas-leninistas, y con espíritu creador, los problemas políticos apremiantes y complejos que se plantearon en el territorio republicano. Sin ese espíritu creador de los comunistas, la democracia popular no hubiese visto la luz en España.

Desde el momneto de estallar la sublevación, el P. C. de E. elevó a un nivel aun superior sus esfuerzos incesantes por ampliar y reforzar la unidad de todas las fuerzas sociales y políticas interesadas en impedir el triunfo del fascismo.

Poniendo en un primer término la lucha por la unidad de la clase obrera y por la alianza de ésta con los campesinos, el Partido Comunista se esforzaba por agrupar junto a dichas fuerzas, en un solo frente de lucha antifascista, a sectores de las capas medias urbanas, de la intelectualidad, de la pequeña y media burguesía, en particular de la burguesía catalana y vasca. El factor antimonopolista que era

uno de los rasgos específicos de la revolución democrática española — como hemos visto más arriba — facilitaba la incorporación al frente común de determinados sectores burgueses.

El Partido Comunista consideraba que en las condiciones creadas en España por la guerra era posible llevar a efecto hondas transformaciones democráticas, antifeudales, e incluso antimonopolistas, conservando la alianza con sectores de la pequeña y media burguesía.

Con esa preocupación, el Partido Comunista luchó contra las concepciones aventureras e izquierdistas de un sector del Partido Socialista y de los anarquistas, que pretendían liquidar política y económicamente a la pequeña y media burguesía urbana y rural en el territorio republicano, lo que significaba empujarlas en brazos de los fascistas y debilitar la causa democrática.

Al mismo tiempo, el Partido Comunista luchaba contra las tendencias conservadoras de esos sectores burgueses que en nombre de la «legalidad» republicana se resistían a aceptar la transformación y renovación de la República de 1931, esforzándose por impedir la creación de la democracia popular.

Muy poco después de empezar la guerra, la amplia alianza política antifascista — que se había plasmado en la pelea conjunta de las masas populares contra los sublevados — se convirtió en coalición gubernamental, bajo la dirección de un Presidente de Consejo, socialista. Incluso fuerzas que no participaban en el Frente Popular, como el Partido Nacionalista Vasco y la Confederación Nacional del Trabajo (en la que tenían una influencia preponderante los anarcosindicalistas) entraron en el gobierno. El Partido Comunista era partidario de un gobierno lo más representativo posible en el que tuviesen su sitio las diversas fuerzas sociales y políticas que participaban en la lucha.

Dentro de esa alianza, la clase obrera y los campesinos desempeñaban un papel decisivo: desde el momento de iniciarse la sublevación se habían convertido de un modo efectivo en el eje de la vida nacional, tanto en el frente como en la retaguardia.

Paralelamente, los hechos ponían de relieve que el Partido Comunista era el único que tenía una política clara, decidida, que respondía a las necesidades de la guerra y a las aspiraciones del pueblo. En todos los órdenes de la actividad, en el territorio republicano, y sobre todo en los frentes, la orientación y el ejemplo de los comunistas eran la garantía sólida de la resistencia. Este hecho era reconocido durante la guerra por muchos hombres políticos alejados, e incluso adversarios, de los comunistas. Hoy es reconocido por la gran mayoría de los historiadores, incluso anticomunistas, que conservan un mínimo de respeto por la realidad objetiva (Cattell, Buckley, Mathews, Thomas, etc., etc.).

Lo que no son capaces de percibir es la causa, el fondo de ese hecho que registran; en realidad, tanto los socialistas como los anarquistas, por grande que fuese su base e influencia entre los trabajadores, representaban, por su ideología, corrientes pequeñoburguesas dentro del movimiento obrero; no podían representar, encarnar el papel dirigente de la clase obrera, cuya necesidad se hacía sentir a la luz de los acontecimientos. Que hubiese más o menos ministros socialistas en el gobierno no era un hecho verdaderamente nuevo, no modificaba el carácter del gobierno. Tampoco lo modificaba el ingreso en él de ministros anarquistas: pues si este hecho en sí no tenía precedentes, sí había habido en España, en

ciertos momentos, ministros republicanos ultraizquierdistas en sus palabras, tragacuras y «jaballes», que tenían concepciones pequeñoburguesas muy cercanas a las de los anarquistas.

El Partido Comunista era, en cambio, portador de unos valores sustancialmente nuevos en el orden político e ideológico: en su más profundo sentido, era el Partido de la clase obrera, era también el Partido de la intelectualidad progresiva, de los campesinos trabajadores, el defensor de los intereses del pueblo en general.

El problema de la participación del P. C. de E. en el gobierno se planteó muy pronto.

Participar en un gobierno al lado de los socialistas, de los anarquistas, de partidos burgueses republicanos, incluso de un partido católico como el Nacionalista Vasco, era una experiencia nueva en absoluto, sin precedentes, en el movimiento comunista mundial. Experiencias de ese género sólo tuvieron lugar, varios años después que en España, en diversos países de Europa occidental y oriental; pero no entra en nuestro propósito analizarlas aquí.

El ejemplo vivo de España demostró que la participación de un Partido Comunista en el gobierno, al lado de partidos burgueses democráticos, podía — en determinadas condiciones — dar frutos importantes desde el punto de vista de las conquistas revolucionarias y de la lucha contra la reacción y el fascismo. Una condición decisiva para ello era que el Partido Comunista pudiese apoyarse sobre un fuerte movimiento de masas.

Durante la guerra de España, por la situación de guerra, el papel del Parlamento fue limitado; además, había sido elegido antes de iniciarse la guerra, no reflejaba la correlación de las fuerzas políticas del país y los comunistas tenían en él una representación muy inferior a la que les correspondía. En cambio, el pueblo estaba armado, el ejército era su emanación directa, y, por lo tanto, la fuerza y la presión de las masas populares sobre la vida nacional eran considerables.

Las condiciones políticas que caracterizaron el surgimiento de una democracia popular en España fueron, en lo fundamental, las siguientes: las fuerzas reaccionarias estaban maniatadas en el territorio republicano, reducidas a la impotencia; el pueblo estaba verdaderamente libre (sobre él no pesaban los tradicionales instrumentos coactivos del Estado burgués); la clase obrera se había convertido en la fuerza decisiva del país; el Partido Comunista, con el apoyo de las masas y mediante su participación en el gobierno, podía ejercer una influencia considerable sobre la actividad del Estado.

La República de «nuevo tipo» que existía en una parte de España no era una República burguesa, como las de Francia o EE. UU. No era un Estado burgués. No era el instrumento de las clases explotadoras para asegurar su dominación sobre las masas trabajadoras. Era, por el contrario, un instrumento del pueblo para la lucha contra aus enemigos: su misión histórica era hacer la guerra contra la sublevación fascista y efectuar la revolución democrática en España.

Que la democracia popular en España no era una forma de la dictadura del proletariado, es obvio por lo indicado más arriba.

Y si se acercaba, por la tareas revolucionarias que cumplía, a una dictadura de los obreros y campesinos, su base social y política era más amplia; representaba el Poder, no sólo de los obreros y de los campesinos, sino también de sec-

tores de la pequeña y media burguesía urbana. No obstante, sobre esta base abordó y realizó transformaciones revolucionarias profundas en la estructura social del país.

Las realizaciones de la democracia popular en España están indisolublemente ligadas a la actividad política del Partido Comunista. Concentrando sus esfuerzos en las cuestiones clave para la guerra y para la revolución, venciendo enormes obstáculos dentro del gobierno y luchando contra la demagogia de los anarquistas, los comunistas españoles lograron que se realizase una serie de transformaciones revolucionarias democráticas de gran envergadura. Entre las más importantes pueden señalarse las siguientes:

1) La formación del **Ejército Popular** organizado sobre la base de las milicias armadas fundadas por los partidos obreros al estallar la sublevación.

   El Partido Comunista, con el V Regimiento creado por él, mostró concreta y prácticamente el ejemplo de lo que debía ser el nuevo ejército regular de la República.

   El Ejército Popular tenía, sobre todo en las unidades que sostuvieron las principales batallas de la guerra, un carácter profundamente revolucionario. Un elevado porcentaje de sus jefes eran obreros, campesinos, estudiantes, seleccionados en las batallas mismas por su capacidad, por su fe revolucionaria. El Ejército Popular tenía un Cuerpo de Comisarios cuya función específica era dotar a los soldados de una conciencia política, combativa, antifascista.

2) La **reforma agraria.** Fue ésta una obra directa del Partido Comunista, uno de cuyos dirigentes, el camarada Vicente Uribe, fue titular durante toda la guerra del Ministerio de Agricultura. Este hecho no era casual: demostraba que el Partido Comunista había comprendido la importancia decisiva, para la guerra y la revolución, del problema de la tierra. Al confiscar unos cinco millones y medio de hectáreas a los grandes terratenientes y entregárselas en usufructo perpetuo a los campesinos y obreros agrícolas, la democracia popular española realizó la mayor transformación revolucionaria que España había conocido desde hacía siglos. Dió a las masas campesinas una razón de combatir con entusiasmo: luchar contra el fascismo era luchar por la tierra. Ello constituía el aglutinante fundamental de la alianza entre los campesinos y los obreros, soldada en el Ejército y la retaguardia.

3) **La revolución cultural.** Fue ésta también una obra realizada por el Partido Comunista, ayudado por los hombres más avanzados de la intelectualidad española.

   Pese al apremio de los problemas directamente militares, la República de «nuevo tipo» creó unas 10.000 escuelas, dió pasos gigantescos en la lucha contra el analfabetismo y, sobre todo, puso la enseñanza en todos sus grados al alcance de los hijos de los obreros y de los campesinos: para ello organizó Institutos Obreros de enseñanza media, estipuló el pago del salario a los trabajadores que seguían estudios superiores, etc., etc.

El Partido Comunista demostró con los hechos que con una política inteligente y flexible era posible atraer al campo de la revolución a una parte considerable

de los intelectuales que, pese a una formación idealista y burguesa, no querían alejarse del pueblo y se sentían compenetrados con la causa del progreso y de la libertad. El ejemplo más típico a este respecto es quizá el de Antonio Machado; poeta y pensador humanista y demócrata, se convirtió durante la guerra en un amigo fiel del Partido Comunista, en un admirador entusiasta de la Unión Soviética, en un partidario de la causa del socialismo.

4) La concesión del **Estatuto a Euzkadi**, lo que era un paso positivo importante en la solución del problema nacional.

5) **Medidas contra el capital monopolista.** Desde los primeros momentos, el Partido Comunista preconizó la nacionalización de los grandes Bancos y de las grandes empresas industriales y del transporte; de un modo muy especial, de aquéllas que podían servir para crear una potente industria de guerra y asegurar el abastecimiento del Ejército.

El Partido Comunista de España elaboró en los años 1936—39 una línea clara enfilada, en el plano económico, a maniatar al capital monopolista y a facilitar la existencia de las empresas pequeñas y medias. En el plano político, se trataba de profundizar la escisión entre la burguesía monopolista y la no monopolista, de aislar y golpear a la primera, de atraer a la segunda a la coalición antifascista, de forjar la unidad de todas las clases y capas de la sociedad dañadas por el capital monopolista.

Con ese objetivo los comunistas propugnaron en el seno del gobierno y en la calle una serie de reformas de estructura encaminadas a que el Estado democrático «de nuevo tipo», nacionalizando los grandes Bancos y empresas del capital monopolista, constituyese con ellas un potente **sector estatal** en la economía, sector que desempeñaría un papel fundamental. Al lado de ese sector estatal, y ayudadas también por el Estado democrático, deberían subsistir las empresas capitalistas de la pequeña y media burguesía.

«La existencia de una pequeña industria y de un pequeño comercio al lado de una gran industria nacionalizada no atenta a este principio de centralización, y puede funcionar no sólo bajo la mirada vigilante del Estado, sino yendo más lejos: con la ayuda del mismo Estado», decía el camarada José Díaz en su histórica conferencia «Lo que España enseña a Europa y América», el 29 de noviembre de 1938.

En el informe de la camarada Dolores Ibárruri ante el Pleno del Comité Central de mayo de 1938 — y en muchos otros documentos del PC de E — se llamaba a los comunistas a tener en cuenta y defender los intereses de los sectores de la pequeña y media burguesía que estaban al lado de la República y se preconizaba, incluso, la devolución a sus propietarios de pequeñas empresas arbitrariamente secuestradas por los anarquistas.

Los comunistas abogaban por la creación de un Consejo Coordinador de la Economía, con representación de los sindicatos, de los partidos del Frente Popular, con elementos técnicos, etc., cuya misión sería elaborar las medidas necesarias para que la producción respondiese en el mayor grado posible a las exigencias del frente y de la retaguardia.

A pesar de los grandes obstáculos que en el seno del gobierno hallaron las proposiciones económicas de los comunistas, en España se introdujeron durante la guerra serias y profundas medidas revolucionarias dirigidas contra el capital monopolista, entre las que cabe citar:

— Una parte considerable de las acciones, y otros bienes, de los magnates del capital monopolista, que tomaban parte activa en la sublevación fascista, fueron requisados en beneficio del Estado.

— Los principales medios de transporte (ferrocarriles, etc.) fueron nacionalizados.

— Los Bancos quedaron sometidos al control del Estado.

— El Banco de España, en la práctica, fue nacionalizado; se le dotó de una nueva dirección en la que figuraban, al lado de los delegados del Estado, representantes de los partidos del Frente Popular y de los sindicatos.

— Se estableció una fuerte intervención del Estado sobre las empresas relacionadas con la producción de guerra.

Las medidas revolucionarias que brevemente hemos resumido (ejército popular, reforma agraria, problema nacional, acceso de los trabajadores a la cultura, medidas antimonopolistas) — y otras que la falta de espacio nos impide citar aquí — fueron aprobadas por el gobierno de coalición que encabezaba el Estado republicano durante la guerra.

Fueron el fruto de una firme e incesante lucha política llevada a cabo por el Partido Comunista. La unidad con las otras fuerzas del Frente Popular implicaba la lucha contra las concepciones falsas, contrarrevolucionarias, aventureras, vacilantes, capituladoras que anidaban entre los partidos que representaban a la pequeña y media burguesía o que estaban influídos por ésta. La contradicción que existía en el seno de los gobiernos del Frente Popular entre la influencia de la clase obrera y la influencia de sectores burgueses no se resolvió, perduró durante la guerra.

En una medida importante, y los hechos citados lo atestiguan, la clase obrera y su núcleo de vanguardia, el Partido Comunista, consiguieron ejercer una influencia determinante en la organización de la resistencia y de la defensa de la República. Sin ello no hubiese habido ni resistencia al fascismo, ni realizaciones democráticas revolucionarias.

Sin embargo, y como consecuencia de su división mantenida tenazmente por socialistas y anarquistas, la clase obrera no pudo ser la fuerza hegemónica en la dirección del país.

La dirección general de la guerra, que estuvo siempre en manos de dirigentes socialistas y de militares profesionales que no conflaban en la capacidad combativa del nuevo ejército surgido del pueblo, no correspondió nunca al carácter revolucionario que tenía dicho ejército. En el aparato del Estado, en muchos organismos económicos y de la diplomacia, en una gran parte de la administración, etc., la savia vivificadora de la revolución popular prácticamente no se hizo sentir.

La división de la clase obrera permitía a las fuerzas de la pequeña y media burguesía desempeñar un papel superior al que correspondía a su fuerza real. Esa división facilitaba que en el campo republicano ejerciesen una intensa labor disgregadora y derrotista, a través de la masonería y por otros canales, las potencias imperialistas extranjeras. Consciente de ello, el Partido Comunista dedicó esfuerzos incesantes a la creación del partido único del proletariado (mediante la fusión con el Partido Socialista) y de una central sindical única. Pero no pudo lograrlo.

Las principales causas que impidieron culminar el proceso unitario fueron las derivadas de la situación militar y del asedio internacional al que se hallaba condenada la República por parte del imperialismo.

Cuando las cosas militares iban bien, o menos mal, cuando aparecía más probable una perspectiva de victoria, crecían las corrientes unitarias. En el año 1937, pese a la pérdida del Norte, la República consiguió consolidar su situación militar; en ese año, la mayor parte de los elementos abiertamente enemigos de la unidad quedaron desplazados, eliminados o aislados, dentro del Partido Socialista; se aprobó un programa de acción común entre el Partido Socialista y el Partido Comunista; se llegó a los umbrales de la unificación. También crecieron las tendencias unitarias en el seno de la CNT, cuya dirección escapó en cierta medida a la tradicional dictadura de la FAI. Los focos contrarrevolucionarios trotskistas y falstas, sobre todo en Aragón y Cataluña, fueron liquidados...

Pero las cosas cambiaron en el curso de 1938, el año de Munich. Cada vez era más evidente que no sólo Alemania e Italia, sino también EE. UU., Inglaterra y Francia estaban decididos a imponer la derrota de la República.

Los dirigentes socialistas, en su mayoría, se guiaban cada vez menos en función de una perspectiva de victoria, y cada vez más en función de una perspectiva de derrota. Miraban cada vez menos hacia España, hacia los soldados y los trabajadores, y cada vez más hacia fuera, hacia la II Internacional y las potencias imperialistas. La dirección del PSOE cortó el proceso unitario con el Partido Comunista y dejó incluso reducida a la nada la unidad de acción de los partidos obreros.

Esa evolución facilitaba la acción criminal de los elementos partidarios de la capitulación, que había de desembocar en la traición casadista.

Puede surgir la pregunta de si el Partido Comunista, al entregarse con tanto fuego a la defensa de la República democrática, no se olvidaba de sus objetivos socialistas. De hecho, esa ardiente defensa de la República era precisamente el camino, el único en aquellas condiciones, que conducía al socialismo.

En el curso de la guerra, la revolución española no salió de los marcos democráticos, como hemos indicado más arriba. Pero no comprender que, de una forma general, no existe una muralla de China entre la revolución democrática y la revolución socialista es no comprender el abc del desarrollo democrático.

En el caso de España, en el período de la guerra, se crearon las premisas para el surgimiento de nuevas formas de engarce entre la etapa democrática y la etapa socialista del proceso revolucionario.

Los rasgos que llegó a tener la República «de nuevo tipo», sin latifundistas ni grandes capitalistas, con un ejército popular, con una parte de la industria controlada por el Estado, con una clase obrera adiestrada en el desempeño de funciones clave en la vida nacional, etc., posibilitaban a todas luces una transición relativamente fácil, sin necesidad de conmociones violentas, por vías pacíficas hacia el socialismo.

En esa dirección avanzaba el pueblo español: y la barrera principal que le cerró el camino fue el contorno internacional de los años 1936—39, que otorgó a los fascistas una superioridad enorme en medios militares.

Pero la derrota no ha borrado el valor histórico de las ricas experiencias revolucionarias vividas por el pueblo español en el curso de la guerra civil; ni su valor para el movimiento obrero internacional, ni su valor para los combates actuales y futuros de los españoles mismos.

Cuando se desarrollaba la batalla de Madrid, el socialista inglés Harold Laski la comparaba con la Comuna de París. No cabe duda de que la lucha del pueblo español contra el fascismo, la creación en España de la primera democracia popular, es algo así como la ola inicial en Europa de esa grandiosa tormenta revolucionaria que sacudió la humanidad durante y después de la II Guerra Mundial, y que condujo al nacimiento de un sistema de Estados socialistas que abarca a mil millones se seres.

Aun no sabemos de qué forma concreta las lecciones de las realizaciones revolucionarias de 1936—39 se plasmarán en las futuras etapas de la lucha liberadora del pueblo español; pero esas experiencias están vivas en la conciencia de las masas, en el recuerdo y en la esperanza de millones de hombres. Ayudan hoy — y ayudarán sin duda más aún mañana — a los españoles a marchar hacia la democracia, hacia un porvenir socialista.

M. GARCIA PUERTAS

EL ROMANTICISMO POLITICO-SOCIAL DE ESPRONCEDA

I - El romanticismo vuelve a España...

EL ROMANTICISMO ganó su batalla en España en forma más rápida y total que en el resto de Europa, pese a la afirmación en contrario sustentada por Allison Peers. Y perduró más que ningún otro romanticismo. Es sabida, por otra parte, la influencia que España ejerció como inspiradora del romanticismo europeo. Su paisaje, sus personajes populares y legendarios, sus romances, sus moros, el teatro de los Siglos de Oro, la Reconquista, proveen de abundante *color local*, de exotismo y hasta de argumentos teóricos a los románticos de Alemania, Francia e Inglaterra. Es que España era romántica sin saberlo. Lo era mucho antes de que se inventara la palabra y lo sería a través de todo el siglo XIX, turbulento, trágico, pintoresco y rico en personalidades literarias, políticas y artísticas en número y grado tales que lo convierten en uno de los más fermentales de la azarosa historia de España.

Cuando se presenta en la Península con su ropaje teórico cortado por los mejores modistos del romanticismo europeo, ya venga por la vía de Levante o de Andalucía, los españoles presienten en él un tocante aire familiar, uno de esos rostros vistos no se sabe dónde ni cuándo. Es que, como con acertada frase dijera el inevitable Menéndez y Pelayo, «el romanticismo volvía a España...»

¡Y qué terreno para la semilla romántica el siglo XIX español! Guerra por la Independencia y largas y enconadas guerras civiles. Revoluciones, pronunciamientos, heroicidades y abyecciones inconcebibles, periodismo estridente, oratoria de un brillo sin parangón, canciones populares y versos en cantidades incontables, todo sin un instante de reposo, en alucinante fluir que sólo pueden fijar el pincel de un Goya, los versos de un Espronceda, la prosa de un Larra y que caben apenas, en apretado tumulto, en los 47 tomos de los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós y en la serie del *Ruedo Ibérico* de Valle Inclán.

El siglo XIX español es fundamentalmente un siglo político. Es el siglo de las grandes batallas del liberalismo. La juventud literaria española, casi sin excepción, se consagra a las lides políticas. Las sociedades patrióticas, más o menos secretas, proliferan por doquier: la de Lorencini, la de la Fontana de Oro, la de la Cruz de Malta...

Los partidos, los grupos y subgrupos políticos retoñan con los nombres más pintorescos: los decentistas, los veinteañistas, los exaltadas, los moderados, los feotas, los cristinos, los carlistas, los apostólicos, los federalistas, los cantonalistas, etc., etc. Tampoco se escribieron nunca tantas canciones de guerra, letrillas políticas e himnos. Se peleaba con balas y con coplas. El himno de Riego fue compuesto sobre un tambor de combate, en pocos minutos, por un mozalbete de diecisiete años. Se cantan también los himnos «Libertad Sacrosanta», «Corramos a las Armas» y el de «Landaburu» y las coplas «Trágala, ¿eh?», y «La Niña».

Este siglo es también el siglo de las continuas y grandes emigraciones de los mejores hombres del país. Los emigrados sostienen fuera de España la antorcha de los postulados democráticos. Fuera de la patria tonifican y amplían sus ideales en contacto con las doctrinas y las experiencias más avanzadas de Europa y su regreso marca un alza del nivel político y cultural de la nación, particularmente en 1833 y 1870. No hay en España hombre de algún mérito que no tenga que emigrar. Los diputados de las Cortes de Cádiz son condenados a muerte y tienen que huir, entre ellos Jovellanos, que naufraga en la huída y muere apenas pisa tierra en la costa cantábrica, El Duque de Rivas, junto con su madre, atraviesan toda Andalucía disfrazados de gitanos huyendo de las garras de la reacción. Don José de Calatrava, que llegó a alcanzar las más altas dignidades a que podía aspirar un español de su época, termina su vida como zapatero remendón en una aldea francesa. Espronceda deambula por Europa durante dieciséis años, como ya dijimos. Antes que las palabras eran románticos los hechos.

Las convulsiones bélicas y políticas de este siglo no sólo conmovieron a los españoles más o menos ilustres, desataron también las incontenibles energías del pueblo que, salido de madre, fue el protagonista de todos los acontecimientos. Como dice García Mercadal, «1808 es la página histórica de mayor aliento romántico que se escribe en Europa y la de mayor trascendencia. 1812, en Cádiz, y 1823, en Sevilla, fueron romanticismo puro, con una visión completamente nueva de la historia, de la política, de la vida; con una pasión vehementísima y caudales arrolladores de la oratoria más deslumbrante de la lengua española».

Cuando Alberto Lista, su maestro, al «descubrir» a Espronceda exclama: «tiene un talento inmenso; pero, como la plaza de toros, lleno de populacho», dice, sin quererlo, trascendiendo lo peyorativo de la afirmacion, una verdad que, antes que denigrar, realza al autor de *El Diablo Mundo*. Porque para Espronceda este pueblo no es cosa aparte en el movimiento liberal, es la base de toda acción trascendente, el que en su poema el *Dos de Mayo* canta como nadie lo hizo a la «canalla» que en la guerra de Independencia escribió con su sangre una de las páginas más sublimes de la historia de España.

Espronceda no sólo canta a los héroes históricamente definidos como Torrijos, Mariana Pineda, Joaquín de Pablo (Chapalangarra), Riego y otros. Los personajes más humildes del pueblo bullen sin cesar por toda su obra, en sus poesías sueltas, en *El Estudiante de Salamanca* y, particularmente, en *El Diablo Mundo*.

La savia liberal de que se nutre el romanticismo político de Espronceda tiene su raíz en las grandes formulaciones teóricas e institucionales que cuajaron en las Cortes de Cádiz, enriquecidas por las aportaciones que nuestro poeta recogiera en el exterior.

El 19 de marzo de 1812 se jura en Cádiz el primer Código fundamental de los españoles. Velozmente cundió la noticia por toda España, sojuzgada por las tropas

francesas en connivencia con los sectores más reaccionarios del país, levantando en todos lados las mejores esperanzas.

Las perentorias necesidades políticas y organizativas de la Guerra de la Independencia hicieron posible, por primera vez, la unidad institucional de los españoles a través de la Junta Central, las Cortes de Cádiz y la Constitución de 1812, instrumentos en los que culmina un largo proceso revolucionario de los sectores más avanzados de la burguesía. En ese instante, que coincide con el del nacimiento de Espronceda, la situacion político-social de España presentaba, a grandes rasgos, el siguiente cuadro: por un lado, una aristocracia ferozmente egoísta que había entregado el país a los invasores, casta que asentaba económicamente en el gran latifundio, teniendo como aliado a los grandes jerarcas de una Iglesia que atesoraba cuantiosas riquezas y proporcionaba a la monarquía y a la aristocracia su sostén dogmático e ideológico. La aristocracia y el alto clero sostenían en su cúspide la monarquía borbónica cuya degradación era tal, que llegaba a espantar al mismo Napoleón. En el bando constitucional formaban la baja nobleza, pequeños comerciantes, artesanos, campesinos medios y pequeños que se nucleaban en las aldeas; los comerciantes de las grandes ciudades marítimas abiertas a un comercio exterior tanto material como intelectual; la burguesía de los grandes centros urbanos del interior de España y, fundamentalmente, la clase media integrada por profesionales y escritores y ciertos miembros liberales del medio y bajo clero. Muchos hombres de estas capas sociales habían sufrido, en mayor o menor grado, la influencia de los enciclopedistas franceses del siglo XVIII y habían realizado, en cierta manera, algunas experiencias reformadoras bajo la tutela del despotismo ilustrado, en particular en la época de Carlos III y a través, fundamentalmente, de las Sociedades Económicas de Amigos del País.

Pese a que en las Cortes predominaban los diputados enemigos de las grandes reformas, muchas de ellas se impusieron por obra no sólo del celo e infatigable actividad de los representantes liberales, sino sobre todo en virtud de la activa vigilancia y patriótica decision del pueblo gaditano. Para dar una idea de lo que para la España de esa época significaba la Constitución, basta decir que, en lo fundamental, se establecía en ella: igualdad de derechos entre españoles y americanos; separación de los poderos del Estado; liberación de los negros; libertad política de la prensa; formalización de un presupuesto nacional; imposición al clero de pagos de tributos para la guerra; abolición de todo resto de derecho feudal; garantía de los derechos individuales; desarrollo de la instrucción pública; abolición del Tribunal de la Inquisición; limitación del número de las comunidades religiosas; reparto de las tierras baldías y comunales a los pobres, etc.

Si bien la Constitución llegó apenas a vivir dos años, su influjo fue tan poderoso, que el pueblo español la alzó constantemente como bandera de combate durante todo el siglo XIX y, así, la vuelve a imponer Riego en 1820, resurge en las Cortes de 1836 y aún a fines de siglo inspira la Primera República Española. Su influencia exterior no fue menor, y si las palabras españolas *guerrilla* y *liberal* pasaron a formar parte de muchos idiomas europeos, la Carta de Cádiz inspiró los movimientos revolucionarios de numerosos países. Por ejemplo, fue proclamada en Nápoles en 1820 y en Cerdeña en 1821; inspiró la rebelión de los decembristas en Rusia e iluminó las luchas de la emancipación americana.

La Constitución de 1812 fue una síntesis feliz de los novísimos influjos de la Revolución Francesa con los antiquísimos Fueros españoles, todo ello adaptado, además, a las exigencias de una realidad particular. Por otra parte, las Cortes de

Cádiz recogen y amplían las gloriosas tradiciones de las Cortes regionales que desde los orígenes mismos del artesanado medieval habían logrado muchas veces poner coto a los desmanes de la nobleza y de la monarquía.

Los preceptos liberales y progresistas de las Cortes de Cádiz, si no lograron cuajar continuada y plenamente por las debilidades de clase de quienes las dirigían, fueron, sin embargo, un ideal que alentó durante mucho tiempo las luchas del pueblo español, de las que Espronceda fue uno de sus más arrojados paladines en el verso y en la acción.

Esa fuerte tónica liberal, por su intención y hasta por su forma, es la que diferencia sustancialmente su poesía de la de los románticos contemporáneos y ello explica, antes que sus calaveradas y sus aventuras amorosas, la enorme popularidad que siempre acompañó a Espronceda aún muchos decenios más allá de su muerte. Es que él supo captar lo que de más romántico tiene el pueblo español, que no es el costumbrismo pintoresquista que pusieron de moda los escritores europeos, sino su incoercible amor por la libertad y por la justicia. Ese amor que lo es del pueblo español de todas las épocas y que Enrique de Gandía sintetiza con estas palabras: «El sentido de libertad y de justicia que hay en la protesta de los románticos es en su origen un sentido español. Mientras en París, por orden del Parlamento, el verdugo quemaba en una plaza las obras del Padre Mariana, en España se representaban los dramas de Lope de Vega y Calderón. En estos dramas el pueblo se rebelaba contra la nobleza e imponía por sí mismo la justicia. El pueblo del Siglo de Oro español fue el mismo pueblo que echo a pedradas y navajazos al ejército de Napoleón. Fue el pueblo que inmortalizó Goya en las escenas más románticas de la historia del romanticismo».

El historiador inglés Macaulay sintetizaba sagazmente esta faceta del pueblo español, cuando afirmaba: «En ningún país del mundo se ha visto al enemigo apoderarse de fortalezas más inexpugnables; pero tampoco se ha visto en parte alguna que ciudades abiertas hayan resistido tanto y tan enérgicamente a grandes ejércitos sitiadores. Y esto se observa en la historia de España desde la época de los romanos, desde cuya época las guerras de la Península ofrecen un carácter especial: son como el fuego imposible de extinguir, que arde bajo las cenizas y que después de haberse creído largo tiempo sofocado, estalla más violento que nunca. Así sucedió en la Guerra de la Independencia de 1808. España no tenía un ejército capaz de medirse con un número igual de soldados franceses o prusianos, y sin embargo, bastó un día para derribar la monarquía en Prusia, y un día bastó para poner la corona de Francia en manos de los invasores; pero ni Jena ni Waterloo hubieran podido asegurar un reinado pacífico en Madrid a José Bonaparte».

II - El romanticismo político-social de Espronceda

En el concierto de la lírica romántica española Espronceda representa por sí solo una de las tres facetas en que se podría esquematizar la literatura de esta escuela. Las otras dos tendrían sus exponentes arquetípicos en Bécquer y Zorrilla.

Con todo lo discutible y forzado que tienen las reducciones paradigmáticas, este esquema puede sin embargo ser útil en la ubicacion conceptual y formal de la

producción espronceda na en medio del fárrago romántico en que se desarrolla. La poesía de Bécquer es subjetiva, de una introversion inalienable que cuanto más dialoga con un solo sujeto. La de Espronceda no deja también de ser subjetiva e introvertida, pero lo es intermitentemente y a gritos, sin el pudor del poeta sevillano. Cuando Espronceda monologa o dialoga lo hace para que se entere todo el mundo, como quien lanza un mensaje a los hombres. De ahí dimana la facilidad con que pasa del lirismo individualista más exacerbado a la poesía de índole patriótica o de protesta social dirigida a las muchedumbres. Es notable la absoluta diferencia temática entre uno y otro poeta. La musa de Bécquer es intemporal, sin indicios de contemporaneidad histórica. La de Espronceda vive la peripecia dramática, tanto del hombre plural como del hombre genérico, y así se puede llamar Torrijos o Adán, por ejemplo. En cuanto a José Zorrilla, mediocre como poeta lírico, notabilísimo como recreador de la herencia legendaria tradicional con un lujo formal superior al de Espronceda, es el menos profundo de los tres.

Sin lugar a dudas Espronceda fue el autor de más rico contenido ideológico de todos los de su generación. Estamos de acuerdo en lo fundamental con Guillermo Díaz Plaja cuando afirma que debe considerarse a Espronceda como el poeta más sobresaliente del romanticismo español. Es desde luego el más representativo; el que recoge sus aspectos más característicos. Tiene en su contra, probablemente, el de ser el poeta de vena menos depurada; el que ofrece juntamente los momentos más vibrantes de la poesía romántica y los más lamentables descuidos. Es, además, tumultuoso y frenético; desordenado. Pero el análisis demasiado severo de estos caracteres procede de un olvido fundamental: Espronceda es un poeta trunco; Valera pensaba en un Goethe joven al considerar su obra interminada; porque Espronceda procede con el ímpetu del que tiene mucho que decir y no ha alcanzado la hora de la serenidad: la muerte nos abre un duro interrogante sobre esta obra posible. Pero queda la obra realizada, y ésta nos permite ver una riqueza conceptual superior a Bécquer el poeta de contenido — y de una forma exterior, por lo menos igual a la de Zorrilla —, el poeta de la expresión sonora. Exige, por lo tanto, una atención de figura máxima, si no excepcional.

Hay un par de referencias que muestran la patriótica dignidad de nuestro poeta. Entre las nieblas londinenses Espronceda siente, más que nunca, la melancolía del ostracismo que vuelca en su poema *La entrada del invierno en Londres* (1829), en el que encontramos versos de patriótica ternura como éstos:

Adiós lares queridos, patria mía
Grata a mi pecho más que la riqueza.
Recostado en la arena
Do se estrella feroz la mar bravía,
Clamo en mi triste pena:
«Allí está el suelo de la patria mía».

Consecuente con sus ideas liberales, siempre dispuesto a defenderlas con altivez, Espronceda, desde Londres, en ejemplar respuesta a cartas de sus padres que trataban de hacerlo volver al redil, contesta: «También he extrañado me digan que haga una visita al Embajador, cuando deben ustedes saber que no quiero tratarme con esa gente tan opuesta a mis ideas, y además deben conocer también que el hacerlo les favorece a ustedes poco, a mí, menos».

Es que su actitud precoz de poeta y revolucionario, que se manifiesta simultáneamente ya a los quince años de edad no era, como quieren hacernos creer

algunos autores, un arranque de niño turbulento e imaginativo. Era toda una vocación jamás traicionada, como muy bien afirma Joaquín de Casalduero, cuando dice: «Constante, exaltado y sincero interés político del poeta, porque Espronceda, como todo romántico, se mueve por dos fuerzas: el amor a la patria y el amor a la mujer, que en realidad no son nada más que las dos facetas de un mismo deseo: el de la libertad. Y antes que el amor a la mujer se despertó en él el amor a la patria. En lugar de hacer observar que esa actitud política infantil tiene un aire juvenil, lo que creo que hay que notar, por lo menos lo noto yo, es la seriedad de ese muchacho que exalta la Justicia y la Libertad, y que, desde su tierna juventud, se pone a su servicio, sin que se desmienta una sola vez, ni con hechos, ni con palabras, su lealtad».

Volviendo a la afirmación de G. Díaz Plaja, ¿fue en realidad Espronceda un poeta trunco? ¿De no haber fallecido prematuramente hubiera alcanzado la serenidad? Quizás lo que llame a confusión sea el erróneo símil de Espronceda con Goethe joven hecho por Valera. *El Diablo Mundo* pudo haber quedado trunco en su extensión material, mas no en su ideología y mensaje. Por otra parte, aunque Espronceda hubiera alcanzado la longeva edad de Goethe cabe suponer que jamás habría logrado la olímpica serenidad del genio de Weimar. Pretender lo contrario significaría desconocer la distancia abismal que media entre la personalidad de uno y otro autor, entre Weimar y Madrid, entre las concretas circunstancias históricas en que se desenvuelven las vidas de los dos poetas. Goethe fue cortesano y consejero de príncipes, Espronceda se pasó la vida combatiendo con la espada y con la pluma las bases del despótico ordenamiento social de su época. Goethe vivió una vida sedentaria y contemporizadora en la tranquila y refinada Corte de Carlos Augusto. Espronceda, por el contrario, vivió sin un instante de reposo en el filo de los más dramáticos acontecimientos de la historia de su patria, deambulando por Europa la mitad de su vida como exiliado y conspirador. Entre el Goethe del *Werther* y del segundo *Fausto* existe una gama rica y variada de temas, contenidos y formas. Entre el Espronceda del *Pelayo* y el de *El Diablo Mundo* habrá variedad de formas, pero en lo que a intención ideológica se refiere, existe una armónica continuidad.

III – Byron y Béranger

Mucho se ha hablado de la influencia que pudo ejercer Byron sobre nuestro autor. Durante largo tiempo esta influencia se presentó como decisiva. Creemos que después de la obra de Esteban Pujals, *Espronceda y Byron*, tal problema ha sido puesto en sus justos términos. Durante mucho tiempo encandiló a críticos superficiales cierto paralelismo entre la vida y la obra de ambos poetas. La prelación cronológica de Byron sobre Espronceda daba pie a aceptar como incontrastable la abrumadora influencia del inglés sobre el español.

Pujals demuestra, fehaciente y ponderadamente, que esta influencia es superficial y que se trata más de una coincidencia de actitudes que de fondo, de temas que de intenciones. Precisamente la coincidencia temática es la que permite a Pujals realizar una contrastación pormenorizada de la poesía de ambos autores y calibrar las diferencias sustanciales que existen entre uno y otro. No es éste el

momento de agotar las listas de las comparaciones, bastaría, por ejemplo, enfrentar el *Don Juan* de Byron con *El Estudiante de Salamanca* de Espronceda. Byron es más lírico, melancólico y recatado. Su romanticismo social, por otra parte, es más genérico e impreciso que el de Espronceda que está más apegado a la realidad del momento en que vivió. Byron es cosmopolita y se siente desarraigado de su patria, Espronceda ama a España apasionadamente, y fuera de ella, más aún.

De todas las influencias foráneas recibidas por Espronceda, la más importante es, precisamente, en la que menos repara la generalidad de los críticos: la del francés Pierre-Jean de Béranger. El poeta Enrique Gil, contemporáneo de Espronceda, la entrevé agudamente cuando el 12 de julio de 1840, escribe en el *Semanario Pintoresco*: «Es enorme la revolución que la Musa de Béranger ha introducido en Francia, bajando como nuevo evangelio a la oscura vivienda del pobre, y tomando a su cargo enjugar lágrimas desconocidas. Esa musa, al acercarse a la multitud menesterosa hubo de fabricarse un léxico apropiado, la cual trajo un nuevo tono y expresión poéticas, y un lenguaje sencillo, noble y severo. La armonía imitativa y la lengua castellana han ganado mucho en elasticidad con las composiciones movidas de Espronceda. *El mendigo* es menos amarga que en Béranger. *El Verdugo y El Reo de Muerte*, de intención profunda y de carácter social, pertenecen a la escuela sardónica y desconsolada de Byron. El mismo asunto del *Canto del Cosaco* lo ha tratado Béranger con igual objeto (amarga censura a la política europea), carácter y tendencia». Y agrega Moreno Vila, glosando a Enrique Gil: «La influencia de este poeta francés en el nuestro es quizás más profunda todavía; no se reduce a sugestión de temas. Béranger fue un poeta circunstancial, de intención política y regeneradora, populachero porque sujetaba las ideas y los sentimientos reinantes al tono de los cuplés en boga. Por esto, si hoy nos suenan a organillo algunas composiciones del poeta español, es porque efectivamente, hay en su gestación, por influjo de aquél, un aire callejero».

Se ha señalado también la posible influencia de Vigny sobre Espronceda, indicando concretamente las semejanzas que existen entre *La Canción del Pirata* y *La Frégate*. Sin embargo no hay que extremarse para demostrar la improcedencia de este influjo. Nada más alejado de la musa de Espronceda que la lírica de Vigny.

De lo que sí no cabe dudas es de la notoria influencia ejercida sobre nuestro poeta por el romancero medieval de su patria y por el teatro de los Siglos de Oro. Desde el *Pelayo* al *Sancho Saldaña*, desde *El Estudiante de Salamanca* hasta *El Diablo Mundo*, Espronceda se inspira en los temas de más rancia prosapia hispánica. Ya Díaz Plaja indicó el ascendiente que Guevara ejerció como inspirador de *El Diablo Mundo*. Nosotros nos permitimos señalar, además, la sorprendente similitud que existe entre el Adán de Espronceda y el Andrenio de *El criticón* de Baltasar Gracián.

IV - Su protesta social

Al analizar *El Canto del Cosaco*, Valbuena Prat señala que hay en él «más intensidad lírica por el ímpetu arrollador que por la fórmula cuidada», cualidad que puede extenderse al conjunto de la poesía de Espronceda. Sonoridad impetuosa a la que vienen a agregarse polícromos toques de realismo, características de la mejor literatura española de todas las épocas. En *El mendigo* y, particularmente,

en *El Diablo Mundo*, son frecuentes los cuadros y los personajes de vena picaresca como Salada y el tío Lucas.

Aún más que en *El mendigo*, es en *El reo de muerte* y en *El verdugo* donde estalla la protesta social de Espronceda. En ambas expone la actitud impasible de la sociedad ante la condena que hace caer sobre las víctimas que ella misma procrea. Pronto esa acusación contra la sociedad y sus injusticias se convierte en un anatema que en *El Canto del Cosaco* incita a la destrucción, ya que en la Europa de su tiempo:

Son sus soldados menos que mujeres,
Sus reyes viles mercaderes son,
Vedlos huir para esconder su oro,
Vedlos cobardes lágrimas verter...

Pero, como acertadamente señala Pujals, más que en sus poesías sueltas, de motivaciones más o menos circunstanciales, es en *El Diablo Mundo* donde mejor resalta el romanticismo social de Espronceda. «El hecho de crear un personaje bueno e inocente — dice el referido autor — y lanzarlo sin previa preparación en un mundo en que no se le espera y lo recibe con la mayor rudeza, encierra en sí una protesta fulminante contra la sociedad».

Adán, ya en la cárcel, relegado por la sociedad, reflexiona:

¿Será el hombre del hombre el enemigo,
Y, en medio de los hombres solitario,
El su sola esperanza y solo amigo
Verá en su hermano a su mayor contrario?
¿Grillos, cadenas, hambre y desabrigo
Siempre serán el lúgubre sudario
Que vista, al entregarlo a su abandono,
El hombre al hombre en su implacable encono?
¿Será tal vez que, en bandos divididos,
Lucha furiosa en obstinada guerra
La raza de los hombres fratricidas
Alterando el reposo de la tierra?

A través de estos versos, al parecer desesperados, late sin embargo una inmensa piedad por el ser humano, y una implícita exhortación a la solidaridad con los desheredados.

Si en *El criticón* de Gracián, Andrenio (el Hombre) es guiado por Critilo (la Razón), en neta simbología bien siglo XVIII, en *El Diablo Mundo*, Adán (el Hombre), en simbología romántica, es guiado por el tío Lucas y Salada (el Sentimiento). Además, en Gracián, la Razón está por encima del Hombre; en Espronceda, el Sentimiento parte de otros seres humanos igualmente menoscabados por la sociedad.

Como señala Pujals, Adán «se maravilla de la desigualdad que observa en la distribución y disfrute de los bienes terrenos, y, al empezar el cuadro segundo del canto quinto, pregunta Salada, llena de noble y candorosa inquietud»:

¿Por qué nacen
Pobres como yo los unos
Y nacen los otros grandes?
. . . . . .

Tú, que has visto
Esos ricos tan galanes,
Que en poderosos caballos
Con jaeces tan brillantes,
Galopan o reclinados
En magníficos carruajes,
Parecen que se desdeñan
En su soberbia insultante
De mirar a los que cruzan
A pie como yo las calles...

Los ejemplos de esta poesía de protesta social podrían llevarse hasta el infinito. Con los señalados alcanza para apreciar la diferencia que en este sentido existe, como apuntáramos al principio, con la poesía de Byron que Pujals sintetiza acabadamente, cuando afirma que «si la protesta contra la sociedad contemporánea en Byron toma una forma despreciativa o blandamente humorística, y ataca especialmente la hipocresía y la ambición o se mofa de las costumbres, en Espronceda (aparte del gesto artísticamente ofensivo de algunas de sus poesías pequeñas) es un grito doloroso contra la crueldad y el egoísmo de los hombres y, sin duda, una advertencia de carácter social».

V - Su liberalismo

El grueso de las poesías sueltas de Espronceda está dedicado a sus ideales liberales y a su patria. Su primera poesía, escrita a los catorce años, está inspirada en los acontecimientos del 7 de julio de 1822, fecha en que fue sofocado un movimiento absolutista. El poema *Pelayo* está escrito poco después. Ya señalamos cómo en Londres escribe tiernos y melancólicos versos recordando la patria lejana que gime en la opresión, y cómo la muerte de Joaquín de Pablo, comandante de la derrotada columna libertadora que el mismo Espronceda integrara, le inspira una hermosa elegía. El fusilamiento del General Torrijos y sus compañeros en el año 1830 es cantado en el más bello soneto que saliera de su pluma:

Helos allí: junto a la mar bravía
Cadáveres están ¡ay! los que fueron
Honra del libre, y con su muerte dieron
Almas al cielo, a España nombradía.

Ansia de patria y libertad henchía
Sus nobles pechos que jamás temieron,
Y las costas de Málaga los vieron
Cual sol de gloria en desdichado día.

Españoles, llorad; mas vuestro llanto
Lágrimas de dolor y sangre sean,
Sangre que ahogue a siervos y opresores.

Y los viles tiranos, con espanto
Siempre delante amenazando vean
Alzarse sus espectros vengadores.

Aunque de menos valor, entran también en la lista de poesías liberales y patrióticas las tituladas *Despedida del patriota griego a la hija del apóstata, Guerra y A Guardia.*

Pero la más lograda, encendida y hermosa de todas sus poesías patrióticas es la dedicada al 2 de Mayo. En ella estalla, más violenta que nunca, la diatriba contra los que cobardemente abandonaron a su pueblo en el momento de la prueba suprema:

Y vosotros, ¿qué hicisteis entre tanto,
Los de espíritu flaco y alta cuna?
Derramar como hembras débil llanto,
O adular bajamente la fortuna.

Buscar tras la extranjera bayoneta,
Seguro a vuestras vidas y muralla,
Y siervos viles a la plebe inquieta
Con baja lengua apellidar canalla.

¡Oh! la canalla, la canalla en tanto
Arrojó el grito de venganza y guerra.
Y arrebatada en su entusiasmo santo,
Quebrantó las cadenas de la tierra.

La literatura romántica no sólo de España, sino incluso europea, no ha producido nada semejante en vigor condenatorio de la sociedad de su época, como la poesía de Espronceda, *A la degeneración de Europa.* Lo más significativo de esta extensa composición no es tanto la descripción de los vicios de la sociedad y la anatematización de los poderosos que la rigen, sino el papel mesiánico que el autor se adjudica como conductor de una muchedumbre que en las grandes urbes acabará con ese estado de cosas. Así, exclama el poeta:

No, que la inútil soledad dejando,
La ciudad populosa
Con férrea voz recorreré cantando
Y agitaré la gente temerosa,
Como el bramido de huracán los mares
Al son de mis fatídicos cantares.

No: yo alzaré la voz de los profetas;
Tras mí la alborotada muchedumbre...

La reacción antirromántica promovida fundamentalmente por la Generación del 98, logró, por un tiempo, que se llegara a subestimar los valores intrínsecos del romanticismo español. Otros críticos posrrománticos, con una miope visión de este fenómeno, como Juan Valera, Eugenio D'Ors y hasta Menéndez y Pelayo, cuando no desbarran en el juicio sobre el romanticismo se mofan crudamente de él. Tan perniciosa fue esta crítica que hasta hace pocos años aún la venían repitiendo autores como César Barja y Antonio Marichalar. Hoy, afortunadamente, el romanticismo español empieza a ser estudiado con rigor científico por autores como Esteban Pujals, Guillermo Díaz Plaja, García Mercadal, Joaquín de Casalduero, Alfonso Reyes, Valbuena Prat y tantos otros. De esta revalorización del romanticismo español y, en lo que nos interesa fundamentalmente, de Espronceda, va surgiendo con claridad la autoctonía de estos autores, la riqueza de sus formas, el vigor de su impulso original y la hondura de su pensamiento.

Por lo que toca a Espronceda, considerado durante largo tiempo como un vociferador atrabiliario y desgarbado, la crítica más autorizada lo va teniendo en cuenta como el autor romántico más representativo de su época en España, que puede figurar, sin desmedro, además, al lado de los más significativos de Europa.

La obra y la vida de Espronceda están llamadas a cobrar cada día mayor interés, porque podrán chocar a nuestra sensibilidad formas retóricas harto superadas o actitudes personales fuera de época, pero lo que permanece en pie es el entrañable humanismo y patriótica dignidad que inspiró su poesía y que cobra más luminosos relieves proyectada sobre un tiempo de tan enormes conmociones como el nuestro.

La rebeldía de Espronceda se alzó ante lo caduco, ante la hipocresía, ante los tiranos, ante la injusticia, ante el dolor, ante todo lo que humilla y rebaja la dignidad del hombre, y su vida fue un ejemplo porque predicó sus nobles ideales no sólo con versos sino también con su conducta. Casalduero, al trazar la epopeya del rebelde romántico representado por Espronceda, ofrece esta hermosa síntesis del mensaje que él encarna, cuando dice: «De su corazón se derrama el dolor de todos los hombres... El rebelde está inmerso en la muchedumbre, forma parte de ella, sobresale como la ola en un mar tempestuoso».

Y en nuestra época la figura siempre inquieta de Espronceda está más presente que nunca, porque como afirmara Ortega y Munilla, «la memoria de lo que fue Espronceda no se compadece con la idea del eterno reposo. Vida de lucha, de febril inquietud, de ininterrumpidas batallas; batallas con las ideas y con los hombres, procesamientos, persecuciones, destierros, protesta constante contra todo orden de tiranía. Tal fue el vivir de Espronceda: una tempestad continua».

POESIA

«El joven trabajador Diego Riquelme Moreno, de veinte años de edad, falleció víctima de accidente de trabajo el día 14 de julio de 1961, en la Fábrica Rochlin-Buderus A. G., en Wetzlar — Alemania. R. I. P. Sus doscientos tres compañeros de trabajo (españoles), ruegan una oración por su alma y ponen en conocimiento de todas las familias madrileñas que tienen trabajando alguno de los suyos en esta firma y a todos los trabajadores en general, que el cadáver de nuestro llorado e inolvidable compañero llegará a Madrid hoy, domingo, día 23, por vía férrea. — El domicilio de su desconsolada madre en Madrid es: C. Puerta de la Magdalena, 15».

(Esquela aparecida en A.B.C., de Madrid, el domingo 23-VII-61)

Te devuelve Alemania, compañero.
Te devuelve a tu tierra. Ya no sirves.
La fábrica buscaba tu destreza,
tu nervio de hombre joven, la robusta
materia de tu brazo. Ya no sirves.
Puedes volverte al fin para la patria
que te dejó marchar. Ni un solo pfennig
añadirás al marco. Las acciones
no subirán por ti. Ya no produces.
Has muerto, compañero. Lo sentimos.
Que traigan otras manos, otra espalda
que podamos doblar. Tú has terminado.
Ya te puedes volver para tu tierra.
Allí una madre espera tu retorno,
quizá algún compañero de trabajo
salga triste a tu encuentro, o un poeta
te dedique un recuerdo emocionado.
Pero Alemania ya no necesita
la fuerza de tus músculos inmóviles
ni la destreza exacta de tu pulso.
Hablaremos de ti: de por qué fuiste
uno más entre miles que buscaban
el pan de cada día en otras tierras.
¿No hay en España sol? ¿Faltaba el aire
de tu pulmón obrero, el aire acaso?
¿No encontraste algún hueco a la tarea
donde arrimar el hombro? ¿Cuánto tiempo
dudaste si quedarte o si marcharte?
Era el pan, o la tierra, tu dilema.
Comprendemos tu marcha, pero entonces,
¿es que en España sobra todo esfuerzo?
¿Nada queda que hacer? ¿Se ha conseguido
lograr al fin la alquimia cotidiana
de convertir en pan la piedra dura?
¿Sobran sus hijos ya, falta la tierra,
o está la tierra acaso en unas manos
que no saben preñarla? ¿Es que no hay semen?
¡Vuelve a tu patria, sí, Diego Riquelme!
Tú no verás el fruto de tu esfuerzo,
tu sacrificio inútil, tu trabajo.
Y, sin embargo, Diego, te aseguro,
te lo decimos muchos, lo juramos
sobre esta tierra que no quiso amarte,
que pronto sonarán acompasados
los ecos del trabajo, los murmullos
de las hoces al sol, las campanadas
del martillo en el yunque, las canciones
de todos tus hermanos que hoy te lloran,
¿Acaso no lo sabes? El milagro
ese milagro nuestro que es asombro

de todo el Occidente, se alimenta
de obreros como tú: de los que vienen
hambrientos de comida y de trabajo,
peregrinos de un aire que no encuentran
sobre su suelo fértil de murallas.
¿Fuiste mal recibido? ¿Qué distancias
encontraste en el trato? La acogida
siempre será la misma a los obreros:
españoles, o turcos, o hasta negros...
¿Quién dice que no somos tolerantes
en materia de razas? Nuestro acero
se alimenta lo mismo de una sangre
que de otra sangre oscura y diferente.
Porque además, escucha, no lo digas;
te lo diré en voz baja a ti que has muerto:
(el sudor extranjero es más barato).
Pero tú has acabado. No haces falta.
Prometemos rezar una plegaria
por tu eterno descanso allá en los cielos.

*

¡Vuélvete a España, sí. Vuélvete, Diego!
Aquí nos eres útil. Haces falta.
Hablaremos de ti a los camaradas.
Tu nombre sonará por los talleres.
y entonces ya no habrá un Diego Riquelme
que vaya a su destierro voluntario,
porque la tierra, Diego, será nuestra...
porque la tierra, Diego, será tuya.

CEA

Madrid, martes 25 de Julio de 1961

XXII CONGRESO DEL P. C. U. S.

Intervenciones:

- **Sobre problemas ideológicos**
  L. ILICHEV

- **Sobre problemas de la literatura**
  A. TVARDOVSKI

CUESTIONES IDEOLOGICAS Y LITERARIAS EN EL XXII CONGRESO DEL P. C. U. S.

Publicamos a continuación dos intervenciones en el XXII Congreso del P. C. U. S. La primera, de L. Ilichev, se refiere a cuestiones del trabajo ideológico; la segunda, de A. Tvardovski, a problemas de la literatura soviética. Como se verá, son dos intervenciones de un gran contenido, en las que se plantean agudamente los problemas actuales en el campo de la ideología marxista. Por otra parte, no son estos textos fácilmente asequibles al lector español. Por esto, y por su importancia intrínseca, la Redacción de «Nuestras Ideas» ha considerado oportuno traducirlos y publicarlos.

Está claro que la comprensión cabal de ambos textos exige encuadrarlos en la significación y el contenido globales del XXII Congreso del P. C. U. S., tal y como se reflejan en los Informes centrales sobre la actividad del Comité Central del P. C. U. S. y sobre el Programa de edificación del Comunismo, pronunciados por N. S. Jruschov.

Dado el alcance universal, en todos los aspectos de la teoría y de la práctica del marxismo, del XXII Congreso del P. C. U. S., «Nuestras Ideas» publicará, en sus próximos números, toda una serie de ensayos sobre los problemas del Estado y de la democracia socialista; sobre las cuestiones de la coexistencia pacífica; sobre la nueva etapa de desarrollo del marxismo que abre la liquidación del «culto a la personalidad» y del dogmatismo burocrático, etc.

SOBRE PROBLEMAS IDEOLOGICOS

Intervención de L. Ilichev

LO ESENCIAL después del XX Congreso ha sido el restablecimiento y el desarrollo de los principios leninistas en la vida del Partido y de los métodos leninistas de dirección. La orientación leninista ha triunfado gracias a una lucha encarnizada contra todo lo que es anticuado como consecuencia de la enérgica condena del culto a la personalidad y del enorme trabajo realizado con el fin de eliminar sus secuelas luego de la derrota del grupo fraccionista antipartido.

El culto a la personalidad ha tenido consecuencias penosas para la vida ideológica del Partido y para todo el trabajo ideológico. La situación era tal que un solo hombre en el Partido tenía derecho a la última palabra en todas las cuestiones de la teoría. No es pues de extrañar que las obras de Marx, Engels y Lenin fuesen disminuídas objetivamente; frecuentemente se daban apreciaciones arbitrarias, extremadamente subjetivistas, a determinadas tesis del marxismo-leninismo e incluso a obras enteras.

La ideología del culto a la personalidad es una ideología antileninista. Por su naturaleza, es destructiva. ¿No ha conducido a una peligrosa separación entre la teoría y la práctica? De palabra, juramentos de fidelidad al marxismo-leninismo, llamamientos a ligar teoría y práctica; de hecho, dogmatismo estrecho y mediocridad, intolerancia hacia todo pensamiento nuevo, hacia todo lo nuevo. De palabra, declaraciones altisonantes sobre el papel de las masas populares; de hecho, sumisión de las ciencias sociales y de todo el trabajo ideológico a un falso fin: la elevación de una personalidad.

No es mera casualidad si durante decenas de años no hemos realizado obras de cierta importancia sobre la economía política, la filosofía, la historia. Citaré únicamente la historia de la preparación de un manual de economía política: en abril de 1937 un grupo de economistas se dedicó a este trabajo. Más de una docena de variantes de proyectos fueron redactadas, pero ninguna se publicó. ¿Por qué? «La etapa stalinista en el desarrollo de la economía política del marxismo» no había sido bien evocada.

No han podido ser escritos ciertos trabajos marxistas-leninistas sobre los principales capítulos de la teoría de la historia del Partido hasta que las consecuencias del culto a la personalidad fueron eliminadas. Han sido editados manuales excelentes sobre la Historia del Partido, los fundamentos del marxismo-leninismo, la filosofía, la economía política. Se ha terminado la publicación de la Historia de la Guerra Civil en varios volúmenes. Han aparecido los tres volúmenes de «La Historia de la Gran Guerra Nacional de la Unión Soviética de 1941 a 1945». Preparamos la publicación de la «Historia de nuestro Partido» en varios tomos.

Resulta difícil imaginarse ahora la cantidad de obstáculos que impedían fuese publicada la biografía científica de Lenin. Los recuerdos sobre Lenin no eran publicados. Todo esto se hacía bajo el pretexto falaz de no introducir «errores»

en los recuerdos. Los viejos bolcheviques que asisten al Congreso lo saben bien. De hecho, se había prohibido la publicación de los recuerdos de sus encuentros con Lenin. Sólo recientemente hemos publicado una biografía que revela la importancia de la vida y de la actividad de nuestro guía y educador V. I. Lenin.

Durante el período del culto a la personalidad, el pensamiento teórico vivo no podía prosperar, la tentativa de concebir en forma nueva los fenómenos de la vida, de explicar los hechos nuevos y de ampliar deducciones provocaban la sospecha.

Muchos de vosotros recordáis probablemente el artículo del camarada N. S. Jruschov publicado en «Pravda» en marzo de 1951, sobre las tareas del desarrollo de los koljoses. El artículo contenía nuevas tesis de principio sobre el desarrollo de la agricultura, planteaba abiertamente las cuestiones actuales de la edificación de los koljoses, estaba impregnado de un humanismo profundo y lleno de solicitud hacia las necesidades del campesinado koljosiano.

Pero este artículo suscitó una «gran cólera» ¿Qué había pasado? El artículo no había gustado a Stalin. Lo acogió dolorosamente y con intolerancia extremada. Siendo yo entonces redactor en jefe de «Pravda» fui acusado de poca madurez política. Al día siguiente se propuso a la redacción la publicación de un aviso. Vale la pena reproducir íntegramente dicho aviso ante el XXII Congreso:

«DE LA REDACCION. ADVERTENCIA.

Al publicar el artículo del camarada N. Jruschov «Sobre la edificación y el urbanismo en los koljoses» en el número de ayer de «Pravda», la redacción ha omitido por negligencia una advertencia en la que se decía que el artículo era publicado a título de discusión. Dicha omisión queda así corregida».

No, camaradas, el artículo era absolutamente justo, animado por el espíritu de creación leninista, por la preocupación del florecimiento del sistema de los koljoses. La redacción no había emitido ninguna reserva, no podía pues haberla olvidado. Simplemente, aquéllos que no conocían la vida, de la que estaban separados, y que consideraban cualquier pensamiento creador como un ultraje, como un atentado a su autoridad personal, habían perdido el sentido común.

¿Cómo han evolucionado posteriormente los acontecimientos? Se había preparado un proyecto de carta confidencial del Comité Central en la que el artículo era literalmente destruído en tono chillón y extremadamente irritado. Pero Malenkov, inspirador de este documento vergonzoso, se excedió. Estaba claro el fin que perseguían los iniciadores de la carta. En guisa de pruebas, inexistentes, todo este pretendido documento formulaba amenazas y exigencias contra el artículo tales como: «condenar por antimarxista», «condenar por perjudicial», etc.

La reacción inmediata era: ¿Qué condenar y por qué? En efecto, se condenaba el principio leninista de la solicitud por las gentes, por el desarrollo de la agricultura socialista. Incluso la idea de la estructura de la producción y del urbanismo en los koljoses era presentada como nefasta a toda la causa de la construcción del socialismo, a la reproducción ampliada en los koljoses, a la supresión de las diferencias principales entre la ciudad y el campo, etc.

La vida ha refutado los ataques injustificados y de mala fe. El Comité Central ha rechazado las acusaciones dirigidas contra el artículo publicado en «Pravda» como erróneas.

Si hoy recordamos todo esto es únicamente para mostrar cómo se oponía un muro a todo pensamiento creador, nuevo, originado por la vida y por las exigencias del tiempo. Una situación realmente creadora existe actualmente en el seno de nuestro Partido. Toda iniciativa útil es sostenida por el Comité Central. Este es el estilo leninista, el espíritu leninista en el trabajo.

El culto a la personalidad en la teoría es, en el fondo, una tentativa de resolver los problemas teóricos a fuerza de decretos, con métodos burocráticos. Es el abuso del poder en el dominio de la teoría.

Todavía un ejemplo. Se trata de la brutal arbitrariedad empleada contra un libro en el que se trataba de analizar la economía soviética durante la Guerra Nacional, el libro de N. Voznessenski. No hablemos de sus cualidades y de sus defectos, hay errores e insuficiencias. Pero el libro contenía ideas nuevas e importantes deducciones sobre el desarrollo de la economía soviética durante una época muy importante en la historia de nuestra patria: la de la Gran Guerra Nacional. Stalin había leído el manuscrito con el lápiz en la mano, había hecho ciertas correcciones e incluso lo había completado. Aún más, el libro recibió un Premio Stalin. Se comenzó a estudiar el libro y bruscamente fue retirado de la circulación como antimarxista y anticientífico. La vida de su autor terminó trágicamente.

¿Qué había ocurrido? La obra de Voznessenski, que se había popularizado entre economistas y estudiantes, causó el desagrado del «Dios de la teoría». Ciertos economistas lo alabaron calurosamente, en él habían encontrado algo nuevo y creador. Fue suficiente para retirar el libro y terminar así con la explicación de las verdades teóricas en el dominio de la economía soviética, de la creación de la economía política del socialismo.

¿Es así como V. I. Lenin enseñaba a efectuar el trabajo teórico en el Partido? ¡No! Los abusos de poder en el terreno de la teoría le eran extraños. Sabía defender apasionadamente y desarrollar la teoría marxista, criticar enérgicamente los errores de principio, animaba lo que era inteligente y útil en el desarrollo de la teoría marxista.

Se han producido hechos inexplicables durante el período del culto a la personalidad, cuando los nombres de grandes sabios fueron rayados del libro de la ciencia. Es lo que ocurrió al viejo bolchevique M. Pokrovski, historiador marxista de valor. Ha habido muchos errores en su actividad científica y política, es cierto. Pero es también sabido que defendía el marxismo y que ha aportado una importante contribución a la redacción de la Historia de la U.R.S.S. Resulta instructivo ver cómo apreciaba Lenin los trabajos de Pokrovski, le criticaba sobre cuestiones de principio, amistosamente, y le guiaba.

El 5 de diciembre de 1920, Lenin escribía a Pokrovski. Permitidme citar esta importante carta:

«Mi más sincera felicitación por su éxito. Su nuevo libro «La historia rusa en el ensayo más conciso» me ha agradado extraordinariamente (diré, entre paréntesis, que el libro en cuestión ha sido estigmatizado como antimarxista — L. I.). La exposición y la estructura son originales. Se lee con extraordinario interés. En mi opinión debiera ser traducido a las lenguas europeas.

Me permito, no obstante, una opinión. Para que sea un manual, y debe serlo, hay que añadirle un índice cronológico. Me explico. Poco más o menos así: 1) Columna de la cronología; 2) Columna de la apreciación burguesa (brevemente);

3) Columna de su apreciación marxista indicando las páginas correspondientes del libro

Los estudiantes deben conocer su libro y el índice para evitar que tengan ideas superficiales, para que conozcan los hechos, para que aprendan a comparar la antigua y la nueva ciencia» (Obras; tomo 36, pág. 488, edición rusa).

He aquí cómo hablaba V. I. Lenin a los sabios, les hablaba con exigencia y afecto.

¿Tiene algo en común la apreciación de Lenin con las graves acusaciones lanzadas contra M. Pokrovski en tiempos del culto a la personalidad? Sí, camaradas, M. Pokrovski fue proclamado jefe de la escuela antimarxista en la ciencia histórica y todas sus obras fueron presentadas como la manifestación de una sociología vulgar del materialismo económico y de la historiografía burguesa.

En el período del culto a la personalidad, la teoría, las ciencias sociales no podían desarrollarse de una manera fecunda. La cuestión se planteaba así: ¿La teoría marchará al compás de la vida, iluminando la vía de la práctica o se esclerorará? El Partido, en su XX Congreso ha resuelto esta cuestión en pro del desarrollo creador del marxismo-leninismo.

La orientación novatriz del Congreso provocó la resistencia encarnizada del grupo antipartido de Mólotov, Kaganóvitch, Malenkov, Chepílov y otros. Se oponían al restablecimiento de los principios leninistas en la solución de las cuestiones políticas y económicas. Se revelaron dogmáticos empedernidos en la solución de los problemas ideológicos y teóricos. ¿Podían conducirse de otra forma si no conocían la vida, si no se movieron durante decenas de años, si no conocían como debieran ni la teoría ni la práctica? Desgraciadamente, cada uno de ellos se tomaba por un teórico.

Mólotov era considerado su principal teórico. Debemos recordar los sucesos de 1957 cuando el grupo antipartido se lanzó a un ataque deliberado contra el Comité Central. Por entonces publicó Mólotov en la prensa del centro su pretencioso artículo «Sobre Lenin». El artículo presenta al autor como un monopolista del leninismo, un amigo y compañero de armas de nuestro guía. El autor enseñaba el leninismo al Partido. Esto ocurría cuando ya Mólotov había roto definitivamente con el leninismo.

El 18 de abril de 1960, Mólotov envió a la redacción de la revista «Comunista» un artículo consagrado al 90 aniversario del nacimiento de Lenin. El artículo se titulaba «Vladímir Ilitch Lenin». Dicho artículo había sido escrito luego de que el grupo fraccionista antipartido fuese derrotado ideológica, política y orgánicamente. La redacción no lo publicó. No lo ha publicado con motivos justificados, porque el artículo estaba impregnado del dogmatismo condenado por el XX Congreso de nuestro Partido, no sólo en numerosas cuestiones políticas y económicas sino tambien en cuestiones de teoría. El artículo no decía una sola palabra de los trabajos de zapa del grupo antipartido, como si tal grupo no hubiese existido.

El artículo describía, deformándolas, las dificultades de 1921 causadas por la intervención extranjera y la guerra civil. Se tenía la impresión de que las dificultades sufridas en aquel período por nuestro país eran inevitables para todos los países que se encaminaran por las vías del desarrollo socialista.

El artículo revisaba las tesis del XX Congreso en todo lo referente a las relaciones internacionales. Subestimaba la evolución de la correlación de fuerzas

luego de la Segunda Guerra Mundial, la potencia creciente de los Estados del campo socialista y en primer lugar de la U.R.S.S., así como la actividad política creciente de las masas populares en los países capitalistas. Rechazaba la posibilidad real de impedir una guerra mundial en nuestra época.

Mólotov escribía en su artículo: «La Revolución de Febrero ha asestado un fuerte golpe al imperialismo mundial, luego del cual la acción del imperialismo perdió de su intensidad y ello no solamente en Rusia». Fijaos: La Revolución de Febrero ha asestado un fuerte golpe al imperialismo. El principal golpe ha sido asestado por la Revolución socialista de Octubre y no por la Revolución de Febrero. En todo el artículo, Mólotov, que deseaba pasar por el primer teórico del grupo fraccionista antipartido, no decía una palabra de su actitud hacia las decisiones justas del Comité Central de nuestro Partido a propósito del grupo fraccionista.

Veamos a Kaganóvitch. En sus discursos abundaban generalmente los errores elementales. Pero tambien él deseaba hacerse tomar por un teórico. Su celo a elevar el culto a la personalidad de Stalin no conocía límites. Fue él quien propuso «para marcar la nueva etapa en la teoría», reemplazar la noción marxismo-leninismo por la noción «stalinismo». El economista de desgracia, Malenkov, lanzó la afirmación antileninista de que el desarrollo prioritario de la industria pesada no es obligatorio. Doblando el espinazo, el obsequioso Chepílov llegó a falsificar groseramente el marxismo, atribuyendo a Stalin el descubrimiento de la ley de la concordancia obligatoria de las relaciones de producción al carácter de las fuerzas productivas, pese a que todos los estudiantes conocen al autor de esta ley. Stalin se vió obligado a declarar que fue Marx quien descubrió dicha ley.

La desviación acerca del marxismo-leninismo creador condujo al grupo fraccionista a una tentativa aventurera de apartar al Partido de la vía leninista.

Podemos decir a todos aquéllos que deseen saber lo que son las leyes leninistas de la vida del Partido, las leyes de la lucha ideológica: Ved como han obrado nuestro Partido, el Comité Central y N. S. Jruschov contra el grupo antipartido. Luego de haberlo denunciado y derrotado ideológicamente, el Partido, de acuerdo con los principios leninistas de la lucha ideológica, los ha dejado en el Partido, les ha dado trabajo, una vez que reconocieron sus errores, y si fueron revocados de sus puestos de dirección fue a causa de los crímenes que cometieron contra el Partido.

¡Y bien! El tiempo ha pasado. ¿Quién puede dudar hoy que la orientación elaborada por el XX Congreso ha sido y es la orientación leninista?

Siguiendo esta orientación, nuestra patria ha obtenido éxitos que paralizan el corazón de nuestros enemigos, éxitos que provocan la alegría y el entusiamo creador de nuestros amigos. Si les quedaran algunas briznas de conciencia a esas personas que aún se consideran miembros del Partido, debieran decir al Partido: Los años y la vida han demostrado que nuestra actitud era profundamente perjudicial y errónea, el Partido y su Comité Central leninista han practicado una política justa y el país ha conseguido grandes victorias.

Camaradas, ni el culto a la personalidad, ni las intrigas antipartido, ni las maniobras de los fraccionistas han detenido, ni podían detener, a nuestro pueblo y al gran Partido Comunista. El pueblo soviético avanza decididamente de victoria en victoria. El terreno en que ha florecido el culto a la personalidad ha des-

aparecido de nuestro Partido. Lo esencial es que la actividad de los dirigentes sea controlada por el Partido y el pueblo, a quienes merecen confianza y que les siguen.

El proyecto de Programa desarrolla los principios leninistas de la dirección colectiva, prevé la renovación sistemática de los dirigentes del Partido, la unión más estrecha de los dirigentes con las masas. Los dirigentes, grandes o pequeños, ven su autoridad elevarse en el seno del pueblo únicamente por su trabajo, su energía, su pensamiento creador. Esta autoridad es indispensable para que nuestro avance sea coronado por el éxito.

Sería una equivocación muy perjudicial confundir la autoridad de los dirigentes con el culto a la personalidad. Me permito citar, a este propósito, algunas indicaciones importantes de Lenin: «Los marxistas no pueden compartir el punto de vista que generalmente se da en el intelectual radical con su abstracción revolucionaria «ninguna autoridad». No, la clase obrera que conduce, en el mundo entero, una lucha difícil y tenaz por la emancipación total, tiene necesidad de autoridades» (Obras; tomo 11, pág. 374).

En otra obra, V. I. Lenin escribía: «La lucha tenaz de una clase no es posible en la sociedad actual sin unas decenas de jefes capaces (los talentos no nacen por centenares), probados, formados en el terreno profesional e instruídos por una larga escuela, entendiéndose perfectamente entre ellos» (Obras; tomo 5, pág. 431).

La formación de verdaderos militantes del tipo leninista, de organizadores hábiles de la edificación económica, política, cultural, de combatientes llenos de abnegación por el comunismo constituye un gran mérito del Partido, del Comité Central, con N. S. Jruschov a su frente. El Comité Central consulta constantemente al pueblo, somete a consulta popular todas las cuestiones primordiales de la edificación económica y cultural.

Nuestro Partido observa firmemente, estos últimos años, las directrices leninistas sobre la autoridad de los dirigentes y el culto a la personalidad. Hace todo por excluir la posibilidad de que se reproduzca el culto a la personalidad, pero ha protegido y protegerá la autoridad de los dirigentes realmente al servicio del Partido y del pueblo, que consagran toda su energía, todos sus conocimientos y toda su experiencia al pueblo, a la gran causa de la victoria del comunismo.

Camaradas, el XX Congreso ha aireado enérgicamente todo nuestro trabajo ideológico. El Partido se ha inspirado y se inspira actualmente en el principio leninista de la unidad de la teoría y de la práctica, ha considerado y considera la actividad teórica como parte integrante de la lucha práctica por el comunismo, como la causa común del Partido y de todo el pueblo soviético.

El inmenso trabajo teórico del Partido ha recibido su expresión más completa en el nuevo Programa que es una justificación filosófica, económica y política de la construcción del comunismo en nuestro país.

El Programa del Partido resuelve en forma nueva los problemas teóricos fundamentales, apoyándose en la vida e inspirándose en ella. Plantea nuevos problemas al pensamiento social, incita a los teóricos a progresar infatigablemente. El Programa da un poderoso impulso al estudio profundo de la vida, al enriquecimiento de la teoría revolucionaria.

La práctica, la vida actual, plantearán aún numerosos y nuevos problemas teóricos en el curso de la creación de las bases del comunismo. El Programa im-

pulsa al Partido y a las ciencias sociales a investigaciones creadoras y a dar soluciones audaces a los problemas planteados.

El Partido edifica sobre una base rigurosamente científica toda su política interior y exterior; se opone al subjetivismo en política. Es el enriquecimiento permanente, el desarrollo creador de la teoría marxista-leninista, lo que permite al Partido asumir la dirección en forma auténticamente científica de la vida de la sociedad soviética.

La situación actual plantea a los trabajadores ideológicos exigencias más elevadas, cuantitativamente diferentes.

¿Cuáles son estas exigencias?

En primer lugar, el trabajo ideológico debe contribuir al máximo al empuje creador que anima actualmente a todo el Partido. La propaganda y la agitación, la prensa y la radio, la televisión y el trabajo cultural y educativo, la literatura y el arte, todo el frente ideológico debe convertirse en el factor más activo de la transformación de todos los aspectos de la vida de la sociedad soviética sobre la base de los principios comunistas.

En segundo lugar, nuestra propaganda debe resumir sin temor los procesos de la vida, revelar su esencia, su sentido teórico, explicar los fundamentos científicos de la actividad práctica del Partido. Es, ahora, particularmente importante revelar la ley histórica de las grandes victorias de nuestro Partido y del pueblo, de todo el movimiento comunista y obrero internacional, la ley profunda del hundimiento inevitable del imperialismo.

En tercer lugar, hay que intensificar la lucha contra el bizantinismo y el talmudismo, por hacer más firme la ligazón del trabajo teórico con la práctica, por el aumento de su eficacia que se manifiesta en los resultados concretos de la producción, en la recrudescencia de la actividad política y del trabajo de masas.

La separación de la vida era nuestro antiguo «handicap». Pero la separación entre el trabajo ideológico y la vida no puede ser reprochado únicamente a los trabajadores ideológicos. Hay todavía entre nosotros dirigentes del Partido y jefes de empresa que dicen con altanería: «Son vuestras opiniones, pero es nuestro trabajo».

La educación ideológica de las masas es el principal deber de cada comunista. «Toda oposición entre el trabajo ideológico y el trabajo de organización — dice el informe del Comité Central del PCUS — es incorrecta y perjudicial. El trabajador ideológico, si aspira verdaderamente a que su actividad sea fructífera, debe ser un organizador político de las masas. Por otra parte, no hay que olvidar jamás que la persuasión y la educación de la gente son los principales métodos del trabajo de organización».

Las tareas ideológicas son enormes pero disponemos de grandes posibilidades. Consisten en iniciar al trabajo ideológico a amplias masas de intelectuales y a todos los trabajadores. Lo que nosotros llamamos desarrollo de los principios sociales en nuestra vida, contiene posibilidades inagotables de progresos en el trabajo ideológico.

En las condiciones actuales, el trabajador del frente ideológico es un hombre sereno y de espíritu escrutador. Debe estudiar atentamente y apreciar en su justo valor los fenómenos nuevos de la vida social, analizar con atención las necesidades y el ánimo del pueblo, no olvidar que la vida es más «astuta» y más complicada

que cualquier fórmula. Es un hombre convencido ideológicamente, sincero y apasionado y a quien gusta el trabajo con las masas. Los indiferentes no pueden ser propagandistas y agitadores sino, todo lo más, funcionarios de la idea, que sólo daño pueden hacer al trabajo ideológico.

Camaradas, el comunismo, visible, real, entra en nuestra vida. Lenin ha escrito, en su magistral artículo sobre Marx, que el marxismo se distingue por la forma histórica «amplia» en que aborda el estudio de los fenómenos de la vida: «... no como una mera explicación del pasado sino como previsión sin temor del porvenir y de la actividad práctica tendiente a materializarlo» (Obras; tomo 21, pág. 56).

El nuevo Programa del PCUS es la aplicación concreta de este precepto de Lenin. La riqueza de la vida ideológica en el curso de los años pasados es el resultado de que el Comité Central haya descubierto nuevas posibilidades al realizar las tareas concretas de la evolución social, animando la enorme energía creadora de las masas y enriqueciendo la vida espiritual de los soviéticos, constructores del comunismo.

El camino seguido por nuestro Partido no ha sido simple ni fácil. Ha necesitado una tensión constante, abnegación, valor y sangre fría. Los virajes de la historia son difíciles. Requieren una voluntad firme y un pensamiento lúcido para no perder la perspectiva general del avance entre los abismos de las cuestiones prácticas y la masa de las dificultades. El Partido Comunista de la Unión Soviética, fundado por nuestro gran Lenin, posee estas cualidades de jefe político.

Nuestros corazones rebosan alegría. Pertenecemos al ejército de los constructores del comunismo. ¡Esta es la razón de que sea infinito el sentimiento de orgullo hacia nuestro Partido, Partido de aspiraciones nobles y de actos valerosos, Partido del comunismo!

SOBRE PROBLEMAS DE LA LITERATURA

Intervención de A. Tvardovski

QUERIDOS CAMARADAS: El viento de la historia nos ha azotado en pleno rostro. El comunismo, cuyo Programa va a ser adoptado por nuestro Congreso, es hoy la necesidad directa del desarrollo social del mundo, el imperativo urgente de este siglo, pues sólo él es capaz de poner fin a lo arbitrario, a la miseria y a todas las bajezas del mundo, de apartar para siempre la amenaza de las monstruosas guerras de exterminio que como una pesadilla pesa sobre la conciencia de la humanidad.

La literatura y el arte reaccionan con una sensibilidad particular ante todo lo importante que se produce en la vida de la sociedad. Los años que han transcurrido después del XX Congreso han sido años de trabajo fecundo. Para la litera-

tura hubo una especie de renovación espiritual, de liberación de los obstáculos que resultaban del conocimiento de los hechos antihumanos heredados del culto a la personalidad. Baste decir que junto a los millares de personas a las que el Partido ha devuelto el honor y la vida muchos de nuestros compañeros han recobrado su nombre en la literatura, su puesto en la historia de la literatura soviética.

Todo esto, y muchas otras cosas que han tenido lugar estos últimos años, ha influído sobre el estado de espíritu y las aspiraciones creadoras de los literatos y de toda la *intelligentzia* artística.

Naturalmente, lo hecho, hecho está. El viraje ideológico que ha representado este período no ha sido simple ni fácil para muchos de nosotros. No todos han comprendido inmediatamente todo. Hubo dificultades para someter a crítica nociones familiares, la psicología inerte. No era ciertamente un modelo de «invulnerabilidad» de constitución anímica la situación de ligereza y de ausencia de pensamiento, en la que todo es indiferente al hombre. Estas dificultades inevitables han sido superadas aunque ciertos vestigios de la forma de pensar y de los hábitos adquiridos se hallen todavía en la práctica literaria, en el estilo y en los medios de expresión de nuestra realidad.

Pese a los éxitos obtenidos en los últimos años, en mi opinión, la literatura no ha sabido aprovechar aún totalmente las condiciones favorables que el XX Congreso del Partido ha creado para ella.

No ha seguido siempre en todo el ejemplo de audacia, de franqueza y de veracidad que da el Partido y que tan necesario resulta.

¿En qué han consistido las principales insuficiencias de nuestra literatura? No ha dicho todo, no ha reflejado plenamente los numerosos procesos de la vida, sus diferentes aspectos y los problemas que plantea y, hablemos claramente, le ha faltado profundidad y verdad. León Tolstói terminaba una de sus obras con estas palabras: «Pues bien, el héroe de mi historia, al que amo con toda el alma, al que he tratado de describir en toda su belleza y que siempre ha sido y será magnífico, es la verdad».

Cuántas veces el lector exigente que ha leído un libro consagrado a algún dominio de la realidad que le concierne no se ha dirigido al escritor con reproches y amargura: «¿Qué me cuentas aquí? Yo sé de esto mucho más que tú. Y tú o bien ignoras muchas cosas o bien las sabes pero no me las dices totalmente, las deformas, tienes miedo». Este veredicto no sólo lo pronuncian en pensamiento sino también frecuentemente en forma de una carta al autor o de una intervención pública en una conferencia de lectores o en otra circunstancia. Hay que señalar que nuestro lector de vanguardia no es mezquino, frecuentemente está dispuesto a perdonar al autor una inexactitud técnica o de hecho en lo referente a los detalles (claro está, si no es demasiado grosera) pero no soporta la falsedad en lo esencial. Ello prueba una enorme toma de conciencia de nuestros compatriotas, un nivel cultural elevado y una libertad de juicio propia de verdaderos maestros de la vida. Perderíais el tiempo elogiando ante un lector un libro mediocre, probándole que, pese a los defectos, ese libro le es necesario y útil; no le haréis abandonar su posición. Ese lector prefiere juzgar el libro viendo sus cualidades y defectos reales.

Sí; el defecto de muchos de nuestros libros es, ante todo, una falta de verdad, un temor del autor: ¿qué es lo que uno puede permitirse? ¿qué es lo que no puede? Es decir, desconfianza frente al lector. El autor se dice: yo soy inteligente,

lo comprendo todo; ¿y él? ¿si no comprendiera y dejara de ejecutar el plan? Todo esto es un tributo a los procedimientos y a los hábitos de los años anteriores caracterizados por un espíritu de desconfianza y suspicacia particularmente nefasto para el arte. La desconfianza con respecto a los lectores es un gran pecado y este pecado influye inevitablemente sobre la calidad del libro, le quita su capacidad de actuar sobre el alma humana. Gorki decía que hay que ver en el lector un amigo bueno e inteligente que comprende todo con pocas palabras, a quien se pueden decir los pensamientos íntimos y más queridos. Y claro está que no se pueden usar trampas con un amigo, ocultarle algo; eso ya no sería amistad.

Nikita Jruschov ha dicho que pese a todas las premisas existentes la construcción del comunismo no es cosa fácil, que exigirá una gran tensión de fuerzas, un trabajo duro y con conciencia del fin que se persigue. Y que si la tarea económica esencial consiste en construir la base material y técnica del comunismo, hay otra no menos complicada — incluso tal vez más complicada — ligada a ella: el asegurar el aspecto moral del comunismo, la educación de las almas, la formación de la conciencia, de la psicología del hombre nuevo. Aquí es donde la responsabilidad de la literatura y el arte es grande y su papel difícil. El lector tiene gran necesidad de la verdad completa sobre la vida. Se siente asqueado cuando el artista elude los problemas, cuando no es franco. Nikita Serguéievich ha dicho que el cuerno de la abundancia, sin el cual el comunismo es impensable, todavía no está lleno pero que se llenará, y todos estamos seguros de ello. Pero si el artista y el periodista aseguran ya, desde ahora, que el cuerno está lleno hasta rebosar e incluso todavía más, sólo pueden provocar la irritación y la ironía. Se rompe el contacto indispensable entre quien escribe y quien lee y ello se vuelve irreparable. No debemos seguir este camino, no debemos ocultar las dificultades. Ello es indispensable, no sólo en interés de la práctica inmediata de nuestra edificación, sino porque afecta al aspecto moral, psicológico, del trabajador soviético, del constructor de la vida nueva.

Si no me equivoco es Suvórov quien ha dicho que el soldado está orgulloso no sólo de sus grandes acciones sino también de las privaciones que ha sufrido durante la campaña. Al narrar las hazañas de nuestro maravilloso pueblo-soldado callamos frecuentemente las privaciones y las dificultades que ha tenido que soportar en su gran campaña. Herimos su sentimiento de legítimo orgullo de hombre que vence dificultades y avanza sin dudas ni titubeos hacia el elevado objetivo que se ha marcado. Pues bien, precisamente hemos de reforzar en él ese sentimiento de orgullo, rendir homenaje a su valor, a su dureza, a su paciencia, a su noble desinterés y su aceptación del sacrificio cuando es necesario. Ello sólo es posible mediante una descripción verídica, total, fiel, del trabajo y de las hazañas de los hombres, sin disfraces, sin ocultar, sin velar las contradicciones. Las líneas del Programa que hablan de la necesidad de reforzar los vínculos de la literatura con la vida, que exigen que toda la diversidad de nuestra realidad sea pintada con veracidad y talento nos obligan a ello .

Ya no existe culto a la personalidad pero su fuerza de inercia, sus supervivencias, se ven todavía en la literatura y en general en nuestras publicaciones. Por ejemplo, el tono de fanfarronería, el deseo de ver sólo en la vida domingos, días de fiesta, dejando en cierta forma a un lado los otros días de la semana llenos de trabajo, de preocupaciones y de necesidades. Lenin decía: «No hay que dejarse cloroformizar por la mentira. Es dañina, es la principal fuente de nuestro burocratismo».

Algunos de nuestros escritores y de nuestros críticos hablan de la necesidad de «elevar» la realidad para darle, por así decir, mayor grandeza y belleza. Yo soy de esos escritores que estiman que si nuestra realidad necesitara ser «elevada» de esa forma estaríamos en una situación bien triste. No; ella es suficientemente elevada y majestuosa con sus dificultades e imperfecciones y, a veces, son los artistas quienes pueden tener necesidad de elevarse hasta ella.

Se dice que los escritores son la ayuda más inmediata del Partido; es un bello título que obliga, pero puede entenderse de diferentes maneras. Unos creen que ayudar al Partido quiere decir solamente acompañar, ilustrar «con los medios de expresión artística» las tesis del Partido, las tareas económicas, las tareas de producción planteadas por el Partido. En la práctica he aquí aproximadamente lo que esto produce: «Los brillantes rayos del sol poniente doraban todavía las copas de los abedules del koljós cuando la ordeñadora Grunia, después de calcular sus posibilidades, decidió obtener tantos litros de leche por encima de lo que se había comprometido». Claro está que no es tan primitivo, pero a tal «presentación artística» se reduce el método ilustrativo. Y su inconsistencia es evidente. Otra cosa ocurre cuando el escritor, tras haber notado en la vida algo importante, nuevo, — de lo que tal vez no se ha tratado en los documentos del Partido ni en los editoriales de «Pravda» — defiende audaz y lealmente, a partir de posiciones de partido, sus observaciones y sus consideraciones e incluso sus conclusiones. Entonces es cuando realmente ayuda al Partido.

Pero el Partido, como toda nuestra sociedad, espera de la literatura no sólo testimonios prácticos, directos, de la vida económica, del trabajo de nuestro país. La espera y la exigencia son mucho más amplias: conciernen a la vida intelectual de los soviéticos, las alegrías y las penas, las preocupaciones y los deseos, no sólo respecto al trabajo sino también en la vida corriente, en las relaciones de familia, en el amor, en la paternidad, en la maternidad, en resumen en toda la complejidad de la vida tal como es. He ahí de lo que se trata; no se trata de ilustrar principios acabados y universalmente conocidos. Uno de nuestros camaradas ha dicho muy justamente que si el escritor extrae una idea de un editorial o de un documento del Partido y se limita a colorearlo «con los medios de la ilustración artística» no aporta nada. Es cierto. Equivale a ejecutar el plan de sumimistro de leche con mantequilla comprada en la tienda.

Al hablar de la necesidad de una ligazón estrecha con la vida se reprocha frecuentemente a los escritores quedarse en Moscú; ésta sería una razón de su retardo sobre la vida. Estoy de acuerdo con Furtseva en decir que es útil recomendar a los escritores, sobre todo a los jóvenes, ir «al pueblo» y convencerse, algunos, de que los panecillos no crecen en el «Gastrónomo» de la calle Gorki sino en condiciones un poco diferentes. Todo esto está bien; pero la residencia del escritor no decide nada. Se puede en verdad vivir en la estación «Erofei Pavlovich» — hay una de este nombre en Extremo Oriente — e incluso en una cabaña de alguna parte de Tschukitka y llevar una vida de «chupatintas». Os citaré un nombre poco conocido en la literatura, el de Efim Doroch. Es un moscovita, uno de la ciudad, pero desde hace mucho tiempo pasa varios meses cada año en un distrito de la región de Yaroslav. Conoce allí a todo el mundo y todo el mundo le conoce a él, en resumen se siente en su casa. Después de un estudio largo y cuidadoso de ese sector ha escrito un libro notable en todos los aspectos que se titula *Diario de Aldea*. Es una suma de estudios, pero en mi opinión da al lector mucho más que ciertas gruesas novelas que circulan. Parecería que si se está interesado en la agri-

cultura habría que ir necesariamente a las regiones claves de la producción agrícola, a las Tierras Vírgenes, a Altai, a Ucrania. Efim Doroch ha encontrado su tema cerca de Moscú, pero las observaciones y conclusiones que sugiere la vida real de ese distrito que no tiene nada de notable ni de célebre tienen un interés y una significación mucho más amplias. Esto es lo que ocurre. Todo depende, por tanto, del amor a su profesión por parte del escritor, del apego al tema que trata que se convierte en una especie de asunto de vida o muerte para él.

Yo he nacido y crecido en el campo; he vivido mucho tiempo en provincia y no puedo escribir sin ir de vez en cuando a los lugares mismos. Pero me parece que no es justo considerar a Moscú como una Babilonia llena de toda clase de seducciones y vanidades que se opongan, por así decir, a la vida real. Como si Moscú no fuera el centro de la vida política y cultural del país, uno de los sectores más importantes de nuestra edificación y un lugar notable, rico y fecundo para el estudio de la complejidad de la vida. Digamos de paso que nos hace mucha falta una o varias novelas en las que, como en el París de Balzac de la época de ascenso de la burguesía, se presente a Moscú en todos sus aspectos y facetas, el Moscú socialista y comunista.

Se extraña uno también cuando oye hablar de lo actual en la literatura. ¿Quién de entre nosotros está contra lo actual? Nadie. Pero se puede entender de diferentes maneras. Algunos camaradas se sienten inclinados a limitar la noción de actualidad al año precedente e incluso al último semestre. Lo que ha ocurrido después de la reunión de abril es actual y lo anterior pertenece ya al pasado; y si el escritor se vuelve hacia el año pasado ya está retrasado. Naturalmente que estas opiniones no se formulan de esta manera, pero así es como algunos tienden a comprender los temas de actualidad debilitando, en su persecución del calendario, las exigencias de la reflexión ideológica y artística y la calidad de las obras. Se acepta despreciar al lector y aparecen entonces en el mercado del libro obras fabricadas de prisa, incapaces de emocionar, que comprometen simplemente el tema de actualidad.

No afirmo que cada día y cada año, cada período de nuestro desarrollo histórico tenga un valor permanente, presente un interés general y pueda servir con éxito como argumento para una obra cultural. A los escritores que se apresuran a responder a las exigencias del día, a distinguirse por la actualidad del tema sin haberlo estudiado profundamente habría que darles el nombre de «desnatador», por usar una expresión de Saltikof Chedrin. Al «desnatador» le tienen sin cuidado la construcción del canal Volga-Don, el traslado de las aldeas del actual mar de Tsimliansk hacia nuevos lugares de la estepa. Les consagra, en el momento oportuno, dos o tres estudios superficiales, escritos de prisa; han reflejado estas cosas y basta. Pues bien, para Vladímir Fomenko ese tema ha exigido diez años de trabajo arduo y quien ha leído *La Memoria de la Tierra* debe reconocer el carácter profundo del libro y que tanto el conjunto como cada una de se particularidades pertenece a la actualidad como si el escritor hubiese narrado acontecimientos del año 60 ó 61.

No puedo dejar de formular el temor que me inspira también el ver gentes de pluma rápida que no dejan de difundir los acontecimientos y los hechos más recientes de nuestra vida sin haberlos madurado en su interior y sin sentir la necesidad de emocionar al lector. Cuanto más inteligente y serio es el artista, menos seguro está de sí; superando sus dudas dolorosas se dirige al lector porque tiene una necesidad interior de expresarse, porque no se puede callar. Entonces

es cuando vemos aparecer un libro que me emociona, a mí lector, hasta el fondo del alma; un libro que entra en mi acervo espiritual personal, un libro que pronto constituye una parte de mí mismo, que me vuelve más comprensivo, mejor, más fuerte y más feliz.

Una de las peculiaridades del arte es que si el artista no está él mismo emocionado, realmente poseído por las ideas, por las imágenes de la vida con las que llena su obra, no se produce ningún milagro: el lector, el espectador, el oyente quedan, igualmente, fríos; la obra no penetra hasta su alma. Es tan difícil mentir, usar subterfugios, fingir en el arte como en el amor humano: nada saldrá de ello. Claro que también en el amor hay gentes que mienten y simulan pero inevitablemente, tarde o temprano, se descubre.

Algunas palabras sobre el héroe moderno en nuestra literatura. Me parece que el defecto de su representación consiste en que a este héroe, que actúa y razona de ordinario de forma más o menos justa y que tiene todas las virtudes, le falta frecuentemente una calidad simple pero irremplazable: el encanto de un corazón generoso, de la bondad, de la nobleza, del amor a los hombres. Conoce su profesión, sobrepasa el plan, sabe organizar a las gentes, repartirlas correctamente, etc. Hemos viajado con él hasta Vladivostok, pero rápidamente nuestro corazón se va de allí. Pues bien, nuestros héroes favoritos los llevamos con nosotros de las páginas del libro al círculo de nuestros amigos más íntimos, sentimos su presencia, vivimos con ellos, están con nosotros no sólo en el mismo departamento del ferrocarril sino, si se da el caso, en la misma trinchera bajo el fuego enemigo, a la hora del peligro y de las pruebas más duras para nuestro espíritu.

Entre los delegados a nuestro Congreso hay algunos que han tenido la suerte de conocer personalmente a Lenin. Ellos pueden confirmar lo que conocemos por otros testimonios. Lenin poseía en el más alto grado lo que llamamos el encanto de la personalidad humana. Según dicen todos cuantos le han conocido, emanaba de él una especie de irradiación de bondad, de atención, de camaradería aunque sabemos perfectamente que sabía ser firme, sin piedad cuando la causa de la Revolución lo exigía. Esto atraía a los hombres. ¿De dónde emana ese encanto, cuál es su naturaleza? Una frase del libro de N. Krupskaia *Recuerdos sobre Lenin* me ha impresionado. Respondiendo a la pregunta de qué había incitado a Vladímir Ilich a emprender el camino de la lucha revolucionaria, dice simplemente: amaba mucho a los obreros. En efecto, sólo teniendo un gran amor por los trabajadores se podía comprender la magnitud de sus sufrimientos y humillaciones, no limitándose a la compasión como lo hacían muchos honorables intelectuales liberales, sino transformando el sentimiento en acción, eligiendo el camino lleno de dificultades del revolucionario profesional. El amor a los hombres; no el amor cristiano, evangélico, que invita a los hombres a la resignación y a la obediencia, sino el amor comunista que despierta en el hombre la dignidad humana escarnecida por los opresores, la fe en sus fuerzas y la voluntad de luchar en nombre de la justicia. Claro que no es por interés académico por los problemas sociales por lo que los jefes de la revolución y los héroes se consagran a ella.

Es notable que en nuestro nuevo Programa lleno de humanismo se encuentren estas palabras tan simples y tan grandes: «¡Todo para el hombre!». Así, mientras discutimos para saber cómo debe ser el hombre moderno en la literatura, vive y actúa en la vida como es en realidad sin preocuparse de lo que debe ser según los preceptos y las nociones de algunos de nuestros críticos y escritores. Cultiva el trigo, cría rebaños, enseña, cura enfermos, domina el Cosmos. En resumen está sumergido en el trabajo real del día de hoy, con el espíritu hacia el

futuro. ¿Qué Hombre es, qué parece, qué edad tiene? No busquemos muy lejos, veamos nuestro Congreso, he ahí los héroes contemporáneos de todas las profesiones, funciones, de todos los títulos, desde el ministro y el jefe de guerra al minero y la ordeñadora, del mecánico y el constructor al académico y cosmonauta. Y cada uno es un libro, y un libro magnífico, conmovedor.

¿Pero acaso todos los héroes del país están aquí? Se puede afirmar audazmente que si aquí hay millares, más allá de los muros de esta gran sala hay decenas, centenas, millares, millones.

Nuestros escritores, nuestros artistas plásticos, nuestros cineastas disponen de toda esta riqueza de tipos humanos y de personalidades. Nuestros mejores colegas del mundo burgués, los más capaces, ni siquiera podrían soñar con tales posibilidades. Pensemos por ejemplo en escritores tan notables e importantes como Thomas Mann, brillante maestro de la prosa, esteta y filósofo humanista, el último, tal vez, de los grandes escritores del mundo burgués, o bien en Ernest Hemingway que nos ha abandonado recientemente y cuyas obras son extensamente conocidas en nuestro país. ¡Con qué pasión han buscado después de romper todo nexo espiritual con el mundo humano del capitalismo, para hallar un apoyo en un héroe dotado de salud moral, que crea en la vida y en la posibilidad de felicidad sobre la tierra! Lejos del campo revolucionario, lejos del futuro, no han podido, claro está, hallar ese héroe en la realidad que les rodea y sus obras están llenas de una amargura profunda y desesperada.

Nosotros tenemos la feliz posibilidad de hallar nuestros héroes al lado nuestro, en la vida que nos rodea, y la cuestión sólo reside en nuestra capacidad y en nuestros medios de reproducirla en el arte. Así es aproximadamente como se plantea el problema de la pintura del héroe de nuestros días en nuestra literatura. Pero la literatura choca también inevitablemente con héroes y hechos negativos.

«La humanidad se separa de su pasado riendo», decía Marx. Hemos despedido a nuestro pasado hace mucho, en octubre de 1917, y a ese pasado no es posible volver. Pero en nuestra realidad todavía se ve manifestarse lo que se opone a nuestro avance y que nuestra literatura debe denunciar. Naturalmente esta tarea concierne a todos y a todas las formas de la literatura, pero ante todo no debemos desdeñar en esta lucha un arma tan poderosa como la risa. Aquí también es imposible dejar de hablar del sello áspero, de cierta falta de sonrisa, reliquia de la época en que frecuentemente teníamos, como se dice, otros gatos a quienes golpear. Pues bien, aquí también tenemos nosotros una tradición riquísima de la literatura clásica: Griboíedov, Gógol, Guertzen, Nekrásov, Saltikof-Chedrin, Chéjov. Puede decirse que su sátira sacaba sus imágenes y su pasión de denuncia del conjunto de las deformaciones sociales y de los contrastes que constituían la realidad latifundista y burguesa de la vieja Rusia. Pero no hay que creer que al eliminar los contrastes sociales se eliminan también inmediatamente tanto la tontería humana como el egoísmo, tanto la mezquindad como el orgullo y la herencia directa del pasado, el burocratismo, en sus diversas formas y versiones.

En fin, además de la risa indignada, sarcástica y sin piedad, existe también la risa de la alegría, de la benevolencia amistosa, de la broma alegre e inofensiva. La necesidad de tal risa, lejos de desaparecer en la humanidad que emprende el camino de la felicidad, aumenta más. ¡Dejad sitio a la risa!, sentiría uno ganas de decir si no fuera tan grave.

Camaradas, la burguesía se esfuerza por todos los medios en presentar el socialismo y el comunismo en forma caricaturizada, como el reino de la nivelación,

de la uniformidad, de la reglamentación que todo lo diseca, de la monotonía de cuaresma. La literatura soviética, que refleja la riqueza y la diversidad de la realidad socialista, proyecta una luz verdadera sobre la nueva vida; desenmascara las calumnias sobre ella, atrae las simpatías y la confianza humanas. No podemos callar las exigencias más severas, dejar de hablar de tales insuficiencias y debilidades y no fijarnos los mayores objetivos. Ante el nuevo auge espiritual de nuestra sociedad no debemos olvidar que somos los herederos directos de nuestra gran literatura clásica que ejercía y ejerce una influencia poderosa sobre muchas de las literaturas más desarrolladas del mundo. Y no podemos ser dignos de nuestra gran época sino siendo los continuadores de las tradiciones de maestría y fuerza moral de los predecesores de la literatura soviética. Debemos repudiar resueltamente las opiniones que, desgraciadamente, aparecen en algunos lugares según las cuales el nivel medio es un estado normal para la literatura, la maestría es algo «que se adquiere», y de que no hay necesidad de hacerse mala sangre. Tales ideas sólo pueden ser perjudiciales para los jóvenes y viejos escritores. Conducen a rebajar nuestra literatura, a subestimar sus posibilidades y, sobre todo, a olvidar los intereses del lector.

La literatura soviética es una enorme fuerza real. Tiene millones de lectores en su país y entre sus amigos del extranjero. Nadie en occidente puede soñar con tal ejército de lectores. Con tales lectores, que representan la fuerza más avanzada del pueblo, verdaderamente se pueden remover las montañas.

Y para nosotros, los escritores soviéticos, el mayor honor y la más alta recompensa ha de ser la conciencia de que en estos años históricos de grandeza estamos con nuestro pueblo y nuestro Partido, que nuestra palabra de verdad es indispensable y preciosa a los hombres que luchan por la felicidad humana, por la paz, por el comunismo.

homenaje a pablo picasso

El 25 de octubre de 1961 Picasso ha cumplido 80 años. Con este motivo cientos de artículos, estudios y libros sobre el artista y su obra han venido a sumarse a los millares acumulados durante esa larga vida de fabulosa fertilidad creadora. NUESTRAS IDEAS, sumándose a los múltiples homenajes que ha recibido Picasso, presenta una breve antología de textos sobre el hombre que desde hace mucho es una de las personalidades más importantes de nuestro tiempo.

los escritores

Con cuatro versos del Marqués de Santillana quise dar en otra ocasión un retrato vivo de Pablo Picasso. Y eran éstos sacados de la «Comedieta de Ponça», los que sigo considerando admirables, no sólo de por sí, sino como representación exactísima del pintor malagueño:

«Oyó los secretos de filosofía,
et los fuertes pasos de naturaleza;
obtuvo el intento de la su pureza,
et profundamente vió la poesía».

JOSE BERGAMIN

(«El Pasajero», 1, Disparadero español, 3ª parte)

Un lugar común (un poco fatigado) consiste en desarrollar el tema de Picasso enemigo del rostro humano, que destroza y ultraja con una pasión mefistofélica los modelos que elige, que hace explotar bajo el impulso de su fantasía salvaje el equilibrio de los ojos, de la nariz y de la boca de los seres que pretende retratar, que desorganiza cruelmente la obra maestra del creador, pone tres ojos, cuatro narices y dos bocas a los monstruos de su venganza, etc.

En efecto hay cierto número de cuadros de Picasso que corresponden (muy superficialmente) a este esquema propio para una disertación somnífera. Pero habría que distinguir los retratos cubistas de Picasso, como el admirable *retrato de Vollard* de un *parecido clamoroso* (basta compararlo con los retratos de Vollard por Cézanne, Renoir o Bonnard), en el que el desorden aparente no es más que una dificultad suplementaria que el pintor se ha concedido, para expresar el orden de la naturaleza — pero habría que distinguir, digo, este tipo de retrato de las figuras de *Guernica*, en las que la bestialidad del verdugo surge a la superficie de su rostro, en las que la grandeza del pintor consiste en *revelar* ese monstruo que, sea el asesino de Franco o el yanqui de *Las matanzas de Corea*, se disfraze con una falsa apariencia humana. Pintar los monstruos con aspecto de monstruos, no es ultrajar el rostro humano: es ser realista.

CLAUDE ROY

(Citado por Paul Eluard: «Anthologie des écrits sur l'art», 3, París 1954)

Hubo un tiempo en el que, en nuestro país, se practicaba una pintura parecida a la producción de grandes fotografías en colores. Recuerdo de aquel entonces un divertido diálogo entre Picasso y un joven pintor de Leningrado.

Picasso: — ¿En su país se venden colores?

El pintor: — Naturalmente, todos los que se quiera.

Picasso: — ¿Bajo qué forma?

El pintor: — (un poco asombrado) En tubos...

Picasso: — ¿Y qué hay escrito en los tubos?

El pintor: — (con asombro creciente) El nombre de cada color: «ocre», «siena», «ultramar», «cromo».

Picasso: — Deberían ustedes racionalizar la producción de cuadros. Las fábricas podrían producir mezclas preparadas y poner en los tubos: «para las caras», «para el pelo», «para los uniformes». Lo cual sería mucho más razonable.

. . . . . .

Su exposición de Moscú **(en 1956)** fué para mí una gran alegría. A la inauguración asistió demasiado público ya que los organizadores, temiendo que hubiera poco, habían distribuído un número excesivo de invitaciones. La muchedumbre rompió las barreras, la gente temía quedarse fuera. El director corrió hacia mí, pálido:

— ¡Tranquilícelos — suplicaba — esto se va a convertir en un tumulto! Yo tomé el micrófono y dije:

— Camaradas: Hemos esperado esta exposición durante veinte años, bien podéis esperar ahora veinte minutos.

Tres mil personas se echaron a reír y se restableció el orden.

. . . . . .

Picasso no ha vivido en el pasado ni en el futuro, ha reflejado la complejidad, la confusión, la desesperación y también la esperanza de su época. Destruye y construye, ama y odia.

He tenido la dicha de conocer algunos de los hombres que han marcado la fisonomía de este siglo... y considero como una de las mayores fortunas de mi vida la lejana primavera en que, por primera vez, encontré a Picasso.

ILYA EHRENBURG

(I. Ehrenburg: «Una vida, unos años y unos hombres»)

No hay tanta diferencia entre los pintores y los poetas. François Villon abre el reino de la poesía moderna por haber visto en su siglo lo que no había sucedido en los anteriores. Ese París de Villon que todavía atrae a tantos espíritus. Se me dirá que la imagen de *Las nieves de antaño* es todo lo contrario del realismo. Y también es cierto. Como sucede con Picasso, tan real, o en Baudelaire con esa Holanda de la *Invitación al viaje*. Picasso es el poeta que, antes que nadie, donde Cézanne había colocaddo una manzana, él puso un paquete de tabaco, nunca nos cansaremos de recordarlo. Antes de él, el paquete de tabaco era impintable. Es el modo de hacer picassiano típico. Se podría escribir una especie de bestiario de su pintura: digo *bestiario* y se trata en realidad de la domesticación de los monstruos modernos por el pintor, seres y objetos.

ARAGON

(«Préface» al Catálogo de la exposición de Picasso. París 1954)

Picasso es el más feroz dialéctico del antinaturalismo en el campo de la pintura. Ha suscitado la destrucción y el nacimiento de los valores internos del hombre con un empeño moral que muchas de las vanguardias recientes han corrompido en formas conceptuales o en un grafismo decadente.

SALVATORE QUASIMODO

(«La Nouvelle Critique», Nov. 1961)

Todos los modelos de Picasso se parecen a sus retratos. El dibujo de Picasso restablece las cosas en su verdad, puesto que de una apariencia variable hasta el infinito, mil millones de instantáneas, él deduce una constante, eterniza la suma de las imágenes, totaliza sus experiencias. En el trabajo de Picasso la busca de la fórmula definitiva tiene por resultado la instantaneidad y la necesidad de la revelación inmediata. Cuando Picasso actúa no es para reproducir sino para producir. Quiere convencer en un instante por una sola línea, por una sola palabra que clama la evidencia ... Como sucede con el amor que a veces es suscitado por la inquietud y por el aburrimiento, también la claridad y la verdad surgen frecuentemente de los días de desesperación, de furor y de rebelión. Picasso siempre se ha tomado el mundo en serio y se lo ha jugado todo, tanto cuando pinta paisajes, bodegones o retratos, como cuando expresa su sentimiento social, nacional, internacional.

PAUL ELUARD

(Citado por P. Daix: «Les 500 Picasso inconnus», en «Les Lettres Françaises», 26 Oct. 1961)

«Cuanta literatura — me dirán — porque un día Picasso se entretuvo en unir un sillín a un manillar de bicicleta para hacer una cabeza de toro».

Tampoco valla la pena hacer tanta literatura porque un día Newton vió caer una manzana. Pero durante dos siglos esa literatura se ha confundi do con la ciencia y el progreso del espíritu humano.

Picasso resulta así, sin duda, quien entre los hombres vivientes más ha hecho para arrancar el universo al encantamiento de lo inmóvil, para disociar los conjuntos artificiales y para romper la rapsodia que marchitaba los objetos del mundo en una caótica soledad. Gracias a él sabemos mejor que lo que creíamos existir no existe, y que lo que pensábamos imposible sucede. Gracias a él sabemos mejor que la dialéctica es la ley del mundo.

JEAN MARCENAC

(«La Nouvelle Critique», Nov. 1961)

Todos nosotros hemos atado y desatado tantas veces el hilo que ya sólo podemos atar el vacío.

Entre los dedos de hada de Picasso (semejantes a los de Penélope) parece que el hilo no tenga fin. El lleva al extremo ese método propio del genio que consiste en santificar las faltas.

Después de cuarenta y cinco años de fiel amistad, sigue siendo el único hombre que me intimida, y el miedo a recibir el disparo de sus ojos negros sigue ayudándome a vivir con nobleza.

Con motivo de su aniversario, citaré una de sus propias frases: «Se tarda mucho tiempo en volverse joven».

JEAN COCTEAU

(«Les Lettres Françaises», 26 Oct. 1961)

los críticos

Picasso (en 1907) siente que la victoria entrevista se le escapa. Habiendo medido, a los veintiséis años de edad, el campo de batalla de su ambición, seguro de su potencia, Picasso, a la edad en que generalmente debutan los pintores, sacrifica una obra que habría hecho honor a toda una vida, por la conquista de una visión que lo atrae irresistiblemente y que ha resuelto vencer.

Sentía demasiado en sí mismo un mundo inmenso para considerarse satisfecho. Su vida, desde entonces, ha transcurrido así, con todas sus facultades desesperadamente tendidas hacia la anticipación de sus descubrimientos, esperados con la máxima exaltación de todo su ser.

CHRISTIAN ZERVOS

(Citado por Paul Eluard: «Anthologie ...»)

Picasso desde sus principios hasta su última época — la que sigue prolongando el cubismo — se ha esforzado siempre en crear un arte de concepción realista — no en el sentido que esta palabra significa corrientemente y que sólo hace referencia al aspecto realista — arte cargado de literatura y siempre de una ideología de tercera fila — sino un arte *realmente plástico*, preocupado por la realidad de los objetos hasta su propia materia, indiferente a todos los atractivos, a todas las trampas, a todas las ilusiones y apariencias engañadoras de la atmósfera. Un arte *materialista* de un tiempo en el que la ciencia, al explicar tantos misterios, al reducirlos a la categoría de fenómenos, no permite ya a los artistas preocupados por un ideal sólido y sano y no nebuloso, el perderse en las nubes tiernas y peli-

grosas que había creado el impresionismo ... La duda, que todos los genios más fecundos han sentido, no le permite detenerse en una fácil y peligrosa situación de hombre satisfecho de sí mismo. Gracias a su maravilloso esfuerzo, a su enorme esfuerzo, y a esa inquietud vigilante, ha sostenido y elevado el arte en los momentos en que el desprecio de las reglas y de toda disciplina amenazaban la plástica con hacerle perder todo contacto con la sana realidad.

PIERRE REVERDY

(Citado por Paul Eluard: «Anthologie ...»)

Para Picasso se trata mucho menos de reconstruir la realidad con el único fin de reconstruirla, que del fin incomparablemente más importante, de expresar todas las posibilidades, todas las ramificaciones imaginables, susceptibles de ceñirla más de cerca, de tocarla verdaderamente. En lugar de ser una relación vaga, un lejano panorama de fenómenos, lo real resulta entonces iluminado por todos sus poros, se le puede penetrar, deviene por primera vez y realmente una realidad. En la mayoría de los cuadros de Picasso se advertirá que el «tema» (si es que puede usarse esta expresión) es casi siempre lo más directo posible, en todo caso jamás ha sido tomado del mundo turbio de los sueños, ni es susceptible de ser convertido inmediatamente en símbolo, es decir no es en absoluto «surrealista».

MICHEL LEIRIS

(Citado por Paul Eluard: «Anthologie».

En una ocasión, durante la ocupación hitleriana de París, varios oficiales alemanes entraron en el estudio de Picasso. Uno de ellos tomó de encima de la mesa una reproducción de «Guernica», y despectivamente preguntó al artista:

— ¿Esto es lo que usted hace?

— No, esto es lo que ustedes hicieron — respondió Picasso.

Aquí se encierra la respuesta a muchos problemas ligados a la comprensión de las telas de Picasso y tocamos de lleno el problema central de su obra: el problema de la relación del artista con el mundo en que vive, su actitud hacia ese mundo, su ideología.

«Guernica» es una de las obras más importantes del siglo XX por su significación social. Como es sabido, el motivo que la inspira es un acontecimiento concreto: el bombardeo de Guernica por los fascistas. Sin embargo sería inútil querer encontrar en el cuadro lo que sucedió concretamente en esa pequeña ciudad española el terrible día 26 de abril de 1937. En lugar de aviones fascistas, de bombas, de edificios desmoronándose, nos enfrentamos con un mundo de imágenes fantásticas, incomprensibles al primer golpe de vista ... Sería inútil buscar la «clave» de la obra en un estudio literario de esos símbolos. La sensación trágica de muerte y destrucción la crea la agonía de las formas mismas, el despedazamiento de los objetos en centenares de fragmentos erizados, lanzados al espacio e iluminados por una luz que se difunde a través del cuadro y que nos recuerda la iluminación

movediza, fantasmal y amenazadora de los proyectores militares. El espacio tridimensional, cerrado por todas partes, delimitado por líneas precisas de perspectiva convergente, parecido a una trampa, crea la impresión de que los seres allí encerrados no tienen salida posible, están condenados a perecer sin remisión. Las superficies grises, gris-violado y gris azulado, en que se descomponen los objetos, hacen que el cuadro sea casi monocromo. Los ojos dilatados por el horror no perciben ya la riqueza del color y de las formas del mundo, sólo entran en su campo visual los tonos fríos, cadavéricos, y el despedazamiento obsesionante de los objetos ...

La significación de «Guernica» rebasa la representación de un episodio de la barbarie fascista. Aquí, como bajo un foco, está concentrada la actitud de Picasso ante el monstruoso mundo del imperialismo que engendra fenómenos como la guerra, el fascismo, el exterminio en masa de los pueblos.

IGOR N. GOLOMSHTOK Y ANDREI D. SINIAVSKI

(«Picasso», monografía tirada a 100.000 ejemplares; Moscú, 1961)

Un análisis morfológico puede descubrir en el arte de Picasso formas ibéricas y orientales, pero es la síntesis la que nos revela, de forma inmediata y directa, la irrefutable originalidad de este arte ... Se ha citado a menudo esta frase de Picasso: Yo no busco, yo encuentro. Nada más cierto, el genio español nunca busca, encuentra. El genio de Picasso, como el de Góngora, es popular. Sus metáforas tienen la fastuosa facilidad oriental, fulgurante, de Góngora. Como las de Góngora arrancan de la materia y del objeto que cae a mano. Son concretas, de la más concreta realidad. El genio de Picasso es popular como el de Goya, es decir libre, cambiante, conducido no por una regla de pensamiento ni por un código, sino por un capricho.

JEAN CASSOU

(«Picasso et l'Espagne», Catalogue de l'exposition au Musée de Lyon, 1953,)

las personalidades políticas

Por cuanto encarna y resume las aspiraciones y las esperanzas de una humanidad en marcha, el arte de Picasso alcanza los límites de lo universal por todo lo que proyecta y sugiere. Es el arte de una época que comienza y cuyas perspectivas desembocan a un nuevo orden social fundado sobre la justicia, el progreso, la amistad y la paz del mundo.

La vieja cultura occidental, sobre la que han pasado en un cuarto de siglo los dos conflictos más graves de la Historia de la humanidad, puede interrogarse sobre la obra y la personalidad de Picasso, pero es dudoso que encuentre la respuesta oportuna mientras no se convierta a sí misma a los valores del pintor y de su obra, valores que han enriquecido el arte con una nueva dimensión, la dimensión universal del hombre, dueño de su destino y consciente de sus responsabilidades sociales, en una comunidad de pueblos libres y pacíficos.

SEKU TURE

Presidente de la República de Guinea
(«La Nouvelle Critique», Nov. 1961)

El camarada Picasso es de los que no envejecen, porque los anima un amor apasionado por el Bien, lo Bello, la Paz, y la Humanidad. Este amor ha conducido a Picasso al comunismo que es lo que le conserva joven.

La paloma de la paz de Picasso, muy popular en el Viet-Nam y en el mundo entero, expresa brillantemente la fe ardiente de este gran artista combatiente y el impulso irresistible de los pueblos hacia la paz.

HO-CHI-MINH

Presidente de la República del Viet-Nam
(«La Nouvelle Critique», Nov. 1961)

Pablo Picasso es un artista de múltiples cualidades, un militante, pero también algo más. Es un gran hombre. Es la personificación de lo mejor que ha dado nuestra época: un gran artista, un combatiente de la causa de la justicia y de la paz que lucha por un futuro mejor.

Su actividad alcanza las cumbres de la cultura, pero al mismo tiempo interesa a millones de personas sencillas en el mundo entero. Su Paloma es la imagen más evidente de todo esto; creación de su genio de artista es para cientos de millones de hombres el símbolo que los inspira en su lucha por la paz, por un mundo en el que el hombre podrá vivir feliz.

OSCAR LANGE

Vicepresidente del Consejo de Estado de Polonia
(«La Nouvelle Critique», Nov. 1961)

los amigos

Era a principios de noviembre de 1956. Hacía poco que habíamos celebrado en la gran sala del Ayuntamiento de Vallauris el 75 aniversario de Picasso. Ese día, entre dos brindis, al saber que yo venía del periódico, me pidió noticias sobre lo que pasaba en Budapest. Le dí las que sabía. Todavía no eran claras para nadie, pero podíamos darnos cuenta de su gravedad ... No pude verlo hasta dos semanas más tarde y entonces me enteré del drama que se había desarrollado para él.

Aprovechando las circunstancias, la gran burguesía, que jamás había aceptado la adhesión del gran pintor al Partido Comunista, usó de todos los medios de presión para intentar separarlo.

Ese día Picasso me mostró algunos de los paquetes de cartas que recibía diariamente exigiéndole que «denunciase Budapest». Además había telegramas y mensajes personales. Desde América, Inglaterra, Italia, Francia y España, todos los que, poco o mucho, podían dirigirse personalmente a él, lo hicieron. Había allí nombres desconocidos, poco conocidos, muy conocidos. Había cartas personales. Otras habían sido publicadas en la prensa antes de que hubiesen sido abiertas por él. Había coleccionistas que amenazaban con descolgar sus cuadros de las galerías. En los Estados Unidos había periódicos que organizaban campañas para que sus obras fuesen retiradas de los museos nacionales.

Si ese día encontré triste a Picasso fué a causa de ver ciertas amistades rotas por la pasión partidista, de encontrar entre esas firmas las de personas que él había sacado del anonimato, y los nombres de pintores que le debían su carrera y sus primeros tubos de pintura.

Y, sobre todo, me acuerdo de su frase:

— Cuando he visto juntos los nombres del Cardenal, de ciertos ex-comunistas y de los amigos de Horthy, lo he visto todo claro. Las revoluciones no se hacen con esa gente.

GEORGES TABARAUD

Redactor-jefe del periódico «Le Patriote», de Niza
(«La Nouvelle Critique», Nov. 1961)

Lo que más me sorprendió desde el principio en Picasso, fué su alegría en el trabajo. Un hombre como él podría prescindir de trabajar tanto, o desplegar menos esfuerzo, o encontrar en el trabajo menos satisfacción. Yo también amaba mi oficio y, sin embargo, necesité cierto tiempo para comprender su entusiasmo. Pero muy pronto me contagió una mayor satisfacción, ardor y alegría en tornear las piezas que me encargaba.

AGARD

Tornero de Vallauris
(Citado por G. Tabaraud: «L'eternelle jeunesse de Picasso»)

•

Si todos los que pronuncian con veneración el nombre de Pablo Picasso se uniesen para ir a felicitarlo en su octogésimo aniversario, un cortejo interminable serpentearía a lo largo de los caminos del Sur de Francia. Habría negros, blancos, amarillos. Estarían representadas todas las nacionalidades. Habría los que aman y admiran al prodigioso artista, pero también habría los que veneran el creador de la «Paloma», el defensor infatigable de la Paz, el amigo del género humano.

En ese cortejo, yo pediría un lugar para poder expresar el fervor de mi admiración al artista y mi gran estimación al amigo cuyo encuentro hace cincuenta y cuatro años ha dado un sentido a mi vida. Añadiría un deseo: que siga siendo nuestro guía durante largos años más.

DANIEL-HENRI KAHNWEILER

(«Les Lettres Françaises», 26 Oct. 1961)

los enemigos

El genio creador de esta demonología plástica es Picasso, que en 1907 anunciaba el desencadenamiento de la bestialidad en «Las señoritas de Avignon», creación diabólica de máscaras negras. Veinte años más tarde, en 1936, durante la sangrienta persecución comunista española, atacaba, con genio sádico, la obra maestra de la creación, al hombre mismo, en aquella carnicería de la figura humana que realiza en Guernica. Es un espeluznante atentado de lesa humanidad triturada por la metralla, y recogida de un modo espeluznante sin seguir más ley que la incongruencia.

DOM B. TAPIA DE RENEDO

Monje benedictino
(«El Cruzado Español», núm. 83—84, Barcelona, Sept. 1961)

Pablo Picasso es un judío de Málaga. Judíos son los capitalistas que hacen ruido de propagandas en torno a esas producciones asquerosas llamadas «arte moderno», y las que premian ellos mismos con sumas fabulosas. El inmenso rebaño de los tontos, de esos «homines economici», para quienes el valor de todas las cosas se calcula en dinero, esos tontos, digo, arrastrados por la seducción del dragón infernal, vuelven las espaldas a la belleza, a la vida, al ser, y se convierten hacia lo feo, lo horrible, la muerte, la nada.

«LA TRADICION», de Salta (R. Argentina)

Enero, 1959

Con hondo pesar nos vemos obligados a reproducir del número de julio del presente año, de la revista «Serra d'Or», que según leemos en la misma es el «Organ de la Confraria de la Mare de Déu de Montserrat», el adjunto grabado, copia de la pintura de Picasso titulada «Guernika», que en su día sirvió grandemente a todos los enemigos de nuestra Cruzada para la propaganda a favor de los dirigentes masones y comunistas. En el propio número de la citada revista se publica íntegramente el cuadro de Picasso titulado «Les demoiselles d'Avignon» (que tal vez sería mejor llamar de la calle de Aviñón).

Por decoro y respeto a nuestros lectores, reproducimos solamente un fragmento del mismo, sacado de la revista antes mencionada. ¡Muy lamentable!

«El CRUZADO ESPAÑOL»

(núm. 83—84, Barcelona, Sept. 1961)

el propio picasso

Todo el mundo quiere comprender la pintura. ¿Por qué no se intenta comprender el canto de los pájaros? ¿Por qué se encuentra bella una noche, una flor, todo lo que rodea al hombre, sin intentar comprenderlo? En cambio, en lo que se refiere a la pintura, se exige comprender. Lo que hay que comprender sobre todo es que el artista actúa por necesidad; que él es también un ínfimo elemento del mundo, al que no habría que conceder una importancia superior a la de tantas cosas de la naturaleza que nos agradan sin intentar explicárnoslas.

PABLO PICASSO

Citado por Paul Eluard; «Anthologie . . .»)

Sólo debería pintarse lo que se ama.

PABLO PICASSO

(Idem, id.)

Los impresionistas querían representar el mundo tal como lo veían. A mí eso no me atrae. Yo quiero representar el mundo tal como lo pienso.

PABLO PICASSO

(Citado por I. Ehrenburg: «Prólogo» a la monografía «Picasso» de I. N. Golonshtok y A. D. Siniavski)

Un cuadro vive su vida como un ser viviente, experimenta los cambios que la vida cotidiana nos impone. Es natural que sea así puesto que un cuadro no vive más que a través del que lo contempla.

PABLO PICASSO

(Citado por Léon Moussinac: «Picasso», La Nouvelle Critique, Nov. 1961)

¿Qué es un artista? ¿No sería absurdo que el artista sólo tuviera ojos o el músico sólo tuviera oídos?... El artista es al mismo tiempo un ser político que vive constantemente las terribles o jubilosas convulsiones a las que tiene que dar respuesta. ¿Cómo no sentir interés hacia los otros y suponer que lo digno es la indiferencia sin alma, el aislamiento de la vida, pletórica de imágenes, que nos rodea? No. La pintura no se ha hecho para adornar las habitaciones; es un instrumento de guerra ofensiva y defensiva contra el enemigo.

PABLO PICASSO

(En «Lettres Françaises», 21 Mar. 1945)

Entraba en prensa el present: número cuando llegó la noticia: PABLO PICASSO HABIA SIDO LAUREADO CON EL PREMIO INTERNACIONAL LENIN POR LA PAZ Y LA AMISTAD ENTRE LOS PUEBLOS.

Desde estas páginas, NUESTRAS IDEAS se suma a las numerosas felicitaciones pue reciba el padre de la Paloma de la Paz.

COMENTARIOS

- **La estética del realismo y la joven literatura española**
  Martín DIAZ

- **Notas recordatorias**
  Mª Luisa GONZALEZ

- **La escuela soviética en la etapa actual**
  J. G. L.

- **La novela española y la cuestión editorial**
  Luis PESCADOR

Martín DIAZ

LA ESTETICA DEL REALISMO Y LA JOVEN LITERATURA ESPAÑOLA

La literatura es la sola tribuna desde lo alto de la cual un pueblo privado de libertad política puede oír los gritos de su indignación y de su conciencia.

Herzen

DICE JEAN FREVILLE, en el prólogo a «Sur la littérature et l'art», de Lenin, que, a través del siglo XIX, «a pesar de la censura y las persecuciones múltiples, la literatura rusa se había encontrado a la vanguardia de todas las batallas contra la autocracia y el oscurantismo. Más que en ningún otro país, los escritores progresistas se convertían en los portavoces del pueblo amordazado y avasallado, con una conciencia aguda de su misión social. La literatura (...) fue, en Rusia, durante largo tiempo, el único medio de combatir la iniquidad, de minar el orden existente, de expresar las aspiraciones emancipadoras». Herzen, que creó en el exilio, por aquellos tiempos, una prensa rusa libre, escribió las palabras que figuran como cita al frente de estas líneas.

¿Es posible decir algo parecido de la literatura española de la posguerra, en especial de la literatura española más reciente?

II

Al fin de la guerra civil, derrotada la causa del pueblo español, deshechos todos los mandos del proletariado y el campesinado revolucionario, exilados la mayor parte de los intelectuales de prestigio, el fascismo se apoderó de las Universidades y ateneos, de los periódicos y revistas, implantó una censura rigurosísima y creyó aniquilada toda vida intelectual de sentido progresista, «para siempre jamás». Una ojeada a los libros y revistas que se publicaron en los primeros años de la posguerra revela hasta qué punto la vida pseudo-intelectual española retrocedió no unas décadas, sino siglos enteros en la elección de temas y en el tratamiento de los mismos. Fue una vuelta a la Edad Media, en el sentido más literal, con algunas avanzadillas que llegaban hasta la época del Imperio.

El cálculo fascista de la liquidación de toda vida intelectual de concepción democrática y actitud revolucionaria o progresista, era compartido por muchos de los exilados liberales que creyeron que con ellos se marchaba — hasta su regreso triunfal, el día en que las «democracias occidentales» rescataran a España — toda posibilidad de revitalización intelectual nacional, y aún hoy, veintidós años después, todavía se niegan a creer, desde su soberbia, en el crecimiento intelectual español que, aunque limitado por la férrea dictadura que sigue sufriendo, demuestra una evolución ideológica muy considerable y promete unas posibilidades no previstas por ellos.

Unos y otros — fascistas y liberales —, por razones diversas, olvidaron que un pueblo no se aniquila si no es físicamente en su totalidad, puesto que mientras existe como tal, por duras y difíciles que sean las condiciones en que se desarrolla, llega siempre un momento en el que, por razones tanto biológicas como políticas, históricas, en definitiva, vuelve a la lucha por su independencia y por su libertad y su cuerpo segrega los cuadros políticos e intelectuales que han de conducirle — a la corta o a la larga — a la consecución de los fines que persigue en su combate contra las fuerzas contrarrevolucionarias.

Hemos dicho que los primeros años de la posguerra fueron, desde el punto de vista intelectual, un salto atrás de siglos, una vuelta a los temas teológicos e imperiales más anacrónicos. Sin embargo, dentro de la primera década de la posguerra, ya algunos poetas y novelistas empezaron a manifestar en sus obras ciertas actitudes y a desvelar ciertas realidades nacionales que no entraban en los cálculos de los que creyeron, con la euforia del triunfo, en un «milenio de paz» — para ellos —, como el que Hitler prometía por los mismos tiempos al mundo entero.

Lo que en la primera década de la posguerra fueron tímidos atisbos de un renacer literario, fructificó en la segunda con la aparición de una nueva generación — que no había hecho la guerra, por razones de edad, pero que la había sufrido como víctima inocente — que manifestó, por cuantos medios culturales tuvo a su alcance, una decidida oposición al régimen establecido y una profunda, aunque velada a veces por la fuerza de las circunstancias, vocación por una vida democrática, con todo lo que la expresión significa de voluntad de justicia social, de libertad y, en consecuencia, de decisión revolucionaria.

Para ser justos hay que decir que algunos poetas — más que los novelistas —, entre los supervivientes de la que podríamos llamar generación de la guerra civil, dieron en la década de los años cuarenta la voz de alerta y trazaron algunos de los caminos que había de seguir la generación posterior. Los nombres de Gabriel Celaya y Victoriano Cremer — entre otros — fueron un ejemplo difícil de olvidar. Y a continuación de ellos, a caballo entre las dos décadas, surgieron otros nombres — Blas de Otero y Eugenio de Nora, p. e. — que tendieron un puente entre aquéllos y los poetas más jóvenes, que no habían de tardar en surgir.

Un nombre en la novela, Camilo José Cela — el Cela de «La familia de Pascual Duarte» y de «La Colmena» — y otro en el teatro, Antonio Buero Vallejo, sirvieron también, desde posturas menos radicales y comprometidas, para abrir paso a una novelística joven, que se ha revelado fecunda, y a un teatro, menos generoso en autores y obras, pero no por ello menos combativo.

En la década de los años cincuenta se manifiesta pues, una generación de escritores, que gusta de llamarse a sí misma *realista*, y que en el corto espacio de siete u ocho años ha dado un tono homogéneo a la literatura española, con unas

obras que, en líneas generales, responden a una misma o parecida concepción de la literatura y, en todo caso, a un mismo fervor democrático, en franca oposición a la dictadura.

Esta generación de poetas, novelistas y dramaturgos, tiende, en general, a manifestar en sus obras una concepción materialista de la historia, dentro de la tradición marxista del realismo en literatura y arte. ¿Podemos considerarla, en bloque, como una literatura social-realista o del realismo socialista, o tenemos que ser más cautos y evitar una calificación apresurada, para establecer distinciones entre las diversas versiones que nos dan del realismo, según la solución que cada uno de ellos adopta frente a los problemas que plantea el realismo en literatura?

III

A nuestro entender es demasiado pronto y son demasiado difíciles las circunstancias históricas en que se desenvuelven la creación y la crítica literaria españolas para dar una respuesta en bloque, de conjunto.

En primer lugar, es prematuro aventurar un juicio cuando operamos, en realidad, sobre un número reducido de obras, dada la juventud de sus autores. En segundo lugar, es prematuro también a causa de que la cuestión del realismo no ha podido plantearse y debatirse públicamente en España — aun cuando se hayan hecho tímidas tentativas de ello — debido a la fuerte presión de la censura.

Pero sí, en cambio, es posible intentar una breve descripción de algunas de las tendencias que quieren ampararse bajo el nombre de *realismo*, merezcan o no dicho calificativo. Pero antes de entrar en esa descripción convendrá hacer una salvedad con algunas de las primeras obras de los escritores de la joven generación realista, obras que se resienten de abundantes contradicciones o de una cierta ambigüedad atribuibles, en la mayor parte de los casos, a la juventud de sus autores (pienso en las primeras obras de Juan Goytisolo o los primeros dramas de Alfonso Sastre) dado que dichos escritores no se habían planteado todavía la cuestión del realismo como cuestión central de la literatura, como han hecho más tarde.

Dicho esto, podemos distinguir diversas tendencias dentro de las obras de la joven literatura española que se reclaman del realismo.

En primer lugar, hemos de hacer referencia a aquellos autores cuyas obras — independientemente de su mayor o menor eficacia literaria — plantean una serie de ambigüedades que provienen más que de una falta de toma de conciencia política — se trata de escritores antifascistas —, de no haber profundizado teóricamente en el problema del realismo, con todas las implicaciones históricas (políticas, económicas, sociales y estéticas) que exige un estudio serio del mismo: nos referimos, pues, de un modo general, a algunas novelas de Ana María Matute y de Ignacio Aldecoa, y a algunos poemas de Claudio Rodríguez o Angel Crespo, por citar únicamente nombres de reconocida calidad literaria y respetada personalidad intelectual.

En el polo opuesto, encontramos obras cuyo esquematismo ideológico y expositivo proceden de una concepción puramente social y política de la literatura, concepción según la cual la literatura ha de existir únicamente en función de su utilidad política y no es considerada válida si no tiende a cumplir, directa o indirectamente, la específica misión didáctica, crítica y aleccionadora que dicha concepción de la literatura reserva para las obras de creación. Así, por ejemplo, «La piqueta», de Antonio Ferres, es, más que una novela, una exposición narrativa de un fenómeno sociológico, el «barraquismo», del mismo modo que «Pongo la mano sobre España», de Jesús López Pacheco, es una transposición, en forma de poemas, de problemas políticos concretos del momento actual español. Esta tendencia tiende a entroncarse con el fenómeno que nos parece más peligroso, desde un punto de vista dialéctico-histórico, para el realismo: el populismo. No es ésta la ocasión para hacer una crítica del mismo, pero no podemos resistir la tentación de reproducir unas palabras de Brecht que sitúa a este fenómeno — calificable a nuestro entender con palabras de Lenin, de «enfermedad infantil» — en su debido lugar en relación con lo que debiera ser una literatura realista del socialismo en marcha: «La historia de las numerosas falsificaciones a las cuales ha estado sometido el concepto de *pueblo* es larga y complicada y es una historia de lucha de clases. No queremos describirla aquí, sino simplemente recordar el hecho de la falsificación, cuando decimos que tenemos necesidad de un arte *popular*, entendiendo por ello un arte para las masas trabajadoras, para los muchos oprimidos por los pocos (...), para las masas de los que producen y que por tanto tiempo han sido *objeto* de la política y que ahora deben pasar a ser *sujeto* de la misma. Queremos recordar que a este pueblo se le ha impedido, durante mucho tiempo, por potentes instituciones, desarrollarse plenamente, se la ha maniatado con pactos obtenidos a través de la astucia y la violencia y que el término *popular* ha quedado fijado en un concepto ahistórico, estático y privado de desarrollo. No podemos compartir esta particular versión del concepto *popular:* debemos, por el contrario, combatirlo».

Entre esas dos tendencias — ahistórica y ambigua, la primera, política y populista, la segunda —, se desarrollan otras que vamos a intentar caracterizar.

Una de ellas, puede emparentarse con el *realismo crítico* de gran tradición literaria en las letras extranjeras, pero con una notable labor a realizar todavía en nuestro país. Incluiríamos en ésta buena parte de la última obra de Juan Goytisolo — desde «La resaca» a «La isla» —, «Nuevas amistades» y «Tormenta de verano», de Juan García Hortelano, los poemas satíricos de José Agustín Goytisolo («Salmos al viento») y algunos poemas de Jaime Gil de Biedma, Angel González, José Angel Valente y Carlos Barral. (Nótese que al hablar de los poetas no podemos, en general, mencionar libros enteros, dado el carácter fragmentario — desde el punto de vista de tendencias — de los mismos. Por ello preferimos referirnos solamente a algunos poemas.)

Cercana a esta tendencia, aunque con una voluntad de *totalidad* — tanto en la forma, como en el contenido — e *historicidad* que las distinguen de las anteriores, encontramos unas cuantas obras que podríamos clasificar dentro de un *realismo histórico:* «El Jarama», de Rafael Sánchez Ferlosio; «Cabeza rapada», de Jesús Fernández Santos; «Las afueras», de Luis Goytisolo; y los más recientes poemas de Jaime Gil de Biedma, «Cuatro poemas morales».

Por último, hemos de distinguir algunas obras próximas, por su intención y realización, al *realismo socialista*, en su mejor y más típica versión: «La mina», de Armando López Salinas; «Central Eléctrica», de Jesús López Pacheco, y «En la red», de Alfonso Sastre, uno de sus mejores dramas.

Hemos dicho, al principio de este apartado, que era prematuro aventurar juicios sobre la más joven generación de escritores españoles. Prematura es, también, por consiguiente, la esquemática clasificación en tendencias que acabamos de realizar. Digamos solamente, para completar estas líneas que, a nuestro entender, el camino del realismo es ancho y generoso y en él caben la mayor parte de las *tendencias* apuntadas. «Si observamos de cuántas maneras puede ser descrita la realidad — dice Brecht — veremos que el realismo no es una cuestión de forma. Cuando enunciamos modelos formales, nada resulta más peligroso que enunciar demasiado pocos. Es peligroso ligar la gran noción de *realismo* a un par de nombres, por famosos que sean, y asignar a un par de formas, por útiles que puedan resultar, el papel de únicos métodos creativos satisfactorios. Para juzgar las formas literarias hay que interrogar a la realidad y no a la estética, ni siquiera a la del realismo. La verdad puede ser silenciada de muchos modos y declarada de muchos maneras. Nosotros derivamos nuestra estética, como nuestra moralidad, de las necesidades de nuestra lucha».

IV

Hemos de volver ahora, después del breve panorama que hemos trazado sobre las tendencias del realismo de los jóvenes escritores españoles, al principio de nuestras líneas, donde nos interrogábamos sobre el papel desarrollado por la literatura española de la posguerra y, en especial, el de la literatura más reciente, dentro de la lucha del pueblo español contra el fascismo.

Parafraseando la cita de Brecht, diremos, en primer lugar, que los jóvenes escritores españoles han derivado su estética de las necesidades de su lucha antifascista. Su realismo, pues, surge de la realidad de su combate y ésa es la mayor garantía de su autenticidad, frente a los que critican sus actitudes considerándolas como un oportunismo político en el que se ampararía una ambición de notoriedad literaria en el extranjero, donde los medios intelectuales, que no han olvidado el impacto de nuestra guerra civil, están especialmente sensibilizados y son particularmente receptivos a todo lo que signifique resistencia antifascista que provenga de España.

Surgida y formada en las necesidades de la lucha, la joven literatura española se presenta, en sus primeras manifestaciones, como una literatura inconformista, no por amordazada menos constante y fiel a su rebeldía inicial. A medida que aparecen nuevos nombres y se publican nuevas obras, los jóvenes escritores españoles amplían el horizonte de su mirada, toman conciencia progresiva de la situación del país y se aperciben de que la lucha no sólo no es únicamente suya, sino que la comparten con el proletariado, verdadera vanguardia — y víctima propiciatoria, como tantas veces — de la lucha antifascista. En ese momento empiezan a sentir la responsabilidad de su función intelectual, puesto que por el hecho de haberse incorporado *conscientemente* a la lucha común, llegan a ser los «portavoces» (Lenin) o las «tribunas» (Herzen), del pueblo «amordazado y avasallado», del pueblo «privado de libertad».

En su conjunto, la joven literatura española, está impuesta de la gravedad de su misión y es consciente de su responsabilidad. Que sepa llevar ambas con seriedad y eficacia depende aún de muchos factores que cotidianamente se plantean *en colectividad*, ya que uno de los factores más positivos de su toma de conciencia ha sido el de descubrir — en un mundo literario tradicionalmente individualista — que la eficacia de su labor está íntimamente ligada a su responsabilidad solidaria, no sólo con el proletariado, sino también con ellos mismos. Por ello, quienes pretenden que en el combate por imponer una literatura nacional realista no hay más que un oportunismo o una moda literaria del momento, están en un gran error, del que despertarán con la desagradable sorpresa de comprobar que todo un cuerpo literario, sólido y sin fisuras, — aunque con las naturales diferencias de estilo — ocupa el centro de la vida cultural española y se proyecta hacia el futuro de una sociedad mejor.

María Luisa GONZALEZ

NOTAS RECORDATORIAS

EL 31 DE diciembre se ha cumplido el 25 aniversario de la muerte del gran maestro, eminente escritor — Rector de la Universidad de Salamanca —Miguel de Unamuno.

Como su muerte se produjo en condiciones extremadamente trágicas y sobre ella se han tejido y aderezado no pocas fábulas y falsedades; como además la prensa falangista ha mistificado la posición del maestro, exaltando los sentimientos falangistas de D. Miguel, no estará de más que los que fuimos en aquel entonces testigos presenciales de la trágica situación, recordemos los hechos para que ellos mismos hablen por su cuenta.

Estudié Filosofía y Letras en la Universidad de Salamanca por los años 17—21 y fui alumna de Unamuno en sus clases de griego y gramática comparada de las lenguas romances. D. Miguel era un maestro que nunca terminaba de serlo, pues seguía relacionándose, aconsejando y ayudando a sus alumnos, si preciso, en cuantas ocasiones era necesario. Yo mantuve con él y su familia lazos de sincera y cordial amistad, pasando juntos muchos veranos en un pequeño pueblecillo de las estribaciones de la Sierra de Gredos. Además dió la casualidad de encontrarme yo en Salamanca al mes de estallar la sublevación fascista, por lo que conozco de manera auténtica la actitud de D. Miguel en este período.

Es sabido que D. Miguel en tiempos que precedieron a la guerra de liberación pasaba por una de sus contradictorias reacciones, no contra la República, sino contra sus gobernantes. Sentíase como postergado. No le gustó la elección de Azaña a la suprema magistratura y a voz en grito, en tertulias y en la prensa, manifestaba su descontento con los gobernantes.

Se sabe también que D. Miguel tuvo una entrevista con José Antonio Primo de Rivera, de la cual los falangistas, al decir de J. M. Quiroga, yerno de D. Miguel, dieron una versión tendenciosa. Quiroga prometió, en su día, dar una trascripción exacta, ya que él estuvo presente en la mencionada entrevista, pero Quiroga murió.

Sea de ello lo que fuere, no es menos cierto que el mismo día de adueñarse los falangistas del poder en Salamanca habló D. Miguel desde el balcón de Ayuntamiento, en la plaza Mayor, a favor del movimiento.

Esto no obstante, no tuvo que pasar mucho tiempo para que se sintiera violentamente en contra de militares y falangistas. Los fusilamientos en masa de per-

sonas de toda suerte social e ideológica, tuvieran o no que ver con la política o militancia en partidos políticos, llenaron de consternación a todas las personas honradas y a D. Miguel muy especialmente. Supo del fusilamiento de compañeros profesores, a quienes él trataba y con quien conversaba, como Rivera, profesor de la Facultad de Medicina, Manso, de la Escuela Normal, Salvador Vila, de la Universidad de Granada. Y de tantas y tantas gentes inocentes y honradas que cayeron en el fragor de aquella crueldad desatada.

Por otra parte, en cuanto los falangistas se apoderaron del mando empezaron a destituir a diestro y siniestro a maestros y profesores, sin otra razón que la de ser maestros y profesores que practicaban una enseñanza democrática y científica y luchaban por ello. En la mayoría de los casos D. Miguel no se enteraba de las destituciones y en otros sus protestas eran desoídas. D. Miguel era simplemente un Rector nominal. Semejante situación no podía por menos de indignarle y repetía a cuantos le querían oir que «los falangistas eran una banda de analfabetos que estaban sumiendo a España en la vergüenza y la estupidez».

En septiembre del 36, a raíz de la caída de Irún, llegó una tarde a Salamanca el general Mola, buscando a D. Miguel. Se trataba de que firmara un manifiesto de los intelectuales falangistas a los de América Latina. D. Miguel estaba dando a esas horas su habitual paseo por la carretera de Zamora, cuando salió a su encuentro el general, saludándole todo sonriente, con el brazo en alto, a la manera falangista. Y fue cuando D. Miguel, haciéndole un gesto para que bajara el brazo, pronunció su célebre frase: «calma, calma, vencer no es convencer».

Ya entonces su indignación contra los atropellos y crímenes falangistas la hacía pública en cartas, conversaciones y entrevistas a cuantos amigos y periodistas españoles y extranjeros le visitaban. Recuerdo entre ellos la conversación mantenida con el escritor holandés, católico e hispanista, De Brouwer, fusilado más tarde por los fascistas alemanes en Holanda. De Brouwer estuvo también en la España republicana y escribió una serie de artículos sobre la guerra española y en uno de ellos contaba su conversación con Unamuno. En ella D. Miguel se expresaba con intensa indignación respecto a los asesinatos, torturas y persecuciones que se perpetraban en número intenso. «Nada— decía D. Miguel— de lo que pasaba en el territorio republicano, podía compararse a la fría, metódica, científica y sádica represión franquista». «Además — continuaba — la represión la perpetran las mismas autoridades, o bien elementos empujados y apoyados por los poderes públicos».

Los falangistas, sin embargo, no se atrevían a tomar medidas contra él, por la repercusión que ello hubiera podido tener en el extranjero. Cuando el falangista Eugenio Montes, acompañado de otro miembro de Falange, fue a visitarlo, D. Miguel los recibió a la puerta sin mandarlos pasar. Y cuando Montes un tanto cortado quiso iniciar la conversación, diciendo «venimos a visitarlo ahora que es Vd. de nuestras mismas ideas», D. Miguel, manteniendo la puerta entornada y mirándoles de arriba abajo, le contestó «¿Pero saben Vds. qué cosa es tener ideas?» Lo cual no fue obstáculo para que en el entierro de Unamuno, cuatro falangistas, vestidos con el uniforme que él tanto despreció, llevaran el féretro y Eugenio Montes presidiera el duelo como «discípulo ¡¡amado!!» de D. Miguel.

A D. Miguel le llegaban tan al alma, le impresionaban tanto las noticias de muertes y persecuciones, que los familiares trataban por todos medios de ocultárselas y rogaban a cuantos le visitaban que esquivaran hablar de lo que ocurría. Cosa harto difícil ya que la represión batía el pleno.

En tal situación llegó octubre y el día 1 tuvo lugar la apertura del curso académico, en el Paraninfo de la Universidad. Presidían el acto D. Miguel, como Rector, Carmen Polo en representación de Franco, el obispo y otros catedráticos. El discurso estuvo a cargo de Maldonado (hijo) profesor de Literatura. En su discurso de apertura, Maldonado repitió los tópicos en boga entre los falangistas Habló de la España y la anti-España, de la patria y la anti-patria. Se expresó de manera insultante contra las tendencias separatistas, llegando a decir que había que acabarconellas, aunque para ello hubiera que matar a todos los vascos y catalanes. Y, claro es, habló también de los crímenes de los rojos.

Ante el asombro de los asistentes al acto, cuando Maldonado terminó su discurso se levantó a hablar D. Miguel. En medio de un silencio sepulcral, Unamuno dió rienda suelta a toda su indignación acumulada en los dos meses y pico de desaforado poder falangista. Empezó combatiendo los términos de la España y la anti-España, la patria y la anti-patria, pues en ambas partes había — dijo — ladrones y gentes honradas. Pasó después a hablar de los vascos y catalanes que juntos con los otros pueblos de España forjaban la historia. Aludió concretamente a la presencia en aquel acto de un catalán — el obispo — y de él — vasco.

Mientras tanto, la sala iba caldeándose al rojo vivo. Se sentía la proximidad de la explosión y vino a producirse cuando D. Miguel se refirió a la parte del discurso de Maldonado en que se hablaba de los crímenes de los rojos. «Yo — dijo — aquello no lo he visto, pero lo que veo aquí son los crímenes que se cometen aquí y a las mujeres que con el libro de misa en la mano van a presenciar los fusilamientos o a contemplar los cadáveres».

En este momento en la sala se desata un escándalo inaudito. El público, compuesto en su mayoría de militares y falangistas, silba y abuchea a D. Miguel. Entonces fue cuando Millán Astray pronunció su tristemente célebre frase «¡ Abajo la Inteligencia!». La mujer del caudillo se desmaya, el obispo no sabe donde meterse — él es un hijo de rabassaires —, en fin, el acto termina como el rosario de la aurora. D. Miguel, erguido, con las manos atrás y su paso habitualmente ligero, abandona el Paraninfo entre dos filas de falangistas que le silban y abuchean.

A los diez minutos, todo Salamanca comentaba lo ocurrido en la Universidad. Tratando de acallar los comentarios, pegaron en los escaparates de los comercios y sobre todo en los de la Plaza Mayor, unos letreros que decían: «Prohibido hablar de lo ocurrido en el Paraninfo», anuncios que, como es natural, más incitaban que acallaban los comentarios.

Después de comer, D. Miguel acostumbraba a tomar café en el casino, y reunido con sus amigos salía en seguida a dar su acostumbrado paseo por la carretera de Zamora. Cuando esta tarde llegó al casino se encontró con una tralla de falangistas que le abuchearon y silbaron. D. Miguel tomó impertérrito su café, y, según su costumbre, salió a dar su paseo.

A raíz de ese incidente fue destituido del puesto de Rector. La ruptura entre el régimen y D. Miguel llegó a tal grado, que se le destinó un policía que le seguía a todas partes y vigilaba su casa.

Como yo necesitara, para salir de la zona falangista, adquirir un pasaporte, fui, naturalmente, a ver a D. Miguel, a que me aconsejara. «Desgraciadamente — me dijo — no puedo hacer nada por Vd., si la recomiendo la fusilan, como ha pasado con Salvador Vila, a quien Vd. conoce».

Mi última entrevista con D. Miguel tuvo lugar el 17 de diciembre cuando yo, ya con pasaporte en mano, me disponía a salir. Le encontré acabado, perdía fuerzas por días. Estuvimos hablando largo rato, horas; me dió una carta para los dueños del hotel en Hendaya, donde él había vivido durante su destierro. Comentó los crímenes y atrocidades; sobre todo le sacaba de quicio la actitud de las mujeres y se expresaba sobre ellas con extraordinaria crudeza. Me contó cómo escribía a todo el mundo para que se enterasen de lo que allí pasaba. Me encargó que fuera a ver en París a Marañón y a Ortega y les hablara de la situación y de su actitud ante ella. Me decía «dígales Vd. que no vengan, esto es una feroz locura colectiva».

Corrió el rumor, después de su muerte, de que los falangistas le habían asesinado. Eso no es cierto. Pero sí lo es que su vida se acortó y se apresuró su fin con el tremendo dolor que sentía por su España, a la que veía tan mal parada. Los falangistas pueden decir lo que decían del Arzobispo, Monseñor Gandásegui, en Valladolid: «Le hemos acortado la vida a fuerza de disgustos».

J. L. G.

LA ESCUELA SOVIETICA EN LA ETAPA ACTUAL

A LA LUZ de las grandes victorias de la construcción socialista y de los ingentes éxitos de la ciencia y de la técnica soviéticas, que asombran al mundo entero, se perciben a cada paso y se ven con particular claridad los grandes méritos y las cualidades de la escuela soviética que ha educado y educa, generación tras generación, a los jóvenes, a los hombres que han sido capaces de construir el primer país socialista en el mundo, de defenderle en el fuego de duras batallas, de hacerle resurgir de nuevo de las ruinas y destrucciones de la guerra, de superar en mucho los índices de anteguerra y que comienzan a llevar a la práctica el grandioso programa para el paso del socialismo al comunismo.

«Organicemos la gran victoria en el frente cultural», «En marcha por el camino de la instrucción para todo el pueblo». Tales titulares aparecían en los periódicos de la URSS en el año 1930, cuando el Partido Communista y el Gobierno Soviético aprobaron la histórica resolución sobre la instrucción primaria obligatoria para todo el pueblo. Desde entonces la instrucción primaria para todo el pueblo ha sido una ley inalterable del Estado Soviético y del pueblo soviético. Fue en los años del primer quinquenio, cuando se echaban los cimientos de la economía socialista, cuando se inició la gran ofensiva en el frente cultural, la lucha por la instrucción primaria obligatoria para todos los ciudadanos de la URSS. Y todo el pueblo ayudó a resolver esta tarea estatal de enorme responsabilidad.

Sólo en el año 1930—1931 se dio un avance tal en la instrucción del pueblo como no se había conocido en la historia. El número de los escolares que estudiaban en los cuatro primeros grados aumentó en 2.500.000. Más de 60.000 nuevos maestros empezaron a trabajar en las nuevas escuelas.

Basta confrontar tres cifras para ver el avance conseguido en el terreno de la instrucción pública en el País Soviético. En el año escolar de 1914—1915 estudiaban en Rusia en las escuelas de instrucción general de todo tipo 9.700.000 personas. En el año escolar de 1959—1960 el número de escolares ha sido de 33.300.000, y en el año 1965 el número de alumnos de las escuelas ascenderá a 38—40 millones.

Sólo en la RSFSR hay en la actualidad más de 127.000 escuelas de instrucción general, en las que estudian más de 18.000.000 de escolares, es decir, casi dos veces más que antes de la revolución.

Muy grandes son los progresos alcanzados en el terreno de la instrucción y de la educación del pueblo soviético, pero más grandiosas son aún las tareas que ha de resolver la escuela soviética en el período del desarrollo ampliado de la sociedad comunista.

Y como siempre que el país emprende una nueva etapa en su desarrollo, el Parido Comunista y el Gobierno Soviético plantean a la escuela nuevas tareas para que la educación de la joven generación esté en consonancia con la exigencias que la época actual plantea a la sociedad soviética.Al trazar el programa de la construcción del comunismo en todo el frente, el Partido y el Gobierno se han procupado también de que la escuela esté estrechamente y directamente ligada con la vida y de que la instrucción del pueblo marche al mismo ritmo que se desarrolla toda la vida del país. Esto ha encontrado su expresión en la nueva reorganización de la escuela. «Para llegar al comunismo, la sociedad más justa y más perfecta, en la que adquirirán pleno florecimiento todas las mejores cualidades del hombre libre, — dimjo N. Jruschov en el XXI Congreso del PC de la URSS — necesitamos ya ahora educar al hombre del futuro».

Para educar al hombre del futuro hay que enseñarle no sólo ya trabajar como comunista, sino también a vivir como comunista. Vivir como comunista significa, entre otras cosas ser una persona de elevavados ideales, desarrollada en todos los aspectos, altamente instruída, que sepa guiarse en sus actos, tanto grandes como pequeños, por los principios de la ideología comunista y de la moral comunista.

En la educación del hombre nuevo de la sociedad comunista le corresponde un papel primordial a la escuela. Sin embargo, la escuela soviética, tal y como venía desarrollando su labor, iba quedándose en los últimos años a la zaga de las exigencias de la sociedad soviética y no resolvía plenamente las tareas del desarrollo de la joven generación de acuerdo con las demandas de la época actual. La vida misma exigía que se realizaran cambios dentro de la escuela.

El factor fundamental en la reforma de la escuela soviética iniciada en el año 1959 consiste en que en el programa de todas las escuelas se concede un lugar importante al trabajo. Esta medida aporta nuevas formas y nuevo contenido a la labor educativa, cosa que influye de manera positiva en el carácter y en los resultados del proceso de la enseñanza.

Ya ahora millones de escolares participan activamente en un trabajo socialmente útil, de acuerdo con sus fuerzas y posibilidades, en los koljoses y sovjoses, en los talleres de las fábricas, en las obras en construcción, etc., lo que es de gran importancia pedagógica y también desde el punto de vista de la economía nacional.

El nuevo programa para el futuro desarrollo del sistema de instrucción pública en la URSS es una parte orgánica del gran programa de la construcción del comunismo en la URSS. Lo esencial en este programa, los caminos concretos a seguir para fortalecer la ligazón de la escuela con la vida y el futuro desarrollo del sistema de instrucción pública en la URSS, fue ya expuesto por N. Jruschov en el XIII Congreso de. Komsomol de la URSS, en las notas al Presídium del CC del Partido Comunista de la URSS y en las tesis del CC del Partido Comunista de la URSS y del Consejo de Ministros de la URSS.

De acuerdo con las leyes dictadas por el Soviet Supremo de la URSS, es necesario que en un período de tres a cinco años, a partir de 1959, se reorganice de manera planificada y gradual todo el sistema de instrucción pública en el país, teniendo en cuenta al máximo las particularidades locales y sin permitir en absoluto cualquier empeoramiento en el servicio escolar.

Una de las tareas primordiales y de mucha importancia para todo el Estado es el paso para el año escolar de 1962 a 1963 en todas las escuelas del país, de la instrucción media obligatoria de 7 grados a la instrucción media obligatoria de 8 grados. En las condiciones actuales del País Soviético, se exige de cada trabajador no sólo que tenga unos conocimientos generales elementales, sino que tenga también una buena preparación general y politécnica, pues de esto depende en gran medida el ritmo de desarrollo en la construcción del comunismo.

El llevar a la práctica la instrucción media obligatoria de 8 grados es una tarea de suma importancia en la edificación cultural del País Soviético y para cuyo cumplimiento es necesario tener una amplísima y bien organizada red de escuelas primarias de 8 grados. De acuerdo con el nuevo plan, en lugar de las 72.700 escuelas primarias y de las 28.200 escuelas medias de 7 grados que había hasta ahora, en el año 1965 deberá haber 73.500 escuelas primarias y 30.700 escuelas medias de 8 grados, en las que estudiarán 20.000.000 de niños, es decir, 5.000.000 más que en 1959.

De acuerdo con la nueva ley, se despliega ahora la tarea de crear una nueva escuela media de instrucción general que responda y asegure por su contenido y por la organización del proceso de la instrucción y cultura la educación del hombre que ha de vivir en la sociedad comunista.

La escuela de 8 grados es la primera etapa en la instrucción media. En ella hay que educar en el niño desde los primeros días las cualidades del hombre nuevo, que ha de vivir en la sociedad comunista. En este sentido, se debe hacer hincapié en el papel de extraordinaria importancia y responsabilidad que juegan los cuatro primeros grados de la escuela primaria, pues en ellos se asientan las bases de los conocimientos generales y politécnicos y empieza a formarse la personalidad del hombre nuevo.

Ahora, lo mismo que antes, la escuela primaria debe enseñar a los niños a leer, a escribir y a contar, debe desarrollar su lenguaje oral y su proceso mental, debe darle los primeros conocimientos sobre la naturaleza, la vida de la sociedad, etc. Lo nuevo ahora consiste en que la vinculación estrecha de la escuela con la vida y con el trabajo permite plantear de tal manera toda la labor de la instrucción, que las ideas y representaciones que el niño adquiere se han de basar en hechos conocidos y comprendidos por él de la vida que le circunda.

Hay que subrayar que en la nueva escuela todas las asignaturas son importantes, se completan recíprocamente y constituyen en conjunto un sistema único para la preparación en todos los aspectos y el pleno desarrollo de la nueva generación. En la nueva escuela no hay ni puede haber una asignatura que no prepare para la vida, para el trabajo.

La diferencia fundamental, de principio, entre la escuela de 8 grados y la de 7 grados consiste en que al mismo tiempo que se desarrollan de manera consecutiva los estudios y se asimilan los fundamentos de las ciencias, se adquieren conocimientos politécnicos por medio del trabajo. El trabajo de los escolares debe estar organizado de tal manera que los niños ya desde el primer grado y de manera sistemática participen en diversas tareas y labores dentro de su capacidad. Esto contribuirá a educar en ellos hábitos de trabajo y, como resultado, éste se convertirá cada vez más para ellos, día tras día, en una necesidad vital. Es necesario organizar el trabajo de los niños de tal manera que cada escolar pueda comprender la finalidad de su labor; que en todo momento comprenda su sentido y vea su

resultado. «El trabajo que no persigue la creación de un valor — decía Antón Makárenko — no es un elemento de educación positivo». Precisamente por este motivo, el trabajo de los niños debe tener desde su mismo comienzo un carácter socialmente útil.

Todas estas circunstancias están previstas en los nuevos planes de estudio y en los nuevos programas de la escuela de 8 grados. En los primeros cuatro grados se tiende ya a que los niños hagan objetos y cosas utilizables y que puedan servir para la misma escuela, para la casa o el jardín de la infancia, adquiriendo así los escolares habilidad para trabajos más complicados en los grados superiores. Desde el quinto al octavo grado se enseña a trabajar a los escolares en los talleres o en la parcela de terreno adjuntos a la escuela. Las niñas, además, aprenden economía doméstica, labores, costura, culinaria. En los trabajos agrícolas ocupa un lugar importante la experimentación, pues se busca así la manera de ligar estrechamente las escuelas rurales con las estaciones experimentales, donde los niños pueden hacer trabajos de selección de semillas y otros que son de importancia tanto para la escuela como para la agricultura.

El sistema de la diversidad de clases de trabajo en que se basa la enseñanza politécnica permite que el trabajo no sea un episodio aislado en la vida del escolar, sino un factor de transcendental importancia, pues, además de contribuir a la formación y educación de los escolares, contribuye a su preparación psicológica y práctica para su futura actividad como trabajadores. Por otra parte, les ayuda también a determinar de una manera más consciente sus aficiones y a elegir con mayor seguridad su futura profesión.

En el actual septenio se prevé una gran ampliación de la red de centros de enseñanza media en su segunda etapa. En lugar de las 19.500 escuelas medias de 10 grados y escuelas nocturnas para la juventud obrera y campesina que existen actualmente en la RSFSR, en el año 1965 habrá 25.500 escuelas de enseñanza media, es decir, 6.000 escuelas medias más. En los grados superiores de éstas estudiarán en el año 1965 más de 4.600.000 alumnos, es decir, 2.600.000 más que en la actualidad.

No hay un solo país capitalista en el mundo que esté en condiciones de dar a la juventud obrera instrucción media y superior. Mas en la Unión Soviética ocurre completamente a la inversa: la ley garantiza a cada obrero la instrucción media y le estimula a recibirla.

La forma más extendida para obtener la juventud obrera instrucción media es el sistema de escuelas nocturnas. En el transcurso del actual septenio el número de los que estudian en ellas ascenderá a 2.600.000, en lugar de 1.300.000 que estudiaban en 1959.

Ahora se observa en todo el país entre la juventud un enorme afán de estudiar, de ampliar sus conocimientos. Se extiende de día en día el movimiento de las brigadas y de los obreros de choque del trabajo comunista, cuya divisa es: «¡Vivir, trabajar y estudiar como comunistas!». El Komsomol ha emprendido una campaña para la elevación del nivel de la cultura general y de los conocimientos técnicos entre la juventud obrera y campesina. El Gobierno Soviético concede ventajas y facilidades y dicta normas para ayudar a los que estudian en las escuelas nocturnas. Se reduce la jornada de trabajo. Todas estas medidas crean condiciones en extremo favorables para que la juventud se sienta atraída en masa hacia el estudio.

Un lugar importante en el nuevo sistema de instrucción pública en la URSS lo ocupa la escuela media de 11 grados de instrucción general y politécnica con prácticas de trabajo en la producción.

La escuela media de 10 grados que existía hasta ahora, aunque cumplía en gran medida las tareas de la educación comunista y de la instrucción general de la joven generación, no resolvía plenamente el desarrollo de las capacidades de los escolares en todos los aspectos, no los preparaba debidamente para la vida, para el trabajo, y esto estaba en contradicción con las exigenccias de la vida actual. No siendo posible superar tal situación con medidas a medias dentro de los marcos de la escuela de 10 grados, se ha considerado necesario crear una escuela nueva desde su misma base, la escuela de 11 grados, en la que los alumnos reciben una instrucción general al mismo tiempo que aprenden a realizar un trabajo útil para la sociedad.

La escuela media con práctica en la producción se crea de nuevo del primero al undécimo grados, o también desde el noveno al undécimo grados. Esto permite utilizar de la mejor manera en ayuda de la instrucción profesional los talleres de las grandes empresas industriales y el trabajo en la producción, así como instalar bien los talleres, laboratorios y lugares de trabajo en las escuelas, de acuerdo con las especialidades que siguen los alumnos; al mismo tiempo, da la posibilidad al personal docente de cada escuela de centrar su atención en la manera de resolver las tareas relacionadas con la segunda etapa de la escuela media soviética.

La nueva escuela soviética aspira a dar a los alumnos profundos y sólidos conocimientos de las ciencias, al mismo tiempo que los pertrecha con una buena preparación técnica, para que, basándose en estos conocimientos y en esta preparación, puedan emprender de una manera efectiva y con el máximo resultado sus estudios profesionales y participar de una u otra manera en la moderna y desarrollada producción industrial de nuestra época.

El precepto leninista de «¡Estudiar, estudiar, estudiar!» sigue siendo hasta el día de hoy una ley para toda la juventud soviética; precisamente, estudiar a la manera leninista, ligando cada paso del estudio, de la educación, de la instrucción con la lucha constante por el comunismo.

La escuela nueva soviética responde no sólo de la enseñanza de la nueva generación, sino que también busca la manera de inculcar en los escolares hábitos de trabajo en la colectividad y para la colectividad, les enseña a vivir y trabajar como comunistas. Si no se educan en los niños hábitos de trabajo en provecho de toda la sociedad, la escuela no puede asegurar la educación del hombre nuevo con una moral comunista.

El hombre del comunismo ha de ser ante todo el hombre del trabajo creador. El hombre que deposita en su trabajo toda su inteligencia, todos sus conocimientos, toda su iniciativa. El hombre del comunismo considera el trabajo no como una carga pesada y aburrida, sino como una necesidad vital primaria, y experimenta la alegría del que crea en bien de toda la sociedad, del que sabe que su trabajo es un sumando en el trabajo de toda la sociedad. El hombre del comunismo tiene constantemente ante sí una perspectiva luminosa, tiene ante sí el alto ideal por el que trabaja con toda la plenitud de sus fuerzas y de su inteligencia.

Luis PESCADOR

LA NOVELA ESPAÑOLA Y LA CUESTION EDITORIAL

LAS ESTADISTICAS oficiales que con cierta regularidad publica el INLE acerca de la producción editorial española y de las que la prensa de vez en cuando inserta algún resumen no son una buena base para establecer cifras relativas que ilustren el auge editorial de nuestra literatura narrativa en los últimos años. No lo son, sobre todo, porque la clasificación en que se basan procede del criterio puramente industrial de los editores y acumulan a la literatura narrativa que tiene interés literario la mera literatura de consumo, que, evidentemente, constituye una parte muy importante de lo que los editores entienden por novela. Pero es obvio que en los últimos diez años la producción de novelas ha sufrido un considerable incremento, más que proporcional al aumento general de la producción editorial. Dicho aumento ha asumido y hecho crecer una serie de problemas en su mayoría procedentes de la debilidad de la sociedad literaria española, problemas de orden económico y técnico que algún día convendría someter a la mayoría de los escritores españoles.

Los editores de novela

En la posguerra civil se produjo una concentración de los editores de novela en Barcelona; en la actualidad casi todos los editores de novela importantes residen en esta ciudad. Como es natural, dicha concentración tiene ventajas e inconvenientes: el hecho de que la parte del proceso editorial comercial y técnica se produzca apartada de la capital del mundo literario — Barcelona respecto a Madrid como Milán respecto a Roma — tiene algunas ventajas, pero en el caso español principalmente un grave inconveniente: La tradición editorial catalana es de raíces industriales y no literarias y esa tradición configura la manera de ser y actuar de los editores. Es común entre ellos el alarde de ignorancia literaria y el empeño en sostener que la literatura es una mercancía como otra cualquiera. El editor decide bajo su sola responsabilidad

confiando en su instinto comercial, no existen comités de lectura ni otros órganos consultivos equivalentes, y, a lo más, el editor se vale de un universitario o un escritor — corrector de pruebas mejorado que en la tradición tipográfica catalana se llama «sabio» —. De tal modo que el autor español o el autor o editor extranjero que confía un original a uno de esos editores tiene la sensación de apostar al azar, al humor del industrial que lo ha de publicar o rechazar. Y, sobre todo, los catálogos de los distintos editores no dibujan una determinada política literaria; en términos generales, por lo que respecta a autores extranjeros el editor persigue el «best-seller» casual y por lo que respecta a autores españoles nuevos se propone fabricarlos por el sistema de los premios literarios. Ambos sistemas son de graves consecuencias. Hay que tener en cuenta que la política de traducciones tiene una enorme influencia sobre cada literatura nacional, una influencia casi determinante, y que, por otra parte, el sistema de premios crea una arbitraria jerarquía de valores.

No menos grave es el sistema practicado por algunos editores de dedicar sus prensas a pocos autores, pero autores «seguros», sistema por el que se pueden llegar a equiparar Cela y Zunzunegui, por ejemplo.

Los premios literarios

Durante los primeros años los premios literarios cumplieron una función probablemente necesaria y que obró sin duda en favor del interés del público por la novelística nacional. Su multiplicación y progresivo envilecimiento han ido poco a poco pervirtiendo esa función. En la actualidad los premios del tipo Nadal, por ejemplo, puramente editoriales y a obras inéditas, desnaturalizan la contratación editorial y en cierto modo denigran al joven autor en tanto que le obligan a una persecución del premio literario más propia del mundo radiofónico que de la literatura.

Entre los tres o cuatro premios importantes actualmente en vigor se ha establecido una cierta especificación desde el punto de vista de su proposito editorial; así el Nadal es más bien un instrumento publicitario destinado a la caza de distintos sectores del público y tiende a otorgarse cada año a un tipo de novela genéricamente diferente que interesa principalmente a un círculo de lectores: novela religiosa, novela femenina, novela social, etc.; el Biblioteca Breve parece destinado a descubrir jóvenes autores en la línea de la nueva poética realista y, como tan mal la califican los críticos establecidos, «objetiva»; el Planeta y el Ondas simplemente a mejorar el lanzamiento publicitario de un autor ya contratado; etc.

Pero sin duda el más grave inconveniente de tal sistema de premios consiste en deformar la estimativa del mercado imponiéndole un caprichoso sistema de valores.

Normas de contratación

El mercado de la literatura se rige todavía en España por costumbres bastante primitivas y muy poco favorables a los escritores. Con frecuencia se practica todavía el sistema del «forfait» y no existe garantía de ninguna clase para el control de la cuantía de las ediciones. Por ello, aunque recientemente se tienda a la aplicación de

las normas internacionales (10 y 12%, partición de los derechos secundarios, etc.), las garantías del escritor se limitan al juicio que le merezca la buena fe de su editor. El concepto de primera edición, por ejemplo, aunque aparezca en la ley de la Propiedad Intelectual es perfectamente inaplicable, porque en general queda al arbitrio del editor, y cuando no a su arbitrio, sí bajo su absoluto control. Muchos editores no practican liquidaciones periódicas, etc.

La exigüidad de los tirajes, la inexistencia en la práctica de los derechos secundarios — con la sola excepción de los derechos de traducción, de los que el editor se ocupa raramente —, etc., hacen que las compensaciones económicas del escritor sean, además de inseguras y ciegas, muy pobres. Es curioso que España sea uno de los pocos países de Europa, tal vez el único, donde las adaptaciones radiofónicas, televisadas, etc., no producen dinero, principalmente a causa de la competencia de un mundillo de infraprofesionales que escriben o plagian para esos medios de difusión. Si a esto se añade la escasa vitalidad del cine y el teatro, y la inexistencia de los llamados libros de bolsillo, el porvenir económico de los novelistas es más bien oscuro.

Estas cuestiones, así como las de una necesaria reforma de nuestra arqueológica Ley de la Propiedad Intelectual, debieran ser materia primordial de estudio de una futura unión de los escritores españoles, el día que se constituya.

La pobreza del mercado

Ciertamente, la base de todos estos problemas no está en el egoísmo comercial de los editores y ni siquiera en su incompetencia; la raíz de esta situación debe buscarse en la pobreza del mercado, debida principalmente al bajísimo nivel de vida del pueblo español, a la enorme extensión del analfabetismo relativo y al clasismo de la cultura. Pero junto a estas grandes causas deben tenerse en cuenta algunas causas específicas. Entre ellas, por ejemplo, la escasez de bibliotecas públicas y populares y el hecho de que los organismos suministradores de las que existen (Servicio Nacional de Lectura, por ejemplo) están en manos de funcionarios que consideran la literatura de imaginación corrosiva de las virtudes populares e inadecuada al consumo mayoritario. O la repugnancia del mercado hispanoamericano por la literatura española y el trato de desfavor de que la novela es objeto por parte de los libreros. El mercado hispanoamericano, desde el distribuidor al editor, desconfía de una literatura mediatizada por una censura reaccionaria y gazmoña, de una literatura que, por el hecho de ser publicada en España, se supone castrada, y hay que considerar que Hispanoamerica pudiera convertirse fácilmente en las dos terceras partes del mercado total de la novela española.

El trato de desfavor por parte de los libreros es consecuencia de las costumbres editoriales de los años 40, período en el que los editores, que publicaban sobre todo con vistas a eventuales operaciones de exportación, establecieron para la novela costumbres editoriales específicas con objeto de mermar sus almacenes: depósitos sin plazo, liquidaciones por saldo, etc. Es frecuente en la actualidad que el librero exija a los distribuidores condiciones especiales para la novela, condiciones que la especifican como una mercancía de segunda clase y que, consecuentemente, se expone poco y mal y envejece en los anaqueles. A ello habría que añadir la inoperancia de la crítica, que como el periodismo en general, y quizás aún más, ha sufrido un violento proceso de degeneración durante los cuatro lustros de dictadura reaccionaria.

El incremento de la literatura narrativa y la censura

Pudiera parecer que en los últimos tiempos la presión de la censura sobre la novela ha aumentado visiblemente. Son muchos los jóvenes escritores que hablan de una novela totalmente prohibida por la censura, cosa que años atrás era sin duda menos frecuente (todo el mundo citaría el ejemplo de La Colmena de Cela), pero la causa no debe buscarse tanto en un cambio de táctica de la censura cuanto en la proliferación de escritores rebeldes o que no aceptan de antemano las normas del dirigismo, que se rehusan a la autocensura. Y tal vez a la existencia de algunos editores que han perdido la timidez política en este terreno. Téngase en cuenta que la intransigencia de la censura se manifestó antes, cuando no había un caudal importante de novela española, en la literatura extranjera; un gran número de clásicos contemporáneos: Gide, Proust, Sartre, Moravia, etc., están o han estado prohibidos.

La censura sigue actuando del mismo modo arbitrario y estúpido, lo que ha cambiado es el tono de la producción nacional. Tal vez el interés creciente de los círculos literarios extranjeros por nuestra nueva narrativa y la inmediata repercusión que en la prensa internacional tienen las incidencias de esa «joven escuela» ponga en guardia a los cancerberos de la moral y la ortodoxia, pero debe considerarse también que estas mismas circunstancias quitan impunidad a sus desafueros. En el fondo, la uniforme rebeldía de la joven literatura plantea a la censura un grave problema. El nuevo proyecto de ley sobre información intenta aminorarlo buscando en su acción represiva la complicidad de los editores a los que la ley tiende directamente a intimidar.

Pero el problema de la censura es mucho más que un problema profesional, es un gravísimo problema político contra el que debe lucharse por todos los medios. Son los restantes, problemas de orden contractual o que atañen al estatuto profesional de los editores, los que debieran constituir la base de una toma de postura general por parte de una mayoría de escritores españoles.

CRITICA

- *Libros*

  «Espacio y materia en Kant»

  «Fundamentos del ateísmo científico»

- *Revistas*

  «La Estafeta Literaria»

- *Teatro*

  «Divinas Palabras»

- *Cine*

  «Viridiana»

Libros

«ESPACIO Y MATERIA EN KANT»

Cesare LUPORINI: *Spazio e Materia in Kant* — Con una introduzione al problema del «criticismo» — G. C. Sansoni Editore; Firenze, 1961, 375 págs.

Todo pensador, sobre todo si es rico en ideas, corre el peligro de ser interpretado de formas diferentes según se exagere uno u otro de los aspectos parciales de su doctrina. En un filósofo como Kant en el que a la indudable riqueza de pensamiento se une esa ambigüedad que Lenin ha caracterizado como «transacción» entre idealismo y materialismo (1), el peligro de deformación aumenta considerablemente.

Cierto que muchas de las críticas que a Kant formuló Hegel son también válidas desde el punto de vista del materialismo dialéctico, pero al mismo tiempo, la reconstitución de la metafísica que éste realiza, así como la corriente de pensamiento «especulativo» que en Hegel va a culminar, y que va a suscitar las críticas de Marx y Engels, se produce mediante el abandono de posiciones kantianas. En tales condiciones a nadie se le escapa el interés que ha de tener un libro como el que vamos a comentar en el que el filósofo marxista italiano Cesare Luporini trata de poner en claro el significado del «criticismo» de Kant, sacando a luz todos los aspectos positivos de éste tan oscurecidos por la interpretación y utilización idealista y subjetivista que ha prevalecido entre los que se dicen continuadores del mismo — V. gr. los neokantianos de la Escuela de Marburgo (Cohen, Natorp, Cassirer, etc.) — y que en realidad, por su carácter unilateral, lo deforman. Tal deformación es lo que explica la virulencia de la «crítica de izquierda» al kantismo, dirigida contra aquellas tendencias en las que el pensamiento del filósofo de Königsberg se encontraba ya mutilado y se presentaba bajo sus aspectos más negativos — piénsese, por ejemplo, en Mach.

Por otra parte, la necesidad de una crítica implacable, no ya del idealismo gnoseológico kantiano, sino de su idealismo ético — y ambos, desde luego, son inseparables (2) — era tanto mayor cuanto basándose en la separación entre «experiencia positiva» (ciencia) y «formulación normativa» (ética) se trató, a finales del siglo pasado y principios de éste, de revisar o «completar» el marxismo con el kantismo. Ya desde 1896 Conrad Schmidt había lanzado la consigna: «Zurück zu Kant» («Vuelta a Kant») (3) que era recogida por varios profesores universitarios neokantianos (Cohen, Natorp, etc.) para propugnar un «socialismo ético», en tanto que Bernstein llegaba a proponer abiertamente que el kantismo sustituyera al materialismo dialéctico como fundamento del movimiento obrero.

(1) «Materialismo y Empiriocriticismo», trad. española; Moscú, 1948, pág. 222.

(2) Valentín ASMUS defiende la tesis de que el idealismo ético de Kant es la causa de su idealismo gnoseológico. Cfr. «Kant», en «Voprossy Filosofii», 5—1954; (recogido en «Recherches Sovietiques», cahier I, Philosophie, 1956 págs. 129—155).

(3) Este mismo autor se preguntaba desde el periódico de la socialdemocracia alemana dirigido por los marxistas «ortodoxos» por qué la filosofía de Kant no podía acordarse con el «factor económico» tal como Marx lo había descubierto, y qué relación tenía ese factor con el materialismo económico e histórico de Marx («Die Neue Zeit», XVII, I, pág. 334).

Karl Vorländer (4) afirmaba también el carácter ético (valorativo y extracientífico) implícito en el marxismo, dando la interpretación neokantiana del mismo que iba a prevalecer en el ala reformista de los partidos de la II Internacional. Todas estas interpretaciones tenían en común un dualismo: frente a la realidad, objeto de la ciencia, colocaban un deseo puramente *subjetivo* de modificarla, sin base racional alguna. Neokantianos fueron también, por sólo citar los más conocidos, Otto Bauer y Max Adler (5).

Así, entre los continuadores de Kant, el idealismo gnoseológico — la negación del materialismo, de la teoría del reflejo, de la objetividad de las leyes del proceso histórico — ha ido frecuentemente unido a la negación del movimiento revolucionario o, cuando menos, a colocar la realización del socialismo en la lejanía inaccesible del progreso ético indefinido (6).

Pero lo cierto es que si queremos hacer justicia a Kant no podemos contentarnos con contemplarlo a través de las posteriores interpretaciones, sino que habrá que proceder a poner en claro su significación mediante una reconstrucción del kantismo teórico. Tal es la tarea realizada por Luporini, que logra cabalmente su propósito de darnos una explicación históricamente comprensible del pensamiento de Kant al ponerlo en relación no sólo con las demás ideas filosóficas de la época, sino con la física del siglo XVIII cuyos problemas y limitaciones condicionan el recurso al «idealismo transcendental».

La obra de Luporini no se limita a un estudio desde el punto de vista de la cultura filosófica sino que trata de buscar el valor *actual* que Kant puede conservar para nosotros, ya sea mediante su traducción a otros términos, ya sea mediante su ampliación, o profundizando planteamientos contenidos en él, o bien porque nos indique la existencia de problemas aún sin resolver, o simplemente direcciones en las cuales orientar posteriores investigaciones. En este sentido, lo único de lamentar es que la variedad y riqueza de los puntos tratados por Luporini le impidan desarrollar *in extenso* muchos de ellos y le obliguen a limitarse a señalarlos o sugerirlos.

Señalemos, un tanto al azar, como uno de esos aspectos dignos de conservación del kantismo, la irreductibilidad de la experiencia a meras notas ideales o conceptuales, su irreductibilidad a mera posibilidad lógica, posición que resulta evidente en el ataque dirigido por Kant contra lo que llama «intelectualización de los fenómenos» leibniziana, a la que contrapone «la oposición real entre las cosas, las fuerzas operantes una contra otra irreductibles a la mera contradicción 'lógica'» (7). De igual forma recuerda Luporini cómo la corriente «especulativa» que se iba a desarollar con posterioridad a Kant supone el abandono de posiciones de éste, quien ya en su polémica contra la construcción «especulativa» spinoziana usaba argumentos que, en germen, serán los empleados por Feuerbach contra Hegel o desarrollados por el marxismo (8). También para Kant el presupuesto son los «individuos humanos vivientes»; el centro de su pensamiento es antropológico, faltando la idea de un «Yo Transcendente» que a veces se le ha atribuído.

Frente a los intérpretes que, como Hegel, han visto en el pensamiento kantiano una eliminación del contenido, una mera reducción al «elemento de universalidad y necesidad (...) el llamado *a priori*», Luporini nos muestra cómo en Kant hay, ante todo, una reivindicación de la sensibilidad, pues el *a priori*, pese a su universalidad y necesidad, resultaría vacío si no se aferrase a algo existente que siempre ha de ser dado a los sentidos. Se nos recuerda así que el «fenómeno» implica

(4) Especialmente en su célebre conferencia «Kant y Marx» (1924).
(5) «Kant y el Marxismo» (Berlín) y «El Pensamiento de Marx» (Berlín).
(6) Cfr. V. Asmus, ob. cit., pág. 152.
(7) Luporini ve en Kant los gérmenes de una dialéctica materialista. Recuerda, aparte de los textos más conocidos de la «Crítica de la Razón Pura», el escrito de 1763, «Tentativa para introducir en la Filosofía el concepto de cantidades negativas».
(8) Cfr. «La Sagrada Familia», especialmente el cap. V, 2, El Misterio de la construcción especulativa.

una doble referencia: por un lado, a la subjetividad con la que aparece algo, pero, por otro, a la *realidad*, aunque esta sea transempírica.

El descubrimiento del *a priori* permitiría a Kant superar el excepticismo de Hume y probar no sólo la certeza de las matemáticas — de la que Hume no dudaba — sino de las ciencias de la naturaleza, así como el reconocimiento de la «realidad objetiva de la intuición externa». Con ello el idealismo «crítico» de Kant se presenta en antagonismo no sólo con respecto al idealismo «dogmático» de Berkeley, sino también con respecto al idealismo «problemático» de Descartes.

¿Cómo Kant, siendo de tendencia antiidealista, acude al idealismo transcendental para evitar el idealismo pleno o «material»? La respuesta a esta pregunta constituye, a nuestro juicio, la parte más interesante de la obra. Para ello Luporini no incurre nunca en la pedantería contra la que nos ponía en guardia Engels de buscar en la vida práctica el origen *inmediato* de lo que ocurre en estas «regiones ideológicas que flotan más alto en los aires» (9). Nos muestra cómo la solución dada por Kant viene condicionada por una serie de dificultades, sea de contenido, sea metodológicas, que le presentaban la ciencia de su época, dificultades que, en muchos casos, sólo empiezan a ser resueltas en nuestros días. Mediante el idealismo transcendental pretendía Kant «garantizar en su autonomía *todas* las cualidades primarias como fundamento de la mecánica, las mismas que Newton y Locke consideraban inseparables de cualquier parte mínima de los cuerpos y en las que están incluídas la movilidad, la fuerza (de inercia) y otras. En relación a tales exigencias, la idealidad o aprioridad del espacio no es en sí suficiente y se requiere su unión con la del tiempo, y ambas no sirven para nada (puesto que de por sí no pueden proporcionar la idea de movimiento ni de cambio) si en ellas no estuviera inserta de modo esencial la referencia a la experiencia posible; o sea, al dato sensible, a la materia de la sensación proveniente de lo que es externo absolutamente (o metafísicamente) al hombre y su conciencia y existente de por sí». La doctrina de la idealidad del espacio y el tiempo no constituye, pues, una «libre» elección de Kant o un reflejo inmediato de la práctica social, sino que está condicionada por el material teórico que Kant hubo de usar. Pero al mismo tiempo no olvida Luporini los impulsos y el sentido que tal material téorico recibe de la vida práctica y nos muestra, por ejemplo, que la construcción kantiana se basa en el principio de la «interioridad», de clara raíz ideológica.

La reivindicación de la sensibilidad propia del kantismo, y que constituye uno de sus aspectos más positivos, lleva a la destrucción de la metafísica al relegar sus problemas tradicionales a la esfera de lo «suprasensible» negando toda posibilidad de un saber científico y filosófico positivo respecto a ellos. Ello permite, asimismo, la crítica al deísmo del siglo XVIII que basándose en la idea de orden del mundo veía en él una finalidad racional, pasando del mundo de las cosas existentes a la idea de Dios como au artífice y ordenador. Kant demuestra el carácter no objetivo de tal pretensión que supone un salto fuera de la objetividad cognoscitiva y que responde a una necesidad subjetiva de la razón. Luporini muestra que la delimitación del uso real de las categorías, de su «objetividad real», que sirve para quitar todo soporte teórico al deísmo «constituye además la base de toda su crítica a la restante metafísica, y en particular a sus aspectos más esencialmente teológicos: la 'psicología racional' o sea la doctrina del alma, y la 'teología racional' o sea el conjunto de las demostraciones de la existencia de Dios. Kant pone en claro, de una vez por todas, la falacia teórica de estas dos pseudociencias y cierra así una página multisecular de la filosofía».

Tal destrucción teórica es un acierto indudable del «criticismo» y tiene gran importancia. No es una casualidad si la «Crítica de la Razón Pura» se halla condenada por la Iglesia en el *Index*.

(9) Carta a Conrad Schmidt de 27 oct. 1890.

Recuerdo que Unamuno, en uno de sus escritos, decía que una de las causas de su heterodoxia era que, después de Kant, resulta imposible demostrar la existencia de Dios a partir de la razón. Pero si el gran vasco no se decidía por un claro ateísmo era porque frente a esa «falta» de la razón, él elevaba una serie de elementos irracionales a los que otorgaba tanto valor como a aquélla. Y es que, en efecto, todo el desarrollo filosófico que ha sido descrito como «destrucción de la razón» — desde Kierkegaard pidiendo un «salto hacia la fe», hasta las más variadas corrientes de neopositivismo — se caracterizan por limitar y reducir el campo de la razón más allá del cual se eleva con plena autonomía lo irracional. El propio Kant, no sólo había reintroducido en el ámbito de la razón práctica los temas de la vieja metafísica anteriormente por él destruídos (la libertad, Dios, la inmortalidad), sino que para tal destrucción tuvo — con la distinción entre «fenómeno» y «cosa en sí» — que fijar unos límites a la razón teórica más allá de los cuales la fe sería inatacable. Por ello recibió un juicio en general negativo de los clásicos del marxismo que consideraron que su obra, en vez de cumplir una función positiva, como hubiera sido la de «obligar a los teólogos a replegarse de la pseudociencia a la *fe tosca y repulsiva*» (10), sirvió más bien para «limitar a la razón y afirmar la fe» (11).

Pero si bien es cierto que sólo el materialismo dialéctico puede mostrarnos que la razón es capaz de afrontar todos los problemas filosóficos fundamentales sin acudir a lo transrracional y criticando todo idealismo, y pese a todas las limitaciones del pensamiento kantiano, en él se encuentra una serie de ideas fecundas que hacen su estudio de gran interés para un marxista. El libro de Luporini así lo demuestra.

A. Paz

(10) La frase es de Marx y Engels que enjuician de esta manera la función positiva cumplida por Feuerbach. («La Sagrada Familia»; trad. de W. Roces, 2a. ed.; México, 1959, pág. 193).
(11) Lenin: «Cahiers Philosophiques»; Ed. Sociales; París, 1955, pág. 82.

«FUNDAMENTOS DEL ATEISMO CIENTIFICO»

Tal es el título del libro publicado recientemente por un grupo de colaboradores científicos del Instituto de Filosofía de la Academia de Ciencias de la URSS. Lo acabo de leer y me ha impresionado su lógica, la multitud de sus argumentos, su solidez. La obra aclara y convence, mostrando al propio tiempo la inconsistencia y — ¿por qué no decirlo? — la impotencia de los múltiples enemigos de las concepciones materialistas de la naturaleza y de la sociedad.

La literatura atéista es enorme por su volumen, cuenta con varios siglos de existencia. La burguesía, que empieza a abrirse paso a la vida económica y política en el seno de la sociedad feudal, allá por los siglos XIV, XV y XVI se enfrenta con la aristocracia feudal. La lucha se entabla en primer término en el dominio de las ideas. Y viene a topar así con la Iglesia, que en nombre de Dios santificaba las relaciones sociales del régimen feudal.

Por aquel entonces, como ocurre también en nuestros días, la revolución ideológica precede a la transformación revolucionaria de la sociedad y es premisa indispensable de ella. De este modo, la burguesía de aquellos siglos crea una literatura que a la par que

combate la ideología eclesiástica sirve a los fines del progreso de la sociedad, libera a la razón humana de su sometimiento a la autoridad, mina las bases de la escolástica y abre un amplio cauce a la actividad del hombre. Ateísmo y humanismo. Esas son las palabras que mejor resumen el espíritu de la revolución ideológica que ha de inspirar más tarde la revolución social burguesa.

El ateísmo burgués es ingenioso y hasta mordaz, se basa en los argumentos de la razón y en los descubrimientos de las ciencias naturales y pone de manifiesto la endeblez de la ideología religiosa en numerosos aspectos de singular importancia. Sin embargo, ese ateísmo está limitado tanto por el nivel de desarrollo de las ciencias naturales, como por la índole social — burguesa — de sus portaestandartes y, por lo tanto, era inconsecuente en varias cuestiones de principio. Por ejemplo, se veía obligado a reconocer a menudo la existencia de una «primera causa», de una fuerza divina, en definitiva, promotora del mundo, de su movimiento, etc. O sea: echaba a Dios por la puerta y lo dejaba entrar por la ventana. El ateísmo de la burguesía revolucionaria se asentaba en los postulados de las ciencias naturales, cierto. Mas ello no quiere decir, sin embargo, que fuera *científico* en el pleno sentido de la palabra.

En cuanto la burguesía llegó al poder y hubo de enfrentarse con el proletariado, empezó a echar por la borda las ideas más progresivas de su ideario revolucionario de antaño. En nuestro país, por ejemplo, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, empiezan a introducirse las ideas del krausismo, del neokantismo, etc., que, a pesar de su matiz liberal, son contrarias al materialismo. A fines del XIX y comienzos del XX, los ideólogos de la burguesía española se acogen más y más al misticismo, irracionalismo e idealismo. El fideísmo campea por las páginas de las obras de los filósofos españoles. García Morente abandona el neokantismo para dedicarse a la prédica de las ideas religiosas. Unamuno habla de la agonía del cristinismo para lanzarse a la búsqueda de una nueva religión. Ortega tiene fama de ateísta, y sin embargo, sería injusto olvidar sus aseveraciones acerca de la necesidad de poner en consonancia con la filosofía contemporánea el arsenal ideológico de la Iglesia. Y si nos referimos a Laín, Marañón y Marías, nos veremos obligados a reconocer su tendencia a armonizar el catolicismo con la ciencia y la filosofía.

El imperialismo es reacción en toda la línea: en lo económico, en lo político y en lo ideológico (1).

Grande es la influencia que ejerce en la razón humana el ateísmo científico. A más de liberar el pensamiento de la necesidad de recurrir a toda clase de «fuerzas» sobrenaturales, ofrece una interpretación justa de las raíces *sociales* de la religión y de su papel en las sociedades feudal y capitalista. Al mismo tiempo indica el único y verdadero camino para liberar a los hombres de la mística religiosa y de toda mística en general: hay que reeducarles e ilustrarles, «reeducando» revolucionariamente esas bases del mundo social que, por ser fuente de supersticiones y de fetichismo, ciegan la conciencia y el pensamiento humanos.

El libro que comentamos analiza con detenimiento las peculiaridades de las distintas religiones. Un capítulo está dedicado íntegramente al catolicismo. En él se analizan las causas de por qué la Iglesia católica es en realidad enemiga del progreso social, de la democracia y el socialismo. A la vez, se pone de manifiesto la incompatibilidad entre la ciencia y la religión.

La tercera y última parte del libro, que trata de la situación de la Iglesia en la URSS, será sin duda de gran interés para los lectores de «*Nuestras Ideas*». La libertad de conciencia de que disfrutan todos los ciudadanos soviéticos era y continúa siendo una necesidad que dimana del respeto del

(1) «Del mismo modo que el que se ve perdido se agarra a un clavo ardiendo, es muy característico de los representantes de la burguesía instruida tratar de conservar o de buscar, recurriendo a los más refinados procedimientos, un rinconcito para el fideísmo, engendrado en la entraña de las masas populares por la ignorancia, el avasallamiento y el salvajismo absurdo de las contradicciones capitalistas». (Lenin, Obras, T. 14, págs. 294—295, ed. rusa).

régimen socialista a los derechos democráticos del hombre. Además, y esto vale la pena que se tenga en cuenta, en un régimen donde no existe la explotación del hombre por el hombre y han desaparecido las raíces sociales del misticismo religioso, la libertad de conciencia es condición indeclinable para favorecer la propaganda de los adelantos científicos y las concepciones materialistas sobre la naturaleza y la sociedad (2).

Nadie duda de que en la Unión Soviética se siguen las doctrinas de Marx y Engels. Por consiguiente, ¡cuán absurdas son las afirmaciones de que en la URSS se ha perseguido y se persigue a la Iglesia y a los creyentes!

Sería deseable que los «*Fundamentos del ateísmo científico*» apareciesen en castellano. Sus planteamientos constituirían un valioso aporte a la lucha ideológica en nuestro país.

D. Pretel

(2) «La persecución — decía Engels — ¡es el mejor medio para fortalecer las convicciones que no se desean! Hay una cosa indudable: el único servicio que en nuestros días se puede aún prestar a Dios es proclamar el ateísmo símbolo coercitivo de fe». (Marx y Engels, «O religui», pág. 110, ed. rusa).

Revistas

«LA ESTAFETA LITERARIA», REVISTA «CULTURAL» DE LA DICTADURA Y DEL OPUS

La estafeta literaria de hoy es la revista que edita el *Ateneo* de Madrid, el *Ateneo* actual, dirigido por el *Opus* y — lo qué es la historia — con un cura al frente de su biblioteca. Para nadie es un secreto que esa revista, que se llama «literaria», está al servicio de la dictadura, aunque en sus páginas aparezcan a veces trabajos sobre pintura abstracta y música vanguardista y firmas que pocos hubieran esperado encontrar en semejante publicación.

Algunas de esas firmas — sálvese el que pueda — pueden explicarse por el hecho de que *La estafeta*, saliéndose de la tónica general en las revistas de su tipo, paga a colaboradores y redactores. Y paga, a pesar de su precio — 10 pts. —, que viene a ser la mitad del de otras publicaciones análogas, y a pesar de que *La estafeta* no la compra casi nadie. Quien sí compra un elevado porcentaje de tirada es el Ministerio de Información y Turismo con el dinero del presupuesto — es decir, con el dinero de los españoles —, asegurando así la estabilidad financiera de la revista.

Lo que no puede asegurar el Ministerio indicado es su difusión: los números de *La estafeta* cuelgan amarillentos en las casetas de *publicaciones españolas* que la *editora nacional* ha instalado por las calles de Madrid. No obstante su baratura y la publicidad de las casetas callejeras, *la estafeta* debe ostentar con todos los merecimientos la plusmarca negativa de los lectores. A nuestro juicio, esa falta de lectores se debe, no a lo que escribe su principal editorialista, el Sr. M.C., en el n° 204: «pues bien sabido es que, desdichadamente, en todas partes son menos los que se preocupan de los aspectos culturales y artísticos que de aquellos carentes de contenido espiritual», sino a que el

interés intelectual de los españoles se aleja, cada día más, de todo lo que representa *La estafeta literaria*.

Y, entre ese todo, en primer lugar, del *Opus*, que asoma su faz de Tartufo en cada rincón de la revista, el *Opus*, personificado, por ejemplo, en José Julio Perlado, el redactor-jefe de *La estafeta*, más conocido como confidente y delator que como escritor; en Jorge Collar, corresponsal en París, Manuel Ortiz Sánchez, Esteban Farré, Ignacio Agustí, que escribe también en la revista *Nuestro tiempo*, editada por el Estudio General de Navarra, etc.

Cabe preguntarse si merece la pena ocuparse de *La estafeta literaria*. Está claro que su existencia se debe a la permanencia del franquismo, de sus ministerios y de su censura. Cuando la dictadura sea sustituída por un régimen democrático, *La estafeta literaria* morirá, probablemente, de muerte natural. Por otro lado, casi todo el mundo sabe a qué atenerse sobre ella. ¿Por qué perder, entonces, el tiempo?

Hay dos consideraciones que, a mi juicio, lo aconsejan.

La primera es que la política del *Opus* y la de la dictadura no son idénticas, aunque a veces y en muchos aspectos coincidan. El *Opus* es un monstruo bifronte y pluritentacular: digiere el presente a la sombra de Franco y, mientras, se prepara para «opusuccionar» el futuro. Ideológicamente, sobre todo, se dedica a sembrar para el mañana, a forjar los instrumentos teóricos, económicos, políticos y culturales que necesitará pronto la oligarquía española para sustituir a la censura de Arias Salgado y a la policía. En contraste con la ignorancia y la falta de imaginación de la propaganda oficial, esos instrumentos pueden parecer ya hoy a algunos incautos «nuevos», «relativamente avanzados», «europeos».

La segunda es que *La estafeta literaria* es una de esas publicaciones «reguladoras» de la opinión que la dictadura ha patrocinado a partir de 1956, publicaciones destinadas a luchar contra las tendencias progresivas que surgen en la descomposición de la sociedad franquista y que ya no pueden ser frenadas con la Brigada Político-Social. Manuel Fernández Areal, en su artículo «Sobre una juventud con defectos y virtudes», nº 203, explica con toda claridad la finalidad y la táctica de dichas publicaciones, con las siguientes palabras: «Hay deseo de encontrar en buenísima parte de nuestra juventud. Lo que necesitamos todos es que *no se desoriente* a los que buscan, que se fomente su afán — joven y por ello quizá impaciente — de hacer. Muchas veces será un hacer un tanto desdibujado y es preciso *abrir caminos, señalar rumbos ciertos, abrir espitas para que no estalle la caldera*» (subrayados míos-B.R.). Es conveniente dar a conocer cuáles son los «caminos abiertos» y los «rumbos» señalados por *La estafeta literaria*.

Para el presente trabajo se han utilizado los números 198, 200, 201, 202, 203, 204, 217 y 219, correspondientes a 1960 y 1961, de *La estafeta*. No se han elegido por otro criterio que el azar; vienen a ser muestras de laboratorio. Conste así para explicar el hecho de que no se hayan utilizado otros números más fascistas, más «opustípicos» de ese mismo período.

Los enemigos de LA ESTAFETA LITERARIA

Los enemigos principales de *La estafeta*, en el panorama cultural español, parecen ser lo que en sus páginas se llama la «novela objetiva y realista» y la «poesía social».

A cuento de la «novela objetiva», Ignacio Agustí, en el nº 198, págs. 8/10 (en un artículo que comienza con estas cobardes y amenazadoras palabras, más propias de las notas represivas de la Dirección General de Seguridad que de un trabajo intelectual: «Rebelión, rebeldía, disconformidad, indisciplina son vocablos extraordinariamente usados en los tiempos que corremos. En el orden político, conceptos de ese tono no siempre gozan de inmunidad»), arremete contra José María Castellet y Juan Goytisolo y sus obras, *La hora del lector* y *Consideraciones sobre la novela*, con «argumentos» tan elegantes como el de reprochar a Castellet, «nacido en el seno de la burguesía catalana, de cuyos módulos

participa social, económica y racialmente», el enfrentarse con la burguesía. En ese mismo número, José Julio Perlado, en su rincón de redactor-jefe, pág. 10, utiliza al Césare Pavese y a «L'Unita» de Turín de 1945 para lamentar que «también España, en estos años, parece olvidar a veces su *peculiar doctrina tradicional* ... preocupándose más de las *tendencias extranjeras y lejanas* que de las *internas y propias, alma de nuestro país*» y para aludir a los escritores que nos enseñan «*técnicas y composiciones europeas* que solamente estropean la elegancia de nuestra *tradicional narración*» y a los que no debemos «amar» si relatan «trozos de *extrañas historias alejadas*, páginas donde la *raíz española* no se puede adivinar». (subrayados míos-B.R.). En el n° 201, Perlado, defendiéndose de *Acento*, vuelve a insistir en sus ataques a la novela «objetiva y realista». José Luis Castillo-Puche, comentando la obra de Nelson Algren, escribe en el n° 203, en una clara alusión al realismo crítico, que es la verdadera madre del cordero: «Con el material estraído de estos infrahumanos barrios otro cualquiera habría escrito folletos tremendistas, fáciles y escalofriantes alegatos de pobreza y suciedad frente a un mundo optimista y feliz». En el n° 219, Rafael Benítez Claros, en «Nuestra pobre novela realista», caracteriza así a la novela en cuestión: «Una acción truculenta, con algo de guerra y de folklore, figuras y tipejos burdísimos — aunque con saber cazurro —, paisanaje sucio y, desde luego, hambriento».

El Sr. M. C., desde su rincón titulado «Cacharrería», se mete en el n° 200, con la «poesía prosaica y de actualidad, entendiendo por actualidad los temas cívicos y sociales del momento». El Sr. M.C. escenifica su ataque con un breve diálogo entre un «joven poeta» y un «editor»; el «editor» dice: «Y, además, joven, esa moda que usted dice de la poesía prosaica y social es viejísima y ha existido siempre, y se encuentra en franca retirada. Si usted está al corriente de la mejor poesía francesa, inglesa, italiana, etcétera, lo habrá podido comprobar». El mismo M.C., en el n° 201, vuelve a la carga, a propósito de la crítica literaria: «Hay críticos también entre los nuevos que apuntan a fines tendenciosos ... Así los vemos que sólo admiten que la novela sólo sea de tal o cual modalidad, por ejemplo, objetiva, social en su sentido más limitado, existencial o de problemas exclusivamente recientísimos, y otros que sólo consideran de su agrado la poesía cívica o prosaizante o tremendista y gritona». Por su parte, Jiménez Martos, el crítico de poesía, escribe: «ahora que tan falsamente se habla de poesía para el pueblo ...» (n° 201); y, al extrañarse de que José Albi «salte» a esa poesía, se une al coro general que repite la consigna de la revista (n° 203). Enrique Molina Campos (n° 219, pág. 4), descubre que la poesía tiene tres «cabos»: el de la concesión, el de la evasión y el de la concentración»; pero todo viene a parar en que la manera «socializante» de hacer poesía tiene «brillante presente», pero «relativísimo porvenir» ...

Se podría continuar, pero con lo dicho basta.

No es ahora el momento de analizar qué es La novela «objetiva y realista» y la «poesía social». Pero sí de decir que a *La estafeta* le tiene sin cuidado la pureza de nuestra «tradicional narración», como se comprobará más adelante, y la temática de la poesía actual en sí. A quienes se combate en realidad, con esas banderas, es a los novelistas, poetas, escritores de teatro y de cine, ensayistas, etc., que por el mero hecho de seguir su vocación con honestidad entran, cada día en mayor número y con mayor profundidad, en contradicción con la dictadura de Franco y con la imagen falsificada que de su patria les ha proporcionado siempre la ideología burguesa: a los intelectuales que denuncian toda una sociedad arcaica, injusta y falsa.

Fuera del panorama nacional, *La estafeta literaria* arremete, sobre todo, como era de esperar, contra el marxismo, los países socialistas y el comunismo en general. Pero, también, contra cualquier manifestación cultural

progresiva, democrática o, simplemente, inspirada en ideales humanistas, científicos y racionales que prescindan de la religión católica.

Por lo que se refiere a su enemigo principal, la revista se adscribe al anticomunismo más barato y vulgar. Lo malo para los anticomunistas es que hoy ya, y en el futuro todavía más, las críticas al marxismo no las hace quien quiere, sino quien puede. Y en *La estafeta literaria* se puede muy poco. Para comprobarlo, puede verse la nota crítica de Manuel Ortiz Sánchez a la obra de Chambre, *El marxismo en la Unión Soviética*. El Sr. Ortiz, después de afirmar la conveniencia de estudiar el marxismo para combatirlo y de reconocer que se le conoce muy mal, llega a la conclusión de que Marx y Engels — «fundadores del marxismo», descubre muy serio — intentaron mostrar a grandes rasgos cómo podía quedar eliminada la familia y que, para los comunistas, es moral sólo aquello que ayuda a destruir la sociedad capitalista y a crear la sociedad comunista. Como se ve, el Sr. Ortiz no ha aprovechado mucho la ocasión que, según él, le brindaba el libro de Chambre para mejorar sus conocimientos sobre el marxismo.

Esa falta de calidad se compensa con la fabricación en serie de afirmaciones gratuitas destinadas a desprestigiar la cultura socialista en cuanto se presenta la menor oportunidad. Los pabellones socialistas en la Bienal de Venecia «están siempre vacíos, no interesan a nadie», (Juan Ramírez de Lucas, n° 198, pág. 7); en el Festival Cinematográfico de Cannes. las películas soviética y rumana fueron de una «vulgaridad total» y en la húngara «se dan cita todos los tópicos del melodrama», y, además, el premio de dirección, conquistado por el cine soviético, es un «error espantoso». (Jorge Collar, n° 219, pág. 6); «el stalinismo parece haber matado hace tiempo la posibilidad de que en Rusia resurja una gran literatura». (Jorge Uscatescu, n° 200, pág. 3).

Sin embargo, esta táctica no siempre se puede emplear. Algunos nombres están tan altos, que escupirlos sería como escupir a la luna. En esos casos, se emplea otra táctica, que pudiéramos llamar «digestiva»: *La estafeta*, haciendo de tripas corazón, engulle, por ejemplo, a Bertolt Brecht, y luego lo va desnaturalizando, falsificando, para entregárselo, por último, al lector convertido en residuo inservible.

La anterior es la principal modalidad de la táctica «digestiva», pero hay diversas variantes. He aquí algunos ejemplos: Mayakovski, Block, Aragon, Eluard, Neruda, Nicolás Guillén, poetas comunistas, o muertos o archiconsagrados, tenían razón de ser en su tiempo — como si entre su tiempo y el nuestro mediaran siglos —; pero hoy «comprometerse», afiliarse así, como ellos, es «frívolo»: hay un «tercero y definitivo modo de poesía católica integradora», etc., (Molina Campos, n° 219, pág. 4). A Quasimodo, a pesar del Premio Nobel, «no puede considerársele el mejor poeta italiano de hoy» (Jiménez Martos, n° 198, pág. 18); razones extrapoéticas determinaron la concesión del Nobel (Jorge Uscatescu, n° 200, pág. 3).

El puesto de honor de este campeonato de equilibrismo crítico corresponde al Sr. Jorge Collar, corresponsal en París. Su técnica es la típica de la modalidad «digestiva» principal, por lo que conviene examinarla de cerca. Al dar cuenta de la actuación en la capital francesa de la compañía que dirige la viuda de Brecht (n° 198, pág. 16), el Sr. Collar tiene que admitir que el público francés agotó las entradas, que parte de él se quedó en la calle, que los afortunados espectadores se entusiasmaron con Brecht. Pero, en *La vida de Galileo*, «Brecht ha deformado la verdad histórica», porque su teatro se rige, según el Sr. Collar, por un principio inalterable: «todo debe ponerse al servicio de una ideología». El Sr. Collar admite, después, que *La resistible ascensión de Arturo Ui* «es una farsa satírica de una extraordinaria fuerza»; pero sus valores, a pesar de todo, «son quizá más de mise en scene» que de texto». Luego, al escribir sobre *La Madre*, nuestro crítico inicia ya la fase de expulsión de ese proceso digestivo: «Es tan grande la degradación

intelectual que supone que adquiere por lo mismo una cierta grandeza: grandeza en la estupidez, en el fanatismo y en el servilismo». Y, concluye, negando la evidencia que él mismo había confesado poco antes: «Es evidente que de este lado de Europa no podrá trinfar un teatro de estas características». Sobre todo, si los hombres pertenecientes al «mundo libre», entre los que dice contarse el Sr. Collar, prohiben en el resto del «mundo libre» la representación del teatro de Brecht, como se hace en esa parcela del «mundo libre» que es la España de Franco.

Las citas de los ataques contra el progreso científico y social, el humanismo laico, los sentimientos progresivos y democráticos, harían este artículo interminable. Veamos algunas muestras.

La estafeta repite, a la menor ocasión, las alusiones irónicas al «progreso decimonónico» que puso en circulación la reacción decimonónica: Ignacio Agustí (n° 198, pág. 10), por ejemplo; «los cantos al progreso — a un progreso que ya es arqueología» (M.C., n° 200, pág. 2).

Jean de Georges, especialista en literatura francesa de la revista, en su artículo «Vida, obra y pensamiento de Martin du Gard» (n° 198, pág. 13), nos habla del «pensamiento positivista ya envejecido» y afirma que, de todos los escritores de la primera mitad del siglo XX, «todavía se escucha a aquéllos que tienen un mensaje espiritual»; los demás, según él, «como Roger Martin du Gard, se han convertido ya en capítulos de historia literaria y nada más». Ahora bien, si existe un novelista con «mensaje espiritual» en la literatura francesa de la época, es precisamente Martin du Gard; lo que ocurre es que su «mensaje» es ateo, democrático y pacifista.

En el n° 202, pág. 3, A. Porqueras Mayo, en su artículo «Sobre la agresividad de Paul Claudel», que parece no tener otro objeto que ofrecer todo un muestrario conceptual para uso de los jóvenes escritores «católicos» que lean *La estafeta*, escribe: «Claudel gesticula amenazante frente al siglo XX, ... sobre todo, sacudido por la responsabilidad de sentirse vocacionalmente poeta católico». Así, todo el que se sienta «vocacionalmente poeta católico» ya sabe lo que tiene que hacer. «En este racimo de agresividades hay que colocar su aversión al siglo XIX — agrega —, como representante del Cientificismo, del Materialismo y de la Irreligiosidad». Y, luego, el repertorio de Claudel, que traducimos al castellano. Las masas: «pueblo miserable de insectos humanos». Los republicanos españoles en nuestra guerra civil: «bruto inmundo». La ciencia: «moderna miserable y repugnante que roe detritus e hipótesis muertas y secas». El darwinismo: «teorías absurdas y contradictorias en sus términos». Los científicos: «profesores de tristezas, de escepticismo, de nada y desesperación». Renan, Voltaire, Michelet, Víctor Hugo: «todos los demás infames». El escritor: «raza execrable del hombre de letras».

Para terminar, veamos lo que, a propósito del cine, escribe José María Otero, n° 202, pág. 20. Después de jactarse de haber leído en su juventud muchas novelas del Oeste, como según él han hecho todos los que no utilizan «patente de intelectual», y después de analizar minuciosamente dos películas del Oeste también — bastante ramplonas, por cierto: «Historia de un condenado» y «Busca tu refugio» —, a las que agradece el buen rato que le han hecho pasar, buen rato que no se perdonan «los que han sacado patente de intelectual», termina con este exabrupto: «Nosotros decimos bravo por el *western*, entre tantos films de judíos deshojando la margarita».

La «revolución copernicana de la función crítica»

Por sus posiciones ofensivas, podría deducirse que *La estafeta literaria* propugna, como hace Ignacio Agustí, una «novela de orden», frente a la novela «subversiva»; un estilo narrativo «tradicional» que reflejara el «alma de nuestro país» en historias cercanas, llenas de «raíz española», para decirlo con palabras de Perlado; una novela que fuera «ternura y poesía», como quiere Castillo-Puche, o que fuera «una espiritual manera de alumbra-

miento» (R. Benítez Claros). O una poesía pura, «perenne», de acuerdo con los deseos del Sr. M.C., o, por lo menos, «concentrada», es decir, «afincada solemne y sencillamente en principios tan decisivos y tan expeditivos como la comunión de los santos», que es la buena para Enrique Molina Campos, el de la poesía con tres «cabos».

Pero todo eso es demasiado abstracto. El que acuda a *La estafeta* en busca de orientación necesitará más precisiones. Esas precisiones podrá encontrarlas aquí y allá por toda la revista, sobre todo en las series de artículos sobre temas determinados — la novela católica, por ejemplo — y en la sección titulada «Vida, obra y pensamiento de . . .», que sirve de escaparate ideológico para valores universalmente aceptados. De su lectura pueden extraerse provechosas enseñanzas y alguna que otra sorpresa.

Particularmente útiles son los artículos «Libertad y servidumbre del novelista católico», de J. L. Castillo-Puche (n° 198), y «La novela católica, como género», de Leopoldo Rodríguez Alcalde (n° 200). En el primero, Castillo-Puche ofrece su receta a los futuros novelistas católicos españoles: «El novelista católico no está comprometido más que a ser auténtico y verdadero y salga lo que salga, que siempre saldrá algo viable y creador»; «El rostro del Salvador está por la calle, así en los bancos como en las chabolas. Todo consiste en saberlo encontrar». (Lo malo es, dicho sea de pasada, que a Castillo-Puche lo que le suele «salir» y lo que suele «encontrar», por lo menos en sus reportajes de *pueblo*, es la defensa del imperialismo, cuando va a buscar el «rostro del Salvador» entre los asesinos de Lumumba o los mercenarios que planeaban la invasión de Cuba).

Tanto este artículo, como el de Rodríguez Alcalde, parece estar destinado a canalizar la inquietud revolucionaria de nuestros jóvenes novelistas por el cauce del catolicismo neocapitalista y social; para dorar esta píldora, que tiene la desventaja de su desacreditada vetustez, Castillo-Puche contrapone demagógicamente un catolicismo «revoltoso» al catolicismo «oficial». Pero lo sorprendente son los modelos que proponen Castillo-Puche y Rodríguez Alcalde: Bruce Marshall, Mauriac, Chesterton, Graham Greene, Bernanos, Julien Grenn, etc. En la católica España del catolicísimo Franco y en la archicatolicísima *Estafeta literaria* que nos ocupa, a la hora de propugnar novelas católicas hay que recurrir a «extrañas historias alejadas, páginas donde la raíz española no se puede adivinar», a «técnicas y composiciones europeas que solamente estropean la elegancia de nuestra tradicional narración», con gran indignación — suponemos — de J. J. Perlado.

Esta es una de las sorpresas anunciadas. Aunque, por otro lado, es completamente lógica. Desde los tiempos en que el P. Coloma escribía novelas de crítica social, ha llovido mucho; a partir de entonces, la literatura viva, renovadora, en España ha marchado por vías cada vez más alejadas de un catolicismo cuyas misiones fundamentales parecían consistir en la defensa de los intereses de las clases dominantes y en la conservación dogmática del oscurantismo y la superstición.

Pero eso no quiere decir que hoy no existan escritores católicos en nuestro país. Lo que ocurre es que sus novelas, sus poesías, todo lo que escriben, podría figurar en el Indice particular de *La estafeta;* es más, nos consta que alguno de esos escritores es considerado en la Dirección General de Seguridad como «comunista». Hoy el escritor católico «comprometido a ser auténtico y verdadero» no escribe, por lo general, en *La estafeta literaria* o en *Pueblo*, por ejemplo, sino que vive las condiciones azarosas y difíciles de la oposición intelectual a la dictadura. Como vivirían, por cierto, de ser españoles, Mauriac, Graham Greene, etc.; como vive D. José Bergamín, intelectual católico, español y progresivo. Los otros, los escritores «católicos» que utilizan su catolicismo, incluso si es «revoltoso», como máscara, para defender mejor a los monopolios capitalistas, al imperialismo y al fascismo no pueden servir como ejemplo ni en *La estafeta literaria*, tan desacreditados están.

Otro tanto ocurre con la poesía. M.C., que no debe estar muy fuerte en conocimientos poéticos, invita, en general, a seguir «la mejor poesía francesa, inglesa, italiana, etcétera», dando por sentado que esa «mejor poesía» ha de ser la que él necesita para su labor. Luego se airea a Claudel, a Valery y, sobre todo, a Ezra Pound, «el más grande poeta de habla inglesa», «creador de la más genial experiencia poética de nuestro siglo», como dice Uscatescu.

Es comprensible que se pase como sobre ascuas por la poesía de Lorca, A. Machado, Miguel Hernández, etc., y, por otro lado, es difícil acometer de cara a Celaya o a Blas de Otero, por ejemplo, desde el punto de vista de la calidad poética. Lo que ya es más fácil es condenar a la «poesía social» de un modo general y nebuloso.

El poeta Jiménez Martos, crítico de poesía de *La estafeta*, que domina su oficio y es bastante serio por lo que se refiere a los aspectos formales de la poesía, se ve y se desea para encajar en la tendencia general de la revista: la tradición española, desde Berceo a Celaya, pasando por J. Manrique, los místicos, Quevedo, Espronceda, etc., es la de la poesía activa, repleta de pensamiento, inmersa en los problemas del hombre y de la vida — lo que M. C. llama poesía «cívica» —; la poesía contemplativa, aséptica y formalista es, en nosotros, una «moda» extraña, que empieza probablemente en Bécquer, alcanza su apogeo en las primeras décadas del siglo XX y se va extinguiendo hacia el año 1936. J. Martos lo sabe. Entonces es difícil atacar a la poesía «social», sin atacar a la tradición poética nacional; es difícil defender la poesía formalista de los Guillén, Alberti, Aleixandre, Lorca, etc., sin explicar su evolución posterior. En el nº 203, Jiménez Martos explica así su oposición a la poesía «social»: «Porque si un poeta está obligado a decir lo que le duele ... está asimismo obligado a que sus versos no sigan los caminos trillados». Pero, ¿qué camino poético queda sin trillar en España? ¿El de la poesía religiosa, después de San Juan de la Cruz? ¿El intelectualismo de Valery, después de los poetas anteriores a nuestra guerra civil?

Enrique Molina Campos, el definidor de la poesía «concentrada», entre el gran número de poetas que figuran en nuestro censo intelectual, sólo encuentra a dos dignos de ser «concentrados», y el primero es el director de *La estafeta literaria*, por lo que cabe pensar que su inclusión se debe a deferencia de subordinado: Rafael Morales y Luis Rosales.

Por su parte, Jorge Collar, que había acusado a Bertolt Brecht de deformar la verdad histórica en *La vida de Galileo*, hace (nº 203) el superelogio del *Cristóbal Colón* de Claudel, porque «es lo contrario de una obra histórica, es esencialmente una obra de poeta»: el fin de Colón «no es el de descubrir grandes riquezas, ni el de dominar sobre los hombres, es simplemente reunir toda la tierra, «la Tierra Católica en un solo globo debajo de la Cruz».

Pero ésta, y las demás inconsecuencias, son completamente lícitas dentro de la novísima y original teoría crítica que profesan los opusdeístas de *La estafeta literaria*. Manuel Ortiz Sánchez, que pasa de la economía y de la historia a teorizar sobre el teatro y el arte, en el nº 201, pág. 6, es el encargado de anunciar el descomunal descubrimiento. Dice el Sr. Ortiz que ha tenido lugar «la revolución copernicana de la función crítica, de la cual, en verdad, nunca estuve muy convencido de que fuera una función mentora para intelectuales desnutridos de ideas». «Por todo ello, de una misma obra se puede decir, y de hecho se dice, «qué estupidez» ... o, también, con pleno derecho, «sencillamente deliciosa» ... «No, no nos empeñemos en buscar la norma, el patrón orientador que rija los juicios de los intelectuales mal dotados».

Lo que nos ahorra todos los ulteriores comentarios.

El verdadero evangelio de La Estafeta Literaria

Sin embargo hay que reconocer que no hay contradicciones, ni vacilaciones, ni ingenuidades en las «grandes figuras» de la revista que aparecen en los números analizados. Esas «grandes figuras» van directamente a su objetivo,

como iba Hitler. La católica, la tradicional *Estafeta literaria* abre sus páginas, en este caso, al evangelio filosófico, político y cultural de los señores Jorge Uscatescu, Juan Parvulesco, Vintilia Horia y C. L. Popovici, a quienes la reacción española, imitando a los grandes clubs de fútbol, ha fichado y nacionalizado para su juego, y que parecen escribir en equipo, con objetivos comunes y plan previo.

El hecho de que *La estafeta literaria* recurra a estos «duros» del pensamiento reaccionario se presta a múltiples reflexiones. Una de ellas es que fascistas españoles que sepan escribir deben quedar ya pocos. Otra: que, cuando merece la pena, *La estafeta literaria* está dispuesta a pisotear sus propias convicciones sobre la novela «tierna y poética», de «orden», etc., sobre la poesía pura y «perenne», sobre el «mundo libre» e, incluso, sobre la religión. Los hombres que se elevan sobre el pavés, los nombres de Ionesco, James Joyce, Ezra Pound, Freyer, Toynbee, Kafka, Heidegger, resultarían sorprendentes, si no estuviéramos curados de sorpresas. Dejando a un lado el valor intelectual de la obra de dichos escritores, cada uno en lo suyo, podrían merecer los calificativos de «subversivo», «morboso», «impuro», «extranjeros» (eso todos) e, incluso, algunos, «ateo». Pero, como se verá, en el fondo, esos nombres importan por sí mismos poco: son grandes mascarones que sirven a Uscatescu y congéneres para desahogar sus nostalgias fascistas y soñar con su revancha atómica.

En el n° 201, pág. 3, Vintilia Horia compara a los «beatniks», con la «generación quemada» de 1930, la de Horia, a la que caracteriza así: «sed de vivir, tan terriblemente mezclada con una tremenda sed de morir y de dar muerte ...» — «a judíos, comunistas y demócratas en general», podría añadir —, tendiendo de este modo un puente entre la juventud desorientada de la sociedad capitalista actual y la juventud fascista de la década de 1930.

En el mismo número, pág. 12/14, C. L. Popovici procura orientar a esa juventud, a propósito de Ionesco, que en este caso sirve para resucitar al filósofo del «Ser» — del «Ser» nazi —: Heidegger. El teatro «empieza con Sófocles y termina con Ionesco». (Esta idea de la «terminación» del teatro es importante: forma parte de la tesis «apocalíptica» que luego se expone. Para todos estos fascistas, el fin de sus privilegios de clase, de su dictadura terrorista sobre los pueblos que los expulsaron, el fin de Hitler, Mussolini, Antonescu, etc., equivale al fin del mundo, incluyendo el del teatro: y a ello van). El teatro de Ionesco, según Popovici, viene a ser la traducción teatral de la filosofía de Heidegger: frente a la existencia inauténtica de los antihéroes de Ionesco, se alzan sus héroes auténticos, como Berenger, en «*Rinocerontes*». «'*Rinocerontes*' salva al hombre del naufragio universal, que significa su «caída» en la existencia cotidiana, enseñándole a ser él mismo, es decir, a tener conciencia de su verdadero ser».

A los que conozcan la filosofía de Heidegger y su utilización por los nazis en Alemania no les es necesario más. Los que no la conozcan, en seguida comprenderán cuál es, en la práctica, la «existencia auténtica» y el «verdadero ser», gracias a Parvulescu.

Jorge Uscatescu, en el n° 203, en «Vida, obra y pensamiento de Arnold Toynbee», corrige por su cuenta — y, desgraciadamente, con palabras de Ortega — lo que llama los «errores de valoración y perspectiva» de la obra del historiador inglés. Con ello, la obra de Toynbee queda convertida en instrumento ideológico fascista. Según Uscatescu, que confiesa preferir a Spengler, los errores de Toynbee son: su condena del nacionalismo, del racismo, del militarismo, su defensa de la raza negra, etc.

El mismo Uscatescu, en el n° 217, pág. 3, nos da a conocer la obra de Hans Freyer, *Historia Universal de Europa*. Según Freyer, no existe historia universal fuera de Europa; pero gracias a las guerras mundiales, «la historia universal de Europa se convierte en historia universal de toda la tierra. Se trata — escribe ya Uscatescu —, en otras palabras, de lo que Heidegger denomina un movimiento plane-

tario». Uscatescu saluda alborozado la «aparición de un libro tan extraordinario» que no sabe «por qué ha pasado desapercibido por los habituales comentaristas». Pero sí lo sabe: se trata de que todas esas «filosofías de la historia», pseudocientíficas y belicistas, de corte spengleriano, se hundieron con el fascismo y sólo interesan a quienes pretenden volver a ponerlo a flote.

En el nº 200, Uscatescu echa también su cuarto a espadas en honor de Ezra Pound.

Pero el puesto de honor de los ideólogos neofascistas de *La estafeta literaria* corresponde, sin lugar a dudas, a Jean Parvulescu.

En su artículo «Vida, obra y pensamiento de Ezra Pound», nº 200, pág. 8 y ss., nos ofrece una primera versión de su neofascismo. Empieza por una caracterización de nuestra época: «un siglo destruído por los ataques de todas las abyecciones del infierno», en el que «los valores del espíritu deben tomar el camino de las catacumbas»; «una historia cimentada sobre la bestialidad y el deshonor». «Para él — Robert Brasillach —, como para todos nosotros, más allá de 1939 se abre el abismo y el reino de las tinieblas». «Pero jamás el Occidente, nos parece, ha sido tan grande, tan libre, como en la víspera misma de su más sombrío desastre. Los mejores de sus hombres, sus místicos y sus poetas, sus grandes capitanes (léase: Hitler y Mussolini), toda una juventud que marchó a la *massacre* cantando ... han caído combatiendo ... La muerte de Robert Brasillach, de tantos otros ... son testigos de sangre, de desgarramiento y de gloria por lo que nosotros nos obstinamos querer considerar todavía como *la última suerte de Occidente*».

Es decir, superada la contradicción momentánea que enfrentó al imperialismo «democrático» con el imperialismo fascista durante la guerra 1939—1945, «todavía» todos los imperialismos reconciliados pueden terminar con el mundo socialista y con las libertades democráticas del mundo capitalista. «Todavía» estamos a tiempo.

Para Parvulescu, la poesía de Ezra Pound encierra un misterio: el de la «unidad occidental en tanto que destino, historia, lengua, muerte, resurrección, gloria, espera, sangre y amor, amor y esperanza»; por otro lado, esa poesía es «apocalíptica», anuncia que «lo que debe ser salvado, lo será eternamente; y lo que debe ser perdido, será aniquilado».

Prosiguiendo nuestra traducción: «unidad occidental» quiere decir «integración de todo lo que se salvó del naufragio fascista en las fuerzas del mundo libre de Adenauer y De Gaulle, de Kennedy y Franco»; «apocalíptica» quiere decir, como se verá, «la que anuncia la guerra atómica santificada».

Porque Parvulescu cree haber descubierto la clave del secreto de Ezra Pound. Ese secreto anuncia, nada menos que lo siguiente: «la abolición, la destrucción total del tiempo y del espacio, de la separación y de la *errancia*, o, dialécticamente, *la abolición de la separación*, convirtiéndose en base de un *paroxismo incendiario de la unidad del todo*». Y, para que quede más claro, porque con ese estilo nunca se sabe, Parvulescu añade: «De la misma manera que los libros secretos de Zohar nos hacen comprender que el Angel Exterminador es también el Angel de la Salvación, en la poesía nos parece que la sola destrucción total de este mundo en el que reinan las contingencias asegura la salvación del mundo en la eternidad en donde reina la libertad en la luz (la libertad absoluta de ser, la luz del hecho de ser uno mismo absolutamente)». Y remata: «Para nosotros, cada vez que se hace reconocer, la poesía es en sí misma y frente a este mundo el Juicio Final».

Todo esto resultaría cómico, si no fuera tan siniestro. Parvulescu, más feliz que Hitler, cree poder conseguir el suicidio con que Hitler soñaba en la ratonera donde le había reducido el ejército soviético: el suicidio que le aniquilase a él y, a la vez, a toda Alemania y al resto del mundo, por ese orden. Hitler no pudo realizar su sueño «apocalíptico» porque no disponía de armas termonucleares; Parvulescu cree que pronto dispondrá de las del Pentágono.

En otro artículo, «Joyce, más actual que nunca», nº 202, Parvulescu, machacando el hierro cuando aún está caliente, vuelve a la carga. Ni que decir tiene que James Joyce y su obra son otro pretexto: de las 3.000 palabras del artículo, sólo unas 500 están dedicadas a *The Finnegan's Wacke* de Joyce; el resto, sus cinco sextas partes aproximadamente, se utilizan para precisar más el neofascismo particular de nuestro rumano.

Al leerlo, nos enteramos que él, Parvulescu, que antes «descubrió» el sentido oculto de la poesía de Ezra Pound, ha «descubierto» ahora el mensaje que encierra *The Finnegan's Wache*, en particular, y toda la obra del irlandés, en general. «En sí misma y en sus intenciones últimas, la obra de Joyce reproduce el movimiento constitucional de la actualidad occidental comprometida en la dialéctica apocalíptica de su fin».

¿Cuál es la «actualidad occidental»? «Vivimos un fin del mundo»; este «fin del mundo» consiste en un «proceso dialéctico», donde luchan el «partido positivo» y el «partido negativo». El «partido positivo» persigue la «reintegración de los elementos esparcidos de la tradición espiritual común de nuestro ciclo, o, al menos» (intenta) «reunir lo que queda de él, más allá de toda catástrofe»; el «partido negativo» se dirige «hacia la desintegración vertiginosamente acelerada de toda unidad».

Hablando en romance: aparece la posibilidad de que el conflicto que enfrenta al imperialismo con el socialismo se resuelva con una guerra atómica. (Para que no haya lugar a dudas respecto a la identidad del «partido negativo», más adelante, Parvulescu recalca que la «concepción de la temporalidad» de ese partido fue «definida» por el «sentido de la historia que funda la visión revolucionaria del marxismo-leninismo»). Ante esa posibilidad, con la que Parvulescu sueña al parecer, es necesario reforzarse ideológicamente.

La «reintegración» de la «tradición espiritual» va a tener lugar en la Europa occidental. A Parvulescu, esa Europa no le gusta mucho. No puede olvidar que los pueblos del occidente europeo contribuyeron a derrotar al fascismo, de 1939 a 1945. Por eso dice que es en esa Europa «donde el proceso de putrefacción subversiva es evidentemente más avanzado que en cualquier otro lugar del mundo». Pero no importa, en esa misma Europa, «van a volver a tomar forma, muy ocultamente en su fase inicial (léase: en los países especializados en el cultivo de estas larvas neofascistas, como la España de Franco o la Alemania de Bonn), los primeros fenómenos susceptibles de integrar a la vez la aparición y los primeros movimientos ofensivos del partido positivo».

Volviendo a nuestro romance: la ideología fascista, ante las nuevas necesidades imperialistas, va a estar otra vez de moda en Europa occidental.

Ha llegado la hora de que el capitalismo, la «democracia» burguesa, el sistema social basado en los monopolios y el imperialismo, «contrariamente a las apariencias, aunque sean analíticamente reforzadas por todas las evidencias de una dialéctica de la traición y el crimen» (es decir: a pesar de la lucha de los pueblos de los países capitalistas por la paz, la libertad y la democracia), abrace amorosamente al fascismo, antes de que llegue la «apocalipsis» atómica. Ante ella, no hay más que dos banderas: «el partido de la reintegración, de la unidad y del ser, y el partido de la desintegración, de la destrucción y de la nada».

Pero ni siquiera en *La estafeta literaria* se puede abogar hoy por la destrucción atómica de la humanidad, en nombre de los monstruosos resentimientos de estos supervivientes del nazismo, de estos posesos del exterminio. Había que encontrar algún procedimiento para «santificar» esa ideología suicida y pagana. (Por cierto: nuestras jerarquías eclesiásticas no deben leer *La estafeta literaria*. Si la leyesen, sin duda, tendrían que salir por los fueros de la recta hermenéutica ortodoxa, por lo menos con el mismo celo de que dan muestras cuando arremeten contra los «errores sociales» de los fieles progresivos. Este Parvulescu huele a herético a muchas leguas). Para santificarla, nuestro rumano recurre a lo

que llama «la puesta en condición apocalíptica» de Occidente.

«La apocalipsis es, en efecto, al mismo tiempo, revelación» ... «el último instante del juicio, el cumplimiento absoluto de la justicia, que es en sí misma un nombre secreto de Dios» ... «la hora del fin del mundo sonará» ... «y este juicio general arderá con una sola llama» ... «éste será el apocalipsis, la gran revelación final que San Juan vio en Patmos».

Indudablemente, los fascistas católicos de *La estafeta literaria* se sentirán consolados al pensar que su achicharramiento atómico fue ya previsto por San Juan. Igualmente les resultará consolador saber que, «en un cierto sentido, el Juicio final ha tenido ya lugar». Leon Bloy tuvo todavía tiempo de escribir: «Yo espero a los cosacos y al Espíritu Santo». A la misma finalidad «santificadora» de la matanza atómica obedecen estos pasajes: «... acto espiritual fundamental del fin de un mundo, que anuncia la clausura de un ciclo — la proclamación del dogma de la Asunción de María —»; «la persona humana tal como la entiende Roma, tal como la entendía Santo Tomás de Aquino»; etc.

Esta «santificación» no debe hacernos perder de vista, sin embargo, la doctrina fundamental. Por èso Parvulescu escribe que la «puesta en condición apocalíptica de la actual conciencia occidental», inspirada como sabemos en el Apocalipsis de San Juan, «debe concentrarse sobre una cierta definición, sobre una cierta visión occidental del problema del ser», que «existen *exclusivamente* (este subrayado es nuestro — B. R.) en el pensamiento del alemán Martín Heidegger».

Todo este galimatías, traducido del alemán al castellano por un rumano delirante, donde se mezclan el existencialismo ateo de Heidegger, el Espíritu Santo, la literatura de «vanguardia» del período de entreguerras (1918—1939), el «nuevo orden» de Hitler y sus secuaces ...; todo este galimatías tiene un sentido tan evidente, que no es necesario decir más.

LA ESTAFETA y la liquidación de la cultura española

El análisis precedente puede servirnos para comprender mejor la estrategia y la táctica de la política cultural de la dictadura y del *Opus*, que aliado hoy al franquismo espera ser su heredero universal algún día.

El objetivo fundamental consiste en destruir las tendencias culturales progresivas que crecen, cada día con más fuerza, entre nuestros escritores e intelectuales.

Para ello, todos los medios son buenos: las denuncias, las detenciones, la censura y, cuando esto no es posible, la calumnia, la siembra de descrédito, la crítica deshonesta, de mala fe.

Paralelamente, se persigue otro objetivo: crear la confusión, desorientar ideológicamente a los jóvenes escritores e intelectuales.

Para conseguirlo, se emplean los recursos más heterogéneos: conservadores, como Claudel, y «enfants terribles», como Joyce, Pound o Ionesco; la música concreta y la música litúrgica y gregoriana; el arte abstracto y el figurativo; a Santo Tomás y a Heidegger: a Dios y al Diablo, siempre que el Diacu, acredite su anticomunismo. Parvulesblo al frente de su artículo sobre Joyce, coloca esta cita de Rimbaud: «Es preciso ser absolutamente moderno». Y, en nombre de esa «absoluta modernidad», se utilizan los escritores oscuros, susceptibles de interpretaciones diversas, como Joyce, Kafka, Ezra Pound, Ionesco, etc., para «descubrir» en ellos las teorías más retrógradas y manoseadas, más desacreditadas también.

Esa política cultural, para conseguir sus objetivos, es capaz de arrancar de raíz, si la dejamos, a toda la cultura española. Es la política de los que asesinaron a Lorca y a M. Hernández; la que arrojó al exilio a Machado; la que mató de hambre a Duperier; la que permite que nuestros Premios Nobel vivan y mueran en el extranjero; la que hoy, como todos sabemos, encarcela, detiene, persigue con «procedimientos legales» a poetas, novelistas, dramaturgos, directores cinematogra-

ficos, pintores, escultores, etc., y censura obras de españoles que han conseguido renombre universal — el caso de *Viridiana* es el más reciente.

Es una política cultural antiespañola, cada vez más divorciada de los intereses nacionales: el desarrollo objetivo de la sociedad enfrenta a la dictadura con la España joven, con todo lo que está vivo en nuestro país, con las fuerzas dueñas del futuro; al mismo tiempo, la enfrenta con *toda* la tradición nacional, con todo lo que constituye el «alma de nuestro país».

No es casual que para verter el vino rancio del fascismo en las nuevas tinajas de los Joyce, Ionesco, etc., *La estafeta* prescinda de Onésimo Redondo, de Ramiro Ledesma Ramos, de José Antonio Primo de Rivera — que aunque fueran tan fascistas como el que más y aunque estuvieran dispuestos a desnaturalizar España para ponerla al servicio de Hitler y Mussolini, eran, por lo menos, ciudadanos españoles —, y recurra a esa extraña mezcolanza de rumanos, Heidegger y la Santísima Trinidad. No es casual, porque hoy Franco, el *Opus*, la reacción española en general, está dispuesto a disolver, a desintegrar, nuestra patria en el «mercado común», en la «Europa de las patrias» de De Gaulle, en el neofascismo del «mundo libre» occidental.

Benito RAMOS

Teatro

«DIVINAS PALABRAS»

Con mucho bombo ha celebrado la crítica española la inauguración de un nuevo teatro en Madrid — hecho que nosotros saludamos asimismo — y el estreno — para la juventud, para el público actual, el que cuenta, se trata de un estreno — de *Divinas Palabras*, de Valle Inclán, en «respetuosa» (A. Marquerie) versión de Torrente Ballester y dirigida por J. Tamayo.

Para no volver al problema de la adaptación diremos que Torrente Ballester «ha peinado» la obra, cambiando alguna que otra frase «demasiado cruda» o políticamente incómoda y eliminando aquello que podía asustar al fariseísmo burgués (el tema del incesto). No es que este tema sea de nuestro agrado,pero, en una obra de las características de *Divinas Palabras*, en la que la morbosidad representa la nota predominante, la supresión de este tema precisamente nos parece una hipocresía muy de acuerdo con las costumbres en boga en la España franquista. Quizás el adaptador haya tenido que amoldarse a las exigencias de la censura, pero como no lo sabemos a ciencia cierta, sólo podemos referirnos a T. Ballester y decir que su adaptación tiene un carácter ideológico y no teatral o escénico. Ibamos al teatro pensando en la dificultad que iba a suponer el montaje de una obra con gran número de escenas y constante cambio de lugar de acción. La representación nos convenció de que esta clase de inconvenientes había sido felizmente superada gracias a la hábil escenografía y dirección. Por eso la versión de T. B. es, en cierto modo, una interpretación y, objetivamente — admitimos de antemano las mejores intenciones del mundo por parte del adaptador —, tienen como fin encauzar el pensamiento del espectador hacia una interpretación católica tradicional de «*Divinas Palabras*». No se trata de negar que la obra pueda interpretarse así. Ya examinaremos más adelante este problema. Se trata exclusivamente de que la versión — y el montaje — quitan al espectador la posibilidad de otra clase de interpretaciones y tienden, objetiva-

mente, repetimos, a convertir a Valle Inclán en algo así como un apologista del catolicismo. Pero vayamos a la obra.

Nos encontramos aquí ante la obra de un escritor de la llamada generación del 98. Del pensamiento y la literatura del 98 se ha hecho un mito; resulta difícil mantener frente a ellos una crítica responsable. Esto se debe, fundamentalmente, a la situación en que vivimos, al régimen que sufre España. En las condiciones actuales, unos escritores que debían estar completamente superados desde el punto de vista del desarrollo intelectual nos aparecen, en contraposición a la literatura oficial y dado el enorme retroceso que han supuesto estos veinticinco años en todos los aspectos de la vida española, como un ejemplo de literatura progresiva, de honradez literaria, de posición crítica y justa ante los problemas de la realidad española, etc.

El «desastre colonial», que según la interpretación simplista corriente «explica» el 98, no fue más que una consecuencia de la crisis general en que se debatía la sociedad española de finales de siglo, cuando el desarrollo económico capitalista se paraliza, estallan las contradicciones de clase, en forma de violencia anarquista, fundamentalmente, y se manifiesta de forma evidente la corrupción, el caciquismo, etc. Las ilusiones en la solución restaurada desaparecen. Y este cambio en la conciencia social — de la ilusión de paz y prosperidad de la Restauración al pesimismo de la España muerta — se reflejó en el campo de la ideología, dando lugar a un cambio brusco; del pensamiento satisfecho y optimista de los Valera, Alarcón, Zorrilla, Cánovas, Campoamor, etc., de la confianza en sí mismos que poseían, en un ala, los krausistas y, en la otra, Donoso, Balmes y Menéndez Pelayo, se pasa al pensamiento crítico, desesperado, inseguro, de la generación del 98.

Esta salida de la autoilusión anterior fue positiva, pero ahí se acaba su virtud, porque no hay que olvidar los muchos aspectos negativos de esta nueva forma ideológica, determinada, principalmente, por su carácter de clase. Los ideólogos burgueses del 98 no perciben el desastre de su clase, sino el desastre del «pueblo»; no ven que lo que se hunde es la posibilidad histórica de la burguesía, sino que ven el hundimiento de España. Por eso, algunos vuelven al pensamiento feudal y otros se dedican a la imitación servil del pensamiento burgués extranjero, «europeo», e, incluso, a las dos cosas a un tiempo (Unamuno). El desprecio a nuestro pueblo, el nihilismo político y social, la aparición de un sentimiento de casta intelectual, el formalismo artístico y el subjetivismo individualista más desaforado caracterizan, por eso, a una gran parte de los hombres del 98. Hay que reconocer que no fue suya toda la culpa. La clase en que podían haberse insertado, la burguesía, estaba ya históricamente muerta, mientras que el proletariado en aquella época, con la preponderancia del anarquismo teórico y práctico, no ofrecía perspectivas de futuro a los intelectuales. Algunos de ellos, los que sobrevivieron hasta 1921 y, sobre todo, hasta 1931—36, supieron ver claramente el camino a seguir, como por ejemplo, A. Machado y el mismo Valle Inclán, de la época de *El Ruedo Ibérico*.

Todo lo dicho plantea un problema: ¿en qué medida y hasta qué punto pueden incorporarse de una manera viva los escritores de la llamada generación del 98 al desarrollo intelectual contemporáneo? Tan sólo en la medida en que nos permitan ampliar y profundizar nuestra lucha ideológica. De ellos es aprovechable, sobre todo, su crítica de una Restauración que algunos sueñan con resucitar. Además, de una forma indirecta, su indudable calidad profesional y su honestidad intelectual, que contrasta con la estupidez y cinismo de los intelectuales franquistas. Pero ello no significa ni mucho menos que toda la herencia de aquellos hombres es aceptable y valedera para nosotros. Es preciso incorporar su pensamiento vivo y su prestigio progresivo a las tareas que los intelectuales tenemos entre manos. Y por las razones expuestas, eso, en la mayoría de los casos, sólo se puede conseguir de una manera: a tra-

vés de la destrucción crítica de los elementos reaccionarios de su literatura y su pensamiento. Paralelamente, a la reacción le interesa subrayar y perpetuar esos elementos, como ha hecho con *Divinas Palabras*.

Todo lo expuesto anteriormente es imprescindible para poder analizar y comprender *Divinas Palabras*.

El tema del drama es en esencia el de la infidelidad conyugal, con otro tema paralelo: la lucha por heredar los cuidados de un idiota («el engendro») con fines lucrativos. Como fondo de este drama, un mundo de rufianes, ciegos, tullidos, etc., que por los caminos de Galicia, de romería en romería, marchan junto a Mari-Gaila, la protagonista, y su «engendro». Aparte de estos desclasados, campesinas y campesinos en calidad de «coro», de masa informe y despersonalizada, sin rostro, que viene a ser más bien un elemento de decorado, unas veces, o una fuerza ciega, otras.

Admitiendo que Valle Inclán haya realizado una maravillosa reconstrucción del ambiente rural gallego, sobre todo desde un punto de vista lingüístico y etnográfico, estamos convencidos de que sus personajes no reflejan ni con mucho al campesino gallego.

Las características generales de los escritores del 98 antes expuestas, se concretan en la obra de Valle Inclán, en una impregnación del simbolismo y el decadentismo europeo, sobre todo de los posrománticos y parnasianos franceses, como bien supo ver Clarín. D'Annunzio, Leconte de Lisle, Barbey D'Aurevilly fueron sus clásicos; la reconstrucción estética del pasado, su ideal. Valle Inclán fue un extraordinario escritor que sólo al final de su vida encontró su voz auténtica, española y progresiva (1).

Como ya hemos dicho, el mundo de la obra es el mundo de los mendigos, ladrones, ciegos, etc. ¿De qué viven estos personajes? Del hurto, la mendicidad y otras cosas por el estilo. ¿Su principal ocupación? Visitar las romerías. El pueblo, el auténtico pueblo queda totalmente al margen de la obra. En su lugar aparecen los desechos de la sociedad, elementos desclasados que pretenden, al menos objetivamente, representar al pueblo. Lo macabro, «lo repulsivo e irrepresentable» (J. M. García Escudero, en YA) que, por otra parte, es perfectamente real, se desorbita, adquiere proporciones descomunales.

La descripción brutal de las costumbres campesinas, sobre todo en lo referente a los problemas sexuales, no deforma necesariamente, sino completa, el cuadro general, porque tras estas costumbes existe siempre un trasfondo social que explica y determina todos esos aspectos repulsivos que, repetimos, son perfectamente reales. De ello existen numerosos ejemplos en la literatura. En tales casos las pequeñas verdades no sustituyen a las grandes (como es habitual en muchos escritores y, sobre todo, periodistas burgueses), sino que las complementan. Creemos que Valle Inclán incurrió precisamente en este error. El cuadro es completamente verosímil, pero en él tiene lugar una inversión de los valores reales. Por eso podemos afirmar que este drama rural falsifica la realidad, pues concede a lo particular un carácter general, lo exagera y desorbita y, además, el drama se desenvuelve y desarrolla dentro de unos problemas al margen de los verdaderos problemas del campo gallego.

Veamos a los dos personajes centrales. El sacristán del pueblo, Pedro Gaila, el marido engañado, y su mujer Mari-Gaila, rebosante de salud, de vida, de energías. La verdad es que Pedro Gaila no cuenta con nuestras simpatías. Pobre de espíritu, repulsivo y desagradable como la mayoría de los personajes de la obra (basta recordar sus pretensiones respecto a su propia hija), no es más que un pobre diablo, ridículo y repugnante, muy lejos de un personaje de tragedia. En cuanto a Mari-Gaila, es, en cierto modo, el personaje más vivo y real de la obra, si excluímos

(1) Esta caracterización general nos parece mucho más importante que el tan manoseado problema del «esperpento» del que habrá que hablar en otra ocasión.

su arrepentimiento final que, como reconoce J. M. García Escudero, «no se prepara suficientemente».

Como tenemos muy fresco el recuerdo de *Yerma* de García Lorca, máximo acontecimiento de la pasada temporada teatral madrileña, y como por sus características se presta a una comparación con el drama de Valle Inclán, nos detendremos en esta comparación, ya que nos permitirá comprender mejor *Divinas Palabras*.

En ambos casos se trata de dramas campesinos y en ambos en el centro se halla una mujer o, mejor dicho, un problema conyugal. Con todas las limitaciones que tiene *Yerma*, esta obra, escrita en época posterior y en unas condiciones sociales mucho más claras y definidas, es un drama infinitamente más real, con mucho mayor vigor y con una carga de crítica social que *Divinas Palabras* desconoce.

Yerma, a pesar del carácter patológico de su obsesión, adquiere en ciertos momentos la fuerza de expresión de un personaje trágico, mientras que Mari-Gaila, no obstante la desagradable crudeza de la escena de la persecución por parte de los campesinos, nunca se eleva a la altura de la tragedia. En ningún momento deja de ser una mujer de costumbres alegres.

En los personajes masculinos, Juan, protagonista de *Yerma*, a pesar de estar desdibujado y existir principalmente en función de la protagonista femenina, tiene un contexto social real, que en Pedro Gaila no existe.

El «coro» campesino de *Yerma* — dentro de las limitaciones impuestas por el carácter obsesivo y desorbitado del tema de la fecundidad de la mujer — aparece mucho más diferenciado, con mayor riqueza de detalles psicológicos que el «coro» impersonal de *Divinas Palabras*. En lugar de la sana sensualidad de *Yerma*, la morbosidad desagradable y repulsiva de *Divinas Palabras*.

A nuestro juicio, *Yerma* dista mucho de ser un drama social, pero en comparación con *Divinas Palabras*, es, desde luego, un gran paso adelante en el camino de la creación de un arte auténticamente realista.

Pero volvamos al examen del drama de Valle Inclán y, concretamente, al final. Los críticos oficiales tenían sus motivos para indicar que el último sentido de la obra es el «cristianismo legal y jurídico» (J. M. Pemán). Indudablemente esa impresión existe en la obra (aunque subrayada, como indicamos, por el montaje de Tamayo). Pero nos parece que, subjetivamente, para el propio Valle Inclán, el final, con sus latines, tiene, más bien, un carácter mágico de superstición popular (baste recordar en este aspecto la escena del macho cabrío, escena que encuadra muy mal con esa visión de cristianismo «legal y jurídico», más propio de Zorrilla que del autor de *Sonatas*). En este aspecto es de observar la preocupación constante de Pemán, como de otros ideólogos de la España actual, de reclutar para su causa a todos los artistas prestigiosos ya muertos que, desgraciadamente, no pueden desmentir las afirmaciones de los Srs. Pemanes. El caso de Valle Inclán no es un caso aislado: con motivo del estreno de la *Atlántida* de Falla, el mismo Pemán ha procurado presentar al gran compositor como un hombre adicto al actual régimen. Aquí se plantea un problema fundamental: la utilización por parte de las fuerzas reaccionarias españolas de toda la herencia cultural de nuestro pueblo, incluyendo la herencia de los hombres del 98. Esta utilización se apoya principalmente en las debilidades de estos escritores, en los aspectos reaccionarios de su obra. Por eso, esta «versión medieval, con retórica modernista del drama campesino», (F. de Cossío), que es *Divinas Palabras* se convierte, en manos de los críticos e interpretadores franquistas de Valle Inclán, en una apología del catolicismo español.

Divinas Palabras no es, desde luego, tal apología, como quieren ver en ella García Escudero, Pemán y otros. Pero es, asimismo, evidente que el carácter reaccionario, decadente, de la obra hace posible semejantes interpretaciones que la conviertan en estos momentos en un instrumento de la reacción.

Personalmente, no podemos aplaudir la reposición de *Divinas Palabras*.

No vemos en ella nada que puedan aprender las nuevas generaciones. En contra de lo que afirma García Escudero en el ya citado artículo, la pobreza no puede considerarse en este caso como fondo social. No se trata, repetimos, de campesinos gallegos que luchen — en el sentido de un trabajo cotidiano y constante — por su existencia, sino de elementos desclasados, al margen de la sociedad.

*

Ya hemos mencionado varias veces las diversas críticas con motivo de esta reposición de *Divinas Palabras*. Podríamos destacar dos tendencias fundamentales. Una es la utilización de Valle Inclán, de su prestigio literario y humano, para defender la causa de la reacción española. Esta tendencia va desde García Escudero — cauteloso e inteligente, con pretensiones de dar a la obra una explicación sociológica —, pasando por Pemán, hasta el cínico artículo de Calvo Sotelo en la *Hoja del Lunes*, en el cual se escuda tras el nombre de V. I. para atacar, con los conocidos tópicos de las checas, etc., a las fuerzas progresivas españolas.

Otra tendencia es la que llamaríamos de enamorados de Ionesco, Becket y compañía. Estos, como buenos «patriotas», ufanos de encontrar en su propia tierra una literatura decadente, con todos los componentes de morbosidad, patología, etc., muy de moda en el teatro burgués actual, se muestran orgullosos de *Divinas Palabras*, recordándonos que fue escrita cuando Ionesco todavía usaba panta lón corto. ¡Buen motivo de orgullo!

*

Nos queda por decir un par de palabras, acerca de la representación. Desde luego, la reposición de *Yerma* marcó época por estas tierras. Su influencia la hemos observado en alguna que otra función de cámara y se percibe, asimismo, en el montaje que hace Tamayo de *Divinas Palabras*, en los movimientos de masas, por ejemplo (escena final, ante la iglesia). Ya hemos señalado el carácter de interpretación ideológica que se ha dado a la obra, inevitable, por otra parte, en cualquier montaje, en contra de lo que creen los amantes del «arte por el arte» que abundan más de lo que parece. La escenografía, principalmente en las escenas ante la iglesia, nos ha parecido excelente. Y en cuanto a la interpretación, nos han gustado de modo particular Nati Mistral (su voz, profunda, muy humana, es extraordinaria) y Carmen López Lagar.

Luis QUIROGA

EN TORNO A «VIRIDIANA», DE BUÑUEL

El Festival de Cannes de este año concedía por primera vez en su historia su máximo galardón, la Palma de Oro, a una película española. Se trataba de VIRIDIANA, el último film de Luis Buñuel, y su primera película larga realizada en su país. Después de esto, algunos pensaron en una liberalización de la política cinematográfica del régimen, en una exageración de los críticos conscientes que no se cansaban de decir que si las estructuras no cambiaban, un cine español digno era poco menos que imposible en el país. Los acontecimientos que se produjeron a continuación demostraron, una vez más, y si es que a estas alturas la cosa necesitaba todavía ser demostrada, que el que tal hecho se produjera no era sino una manifestación más de las contradicciones que se producen en el seno del franquismo en descomposición.

VIRIDIANA es una obra completamente española, si exceptuamos a la protagonista, Silvia Pinal, mejicana, pero afincada en España desde hace ya algún tiempo. La obra supone el regreso al país de Luis Buñuel, su reincorporación a nuestro cine después de un cuarto de siglo. Que la película se hiciera era importante en todos los aspectos, como hecho, e independientemente de sus características que serán brevemente analizadas más adelante. Pero suponía, ante todo, el regreso y nueva toma de contacto con el cine español de un hombre de indudable talento apartado del país, como tantos otros, a raíz del triunfo del franquismo. Esta actitud rompía con tanto absentismo muchas veces injustificado, y mostraba cómo, siempre que sea posible, todo español que tenga algo que decir, algo que hacer en uno u otro campo de la vida intelectual, es en el interior del país donde debe hacerlo, luchando e intentando vencer las dificultades de todo tipo que se le plantean por parte de los organismos estatales. Era también importante ya no sólo en cuanto a la actitud de los que están fuera del país, sino como muestra para los jóvenes que a veces se sienten desalentados ante las dificultades que se encuentran y creen que es inútil toda lucha. El cine de Buñuel, corrosivo e inconformista, y por tanto no del agrado de las autoridades, podía intentarse; por tanto, con mayor razón, y contra viento y marea, puede y debe intentarse un cine realista, dialéctico, que exponga las contradicciones de esa sociedad que pretende hacerlo imposible y a veces, por su propio debilitamiento, no lo consigue tan fácilmente.

VIRIDIANA, pues, se intentó y se realizó. El guión fue sometido a la censura previa y autorizado. La película se realizó con arreglo al guión previsto y, terminada sólo unos días antes de la celebración del Festival de Cannes, al que estaba invitada, fue presentada a la Junta de Selección para el Festival, que no juzgándola con la suficiente calidad y categoría artística, decidió no enviarla como representante oficial de España, pero autorizar que asistiera como tal invitada que era. No se envió ninguna otra película representando oficialmente a España en el concurso. Todo esto nos da una clara idea a la vez del turbio manejo y de la torpeza de los organismos cinematográficos. Ante el hecho de que Buñuel decidiera realizar un film en España, pensaron

que era una posibilidad de anexionarlo, de jugar la carta del regreso del hijo pródigo, y se autorizó el guión. De otra parte, el hecho de prohibirlo podría haber supuesto un escándalo internacional, y en estos tiempos estos tipos de escándalos no son deseables. Después, una vez terminada la película, tampoco se atrevieron a prohibir su presentación en Cannes, por las mismas razones. Autorizarla suponía jugar la carta de un pretendido liberalismo, mostrar al mundo cómo cuanto se decía sobre la falta de libertad del cine español era falso, y presentar como prueba el film de Buñuel. Todo ello, además, estaba de acuerdo con la política que rige la participación española, llena de contradicciones pero fiel a sí misma, y consistente en enviar a dichos Festivales Internacionales las pocas obras de algún interés que logran producirse en el país para luego boycotearlas más o menos abiertamente en el interior, a través de clasificaciones bajas, amputaciones, etc. Así se da repetidamente el caso de que nunca las películas que obtienen los primeros premios oficiales se presentan a los Festivales, e incluso de que films premiados en el extranjero obtienen en España quintos premios, o ninguno, o son clasificados en las últimas categorías de la escala oficial, privándoseles de la exhibición obligatoria o incluso del derecho a ser exportados.

Pero, volviendo a lo ocurrido con VIRIDIANA, hay que decir, además, que su baza se jugó torpemente. Torpemente, porque nadie supuso, al enviarla al Festival, que la película pudiera ser premiada ni provocar el menor entusiasmo. Con esto, en la intención de los responsables de la decisión, se rizaba el rizo. De un lado se demostraba al mundo que en España existía una libertad absoluta y que cualquiera podía trabajar en el país y expresarse a su antojo, y, de otro, después del previsto fracaso, se daba una mala clasificación al film y se le echaba abajo en el interior, demostrando así lo erróneo de querer hacer cierto tipo de cine y lo acertado, por ende, de los criterios oficiales. Pero contar con esto era desconocer el prestigio internacional de Buñuel, especialmente en Francia, y no darse cuenta del significado e importancia de la obra enviada. Por último, en un último alarde de imprevisión si se quería evitar cualquier posible premio, no se envió ningún otro film que representara a la España oficial, con lo que la película invitada adquiría automáticamente el derecho a ser premiada en el «Palmarés» oficial, al no haber otra que tapara el «agujero».

La película, pues, se presentó en el Festival, el último día, y obtuvo un éxito delirante. Pero la sorpresa de la representación oficial de la Dirección General de Cinematografía y Teatro fue mayor al día siguiente, en la entrega de premios, cuando la Palma de Oro se adjudicó a la película española. El propio Director General subió al escenario a recoger el trofeo. La prensa española daba la noticia del triunfo, sin demasiados alardes tipográficos a excepción de «Pueblo», órgano de los sindicatos falangistas, pero la daba. Al día siguiente fue el silencio más absoluto, debido a una orden de la Dirección General de Prensa prohibiendo terminantemente que se hablara de la película e incluso que se citara su nombre. Esta cortina de humo dura todavía, al cabo de unos meses. Las revistas especializadas, incluso, se han visto imposibilitadas de dar constancia de la participación española en el Festival, de aludir siquiera a ella. Para el lector español, España no participó en Cannes, la película VIRIDIANA no se ha realizado jamás. Después, y por miedo a lo que pudiese ocurrir, no se han enviado películas a ninguno de los Festivales celebrados, ni siquiera a uno tan «bien pensante» y tan predispuesto en principio a todo lo que sea cine «oficial» español como es el de Berlín. Para Venecia se contaba con «Plácido», tercer título del último film de Berlanga después de la prohibición de los dos anteriores, «Los bienaventurados» y «Siente un pobre a su mesa»; pero la Dirección General prohibió su envío por considerar que no era de su agrado este tipo de cine, aun reconociendo que la película tenía calidad suficiente.

Pocos días después del premio a VIRIDIANA, una vez recibidos y

estudiados los comentarios que la prensa de todo el mundo publicó en torno a ella y a la concesión del premio, el Director General de Cinematografía y Teatro, Sr. Muñoz Fontán, era destituído de su cargo, que pasaba a ser ocupado por el Sr. Suevos, fascista declarado que todavía a estas alturas publica regularmente colaboraciones en el periódico «Arriba» defendiendo a Hitler y Mussolini y añorando aquellos buenos viejos tiempos. Aparte la prohibición de la Dirección de Prensa en cuanto se refiere a publicar cualquier texto sobre el film, se teme una prohibición del film en sí. La censura tiene la copia para su visionado y clasificación pero a pesar del tiempo transcurrido aún no se ha pronunciado sobre ella. Nadie sabe cual será su decisión, pero en principio la cosa no parece presentarse con demasiado optimismo. No obstante, en todos los corrillos cinematográficos e intelectuales el único tema de conversación es el «asunto» VIRIDIANA. En todos los medios se manifiesta la indignación por lo ocurrido, por este atentado flagrante a la libertad que si bien no puede sorprender a nadie, al hallarse inmerso y ser consecuente con una inveterada manera de actuar, por su mayor espectacularidad y repercusión internacional provoca en mayor medida, y entre mayor número de personas, la más total repulsa.

Interesa, después de todo lo dicho, que demuestra una vez más cómo las autoridades cinematográficos intentan yugular todo cine que suponga una actitud de rebeldía o protesta, que se salga de los cauces marcados del más estrecho servilismo a la ideología franquista, ver, siquiera sea a grandes líneas y brevemente, lo que el film en sí representa en el panorama del cine español. La película, como todas las de su autor, está en una línea muy especial, mezcla de un realismo tradicional español, más superficial que profundo, y de un póso surrealista que Buñuel nunca ha abandonado. Está impregnada de un rabioso individualismo, que alterna con una preocupación por la problemática social no demasiado bien definida. Cine sin demasiado rigor, sin un método claro que le dé sentido, es sin embargo un cine importante, complejo, válido en un contexto como el español, donde el grito airado, la protesta rabiosa contra las instituciones establecidas tienen razón de ser a pesar de cierto tufillo anarquizante. Es de tener en cuenta también que el fenómeno Buñuel se presenta como un fenómeno aislado, del que nunca se deben sacar conclusiones generales; un tanto al margen del fenómeno cinematográfico y cultural, debido al aislamiento de su autor y a su posición particularísima dentro del concierto cinematográfico; un cine a admirar, pero no a imitar, un cine del que puede decirse que si es válido todavía es porque desgraciadamente las trágicas condiciones feudales en que España y una gran parte del mundo latino se desenvuelven le dan esa validez. Esto creo que no se puede negar, y en esto creo que se encuentran la grandeza y la miseria de este cine, que no es constructivo, ni dialéctico, pero que se encuentra justificado por las condiciones del país que le da raíces y la que va destinado.

El tema de la película es la evolución de una novicia, Viridiana, ante una serie de acontecimientos extraordinarios y un tanto rocambolescos que se van produciendo en su vida, durante una visita a casa de un tío suyo, que se enamora de ella y termina suicidándose. Ante este suicidio, Viridiana decide no regresar al convento y dedicarse a hacer caridad. Recoge en su casa a una cuadrilla de mendigos y, a raíz de una orgía que éstos celebran en su ausencia, después de la cual intentan violarla y robarle, los expulsa, convencida de la inutilidad de la caridad en un mundo semejante, y decide entregarse a su primo, el hijo del tío que se suicidó, vuelto al hogar a la muerte de su padre.

Evidentemente, narrado a tan grandes rasgos, el tema parece primario y hasta inadmisible pero en el film está expresado con una gran riqueza que le da fuerza y vigor. Es un poco la vuelta al tema de «Nazarín», despojado de ciertas de las ambigüedades que pudieron hacerle candidato al premio de la Oficina Católica Internacional de Cine, pero menos claro en otros aspectos. Quiero decir que si en el aspecto religioso la cuestión no ofrece dudas,

en el sentido de que nunca podrá ser interpretado como un film cristiano, en otros aspectos «Nazarín» se acercaba más a la realidad, planteaba de un modo más exacto esa realidad histórica que hacía de la caridad un espejuelo y hasta se insinuaban vagamente unos problemas que son los que de verdad son fundamentales en nuestro tiempo, en escenas como la de los obreros en huelga y la de la cárcel. En VIRIDIANA todo es excepcional, todo es destructivo y desesperado. Estamos de acuerdo en que nada de lo que aquí se destruye tiene razón de seguir existiendo, pero no sabemos en función de qué se propugna esta destrucción, ni por qué debería ser sustituído lo que deja de existir. No obstante lo dicho, el film es, repetimos, de una fuerza extraordinaria, sobre todo a partir de la aparición de los mendigos, presentados con una total falta de sentimentalismo y de populismo. Una serie de ideas preestablecidas, de módulos impuestos por la ideología oficial del régimen son echados por tierra con saña, y todo ello está realizado con un vigor, con una complejidad de matices que hacen de la obra algo admirable, ya que no modélico. Es, en fin, una película importante que, exhibida, tendría el poder de sacar de su marasmo y quizá de su inercia a un gran sector de esa pequeña burguesía española que aún parece seguir dormitando. Usando el término empleado tantas veces por el joven realizador Carlos Saura, diríamos que pertenece a ese cine «revulsivo» que, ohy por hoy, puede ser uno de los caminos para el amordazado cine español. Un cine que cree en el público un estado de «mala conciencia» y le haga, aun cuando sea en segundo término, reaccionar.

Queda, pues, en resumen, que una vez más, al intento de realizar una obra cinematográfica importante e inquietante, el Estado franquista ha respondido disparando sus armas , sin importarle las repercusiones internacionales ni el escándalo causado. La ambigüedad del juego desplegado y la desproporción de la reacción son síntomas de debilidad. El cine español, como todo lo demás, va abriéndose paso a fuerza de lucha hacia otros derroteros. Jóvenes escritores y realizadores imbuídos por las ideas democráticas, conscientes de la importancia de su tarea, intentan abrirse paso en la profesión cinematográfica. Las repetidas prohibiciones, los proyectos que se echan por tierra nada pueden contra su ímpetu. Todo el mundo hoy es consciente de que ante los problemas y las dificultades planteadas, la solución no está en callarse, ni en abandonar, ni mucho menos en doblegarse, sino en continuar la lucha. Unas batallas se ganan y otras se pierden, pero en todo caso el simple hecho de que se planteen es ya un paso adelante. Cada batalla, por el hecho de darse, e independientemente de su resultado, es ya un triunfo, una piedra más que se añade, en un terreno determinado, a la construcción del porvenir democrático y progresista de nuestro país.

Arturo Espinar

«NUESTRAS IDEAS» está a la venta en las librerías:

bélgica

Librairi «Du Monde Entier», Place St-Jean, Bruxelles

italia

«Libreria Rinascita», 2-3, Via Botteghe Oscure, Roma

suiza

«Librairie Rousseau», 36, rue Rousseau, Genève

méxico

«Librería Moderato», Avda. Madero, 12, México D. F.

«El Gusano de Luz», Hamburgo, 22, México D. F.

«Librería Juárez», Avda. Juárez, 102. México D. F.

«Editorial Popular Fondo de Cultura», Avda. Hidalgo, 75. Deps, 107, México D. F.

«Librería Zaplana», Avda. San Juan de Letrán, 41-1, México D. F.

Talleres gráficos «Märkische Volksstimme» — Potsdam (Alemania)

Suscripciones a «NUESTRAS IDEAS»

Suscripción para un año (4 números) :

Para España : Pesetas	90
Para Bélgica : Francos belgas	90
Para Francia : Francos franceses (N. F.)	8,70
América Latina : Dólares	2,40
Para Suiza : Francos suizos	9

Para suscribirse puede Vd. enviar la suma correspondiente a :

«Compte Chéques Postaux», n. 57 44.90 François Claessens. *Compte spécial* — Bruxelles — O sencillamente por Giro Postal International a : F. Claessens. 45, rue Sylvain Denayer. Anderlecht. Bruxelles.

Se reciben también suscripciones :
En Ginebra : «Librairie Rousseau»
36, rue Rousseau, Genève.

El cambio de precio en francos franceses se debe a las medidas financieras tomadas en ese país.

Edit. resp.: M. F. Claessens. 45, rue Sylvain Denayer, Bruxelles

precio del ejemplar:

pesetas : 25

francos belgas : 25

fr. franceses (N. F.) : 2,40

francos suizos : 2,50

dólares : 0,70